

Yadira Calvo

La aritmética del patriarcado



edicions bellaterra

SGU

LA ARITMÉTICA DEL PATRIARCADO

Consejo editorial

María Eugenia Aubet - Manuel Cruz Rodríguez - Josep M. Delgado Ribas - Oscar Guasch Andreu - Antonio Izquierdo Escribano - Raquel Osborne - R. Lucas Platero - Oriol Romaní Alfonso - Amelia Sáiz López - Verena Stolcke - Olga Viñuales Sarasa

YADIRA CALVO

LA ARITMÉTICA DEL
PATRIARCADO

edicions bellaterra

Diseño de la colección: Joaquín Monclús

© Yadirá Calvo, 2016

© Edicions Bellaterra, S.L., 2016
Navas de Tolosa, 289 bis. 08026 Barcelona
www.ed-bellaterra.com

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Impreso en España
Printed in Spain

ISBN: 978-84-7290-744-7
Depósito Legal: B. 5-2016

Impreso por Romanyà Valls. Capellades (Barcelona)

Índice

Palabras preliminares, 9

1. La guerra de los cerebros, 15

Infirme, imbécil, frágil, 15 • ¡Ay, los benefactores!, 18 • El lenguaje cifrado de Dios, 19 • Cuando los huesos hablan, 20 • Más vueltas de tuerca, 26

2. Genialidades monerías, 29

El macho de Darwin, 29 • La hembra de Spencer, 33 • Los genios de Galton, 35 • Eminentísimas eminencias, 36 • Monerías e inesencialidades, 39 • Protozoos prehistóricos y hermafroditas psíquicos, 41 • Almas concéntricas y costureras literarias, 44

3. En la rama más alta, 51

La evolución incompleta, 51 • Flores y desflores, 53 • La infantilidad perpetua, 55 • Recapituladores, 59 • En dirección a los monos, 63

4. El clavo en el zapato, 67

Excepciones y abominaciones, 67 • El bonete negro del catedrático, 73 • El suicidio de la raza, 76 • Mayestáticas mariposas, 80

5. La mujer y el buey, 89

El oficio de agradar, 89 • Igualdad y libertad... con excepciones, 95 • Extraña voluntad, curiosa dignidad, 97 • El signo glorioso de los valores modernos, 99 • ¡Cuidado, llegó Sofía!, 100 • Inteligencias bellas y cuerpos dóciles, 105

6. Ángeles en la cocina, 109
La complaciente docilidad, 109 • Veneraciones y glorificaciones, 112
• Sigue siendo el rey, 114 • Como tres es a dos, 116 • El botín de la vida, 119 • Eros y Logos, 123
7. Un destino peculiar, 129
El gobierno de la matriz, 129 • La vaca que rumia, 134 • La inexcusable obligación, 136 • La fisiología desordenada, 140 • Los placeres del dolor, 142 • Normales, femeninas y esenciales, 144
8. Ollas quebradas, 147
Como perfecto es a defecto, 147 • Una máquina periódicamente dañada, 150 • La tragedia final, 153 • Perlas, hierbas y rosas, 156
9. El útero y sus furores, 163
Desmelenadas de camisón blanco, 163 • Sangre y semilla, 167 • Los tremebundos ovarios, 168 • Violetas y sanguijuelas, 171 • Mujeres enjauladas, 176 • La ignorante estulticia, 179
10. El silbido de la serpiente, 187
Mujer, demonio, muerte y carne, 187 • Penes que comen avena y trigo, 189 • La comezón con pausas y el cosquilleo continuo, 194 • Mientras tengas hijas en la cuna..., 197 • La triste vida de las mujeres alegres, 199 • El pecado «indiferente o vagoroso», 201
11. Mujeres tenebrosas, 205
Ni muertas ni vivas, 205 • Huesos y cenizas, 210 • Melenas exhumadas, 211 • Vera, la muerta sensual, 215 • Aire de familia, 217
12. La derrota de Dios, 221
Olimpia, la mujer autómatas, 221 • Hadaly, gloria del hombre, 226 • Mujeres de mentiras para hombres de verdad, 229 • Los juegos sádicos de Bellmer, 231 • Mujeres perfectas, 235

A modo de cierre: por qué y para qué, 241

Palabras preliminares

Los patriarcas de todos los tiempos han venido levantando edificios lógicos agrietados sobre bases imaginarias que ellos quieren hacernos pasar por reales para que se ajusten a su particular aritmética, hecha de sumas y restas. Más y menos son vocablos de una recurrencia constante en ellos: siempre más de todo lo positivo y menos de todo lo negativo para los hombres, y a la inversa para las mujeres.

Aunque no siempre lo planteaban en términos numéricos, sus razonamientos indican que unos y otros creían en las mismas razones y proporciones, y el más y el menos, el superior y el inferior han venido funcionando a modo de establecer la relación de valor entre los sexos. Los practicantes de esta aritmética eran prohombres de la filosofía, el derecho, las ciencias, la teología. Algunos defendían una sociedad sin amos; otros creían en un Dios Padre omnipresente, omnipotente y omnisciente; hubo también quienes declaraban su defensa insobornable de la igualdad entre los seres humanos, pero ninguno de ellos dudó en contrariar sus propios principios generales para establecer que la mitad de la especie conformaba una excepción. Esa excepción padecía de unas deficiencias congénitas, indicadas en su haber por una enorme cantidad de sustraendos: menos inteligentes, menos fuertes, menos valientes, menos morales, menos justas, menos valiosas, etc.; tenía también una enorme cantidad de sumandos, muy valorados algunos desde el punto de vista masculino: más dóciles, más amorosas, más sumisas, más sacrificadas, más inocentes, más fantásticas, más ingenuas; otros francamente detestables: más serviles, más cobardes, más inútiles, más tontas, más malas, etcétera.

Ahora bien, los pensadores que así construían a las mujeres, no podían, sin parecer francamente malintencionados, desdeñar a la in-

gente cantidad de las que no se ajustaban a los más y menos de su aritmética. Pero todo tiene arreglo, y cuando no funcionan las matemáticas puede funcionar la gramática. Resulta que existía «la mujer» sin adjetivo, un vasto genérico que eliminaba cualquier posibilidad de singularización. Pero por si acaso no bastaba, también había un personaje que recibió indistintamente los nombres de mujer genuina, mujer tipo, tipo medio, sexo tipo, mujer absoluta, mujer verdadera, mujer normal, mujer natural, hembra normal, mujer corriente, mujer real, mujer genérica, mujer ejemplar, mujer no liberada de su sexualidad, mujer verdaderamente mujer. Todas ellas representaban la feminidad «verdadera». Y esa feminidad no quería ni buscaba universidades, títulos, derechos, autonomía, dinero ni reconocimientos. Tenía por honor poner la mesa, barrer la casa, servir a un hombre, parir y cuidar muchos bebés concebidos de forma legítima y no concupiscente: placer era igual a fornicación. De todos modos, tenía un cerebro apenas para el gasto, un desarrollo imperfecto, una evolución menor. Cualquier mujer que no hiciera o deseara lo que debía querer o hacer tenía la marca a fuego de la monstruosidad.

Pero a partir del siglo XIX había ya una pila de descontentas que estaban renunciando a tales honores, por lo que pasaban al grupo de las monstruosas y anormales que amenazaban el cetro masculino y la estabilidad del mundo. Era urgente detenerlas. Para ello se recurrió a dos tipos diferentes de discurso: el del susto y el del caramelo. El primero intentaba disuadirlas con el miedo: si estudiaban, si hacían carrera, si votaban, si se quitaban el delantal, serían culpables de grandes males: o en la competencia con ese «rival más fuerte» quedarían vencidas, humilladas, aplastadas sin piedad como una raza inferior ante una superior; o procrearían una prole tarada que las llevaría a su propia desgracia; y peor aún, incluso podría ser que se cargaran a la especie entera. A ratos el tono admonitorio se volvía más agrio y corrosivo y las acusaban de querer romper la armonía social, robar parcelas a los hombres, invadirles el campo; o calificaban sus demandas de esperanzas pueriles, barrabasadas absurdas, injustificables y temerarias; aspiraciones desdichadas, erróneas e insensatas. Todo esto solía ampararse en argumentos «científicos» y, por lo tanto, debe haber sido como una piedra sobre la conciencia de las mujeres que estaban buscando dejar de ser solo esposas complacientes y madres sacrificiales.

El discurso del caramelo era si se quiere más insultante, porque con azúcar está peor. Con él se buscaba mantener a las mujeres con la escoba mediante un lenguaje presuntamente persuasivo en que se las trataba como a niñas; ellas eran seres de un origen superior, o celestial y divino o ángeles de dulzura. Por eso no era bueno «arrojarlas» al mundo «viril» de la política, la ciencia, la cultura, los espacios públicos, donde ellas «caerían» de su elevado pedestal o perderían lo que alguno llamó sus «poéticas» virtudes y otro llamó «privilegios» como la pureza, la entrega, el abandono, la sensibilidad, el sacrificio, el silencio, la inocencia, la subjetividad, la ingenuidad, la fantasía. Y todo eso ¿a cambio de qué? A cambio de los vicios y defectos de los hombres.

En cambio, debían estar muy satisfechas porque vivían con grandes ventajas: se las eximía de la «abrumadora carga» de la inteligencia que no podrían soportar sus «lindas cabecitas»; se las liberaba de un conocimiento que las conduciría a extravíos nerviosos y al pesimismo contagioso; se les ahorra el terrible esfuerzo de la ciencia y la cultura y los deberes de la vida práctica, racional y egoísta, todo lo cual eran trivialidades mundanas que las volverían muy desgraciadas, degradarían su condición celestial y opacarían su divinidad. Con todo eso de que se las liberaba y eximía, y con lo que se les ahorra, ellas reinaban «libres» en el retiro de sus hogares, que era «sagrado», desde donde provocaban enorme y sincera admiración a los hombres, protegidas por las leyes y realizando labores acordes con su naturaleza, como zurcir, bordar y cocinar. Allí, satisfechas y contentas con ser complementarias y reconocer su superioridad material, gozaban del «botín de la vida» en una situación muy cómoda, «elevada y magnífica». Eso sí, como aclaraba Rousseau, mientras aquellos a quienes complementaban se la quisieran dar, las consideraran dignas y tasarán en buen precio sus méritos, virtudes y atractivos.

En esa elevada y magnífica situación de la aguja y la cuchara, poseían una mágica potencia de ilusión con la cual podían influir más en la historia que mediante el voto y el doctorado; serían mujeres en la medida en que encarnaran el encanto y el ideal. Todos actuaban bajo el principio de don Quijote: «La contemplo como conviene que sea».

Un filósofo francés del siglo XIX, el pensador anarquista Joseph Proudhon, incluso llegó a establecer entre hombres y mujeres «sin riesgo de error», ciertas relaciones matemáticas: como tres es a dos; como veintisiete es a ocho; como nueve es a cuatro, siempre corres-

poniendo el número más alto a los hombres, respecto de determinado valor físico, moral o intelectual, que derivaba en un derecho o privilegio. Todos estos cálculos probaban lo que a su juicio decían «en común acuerdo, la aritmética y la Justicia».

Esta atrocidad de razonamiento tuvo, sin embargo, el mérito de poner en cifras lo que muchos estaban poniendo en palabras desde siglos atrás, de convertir el lenguaje verbal en lenguaje matemático, y de este modo, con la tranquila insolencia de quien sabe que nadie le rebatirá, Proudhon hizo notar, sin proponérselo, la verdadera razón de sus sinrazones y lo desproporcionado de las proporciones de la aritmética patriarcal.

De esa historia se ocupa este libro, en que se recogen y examinan los argumentos interesados, esgrimidos una y otra vez contra las mujeres. Algunos son como un cuchillo con cuya punta se intenta delimitar el cerco que se les determinó; otros, como un engañoso ramo de coloridas flores con un alacrán oculto; todos con la torcida intención de que por las malas o por las buenas siguieran sujetas y obedientes como decía san Pablo que «conviene al Señor», o como corresponde, según san Agustín, a «la Justicia y al Orden Natural».

A modo de corriente subterránea, bajo el discurso de los patriarcas discurre la mala fe. Intenta explicar y justificar por qué las mujeres disfrutaban de menos bienes, de menos derechos, de menos privilegios. Al fin y al cabo, nos dicen, si están peor no es por injusticia sino porque son peores. Tienen lo que se merecen. Los hombres, en cambio... tan excelsos, tan insignes, tan valientes, tan valiosos, tan todo, se merecen lo que tienen (aunque no todos lo tengan).

Aunque las mujeres han venido al mundo supuestamente para procrear, servir y agradar, su servicio es siempre deficitario, la sumisión nunca es total, el acatamiento no es absoluto, el agrado se desgasta, y sus múltiples defectos no compensan la carga que suponen. Las mujeres tal cual no son buena compañía. Y así, desde Ovidio hasta la moderna industria del látex y la silicona, el mito de Pigmalión y su amante de marfil viene alentando una de las más queridas fantasías masculinas: los hombres pueden crear compañeras a su gusto; autómatas siempre bellas, siempre jóvenes, siempre dóciles, siempre dispuestas. De momento sin cerebro, pero ¿lo tienen las mujeres de verdad, las normales, las genuinas, las verdaderas, las reales? Y en todo caso ¿para qué lo necesitan?

Delineado aquí a grandes trazos con un pincel muy grueso, ese es aproximadamente el cuadro que se despliega a través de los doce capítulos de este libro: los cuatro primeros («La guerra de los cerebros», «Genialidades y monerías», «En la rama más alta», «El clavo en el zapato») tratan de uno u otro modo de la denigración del intelecto femenino, de la negación del pleno estatuto humano para las mujeres. Los cinco siguientes («La mujer y el buey», «Ángeles en la cocina», «Un destino peculiar», «Ollas quebradas», «El útero y sus furores») tienen que ver con la glorificación de la servidumbre y la denigración del cuerpo de mujer, concebido como anómalo y enfermo, en correspondencia con las deficiencias de la mente que él aloja. Los últimos tres capítulos («El silbido de la serpiente», «Mujeres tenebrosas», «La derrota de Dios») tratan del miedo a las mujeres, del disgusto que provocan, con las consecuentes manifestaciones de persecución y necrofilia. De modo muy impreciso podríamos decir que se relacionan con el alma.

Eso es, a vuelo de pájaro, lo que se expone en este libro con más detalle y minucia, porque prefiero con mucho ver degradada mi femenina condición celestial, opacada mi igualmente femenina divinidad, y perdido el botín que no me gusta, a verme privada de la «trivialidad mundana» de escribir y pensar.

1. La guerra de los cerebros

Entre mil varones hallé uno que fuese prudente, pero entre todas las mujeres, ninguna me ocurrió con sabiduría.

Eclesiastés VII, 29

Las mujeres nunca descubren nada; les falta, desde luego, el talento creador, reservado por Dios para inteligencias varoniles; nosotras no podemos hacer más que interpretar, mejor o peor, lo que los hombres nos dan hecho.

Pilar Primo de Rivera, 1942

Yo tengo la creencia de que el patriarcado empezó y se extendió como una guerra contra las mujeres.

Marilyn French, *La guerra contra las mujeres*

Infirmo, imbécil, frágil

La difamación del intelecto femenino ha sido permanente y tenaz. Según señala Marina Graziosi, la literatura criminalística del siglo XIX solía apelar a antiguas fuentes de los jurisconsultos romanos o a los Padres de la Iglesia para establecer las diferentes incapacidades e impedimentos del sexo femenino. Sobre todo acudían al concepto de la *infirmitas*, *imbecillitas* o *fragilitas sexus* que el derecho romano aplicaba a las mujeres casi siempre para impedirles ejercer cargos públicos, o denunciar o acusar algunos tipos de delitos; para dudar de su testimonio o considerarlo inválido. Según Graziosi este concepto se continuó usando y se difundió en Europa con su vitalidad casi intacta, y en la práctica legal, a veces explicitando su significado, pero más frecuentemente apenas postulándolo como algo obvio que se daba por hecho. Su resultado era la prohibición para ocupar cargos públicos, ser juezas, asumir tutelas, dar testimonios o ejercer la abogacía.¹

1. «Infirmitas sexus. La mujer en el imaginario penal» [en línea] <www.pensamientopenal.com.ar/.../0204%5B1%5D._NDP99A.Graziosi.pdf> [Recuperado: 18/X/2010].

En el mundo judeocristiano el prejuicio sobre la inferioridad mental femenina se remonta también bastante atrás en la historia. El Eclesiastés, cuya fecha probable podría ser el 300 a.C.,² ya nos advierte que no hay mujeres con sabiduría. Siglos más tarde, san Pablo reconoce que ellas «continuamente están deseosas de saber», pero esto les sirve poco porque no llegan «nunca al conocimiento de la verdad» (II Tim., 3, 7). Estos mismos conceptos fueron utilizados por los Padres de la Iglesia para justificar la servidumbre femenina. Santo Tomás, con su gran autoridad teológica, afirmó que el varón goza de «una razón más perfecta» y una «virtud más robusta», en tanto que la mujer tiene «una mente defectuosa».³

Ya había corrido mucha agua bajo el puente cuando los humanistas españoles de los siglos XV y XVI reamaron a conciencia este tipo de ideas, a fin de mantener vivo lo viejo en un mundo que se anunciaba nuevo y centrado en lo humano. El repique sobre las mujeres no cambió aunque todo lo demás estaba cambiando: la naturaleza «les limitó el entender y, por consiguiente, les tasó las palabras y las razones» (fray Luis de León); tienen la razón «menos fuerte» (fray Martín de Córdoba), o «más flaca» (fray Hernando de Talavera), o muy alejada de su seso (Luis de Vives); o más limitada desde que «Dios creó a Eva» (Huarte de San Juan),⁴ todo lo cual nos deja algunas serias dudas razonables sobre la gran bondad de Dios o de su infinita perfección; y una pregunta, razonable también: ¿Con qué parte del cuerpo pensarían estos frailes?

El consenso es generalizado, aunque se presentan algunos desacuerdos sobre los motivos por los cuales a las mujeres les falta seso. Según la filosofía aristotélica y sus muchos herederos, porque son más

2. Según cálculo de Isaac Asimov en *Guía de la Biblia. Antiguo Testamento*, trad. de Benito Gómez Ibáñez, Plaza & Janés Editores, Barcelona, 1995, p. 460.

3. Tomás de Aquino, *Summa contra gent.* III, 123; *S. Th.* II-II q. 70 a. 3 Cit. por Uta Ranke-Heinemann, *Eunucos por el reino de los cielos. Iglesia católica y sexualidad*, 2.^a ed., Editorial Trotta, Madrid, 2005, cap. XVI, La mujer según Tomás de Aquino, pp. 169-182 [en línea] <<http://www.vallenajerilla.com/berceo/utaranke/mujer.htm>> [Recuperado: 27/XII/2010].

4. Véase Fray Luis de León, *La perfecta casada*, en *Escritores místicos españoles*, vol. XXVIII, 4.^a ed., W. M. Jackson, Inc. Editores, Buenos Aires, 1960, p. 362. Juan Huarte de San Juan, *Examen de ingenios para las ciencias* (1575) [en línea] <http://electroneubio.secyt.gov.ar/Juan_Huarte_de_San_Juan_Examen_de_ingenios.htm> [Recuperado: 19/VI/2011].

frías; para fray Martín de Córdoba, porque son «más carne que espíritu», y Huarte de San Juan le echó la culpa a «una compostura natural» que las vuelve incapaces «de mucho ingenio ni de mucha sabiduría». Se manifiesta también alguna duda y contradicción respecto de la forma en que se evidencia esa incapacidad: si por una repugnancia natural «a todo género de letras y sabiduría», según pensaba Huarte; o, como creía el de Talavera, en una natural «codicia del saber», porque «aquella cosa es naturalmente más codiciada de que tenemos mayor falta».⁵

A ratos, y a lo largo de la historia, alguno logra reconocer la existencia de mujeres inteligentes, instruidas y discretas, pero esto no sirve de mucho puesto que siempre se las ve como anomalías. En resumen, Dios creó a Eva y no sabemos ni cómo ni para qué: si a su imagen y porque sí como dice Génesis 1; si de una costilla de Adán, y como auxiliar suyo, como dice Génesis 2; o si, como afirma san Juan Crisóstomo, «“esencialmente” para satisfacer la lujuria de los hombres».⁶ Lo que sí sabemos de cierto es que en su fantasía, los pensadores religiosos, que comían todos en el mismo pesebre, las siguieron creando del modo en que más compensaciones emocionales le pudiera ofrecer a sus propios egos masculinos.

Al cabo, según ley de vida, fray Luis, fray Martín, Huarte, Vives, cada uno a su hora, fueron recibiendo la extremaunción. Pero el mito es más cómodo que la realidad, y así fue como en sus libros y discursos los hombres siguieron imaginando a las mujeres opuestas a ellos en todo lo que estimaban excelencias y dones naturales, y complementarias en todo lo que ellos no querían para sí. Por eso, en ropaje de biología, de medicina, de derecho, de psicología, de antropología o de filosofía, los viejos mitos se fueron filtrando de un siglo a otro y de una a otra disciplina cada vez con más fuerza y tenacidad. De este modo, la falta de seso en las mujeres se dio por cosa hecha y aceptada.

5. Para una revisión más completa sobre los humanistas españoles, ver María Teresa Cacho, «Los moldes de Pygmalión», en Iris M. Zavala (coord.), *Breve historia feminista de la literatura española II. La mujer en la literatura española*, Anthropos, Madrid, 1995, pp. 188, 205-206, 207.

6. Karlheinz Deschner, *Historia sexual del cristianismo* [en línea] <<http://dc128.4.shared.com/doc/I3U9s3rX/preview.html>> [Recuperado: 3/I/2012].

¡Ay, los benefactores!

Entre los siglos XVII y XVIII, incluso hubo autores que, compadecidos, intentaron simplificar algunos conocimientos para volverlos accesibles al sexo femenino. En 1604, R. Caudrey publica una *Lista alfabética de palabras con dificultades ortográficas o de comprensión para señoras u otras personas inexpertas*; en 1623, Henry Cochram elabora un diccionario «para uso de los jóvenes escolares, de los mercaderes, de los extranjeros de todas las naciones y para las damas»; en 1656, Thomas Blunt dedica su *Glosografía* «a las mujeres más sabias y a los hombres menos inteligentes y menos cultivados»; en 1737, el conde Francisco Algarotti favorece a sus coetáneas con un resumen simplificado de las ideas newtonianas; en 1841 aparece un *Diccionario de conversación para uso de señoras y señoritas*, y el mismo Descartes pretendía abrir las ciencias ¡«incluso a las mujeres»!⁷

En diferentes épocas hasta se pretendió utilizar el argumento de la imbecilidad para castigar con menos dureza los delitos femeninos. Así lo hizo, durante el Renacimiento, el jurista italiano Farinaccio, cuya obra ejerció una gran influencia en el desarrollo del derecho penal en Italia y Francia hasta el siglo XVIII. Según su alegato, a menor racionalidad, menor castigo.

En 1908, el jurista italiano Carmigniani, con la misma idea de rebajar las penas a las mujeres, apela al saber médico de su época, afirmando que, al ser en ellas la médula espinal «más débil y delicada que en los hombres», tienen más debilidad en «las fuerzas del espíritu» y más firmeza, en cambio, «para adquirir las ideas que surgen de su naturaleza», con lo cual quiere decir que son más instintivas. Eso debido, como no podía ser menos, a que «los órganos de la generación tienen mucha influencia sobre aquellos que sirven al intelecto». «Dicho esto — afirma él —, el sexo femenino es entonces una causa justa para que la imputación del delito sea menor».⁸ Así pues, por el hilo de los benefactores se puede sacar el ovillo de la ideología.

7. Ver al respecto, Fatema Mernissi, *El harén occidental*, trad. de Inés Belaustegui Trías, Espasa-Calpe, Madrid, 2006, pp. 109-110; Marina Yagüello, «Las palabras y las mujeres. Los elementos de la interacción verbal» [en línea] <http://www.quadernsdigitals.net/datos_web/hemeroteca/r_3/nr_44/a_651/651.html> [Recuperado: 11/V/2009].

8. Ver M. Graziosi, *ibid.*

El lenguaje cifrado de Dios

Hasta el siglo XVII, la voz que construía a las mujeres venía casi en exclusiva de teólogos y filósofos: el dogma y la razón. En el primer caso era irrefutable porque el dogma no se discute. En el segundo se podía rebatir o desmentir por falta de pruebas, pero nadie lo hizo porque era dogma también. O al menos se trataba de los mismos anteojos. Y entonces los científicos empezaron a tomar el relevo: la anatomía, la fisiología, la frenología, la antropología, la psicología y la biología se hicieron cargo del mismo discurso con una nueva autoridad.

Ya desde las últimas tres décadas del siglo XVIII, los hombres de ciencia andaban atando puntas con cabos para hallarles bases biológicas a las desigualdades sociales. Entre 1772 y 1778, el pastor protestante suizo Johann Caspar Lavater publicó sus *Fragmentos fisiognómicos para la promoción del conocimiento humano y de la filantropía*. Según sus ideas, por el estudio de la apariencia externa y sobre todo del rostro, se puede conocer el carácter o personalidad.⁹ Esto no era novedoso: provenía del clasicismo a través del Renacimiento. Pero no había reclamado hasta entonces estatuto de ciencia. La fisiognómica se extendió como una mancha por el centro de Europa y pronto se convirtió en una disciplina popular. Lavater estudió fundamentalmente cabezas de personajes históricos (7 mujeres entre 390 hombres) cuyos rasgos determinaban a su juicio «una tipología ejemplar». Uno de los principios que orientan su obra es el orden jerárquico: la cabeza sobre el cuerpo, los rasgos definitivos sobre los cambiantes, las partes duras sobre las blandas y la angulosidad masculina sobre la redondez femenina.¹⁰

Lavater encuentra hasta en la hermosura de cada sexo una relación de superioridad a inferioridad. En una obra póstuma afirma que por lo mismo que los hombres son más inteligentes, son también más bellos: «La belleza masculina tiene sin duda más carácter; se dirige

9. Rosa Sala Rose, «De la materialización del yo a la materialización del ideal humano: la fisiognómica, la fisiología y el arte» [en línea]. *Humanitas, humanidades médicas*, vol. 1, n.º 4, octubre-diciembre de 2003 <www.fundacionmhm.org/pdf/Numero4/Articulos/articulo7.pdf> [Recuperado: 17/VI/2008].

10. Luis Fernández, «Señales en el cuerpo: avatares literarios de la fisiognómica», Almería <www.alonsoquijano.org/.../ponencia%20luis%20fernandez.pdf> [Recuperado: 17/VI/2008].

antes de nada al pensamiento, e indica una organización más perfecta o al menos más fuerte, y una esfera de vitalidad más extendida. La belleza de la mujer es menos imponente y más amable; inspira menos admiración que amor; se dirige más a los sentidos y al corazón que al espíritu». ¹¹

Lavater —dice Rosa Sala Rose— quería confirmar en los rasgos del rostro humano «la tranquilizadora hipótesis según la cual la naturaleza entera no es sino el lenguaje cifrado de Dios». ¹² Pero detrás de él vino el anatomista, fisiólogo y antropólogo alemán John Franz Gall, ¹³ fundador de la «craneoscopia», quien examinaba cráneos ya no para interpretar razones divinas, sino como ejercicio científico. A partir de él los huesos empezaron a hablar.

Cuando los huesos hablan

Las comparaciones craneales entre sexos tuvieron su mayor florecimiento en el siglo XIX, aunque se habían iniciado en el XVIII. En el decenio de 1790, el alemán Samuel Thomas von Soemmerring encontró que los cráneos femeninos en proporción pesaban más. De aquí dedujo su discípulo Ackermann que el cerebro femenino era *más grande* que el masculino, cosa que relacionó con la menor masa muscular de las mujeres. Según su idea, a menos músculos, más cerebro. Por lo tanto, según pensó, no era sorprendente que ellas fueran «más aptas que los hombres para las ocupaciones intelectuales». ¹⁴ ¿Tiempo de guitarra y castañuelas? Pues no. Del plato a la boca se enfría la sopa, y en este caso se encargaron de enfriarla los anatomistas, quienes no se quisieron bajar del carro reconociendo que Ackermann pudiera tener razón. En años posteriores aceptaron que Soemme-

11 Lavater, *L'Art de connaître les hommes par la Physionomie*, VII, 26 (1835), cit. por Luis Fernández, *op. cit.*

12. Rosa Sala Rose, *op. cit.*

13. J. F. Gall publicó en París, en 4 tomos, entre 1810 y 1819, junto con Spurzheim su *Anatomie et physiologie du système nerveux*.

14. Jacob Ackermann, *De discrimine sexuum praeter genitalia* (1788), cit. por Londa Schiebinger, *¿Tiene sexo la mente?*, trad. de María Cándor, Cátedra, Madrid, 2004, pp. 295-298.

ring la tenía, pero entonces torcieron el curso de la flecha para que en todo caso se dirigiera en contra de las que parecían beneficiarse con tal descubrimiento.

El lenguaje de los huesos confirmaba lo mismo que decían los rostros, pero ahora en la autorizada y patriarcal voz de la ciencia «de verdad». De este modo, poco a poco y con diligencia, se fue ahondando el barrancón que ya de por sí separaba las excelencias de los machos (blancos), de las deficiencias de las mujeres todas. Con cada embestida científica, más metros de despeñadero.

Gall consideraba que el cerebro era el órgano de la mente, y la mente estaba constituida por facultades innatas independientes, situadas cada una en una región de la superficie cerebral. Por lo tanto, intentaba hallar en la forma exterior de los cráneos la naturaleza mental y moral de sus contenidos.¹⁵ Es decir, que la forma anunciaba la calidad del fondo. George Combe divulgó sus ideas en las islas británicas, y en Estados Unidos lo hizo Johann Gaspar Spurzheim, quien rebautizó la craneoscopia como frenología. Según su credo, expuesto en 1815, a mayor desarrollo de los órganos, mayor capacidad del cráneo; la mente masculina supera a la femenina en calidad, poder y cantidad, y esta diferencia no la puede cambiar la educación; en el hombre predomina el intelecto sobre el sentimiento, en las mujeres el sentimiento sobre el intelecto; ellas (¡ah!, y «los negros») tienen menos vigor y poder reflexivo y no extienden su razonamiento más allá del mundo visible.¹⁶ En adelante, «negros» y mujeres (¡ah!, y «salvajes»), es decir, los grupos humanos devaluados y subordinados, resultaron ser muy semejantes en sus deficiencias. En algunos momentos se les parecieron también los hombres viejos, los niños blancos y los sirvientes de cualquier color y edad. Así se iba sesgando y seleccionando al exclusivo grupo viril que «la naturaleza» privilegió.

En 1840, Anders Retzius llevó a la culminación la frenología al establecer el índice cefálico (relación entre anchura y longitud del crá-

15. Amparo Gómez Rodríguez, «Ciencia y valores en los estudios del cerebro» [en línea], *Arbor. Ciencia, Pensamiento y Cultura* CLXXXI, noviembre-diciembre de 2005 <<http://arbor.revistas.csic.es/index.php/arbor/article/viewFile/405/406>> [Recuperado: 6/IX/2010].

16. J. C. Spurzheim, *The Physiognomical System of Drs Gall and Spurzheim*, 1815, cit. por A. Gómez Rodríguez, *La estirpe maldita. La construcción científica de lo femenino*, Minerva Ediciones, Madrid, 2004, p. 67.

neo), el cual, junto al peso del cerebro, ofreció para el resto del siglo un buen soporte en que apoyar las principales diferencias de intelecto, carácter, actitud y comportamiento en que se basaban las jerarquías humanas establecidas.¹⁷ De hecho, estas ideas se colaron hasta el siglo XX ya fuera del campo de la ciencia, y aparecieron hasta en las novelas. Por ejemplo, en *La voluntad de vivir*, de Blasco Ibáñez, publicada en 1907, un científico, al tropezar con un cerebro más pequeño, concluyó que era «de mujer».¹⁸

Después de Retzius, el neurólogo y antropólogo francés Paul Broca¹⁹ examinó 500 cerebros de los dos sexos y diferentes razas y tomó sobre ellos más de 180.000 medidas. De ahí concluyó que raza y sexo eran dos caras de la misma moneda. Mujeres y «razas inferiores» compartían menor índice cefálico, menor peso cerebral y parecidas cualidades (es decir, deficiencias) mentales.²⁰ «En general —señaló—, el cerebro es más grande en los adultos que en los ancianos, en los hombres que en las mujeres, en los hombres eminentes que en los de talento mediocre, en las razas superiores que en las razas inferiores.»²¹

A su contemporáneo Louis Pierre Gratiolet le parecía que lo de los pesos y medidas como marca de superioridad mental era un poco atrevido, y así surgió una larga polémica. Finalmente, uno de los seguidores de Broca lo amordazó con la advertencia de que «en general, aquellos que niegan la importancia intelectual del volumen del cerebro tienen la cabeza pequeña», con lo que lo debe haber dejado haciendo bizco. De ese modo, y al menos de momento, la teoría de la excelencia de la virilidad adulta y blanca salió vencedora indiscutible. Y encima les cayó en la mesa como miel sobre hojuelas el cerebro de

17. Sobre Spurzheim y Anders Retzius, *ibid.*, pp. 67-68.

18. Consuelo Triviño, «Teorías sobre la inferioridad de las mujeres en la novela del siglo XIX en España» [en línea] <<http://www.omni-bus.com/n20/consuelo.html>> [Recuperado: 18/V/2011].

19. Broca fundó la Sociedad Antropológica de París, que se convirtió en el gran centro europeo de tipología racial, modelo de otras sociedades similares que se fueron extendiendo en Londres y América.

20. Paul Broca, *Anthropological Review* 6 (1868), cit. por A. Gómez Rodríguez, «Ciencia y valores», *op. cit.*

21. Paul Broca, «Sur le volume et la forme du cerveau suivant les individus et suivant les races», *Bulletin de la Société d'Anthropologie de Paris*, 1861; 304, cit. por Stephen Jay Gould, *La falsa medida del hombre*, trad. de Ricardo Pochtar y Antonio Desmots, 2.^a ed., Crítica, Barcelona, 2009, p. 141.

Georges Cuvier, el padre de la anatomía comparada y de la paleontología. Analizada y discutida durante la polémica, su masa cerebral fortaleció los argumentos de Broca: pesaba 1.830 gramos: más de 400 por encima de la media, y 200 gramos más que cualquier cerebro sano pesado con anterioridad. Otros informes sin confirmar indicaban semejanzas de peso y medidas en los cerebros de tres machos eminentes: Oliver Cromwell, Jonathan Swift y lord Byron. Más de treinta años después, esto es, en 1883, Georges Hervé comprobó que la circunferencia máxima del cráneo de Cuvier afeitado, solo era poseída por un 6 por 100 de «científicos y hombres de letras» en vida y con pelo, y un 0 por 100 de sirvientes». ²² Todo les estaba calzando a pedir de boca.

Obviamente, estos datos eran el maná para los machos que ostentaban el dominio social, los cuales no dominaban a causa de un cerebro grande sino que se atribuían un cerebro grande porque dominaban. Lo que no sabían Broca y sus seguidores, y que los habría dejado pegados a la pared, es que su antepasado Cro-Magnon tenía una capacidad craneal superior a la suya, ²³ y que el cerebro de Einstein, quien todavía no había nacido, iba a pesar un 11,3 por 100 menos que la media registrada en el grupo de control. Y como no lo sabían, la bola siguió rodando y las jerarquías humanas encontrando validez.

En 1864, el alemán Carl Vogt, profesor de historia natural de Génova, en su obra *Lectures of Man*, traducida al inglés por los racistas de la Sociedad Antropológica de Londres, afirmó que las razas tenían orígenes distintos y que los cráneos de hombres y mujeres podían ser separados como si pertenecieran a dos especies diferentes. ²⁴ Vogt estableció una notable equivalencia entre el cerebro de los negros adultos, las mujeres blancas y los niños varones blancos, «explicando así la circunstancia de que los negros nunca hubieran construido civilización alguna digna de mención». ²⁵ Pesando 2.086 cerebros masculinos y 1.061 femeninos, encontró una diferencia de entre 113 y 140

22. Para detalles sobre esta polémica, ver: S. Jay Gould, «Sombreros anchos y mentes estrechas», en *El pulgar del panda*, trad. de Antonio Resines, Crítica, 2009, Barcelona, pp. 160, 161, 162; *La falsa medida...*, p. 183; A. Gómez Rodríguez, «Ciencia y valores», *op. cit.*, pp. 161 y 162.

23. S. Jay Gould, *La falsa medida...*, *op. cit.*, p. 161.

24. A. Gómez Rodríguez, «Ciencia y valores», *op. cit.*

25. S. Jay Gould, *La falsa medida...*, *op. cit.*, p. 183.

gramos menos en estos respecto de aquellos, lo que les significaba una ventaja de un 10 por 100 de volumen y peso.²⁶

En verdad, ya desde el siglo XVII se daba por sentado el menor cerebro de las mujeres, el cual además retenía humores ácidos y penetrantes que «escocían» a sus dueñas los nervios y membranas. También en ese entonces, una autora francesa, Marguerite Buffet, había señalado que búfalos y vacas no tenían el cerebro más grande por tener una cabeza mayor, y que los hombres no habían demostrado su superioridad, sino solo que tienen algo en común con «unos animales estúpidos y unas grandes bestias».²⁷ Por supuesto, a Marguerite nadie la escuchó, fieles todos al consejo del refrán: «Cuando hay barbas, callen faldas».

Al fin y al cabo, todo lo que debía demostrarse estaba demostrado, y ahora que huesos y pesos habían dicho la inapelable verdad, las cosas podían mantenerse en su sitio, el de siempre, puesto que las diferencias y desniveles sociales estaban dictados por la biología. A nadie se podía culpar de que los hombres blancos adultos gozaran del gran festín de honor a que los hacía acreedores el hecho de ser los sujetos más inteligentes de la tierra. A nadie se podía culpar de que las mujeres, blancas, negras o de cualquier color y edad, tuvieran que conformarse con las migajas. Y por último, al menos hoy, a nadie se le oculta que, como dice Amparo Gómez Rodríguez, «los científicos, cuando hacen ciencia, siguen siendo hombres, pertenecientes a una raza, sexo y clase social» y «la ciencia que elaboran está contaminada por este hecho, su género es masculino y su ideología patriarcal, androcéntrica y sexista».²⁸

Eugene Monick, un analista junguiano según el cual «el pene erecto», una «imagen divina», es para la virilidad su «emblema y estandarte», su «símbolo sagrado», su «fuente de autoridad», su «herramienta cósmica» y «la gran fuente del heroísmo», afirma, con mucho orgullo masculino, que «un hombre siempre piensa a través de su pene».²⁹ ¿Y si va a ser que sí, que piensan con lo que este autor dice?

26. A. Gómez Rodríguez, «Ciencia y valores», *op. cit.*

27. L. Schiebinger, *op. cit.*, p. 247. M. Buffet, hoy olvidada, vivió durante el siglo XVII, es autora de *Nouvelles observations sur la langue française* (1668).

28. *La estirpe maldita*, *op. cit.*, p. 163.

29. Eugene Monick, *Phallos*, trad. de M. Renato Valenzuela, Cuatro Vientos Editorial, Chile, 1994, pp. 14, 21, 22, 26.

Al menos en el caso de los señores cuyas ideas hemos venido comentando, cabe la posibilidad de que Monick pueda tener razón.

En todo caso, en España, Concepción Arenal, que siempre demostró pensar con la cabeza, rebatió las tesis de Gall. Admitiendo la inferioridad intelectual de las mujeres (al fin y al cabo, en su época ese era un dato incuestionable), para ella, sin embargo, nada autorizaba a afirmar que fuera orgánica. Y hasta se atrevió a hacer algunas deducciones que debieron pararle el pelo a más de un cerebro grande. Ella razonó como sigue: si se supone que el sistema nervioso femenino es más irritable, entonces tiene más actividad; por tanto, podría hacer el mismo trabajo con menos volumen; en muchos casos la calidad de la masa cerebral suple la cantidad, y lo que cuenta no es el volumen absoluto sino el relativo (la misma tesis de Marguerite Buffet); en la mayor parte de las facultades la mujer es igual al hombre; la diferencia intelectual solo empieza donde empieza la educación.³⁰ Pero Arenal fue, como advierte Alda Blanco, «una voz que se alza aislada y meditabunda, pronunciando un monólogo que pocos oyeron».³¹ En cambio era muy ruidosa la voz de los probadores de las excelencias masculinas. Y muy tenaces.

Mientras unos pesaban y medían calaveras, otros intentaban hacer hablar a la pelvis, que ya desde el siglo XVIII se juzgaba igualmente importante para entender lo que denominaban «el desarrollo físico y moral» de las razas. Solo que aquí se toparon con una cerca, porque se invertía la jerarquía sexual: la pelvis de las mujeres europeas representaba el tipo humano plenamente desarrollado, superando ¡incluso al varón europeo! Y la de las africanas, menos desarrollada, superaba en mucho a la del varón negro, considerada «casi propia del simio». Entonces, un profesor de la Universidad de Cambridge halló una explicación brillante, como correspondía a un profesor de la Universidad de Cambridge: la pelvis de la mujer negra era más estrecha en concordancia con la ligera inferioridad del tamaño de la cabeza fetal entre los negros.³²

30. Cit. por A. Gómez Rodríguez, «Ciencia y valores», *op. cit.*

31. Alda Blanco, «Las teóricas de la conciencia feminista», en Catherine Jagoe, Alda Blanco y Cristina Enríquez de Salamanca, *La mujer en los discurso de género*, Icaria, Barcelona, 1998, p. 510.

32. George Humphrey, *A Treatise on the Human Skeleton*, 1858, cit. por L. Schiebinger, *op. cit.*, pp. 305-306.

Como resultado de pesos y medidas, quedó clarísimo que el macho europeo asentaba los pies en la punta misma de la cima de la creación arriba de todo bicho viviente. Lo que no parecía tan claro era si entre quienes estaban abajo iban más a ras del piso los machos africanos o las mujeres todas, porque ese lugar no dependía tanto del peso del cerebro como del peso del prejuicio: si predominaba el sexismo, como en Hervé, el macho africano ocupaba un puesto mejor que la mujer de cualquier raza, aunque, ¡claro!, siempre compartiendo con ella «su amor por los niños, su familia y su cabaña».³³ Para Hervé, «el hombre negro es al hombre blanco lo que la mujer es al hombre en general, un ser afectuoso y complaciente».³⁴ Si predominaba el racismo, la mujer blanca se elevaba unos nanomilímetros por encima del varón negro. Pero de cualquier forma, puesto que según la ciencia de la época el tamaño del cerebro aumenta con el desarrollo de la raza, y la desigualdad de los sexos aumenta con el progreso de la civilización, «el varón europeo supera mucho más a la mujer que el negro a la negra».³⁵ La cosa auguraba un futuro altamente civilizado en que los hombres negros subieran al menos una pizca y las mujeres todas empezaran a aullar y andar en cuatro patas.

Más vueltas de tuerca

Puesto que «cuando corre la ventura, las aguas son truchas», los datos que confirmaban las excelencias masculinas llovían como confetis en una piñata. Con los estudios de Broca a partir del último tercio del siglo XIX, se originó el concepto de «dominancia hemisférica» y de «lateralización» de funciones. Se postuló que cuanto más dominancia hemisférica, y por tanto más asimetría existía para ejecutar una función, esta generaba un mejor desempeño. Paralelamente, se ha afirmado (y hasta ahora parece confirmarse) que para la mayor parte de las funciones el cerebro masculino está más lateralizado. De aquí se dedujo que está más evolucionado y que ejecuta mejor todas las tareas intelectuales.

33. G. Hervé, cit. por L. Schiebinger, *op. cit.*, p. 304.

34. *Idem.*

35. *Ibid.*, pp. 304, 305.

Según parece por lo que se sabe hasta ahora, el hemisferio cerebral izquierdo (al que se denomina «racional y consciente») se encarga de procesar aspectos nuevos, originales y complejos, el lenguaje hablado y escrito y la capacidad de la lectura; el derecho (al que se denomina «emocional e intuitivo») se encarga de procesar elementos familiares y estereotipados de la experiencia vivida (como el reconocimiento de rostros humanos) y la percepción espacial y musical. Según los datos, en los hombres predomina el hemisferio izquierdo; en las mujeres, ambos hemisferios están más interconectados.

Lo que esto significa no se sabe con certeza, pero algunos infirieron que el cerebro femenino no es racional, puesto que todas sus capacidades intelectuales están impregnadas de un componente emotivo, idea que no constituye ninguna novedad, puesto que encaja en la antigua asociación de mujeres con sentimiento y hombres con lógica. Claro que del mismo dato se podría también inferir que el sexo femenino es más racional, puesto que todas sus emociones están impregnadas de razón. Pero en realidad, todo eso es ocioso y obedece al error de sobrevalorar aquellos rasgos que se atribuyen de preferencia a los hombres. Como dice el neurocientífico Antonio Damasio: «Parece que solo importa pensar, la razón, y que lo que subyace a ella, la emoción y el ser, son menos importantes, cuando en realidad forman un todo». Damasio afirma que el ser, las emociones y los sentimientos tienen «una gran influencia en la imaginación y en los procesos de pensar y razonar».³⁶

La actitud de la ciencia como salvaguarda de las jerarquías sociales, raciales y sexuales continuó durante el siglo XX no solo con las teorías de la lateralización cerebral, sino también con la neuroendocrinología, sociobiología, los estudios de la diferenciación sexual del cerebro y los de la evolución humana.³⁷ A juzgar por la historia, y en tanto la ciencia no se libre de prejuicios sexistas, es fácil que se siga intentado darle vueltas a la tuerca. Todo esto con un efecto de hacha en la nuca de las mujeres, porque, como afirma Ernst Jünger, «el homicida mata con el cuchillo, la difamación con la uña y sin riesgo, como el escorpión».

36. Entrevista realizada por Eduardo Punset en *Cara a cara con la vida, la mente y el universo. Conversaciones con los grandes científicos de nuestro tiempo*, Destino, Barcelona, 2004, p. 168.

37. A. Gómez Rodríguez, «Ciencia y valores», *op. cit.*

2. Genialidades y monerías

Si la mujer no encanta no la elige el hombre para hacerla esposa que sea madre de hijas hermanas de sus hijos.

Ortega y Gasset

La ciencia no carece de sexo; la ciencia es un hombre, es un padre, y además está infectada.

Virginia Woolf, *Tres guineas*

Cualquier idea que se defiende únicamente para proporcionar sentimientos agradables o para asegurar la estabilidad de una organización o costumbre en particular ha de conducir a las personas en términos de ilusiones aparentemente satisfactorias y reconfortantes, en vez de ir en busca de la verdad.

David Bohm, *Sobre la creatividad*

El macho de Darwin

Las conclusiones establecidas de antemano sobre la capacidad mental de las mujeres llevan un buen tramo de historia, y en el siglo XIX, con el enorme prestigio del evolucionismo, estaban volviendo a echar brotes. Por cierto que la nueva teoría no resultó ser tan nueva. Según señaló John Dewey, ya se venía asomando desde mucho tiempo atrás en la filosofía europea, cuando fue redescubierta o replanteada por Darwin en 1859 en *El origen de las especies* con relación a los cambios biológicos.

Darwin dijo, entre otras cosas, que al tener que cazar, defender a «sus hembras» y competir por ellas, el macho humano había desarrollado no solo tamaño, fuerza, coraje y aspecto físico, sino «facultades mentales superiores, como observación, razón, invención o imaginación [...], de modo que concluyó por ser superior a la mujer» en todos los terrenos. En 1871, en *El origen del hombre y la selección sexual*, afirma que «el hombre es más valiente, combativo y enérgico que la mujer, tiene un genio más inventivo y un cerebro “absolutamente más

grande”, aunque reconoció no haberse comprobado «plenamente si lo es en proporción a un cuerpo más grande». Recordemos que no fue hasta la década de los años noventa cuando Thomas von Soemmerring estableció la proporción entre el cerebro y el peso corporal y Ackermann dedujo de ahí el mayor tamaño del cerebro femenino.

Con estas ideas, Darwin echó leña al fuego de la discriminación sexual, la ginofobia y la misoginia que le precedían en varios miles de años, y que en adelante pudieron recurrir a la «verdad científica» para apoyar prejuicios y exclusiones contra las mujeres y otros grupos desclasados. Sus trabajos proporcionaron fundamentación teórica y mayor alcance también al racismo y al clasismo de anatomistas, fisiólogos, frenólogos, antropólogos y psicólogos.¹

El origen de las especies les cayó como una piedra en la cabeza a ciertos sectores religiosos horrorizados de que, según pensaban y para decirlo en simple, les cambiaran a Adán por un mono. Sin embargo, salvo Antoinette Brown Blackwell, a quien no se le hizo caso, nadie rehusó ante sus postulados sobre los sexos: a las descendientes de Eva porque no se las autorizaba para protestar; a los descendientes de Adán porque a esos les habían convenido de toda la vida. Es más, en un artículo publicado en 1878, un tal Manuel Polo y Peyrolón, catedrático de instituto en Valencia, ironiza respecto a las teorías del evolucionismo en un texto digno de figurar en una antología de la estupidez: «Mujer, tití, puerco-espín, mastodonte, perro pachón y asno, venerables y antiquísimos antepasados de Darwin, permitidme que os salude y abrace fraternalmente; cayeron para siempre las barreras fantásticas que nos separaban; ha sonado la hora de que hagamos vida cariñosa y común, como a miembros de la misma familia corresponde».²

Tampoco rehusó casi nadie ante los postulados racistas y clasistas del evolucionismo puesto que eso les había convenido, también de toda la vida, a los amos que se beneficiaban de la servidumbre y la esclavitud. Y además, de cualquier modo era muy difícil reclamar: la

1. Amparo Gómez Rodríguez, «Ciencia y valores en los estudios del cerebro», *Arbor. Ciencia, pensamiento y cultura* CLXXXI 716, noviembre-diciembre de 2005 [en línea] <<http://arbor.revistas.csic.es/index.php/arbor/article/viewFile/405/406>> [Recuperado: 6/IX/2010].

2. «Parentesco entre el hombre y el mono», cit. por Consuelo Triviño, «Teorías sobre la inferioridad de las mujeres en la novela del siglo XIX en España» [en línea] <<http://www.omni-bus.com/n20/consuelo.html>> [Recuperado: 18/V/2011].

ciencia se había erigido para entonces, en Europa y en los Estados Unidos, como dice Amparo Gómez Rodríguez, en «un nuevo valor sagrado», «el discurso de la verdad», la más auténtica, neutral, impersonal, desinteresada y objetiva forma de conocimiento. El varón blanco se representaba como el científico por excelencia: rígido, riguroso, racional, objetivo, impersonal, competitivo y no emocional, y por todo eso, dueño de una palabra irrefutable.³ En todo caso, Virginia Woolf lo vio claro cuando advirtió que la ciencia no carecía de sexo: era un hombre, un padre y además estaba contaminada.⁴

Apenas a cuatro años de *El origen del hombre*, el catedrático español Urbano González Serrano afirmaba en sus *Estudios de moral y filosofía* que en las mujeres se observaba cierta inferioridad intelectual, les faltaba la fuerza creadora y no podían acceder por ello a la esfera superior de las ideas ni a los estudios serios.⁵ Y por si las moscas, el catedrático anticipaba que ni la educación ni ningún principio filosófico podrían nunca cambiar la índole fisiológica del sexo ya que, según él afirmaba, «el calor del ovario enfría el cerebro».⁶ Mala memoria además o buena ignorancia, porque históricamente el gran defecto que se les había atribuido a las mujeres desde la época de Aristóteles era precisamente la falta de calor en sus órganos reproductivos.

En la visión evolucionista, hombres y mujeres se diferenciaban fisiológica, anatómica, morfológica y funcionalmente, lo que resultaba en diferencias respecto de las facultades, capacidades y habilidades.⁷ Con esta teoría se extiende la idea de que los dones mentales se constituyen de manera evolutiva, se transmiten por herencia, se manifiestan en grado superior en hombres blancos, y en menor grado en razas no blancas y en mujeres de cualquier raza. Como bien señala Amparo Gómez, «la interpretación de las diferencias morfológicas viene determinada por el *a priori* de la superioridad masculina»; no de la entera

3. «Ciencia y valores», *op. cit.*; Silvia García Dauder, *Psicología y feminismo: historia olvidada de mujeres pioneras en psicología*, Narcea S.A. de Ediciones, Madrid, 2005, pp. 27, 95.

4. Virginia Woolf, *Tres guineas*, trad. de Andrés Bosch, Lumen, Barcelona, 1980, p. 188.

5. Cit. por Nerea Aresti, *Médicos, donjuanes y mujeres modernas. Los ideales de feminidad y masculinidad en el primer tercio del siglo XX*, Biblioteca Universitaria, Bilbao, 2001, cap. I, p. 30.

6. Cit. por N. Aresti, *op. cit.*

7. A. Gómez Rodríguez, *op. cit.*

masculinidad, desde luego, sino la de raza blanca; no de todas las edades, sino de la edad adulta; no de todas las clases sociales, sino de las clases medias y altas. O sea, se trata de lo que Amparo Moreno Sardá llama el «colectivo viril hegemónico». Sus miembros, «para incorporarse a los espacios sociales desde los que se ejerce el poder, para constituirse en *centro hegemónico*, y para legitimarse en él y legitimarlo, se autodefinen *superiores*», respecto de los grupos que no tienen «voluntad de poder». Crean así un sistema jerárquico imaginario de clasificación social que «les permite autoconvencerse de su falaz superioridad, dotarse de cohesión interna, de un consenso o sentir común», que además tratan de imponer a otras personas «por medio de la coerción y de la persuasión disuasoria». ⁸ De este modo sus prejuicios se constituyen en ese *a priori* que, señala Amparo Gómez, «contamina todas las inferencias que se puedan establecer [...]. La diferencia es siempre de los otros y siempre negativa: “mujeres”, “salvajes”, “idiotas”, “negros”». ⁹

Esto significa que el *a priori* del evolucionismo no era inocente, como no lo es nada en esta historia. Tenía filo y se pretendía usarlo contra cualquier intento de asomar la cabeza por debajo de la bota del amo, por parte de los pueblos y clases dominadas y contra las mujeres que, como grupo, desde los tiempos de la Revolución Francesa, cogiendo la ocasión por el copete, habían empezado a clamar por sus derechos. En general, las ideas evolucionistas se utilizaron a favor de los grupos hegemónicos para desanimar las diferentes luchas sociales. Así por ejemplo, en Estados Unidos, en 1885 un destacado clérigo afirmó que el malestar laboral tenía un origen «fisiológico»; otros vieron a los pobres como «una “raza” aquejada de tendencias rebeldes de origen patológico». Antes de la guerra civil norteamericana, según el doctor Samuel A. Cartwright, la propensión de los esclavos a fugarse tenía su origen en una anomalía congénita de la sangre (la «*drapetomania*») que se curaba con trabajo y azotes. Y para algunos ginecólogos, las demandas femeninas no eran más que el «síntoma de un trastorno ovárico fundamental». ¹⁰ El plan era sencillo y claro: «Astucia y mala intención, y no perder la ocasión».

8. Amparo Moreno Sardá, *De qué hablamos cuando hablamos del hombre*, Icaria, Barcelona, 2007, p. 128.

9. Amparo Gómez, *op. cit.*

10. Ver Barbara Ehrenreich y Deirdre English, *Brujas, comadronas y enfermeras*.

La hembra de Spencer

Herbert Spencer, en la segunda mitad del siglo XIX, replanteó la teoría evolucionista respecto del estudio científico de la psicología, la sociología, la biología, la educación y la ética,¹¹ y resucitó la llamada «ley de la energía», considerada fundamental por los médicos. Según esta supuesta «ley», cada cuerpo humano contenía una cantidad determinada de energía, la cual se encauzaba en mayor o menor medida hacia uno u otro órgano o función, que solo podían desarrollarse en detrimento de los demás. Se trataba de una idea bastante antigua, enunciada en el siglo XVI por Huarte de San Juan con el mismo propósito con el que Spencer la resucitó, o sea, para limitar las actividades de las mujeres en beneficio de sus órganos reproductores. Según Spencer, ellas debían encauzar su energía física hacia la matriz, y moderar o interrumpir cualquier otra actividad durante la primera menstruación, el embarazo y la menopausia.¹²

En un artículo de 1873,¹³ afirma que debido a su «costo psicológico» y a la «reserva de poder vital para enfrentar el costo reproductivo», la maternidad detiene pronto en las mujeres «la evolución individual», mientras que en el hombre continúa. Ellas sufren un paro evolutivo físico y mental, manifiesto en el «crecimiento más bien pequeño del sistema nervomuscular, de modo que las extremidades que actúan y el cerebro que las hace actuar son menores». Además, presentan «una caída perceptible» en las facultades intelectual y emocio-

Historia de las sanadoras. Dolencias y trastornos. Política sexual de la enfermedad, trad. de Mireia Bofill y Paola Lingua, 3.^a ed., Horas y Horas, Barcelona, 1988, p. 65.

11. Según Brian Holmes, Spencer en sus *Principios generales* dedujo las leyes de la evolución de los cambios en el sistema solar, la estructura y el clima de la tierra, las plantas y los animales, y los hombres y la sociedad. El cambio, según estas leyes universales, comprende procesos de integración y diferenciación. Darwin aclaró que él, a diferencia de Spencer, limitaba su teoría a los cambios biológicos. Ver. Brian Holmes, «Herbert Spencer (1820-1903)» *Perspectivas: revista trimestral de educación comparada* (UNESCO: Oficina Internacional de Educación, París), vol. XXIV, n.º 3-4, 1994 [en línea] <www.ibe.unesco.org/publications/.../spencers.pdf> [Recuperado: 5/XI/2010].

12. Sobre ese asunto, ver B. Ehrenreich y D. English, *op. cit.*, pp. 52-53.

13. Herbert Spencer, «Psychology of the Sexes», *Popular Science Monthly*, vol. 4, noviembre de 1873, *Psychology of the Sexes* [en línea] <http://en.wikisource.org/wiki/Popular_Science_Monthly/Volume_4/November_1873/Psychology_of_the_Sexes> [Recuperado: 4/XI/2010]. Todas las citas de Spencer aquí proceden de este mismo texto.

nal, «las cuales son los productos finales de la evolución humana, el poder abstracto de razonar» y «el sentimiento de justicia» que es «la más abstracta de las emociones».

En otras palabras, puesto que su única finalidad la dictaba el útero, que además les implicaba tan gran costo de energía vital, las mujeres tenían no solo menos energía, sino menos de todo: de desarrollo muscular, de desarrollo nervioso, de solidez y capacidad mental, de poder de abstracción y hasta de cualidades morales.

Señala Amparo Gómez que para Spencer no era solo que las mujeres tuvieran un cerebro inferior, sino que así debía ser, puesto que, según él, su desigualdad física y mental se origina en la función reproductiva, para la cual no requieren de atributos intelectuales, y como no los requieren, «no tienen por qué» desarrollarlos. A juicio de Amparo, «aun cuando no se cuestionaran las premisas, que obviamente son totalmente cuestionables, en su argumento encontramos un paso inaceptable de lo que supuestamente es a lo que debe ser». Como dice ella, «todo lo que se puede concluir de las premisas propuestas es que la mujer *no tiene cualidades intelectuales superiores*». Si se concluye que no solo no las tiene, sino que *no tiene por qué tenerlas*, o lo que es lo mismo, *no debe tenerlas*, es porque en el razonamiento existe una premisa velada, implícita: que las mujeres podrían llegar a adquirir tales cualidades de alguna manera.¹⁴ De hecho, Spencer concedía que «bajo una disciplina especial» su intelecto incluso daría «productos más altos» que el de la mayoría de los hombres, pero, advertía que «no contamos esto como verdaderamente femenino si disminuye el cumplimiento de las funciones maternas», y que para ser femenino un intelecto debe «coexistir con la producción y nutrición del debido número de niños saludables». Así pues, en su visión de las mujeres, el fundador del darwinismo social resultó ser casi o sin casi peor que Darwin.

Según su razonamiento, si ellas estudian, degeneran; si degeneran, transmiten esa degeneración directamente a su prole; si la prole degenera, desaparece la sociedad, se resiente la especie total y se atenta contra la evolución.¹⁵ De modo muy curioso, en la teoría spenceriana las mujeres no transmitían a la descendencia sus incapacidades ner-

14. Amparo Gómez, *op. cit.* Todas las cursivas son suyas.

15. *Ibid.*

viosas y mentales innatas, sino solo las adquiridas por estudiar, incongruencia que había hecho notar en España la abogada Concepción Arenal. Igual creía que las características raciales, si no eran genéticas, podían transferirse también de una a otra generación, hipótesis que, señala Brian Holmes, «sirve tanto para los racistas como para los antirracistas».¹⁶

Estas tres ideas: el detenimiento del desarrollo individual de las mujeres, que las confinaba a un infantilismo perpetuo y las acercaba a los animales; el peligroso costo para su salud personal de distraer la energía en otra cosa que no fuera la procreación; y el más peligroso costo para la especie de que cultivaran su intelecto, se constituyeron en poderosos mecanismos disuasorios, con lo cual Spencer estaba haciendo de un camino tres mandados. En el siglo XIX, cuando las mujeres reclamaban con más fuerza sus derechos al estudio, al trabajo, al voto y a la autonomía, los spencerianos planteaban la conveniencia general de que no se salieran del tiesto. Se decía que en bien de sí mismas y en bien de la especie, pero en realidad solo se trataba de resguardar los privilegios de los que se creían los seres más evolucionados de la creación. Verdaderamente, como dice el refrán, «por mucho que quiera ocultarse la cola del asno, él muestra siempre sus orejas».

Los genios de Galton

Un día, en 1869, el británico Francis Galton publicó *El genio hereditario*. Con esta obra, según se dice, inaugura los estudios sobre las diferencias individuales, las mediciones mentales, la controversia naturaleza/educación, la eugenesia y la inteligencia femenina. A decir verdad, la inteligencia femenina (o más bien la falta de ella) se venía discutiendo «científicamente» ya por lo menos desde Aristóteles.¹⁷ Se supone que los estudios de Galton constituyeron un gran avance para la ciencia, pero de hecho constituyeron también un gran retraso para la

16. B. Holmes, *op. cit.*

17. Linda Kreger Silverman, «Todo empezó con Leta Stetter Hollingworth: historia de la superdotación en las mujeres», en *Niñas, mujeres y superdotación*, trad. de Pablo Villedangos, Narcea, Madrid, 1999, p. 37.

sociedad: con ellos proporciona, como dice Linda Kreger, «la “prueba científica” de los prejuicios de su tiempo».¹⁸ Para sus fines, Galton inventó un test mental mediante el cual evaluó a 9.337 personas, que le llevaron a concluir... Pero a estas alturas, usted no dudará de qué le llevaron a concluir. Pues sí. Concluyó que los hombres superaban a las mujeres en cualquier dimensión.¹⁹ Aunque suene raro, es exactamente lo que ya había concluido Platón sin test mentales como unos 2.400 años antes de él: «El un sexo es ampliamente aventajado por el otro en todos o casi todos los aspectos».²⁰ De donde ninguno de los dos concluyó tampoco que esto podía deberse a que «el un sexo» vivía con una enorme cantidad de ventajas sociales sobre el otro en todos o casi todos los aspectos; y a que quienes sacaban tales consecuencias pertenecían todos al sexo ventajoso.

Eminentísimas eminencias

Entre finales del siglo XIX y principios del XX, se defendía la idea de que los cerebros masculinos ocupaban una enorme gama desde la extrema estupidez hasta la suprema excelsitud, en tanto que los femeninos ocupaban siempre y todos un punto intermedio, caracterizado por la mediocridad: esto hacía que las mujeres no fueran ni muy geniales ni muy tontas. Era la teoría de la variabilidad. En 1891, el psicólogo Joseph Jastrow, de la Universidad de Wisconsin, pareció probarlo mediante tests. Otros psicólogos (Havelock Ellis, James McKeen Cattell, Edgar Thorndike) pensaban que eso lo demostraba el mayor número de varones tanto en establecimientos para deficientes mentales como entre genios y machos eminentes. Cattell y Thorndike, en la primera década del siglo XX, atribuían la supuesta variabilidad masculina a una mayor evolución. A juicio de Thorndike, «incluso si la media de la capacidad de los varones es algo menor que la de las mujeres, todavía la superioridad en la variabilidad masculina significaría que de los

18. *Ibid.*, pp. 37-38.

19. *Ibid.*, p. 35.

20. *La República*, t. II, trad. de José Manuel Pabón y Manuel Fernández Galiano, Centro de Estudios Constitucionales, Madrid, 1981, p. 122.

cien individuos más aptos en este país [se refiere a los Estados Unidos], ni siquiera dos serán mujeres».²¹

Cattell, a quien se le considera uno de los psicólogos más importantes entre finales del siglo XIX y principios del XX, describía a las aproximadamente 400.000 maestras que por entonces había en Estados Unidos como una «vasta horda de mujeres» que tendía «a subvertir tanto la escuela como la familia». Y aun considerándolas «más baratas que los varones de igual educación y habilidad» y «buenas» en su oficio, especialmente las jóvenes (a las que atribuía una «intuitiva comprensión de los niños»), estimaba que el problema era «de calibre» como para plantear «si no sería una ventaja para el país descartar a toda la plantilla del sistema educativo».²² Este hombre, aclamado a su muerte por el *New York Times* como «el Decano de la ciencia norteamericana», aportó «evidencia» de la genialidad masculina mediante estudios estadísticos y biográficos de hombres eminentes, sobre todo de élites científicas, como él. En un estudio de 1903, elaborado a partir de la frecuencia de apariciones en directorios biográficos, concluyó que «como cuestión de hecho, las mujeres no tienen un lugar importante en la lista»: entre mil personas, solo hay 32, y «de ellas once pertenecen a la realeza por herencia y ocho son eminentes gracias a infortunios, a su belleza o a otras circunstancias...». La razón, a juicio de Cattell, es que las mujeres «se alejan menos de la norma, un hecho que generalmente se aplica a todas las hembras de las especies animales».²³ No se le ocurrió a su eminentísimo cerebro que, estar en una lista de celebridades o no estarlo, no depende solo de serlo sino de lo que se estime como eminente.

Por los mismos años, el filósofo alemán Otto Weininger veía la genialidad, como «una especie de masculinidad superior», por lo que «la mujer nunca podrá ser genial»; es «incapaz» de serlo; tampoco puede «comprender el genio» a menos que esté «ligado a un determinado individuo todavía viviente». Pero ya no digamos solo eso, sino algo peor, porque según afirma, a las mujeres les falta claridad de con-

21. Edward Lee Thorndike, «Sex in education», *The Bookman*, cit. por S. García Dauder, *op. cit.*, p. 34.

22. «The school and the family», *Popular Science Monthly*, 1909, cit. por S. García Dauder, *op. cit.*, p. 29.

23. «A statistical study of eminent men», cit. por S. García Dauder, *op. cit.*, p. 34.

ciencia, lógica y memoria. O más bien, memoria sí tienen, pero solo la suficiente para los recuerdos que se refieren al impulso sexual y la procreación. En cambio, afirmaba, «puede decirse que *ningún ser masculino* está totalmente desprovisto de genio»,²⁴ lo cual nos recuerda a Virginia Woolf cuando decía que «alabar al propio sexo es siempre sospechoso y a menudo tonto».²⁵

Leta Hollingworth, una de las primeras psicólogas estadounidenses, se atrevió a quitarle el hojaldre al pastel que estaban horneando sus colegas masculinos. «Si se hubiera encontrado —alegó ella— que existen más mujeres entre los internos de asilos para deficientes mentales, se habría utilizado como evidencia de la general cualidad inferior de la mente femenina». Para Leta, lo que constituye una conducta inteligente es una noción relativa que opera de forma distinta según el sexo. A las retrasadas no se las institucionaliza porque el rol social femenino de amas de casa o prostitutas admite e integra mejor las deficiencias que el rol masculino, el cual exige competitividad e independencia económica.

Respecto de la genialidad, ella indicó que antes de explicar la menor eminencia femenina refiriéndose a una menor variabilidad, se debería considerar el hecho establecido de que las mujeres crían y cuidan a sus hijos, dedicando gran parte de su tiempo y energía a la realización y supervisión de las tareas domésticas, un campo donde la eminencia todavía no ha sido posible;²⁶ «una mujer de fuerza natural hercúlea» no lava los platos, ni cocina, ni pare «de modo mucho más exitoso que otra de fuerza ordinaria. Pero un hombre de fuerza natural hercúlea es libre de abandonar la carpintería o la agricultura y convertirse en un boxeador profesional o un herrero, ejercitando e intensificando con ello sus cualidades de nacimiento».²⁷

El problema era que Cattell, Jastrow, Ellis y todos los demás no estaban intentando averiguar si había más variabilidad entre los hombres. Obviamente los deficientes mentales nunca habían constituido

24. Otto Weininger, *Sexo y carácter*, trad. de Felipe Jiménez de Asúa, Península, Barcelona, 1985, pp. según el orden de las citas 117, 118-119, 150, 128, 121. La versión original de esta obra procede de 1903. Las cursivas son suyas.

25. *Una habitación propia*, trad. de Laura Pujol, 4.ª ed., Barcelona, 1995, p. 117.

26. S. García Dauder, *op. cit.*, p. 134; Esperanza Bosch, Victoria A. Ferrer y Aina Alzadora, *El laberinto patriarcal*, Anthropos, Barcelona, 2006, p. 136.

27. Cit. por L. Kreger Silverman, *op. cit.*, p. 45.

un tema gratificante para ellos. Lo que intentaban era demostrar una mayor genialidad que ya se daba por hecho desde épocas inmemoriales, cuyos antecedentes más cercanos provenían del siglo XIX.

Monerías e inesencialidades

Schopenhauer, escribiendo hacia mediados de ese siglo, llegó a afirmar que las mujeres «poseen a menudo espíritu, a veces genio, pero inteligencia ¡nunca!». En otros pasajes se contradice para afirmar que «en realidad, no pueden tener genio; cuando mucho llegan a tener talento»; pero «carecen de verdadera comprensión y sensibilidad hacia la poesía y las artes figurativas»; y «cuando aparentan tenerlas, es en realidad solo una monería al servicio de su coquetería». A su juicio, «las cabezas más dotadas entre todo el sexo femenino nunca lograron crear una única obra realmente grande, genuina y original en las bellas artes y, en general, nunca fueron capaces de producir una obra perdurable». Por si alguien intentara señalarle con el dedo a algunas de las mujeres brillantes contemporáneas suyas, él se adelantaba a afirmar que «las pocas y parciales excepciones no cambian los hechos».²⁸

He aquí las deficiencias de «la mujer» según las pinta Schopenhauer: «padece miopía intelectual que, por una especie de intuición, le permite ver de un modo penetrante las cosas próximas»; «su horizonte es muy pequeño y se le escapan las cosas lejanas»; en ella actúa «mucho menos» «todo lo ausente, lo pasado o lo futuro»; «los niños demuestran, por lo general, deseo de aprender; las niñas, por el contrario, demuestran solo curiosidad, a veces en grado asombroso y marcado, a menudo, por una exasperante ingenuidad. Es aquí cuando ya se anuncia la inclinación específica del sexo femenino hacia lo particular y su insensibilidad hacia lo universal». Y todavía le pone la cereza al vaso: «*El ser humano*, a diferencia de los animales, no vive tan solo en el momento presente [...]. *La mujer, por el contrario*, dada su razón más débil, participa menos de las ventajas y desventajas de

28. Arthur Schopenhauer, *El arte de tratar a las mujeres*, Edición y ensayo de Franco Volpi, Villegas Editores, Colombia, 2005, pp. 38-39, 101, 103.

todo ello».²⁹ Alguien se estará preguntando si la pobrecita mamá de Arthur balaba, roznaba, maullaba o mugía.³⁰ En todo caso él sí que berreaba. Tal vez el veneno de Schopenhauer, y el de otros como él, podría explicarse por algo que ha hecho ver Luis Moraza: el hombre desplaza y proyecta sobre el cuerpo de la mujer «el carácter innecesario, inestable, precario, incompleto, emocional, pasivo... toda la precariedad orgánica y psicológica» que «no se reconoce para sí»; el aparato cultural de dominación proyecta una debilidad, y «es el más débil quien más necesita dominar».³¹

Unos gramos menos exagerado que Schopenhauer, su contemporáneo Fichte se inventa una figura femenina un poco diferente: tonta pero buena; o más bien, buena pero tonta. Según él (tal como lo expone Juan Cruz Cruz), los varones transforman «en *conceptos* claros» todo lo que intentan y lo desarrollan «mediante razonamientos». Las mujeres tienen «un natural *sentimiento* distintivo para lo verdadero y lo bueno», que les supone una lista de carencias y restricciones larga como un día sin pan: no tienen carácter especulativo; no pueden hacer descubrimientos, ni penetrar «las cosas que están más allá de los límites de su sentimiento», ni «brillar» en filosofía y matemáticas. No deben «de ningún modo» escribir para los hombres «por sed de celebridad y por vanidad», ni acceder a la ciencia, los derechos y el cultivo de la mente, todo lo cual les es «inesencial». La que lo exija «ha renunciado ya al pudor y la dignidad femenina», por lo tanto no hay que hacerle caso. Además, eso para ellas es solo «apariencia externa», «celebridad que destruye el pudor y el amor confesados a su marido», sobre los cuales debe reposar toda su «dignidad». Lo «esencial» se lo dan los hombres «inmediatamente». Ella debe ser «razonable y virtuosa» para «no significarse históricamente» y no centrar el orgullo en sí misma sino solo en su marido y sus hijos.³² Punto final. Al menos para

29. *Ibid.*, pp. 38-39, 101, 103. Las cursivas son mías.

30. En realidad la madre de Schopenhauer, Johanna Trosenier, a cuyo salón literario asistían renombrados intelectuales, era una literata reconocida en su tiempo. Sus crónicas y novelas, compiladas en 1830, abarcan 24 tomos.

31. «La visibilidad de la falta, el símbolo falo», *Fantasmática* [en línea] <<http://www.estudiosonline.net/texts/moraza.html>> [Recuperado: 31/VIII/2008].

32. Las citas de Fichte proceden de Juan Cruz Cruz, «Amor esclavo. El destino de la mujer en Fichte» [en línea], *Thémata. Revista de Filosofía* n.º 9, 1992, pp. 97-112 [en línea] <www.institucional.us.es/revistas/revistas/themata/pdf/09/08%20cruz.pdf> [Recuperado: 5/II/2010]. Las cursivas son del original.

Fichte, no para aquellas que estaban dejando de creer (si es que alguna vez habían creído) en tan anómala dignidad. Ciertamente muchas estaban pidiendo lo que Fichte consideraba para ellas inesencial. Querían ir a las universidades, ejercer profesiones, ser autónomas. Las pocas que lo conseguían estaban demostrando que las mentiras eran mentiras, aunque se vistieran de togas, sotanas o gabachas.

Protozoos prehistóricos y hermafroditas psíquicos

En 1821, el filósofo alemán Georg Wilhelm Friedrich Hegel declaró que las mujeres «no están hechas para las ciencias más elevadas, para la filosofía y para ciertas producciones del arte que exigen un universal», ni tampoco para el gobierno porque pondrían en peligro al Estado puesto que «no actúan según exigencias de la universalidad, sino siguiendo opiniones e inclinaciones contingentes».³³ Casi dos decenios después de Hegel, Auguste Comte, al que algunos consideran creador del positivismo y de la sociología, calificaba de «incontestable» la inferioridad mental de las mujeres. Ellas están poco capacitadas para el esfuerzo mental intenso y continuo, debido, o bien a «la debilidad intrínseca de su raciocinio», o bien a su «ligera sensibilidad moral y física, que son hostiles a la abstracción científica y a la concentración».³⁴

En 1889, los sociobiólogos escoceses Patrick Geddes y J. Arthur Thompson afirmaron que los seres masculinos y femeninos poseen una constitución radicalmente distinta a partir de su metabolismo, que la educación o el ambiente no pueden variar: «Lo que fue decidido entre los protozoos prehistóricos no puede ser anulado por un Acta de Parlamento». Estas características quedan expresas ya desde el óvulo

33. *Principios de la filosofía del derecho* (1821), cit. por Alejandra Castillo, «La exclusión de la mujer de la esfera pública en la Filosofía del Derecho de Hegel», Documento n.º 7, Universidad de Chile, Santiago de Chile, noviembre de 2001 [en línea] <http://mazinger.sisib.uchile.cl/repositorio/pa/ciencias_sociales/c200343132laexclusiondelamujerdelaesferapublica.pdf> [Recuperado: 30/VIII/2011].

34. Cit. por Sherezada (Chiqui) Vicioso, «Hostos y su concepción sobre la mujer: las secretas influencias» [en línea] <<http://www.cielonaranja.com/hostoschiqui3.htm>> [Recuperado: 25/X/2009].

y el espermatozoide: los «animales hembras» son «más grandes, más pasivos, vegetativos y conservadores», mientras los machos son más pequeños, más activos, de mayor temperatura corporal y más corta vida. De su constitución *pasiva* o *activa*, se derivan las características psicológicas de mujeres y hombres: en ellas, emociones altruistas relacionadas con la maternidad, constancia en el afecto, paciencia, mayor estabilidad y sentido común, capacidad de apreciar los detalles sutiles, rapidez de intuición, apertura mental; en ellos, mayor independencia, valor, pasión, actividad, lo cual les proporciona un amplio abanico de experiencias que aumenta su capacidad intelectual, su originalidad y su capacidad de abstracción.³⁵

Moebius, un neurólogo alemán simpatizante de la frenología, seguidor del evolucionismo spenceriano y admirador de Schopenhauer, todo lo cual, a juicio de Amparo Gómez, «le convierte en prototipo de científico acreditado en la época»,³⁶ cerró el siglo XIX con flores y pastel: en su libro *La inferioridad mental de la mujer*,³⁷ establece que a más desarrollo mental, menos instinto; y a mayor reflexión, mayor individualización. Puesto que en las mujeres, según él dice, prevalece el instinto, en ellas el individualismo tiene «una base morbosa»; «muy raramente se encuentra alguna con verdadero talento, y si se encontrara, no sería más que un caso de «hermafroditismo psíquico».

Moebius creía que los hombres nacieron para ejercer múltiples actividades porque «la naturaleza» les asignó «metas más elevadas»: por eso son muy talentosos; las mujeres nacieron para reproducir la especie: por eso son «deficientes mentales». Esta deficiencia «fisiológica», y «psicológica», es «además muy necesaria», dado el «antagonismo entre la actividad cerebral y la procreación». Por todo eso, el talento femenino «por excelencia» es la «especial disposición para los asuntos del amor». La «vivacidad mental» de la mujer tiene por único objeto «atraer al hombre». Una vez atraído y luego de unos cuantos partos, ella decae y «se entontece»; «pierde, realmente, ciertas facul-

35. Las citas de Geddes y Thompson están tomadas de Pilar Iglesias Aparicio, «Mujer y salud: la escuela de medicina de mujeres de Londres y Edimburgo», cap. III, *La construcción de la visión de la mujer en la época victoriana* [en línea] <<http://www.biblioteca.uma.es/bbl/doc/tesisuma/16272791.pdf>> [Recuperado: 10/IV/2010].

36. A. Gómez Rodríguez, *op. cit.*

37. Trad. de Adan Kovacsics Meszaros, Bruguera, Barcelona, 1982.

tades que poseía al principio y aun con la mejor voluntad no podría emprender muchas cosas que antes hallaba fáciles».³⁸

El éxito del texto de Moebius se puede juzgar por el hecho de que solo entre 1900 y 1906 gozó de ocho ediciones. Los elogios se multiplicaban llamándolo «célebre», «genial» y repitiendo como un eco sus «verdades científicas». Pero también le llovieron algunos granizos, tanto por parte de hombres como por parte de mujeres, quienes lo califican de «curiosidad de anticuario», o advierten que sus verdades anatómicas pertenecen «a una época preanatómica», o que «jamás en su vida» ha oído hablar de sociología y nunca ha tenido «la oportunidad de hablar con un amplio número de mujeres cultas».

Por supuesto, el autor nunca se abstiene de replicar, insultando a sus atacantes, sobre todo cuando se trata de mujeres, las cuales, con solo desaprobarlo, prueban que él «ha juzgado con acierto la naturaleza psíquica femenina». En cambio, las que aceptan su libro manifiestan poseer una «inteligencia superior». El caso es que no sabemos ni quiénes ni cuántas lo aceptaron, puesto que ellas formaban parte de las «almas femeninas sanas», que se quedaban «en casa atendiendo a sus obligaciones». En cambio, las que lo refutaron pertenecían «a la categoría de las escritoras», todas las cuales eran «exaltadas» y «enfermas».³⁹

El libelo de Moebius fue traducido al castellano precisamente por una escritora, Carmen de Burgos, la cual confesó sentirse «fascinada» por él, como esperaba el autor que lo hicieran las poquísimas mujeres que gozaban de inteligencia. De todos modos, según cuenta Nerea Aresti, los españoles progresistas admiraron en él «la supuesta capacidad de la ciencia para dar respuesta a todo tipo de interrogantes y para desvelar también el misterio de la diferenciación sexual».⁴⁰

38. *Ibid.*, pp. 13, 17, 19, 22-23, 24, 25. Las cursivas son del original.

39. Las réplicas a Moebius y sus contestaciones por medio de los prólogos de las ediciones sucesivas están recogidas en la edición que manejo aquí. Las citas de este párrafo están tomadas en orden de aparición de las páginas 129-130, 135, 45, 75, 43, 58.

40. Aresti, *op. cit.*, cap. I, p. 35.

Almas concéntricas y costureras literarias

Uno de los muchos herederos ideológicos de Moebius fue José Ortega y Gasset, a quien se considera (junto con Miguel de Unamuno) «el intelectual más respetado de España». Para él, ya no es solo que a la mujer le falte genio, sino incluso que el genio le «horripila». ⁴¹ Y eso a pesar de que su misión «suprema» «sobre la tierra» es «exigir, exigir la perfección del hombre». ⁴² Para él, las mujeres conforman una masa indiferenciada carente de individualidad, a la cual nunca le ha interesado el macho genial más que cuando a lo genial «van adyacentes condiciones poco compatibles con la genialidad»; tampoco le interesan «las calidades que suelen estimarse más en el varón para los efectos del progreso y grandeza humanos». ⁴³ Algunos de los rasgos que el filósofo Ortega y Gasset les atribuye a las mujeres, tal como se desprende de sus ensayos recogidos en *Estudios sobre el amor*, ⁴⁴ son una «imaginación paupérrima» a la que debe «su honestidad habitual»; su fórmula de causalidad es «hacer al padecer»; su destino «no es la actividad», «su fuerte no es saber sino sentir»; se encuentra «a gusto, como en su elemento, cuando circula entre hombres mediocres»; «su intuición es más segura que en el hombre», «al revés que el don del intelecto»; tiene una tendencia «al misticismo, a la hipnosis y al enamoramiento», y un «alma concéntrica», «unitaria», «en extremo cotidiana», cuyo centro, «por muy inteligente que sea la mujer, está ocupado por un poder irracional». En un texto de 1929, agrega algunos rasgos más: «una relativa hiperestesia de las sensaciones orgánicas», una «inmortal propensión [...] al adorno y ornato de su cuerpo» y «un alma más corporal». ⁴⁵

Hasta ahora, todo lo que se ha dicho teológica o filosóficamente sobre el alma son puras elucubraciones, puesto que nadie sabe lo que

41. «La elección en el amor» (1927), *Estudios sobre el amor*, 15.ª ed., Madrid, 1964, p. 179.

42. Epílogo al libro *De Francesca a Beatrice* (de Victoria Ocampo), 1924. En *ibid.*, p. 32.

43. «La elección en el amor» (1927). En *ibid.*, pp. 177-178, 179.

44. Los ensayos son «La elección en el amor», «Epílogo al libro *De Francesca a Beatrice*», «Para una psicología del hombre interesante», «Amor en Stendhal». Las citas proceden de las pp. 29, 32, 33, 130, 166, 173, 179, 180.

45. «La percepción del prójimo», *Ideas y creencias*, 7.ª ed., Espasa-Calpe, Madrid, 1968, pp. 159, 161, 169.

es o si es. No obstante, el filósofo español, un verdadero prodigio, conocía el alma de las mujeres como la palma de su mano. Él sabía que se trataba de una cosa concéntrica, unitaria, cotidiana, irracional y «más corporal». Cómo lo hizo para enterarse, es un misterio tan grande como el de un Dios en tres personas. Asentada la estrechez del alma femenina, ya le era posible decir cualquier otra necesidad.

En 1923, en el ensayo «La poesía de Ana de Noailles» expone su teoría sobre la creatividad de las mujeres. Para comenzar, la mejor metáfora que se le ocurre como elogio a la autora es llamarla «hilandería mayor del lirismo francés».⁴⁶ Con el mismo corte de imágenes textiles y domésticas, se refiere a ella como la mujer que «con un fuego ejemplar, laboriosa, constante, hila cada lustro los versos de un libro que es siempre parejo a los anteriores —tan bello, tan cálido, tan voluptuoso».

En Perú Ventura García Calderón, trece años antes, utilizó la misma metáfora para descalificar la obra de Clorinda Matto de Turner, llamándola «costurera literaria», «genio de la vulgaridad, que *remendaba en prosa doméstica*, epistolar, novelas —novelas como de todas las *institutrices inglesas*— hasta que la muerte cortó *el carrete de hilo y detuvo la máquina*».⁴⁷ De hecho, comparar a las escritoras con costureras sigue siendo una especie de gracia pícara española. Francisco Umbral se refiere a las novelas surgidas de lo que él llama una «primera generación de posguerra», como caracterizadas por el realismo, luego el social realismo y el provincialismo que «explica bien la aparición de tanta literatura femenina, en su mayoría mediocre» entre las autoras de la época y las ganadoras del Premio Nadal, al que «*La Codorniz* llegó a titular “Premio Dedal”», «tan rico en ganadoras femeninas».⁴⁸ Dejando aparte la falsedad de esta última afirmación (en 68

46. Todas las citas que aquí se hacen de ese ensayo proceden de José Ortega y Gasset, «La poesía de Ana de Noailles», *Revista de Occidente*, julio de 1923. *Estudios sobre el amor* [en línea] <cashflow88.com/Club_de.../Ortega-Y-Gasset-Estudios_Sobre_El_Amor.pdf> [Recuperado: 24/V/2011].

47. Ventura García Calderón, *Del romanticismo al modernismo*, Pans, 1910, p. 283, cit. por Susana Reisz, «Para una historia del canon literario hispanoamericano: el “indigenismo feminista” de Clorinda Matto de Turner y la posteridad» [en línea] <www.raco.cat/index.php/Scriptura/article/viewFile/.../142606> [Recuperado: 24/V/2011]. Las cursivas son de S. Reisz.

48. Francisco Umbral, *Diccionario de literatura*, Planeta, Madrid, 1997, pp. 107, 140.

entregas se ha premiado a 55 hombres, incluido él, y solo a 13 mujeres), el hecho de que el muy laureado (y muy patán) escritor repita dos veces lo del dedal es un indicio de la permanencia de la asociación mujer y aguja. Las escritoras de posguerra no escribían novelas: solo echaban malos hilvanes a la literatura, como había de ser, según el viejo catecismo de Calderón de la Barca: «Sepa una mujer hilar, / coser y echar un remiendo, / que no ha menester saber / gramática ni hacer versos».

Volviendo a Ortega y Gasset, en su crítica a Ana de Noailles le pasa como al asno que, aunque intente ocultar la cola, siempre muestra las orejas. Quiere parecer elogioso, pero no es capaz de valorar ni una coma de la gran poetisa: en vez de leer y analizar sus páginas, repta sobre ellas, como un saurio, dejándoles roturas, manchas y arrugones: encuentra en los versos de la condesa, «lo mismo que en su prosa, una excesiva y monótona preocupación por el amor», que, en realidad, no es «propiamente amor» sino «simplemente voluptuosidad», una «perpetua cantinela voluptuosa». Puros calificativos censuradores: «monótona», «excesiva», «cantinela». Y esto que para él, «la poesía de la Noailles es espléndida» y «tal vez no haya habido en todas las literaturas modernas otra mujer dotada de parejo ímpetu poético». Luego el filósofo, que le hace ascos a la poesía de Ana por «voluptuosa», nos advierte que la «voluptuosidad femenina [...] es acaso, de todas las humanas impresiones, la que más próxima nos parece a la existencia botánica». No explica por qué, de modo que su afirmación es de una gratuidad absolutamente irresponsable, como la de quien está muy seguro de que nadie se va a atrever a bajarle el toldo. Y es que, claro, la de él no se trataba de una voz de solista sino de un verdadero canto coral que venía ya repitiéndose durante siglos. Eso sí, todos cantaban la misma parte.

Ortega y Gasset se pregunta, reconociendo ser «poco galante» y correr el «riesgo de suscitar en contra todas las banalidades del feminismo»: «¿Hasta qué punto puede alojarse en la mujer la genialidad lírica?». Hasta ningún punto, a su juicio, porque el lirismo «supone una innata capacidad para lanzar al universo lo íntimo de nuestra persona», y supone también que «el último núcleo de nuestra persona sea de suyo como impersonal y esté, desde luego, constituido por materias trascendentes», nada de lo cual ocurre en la «mujer normal». Ella, según la describe Ortega, es de naturaleza «privada» y «nativamente

ocultadora»; el contacto con el público le produce «un cauto hermetismo», y su alma «se cierra hacia dentro». Puesto que la lírica es movida por un «mecanismo de sinceridad», un «arrojar fuera lo íntimo», en la «mujer normal» este acto será siempre una «confesión ficticia», y cuando no es así, o sea, cuando es sincera, «sabe a cínico».

Ortega y Gasset no deja salida posible: o ajenas al lirismo o propensas al cinismo. Pero hay algo más: algunas podrían ser a tal grado cónicas que consiguieran arrojar lo íntimo con la sinceridad y la gracia necesarias para «trasmitir a la muchedumbre su secreto personal de una manera convincente y auténtica». Pero ¿qué secreto personal pueden tener las mujeres? No consiguen más que revelar un interior vacío, «la cosa más pobre del mundo». Todo esto tiene su clave obviamente, su razón de ser. Esa clave está en el hecho de que la mujer «es más bien un género que un individuo», y esta es una realidad, «evidente» —dice el filósofo español— a la que le parece «vano querer cegarse». Por eso, su mejor lírica, «al desnudar las raíces de su alma, deja ver la monotonía del eterno femenino y la exigüidad de sus ingredientes».

A juicio de Ortega, si hubiese habido más mujeres dotadas de talento formal para la poesía, «sería patente e indiscutido el hecho de que el fondo personal de sus almas es, «poco más o menos, idéntico». El filósofo intenta comprobarlo comparando a Ana de Noailles, contemporánea suya, con Safo de Lesbos, que vivió casi tres mil años atrás, a la que llama «la primera mujer versipotente». Y ¡qué curioso!: no encuentra diferencias: «los mismos temas e igual modulación», «la misma sensibilidad para el contorno cósmico», «la misma fuerza anónima del silencio», y estirando el hilo de sus falacias como una melcocha, llega al punto de afirmar que hasta se parecen en lo físico, pequeñas y morenas las dos. ¡Y esto a pesar de que nadie sabe cómo era Safo!

Unos años antes, en Francia, Verlaine declaraba a Marceline Desbordes «la única mujer de genio y de talento de su siglo y de todos los siglos, en compañía de Safo, quizá, y de Santa Teresa».⁴⁹ Y algunos años después, Alberto Zum Felde, en el prólogo de las *Poesías*

49. Paul Verlaine, «Los poetas malditos: IV. Marceline Desbordes-Valmore» [en línea] <http://es.wikisource.org/wiki/Los_poetas_malditos:_IV._Marceline_Desbordes-Valmore> [Recuperado: 9/1/2013].

completas de Delmira Agustini la declara genial, pero eso sí, «la única mujer genial desde Santa Teresa».⁵⁰ Y en la España del siglo XIX, Clarín, criticando a Emilia Pardo Bazán que luchó sin éxito por ingresar en la Academia de la Lengua, declaró: «Las señoras no deben ser académicas, porque ni de lejos igualan en mérito a los hombres [...]. No cabe duda de que hay mujeres de mucho talento; pero sin ofender a nadie, no cabe duda que, en general, comparadas con los hombres se quedan tamañitas».⁵¹

¿Por qué tanta insistencia si la cosa era tan clara y evidente? Fácil: porque decir lo pésimas que son las mujeres ayuda, por contraste, a revelar lo excelsos que son los hombres, los únicos que tienen, a juicio de José Ortega, las condiciones para la buena lírica, puesto que solo en ellos «es normal y espontáneo ese afán de dar al público lo más personal de su persona». Por si alguna ya estaba abriendo la boca para replicar, el filósofo se apresura a levantar el dedo admonitorio: «Es vano oponerse a la ley esencial y no meramente histórica, transitoria o empírica, que hace del varón un ser sustancialmente público y de la mujer un temperamento privado. Todo intento de subvertir ese destino termina en fracaso». Y si aún no nos queda claro, nos recuerda que no en vano «la máxima aniquilación de la norma femenina consiste en que la mujer se convierta en “mujer pública”, en tanto que el “hombre público” es la perfección de la misión varonil, el tipo más alto de existencia masculina».

En su interés por «probar» que la mujer más que «individuo» es «género», Ortega dice que pintar retratos femeninos es «la desesperación de la pintura». Para «singularizar la fisonomía copiada», el artista tiene que «acumular distintivos ornamentales, buscando en el traje diferenciaciones que faltan en la persona». «La mujer —dice él— es para el pintor, como para el amante, una promesa de individualidad que nunca se cumple».

Me imagino la cara que al leer esto pondría su esposa, Rosa Spottorno, que vivió con él casi medio siglo sin satisfacer, por lo que

50. Alberto Zum Felde, «Prólogo» a Delmira Agustini, *Poesías completas*, 3.^a edición, Losada, Buenos Aires, 1962, p. 10.

51. Paola Obelleiro, «Emilia, la adolescente rebelde» (4 de junio de 2012) [en línea] <http://ccaa.elpais.com/ccaa/2012/06/04/galicia/1338838266_057739.html> [Recuperado: 7/1/2013].

se deduce, ninguna promesa de individualidad y presumiblemente horrorizada por el genio del gran hombre que le tocó en suerte. ¿Lo habrá leído? Y si leía y comparaba y juzgaba, ¿habría notado la gran dificultad en diferenciar al pensamiento de su marido del de Schopenhauer, Spencer, Aristóteles, Lavater, Retzius, Hegel, Vogt, Comte, Hervé, González, Peyrolón, Ellis, Cattell, Thorndike, Winger, Moebius, Geddes, Thompson y toda la tira que le siguió? Y en caso de que lo notara, ¿habría caído en la cuenta de que todos ellos, indistintamente de si los separaban dos mil años, doscientos, veinte o dos o ninguno, a juzgar por su forma de pensamiento, tenían poco más o menos idéntico fondo personal?, ¿que todos venían a decir lo mismo, como si constituyeran parte de una masculina «masa indiferenciada carente de individualidad»?

Tomando en cuenta que entre *El genio hereditario* de Galton y «La poesía de Ana de Noailles» de Ortega habían transcurrido sesenta y cuatro años y muchos errores, resulta verdaderamente notable que hombres tenidos por inteligentes siguieran repitiendo ideas tan manidas. Tal vez es que, como afirma Ashley Montagu, «ni siquiera los profesores están inmunizados contra los razonamientos que parten de supuestos sin fundamento para llegar a conclusiones establecidas de antemano».⁵² O tal vez es que, como proponía Virginia Woolf, lo que a los profesores les preocupaba realmente no era la inferioridad de las mujeres, sino su propia superioridad, una «cualidad imponderable» y «valiosa» que se engendra «pensando que los demás son inferiores a nosotros», «una joya del precio más incalculable que les preserva la confianza en sí mismos». Por eso, dice Virginia, «la enorme importancia que tiene para un patriarca, que debe conquistar, que debe gobernar, el creer que un gran número de personas, la mitad de la especie humana, son por naturaleza inferiores a él. Debe de ser, en realidad, una de las fuentes más importantes de su poder».⁵³ Esto, sin tomar en cuenta, por supuesto, que considerar inferior a esa mitad le ha permitido mantenerla sin remordimientos a su servicio.

El problema es que, tal como lo plantea el físico teórico David Bohm, la defensa de una idea con el único fin de proporcionar sentimientos agradables o para asegurar la estabilidad de una organización

52. *La revolución del hombre*, 3.^a ed., Paidós, Buenos Aires, 1978, p. 157.

53. *Una habitación propia*, *op. cit.*, p. 50.

o costumbre en particular, no busca la verdad sino solo «ilusiones aparentemente satisfactorias y reconfortantes».⁵⁴ Respecto de lo que aquí hemos examinado, la reconfortante y satisfactoria fantasía por defender para los patriarcas, es que XY es la combinación genética perfecta, el número premiado de la lotería. En ese pilar ideológico se apoyan el orgullo masculino y la jerarquía sexual. Dos monolitos que no por antiguos y mohosos tienen menos vigencia.

54. *Sobre la creatividad*, Editorial Kairós, Barcelona, 2001, p. 67.

3.

En la rama más alta

Considero la crítica del determinismo biológico a la vez intemporal y oportuna. La necesidad de análisis es intemporal debido a que los errores del determinismo biológico son tan profundos e insidiosos, y debido a que la argumentación apela a las peores manifestaciones de nuestra naturaleza común.

Stephen Gay Gould, *La falsa medida del hombre*

La idea de que las mujeres son criaturas infantiles y emocionales, y como tales incapaces de responsabilidad e independencia, es producto de la tendencia masculina a debilitar su amor propio.

Karen Horney, *Psicología femenina*

¿Tenéis alguna noción de cuántos libros se escriben al año sobre las mujeres? ¿Tenéis alguna noción de cuántos están escritos por hombres? ¿Os dais cuenta de que sois quizá el animal más discutido del universo?

Virginia Woolf, *Una habitación propia*

La evolución incompleta

El famoso anatomista alemán Carl Vogt escribió en 1864: «Por su cima redondeada y su lóbulo posterior menos desarrollado, el cerebro de los negros se parece al de nuestros niños, y por la protuberancia del lóbulo parietal, al de nuestras hembras». Según Vogt, en cuanto a sus facultades intelectuales, el negro adulto participa de la naturaleza del niño, de la hembra y del hombre blanco senil»; y «la hembra está más cerca que el macho del tipo animal».¹ Obsérvese además ese posesivo «nuestras» tan utilizado todavía: «nuestros niños», «nuestros viejitos», «nuestras mujeres», «nuestros indios», «nuestros negros», en

1. *Lectures of Man* (1864), cit. por S. Jay Gould, *La falsa medida del hombre*, trad. de Ricardo Pochtar y Antonio Desmots, 2.^a ed., Crítica, Barcelona, 2009, p. 18; Pilar Iglesias Aparicio, *Mujer y salud: la escuela de medicina de mujeres de Londres y Edimburgo*, cap. III [en línea] <<http://www.biblioteca.uma.es/bbldoc/tesisuma/16272791.pdf>> [Recuperado: 10/IV/2010].

que tras el presunto paternalismo protector del adjetivo asoman al sesgo los cascos del caballo del colonizador.

Gustave Le Bon, uno de los fundadores de la psicología social, cuyos textos ejercieron reconocida influencia en Mussolini, afirmó en un artículo de 1879 que las mujeres representan las formas inferiores de la evolución humana y «están más próximas a los niños y los salvajes que a un hombre adulto civilizado». Según sus palabras, «en las razas más inteligentes» un gran número de ellas tienen cerebros «de un tamaño más próximo al de los gorilas que al de los cerebros más desarrollados de los varones». Y es más, «esta inferioridad es tan obvia que nadie la puede discutir ni siquiera por un momento». Él advirtió, eso sí, que «destacan» en algo. Si usted es lectora y está empezando a saltar y gritar ¡ehhhh!, vaya despacio. En lo que las mujeres destacan, según Le Bon, es «en veleidad, inconstancia, ausencia de pensamiento y lógica, y en incapacidad para razonar».²

El rebajamiento del estatuto humano en las mujeres tiene unas patas muy largas y en el mundo occidental viene desplazándose como un gran dinosaurio ideológico al menos desde hace dos milenios y medio. Platón en el *Timeo*, apelando a la doctrina de la metempsicosis, sostiene que las almas son, en origen, masculinas: las que viven de manera indigna reencarnan como mujeres; y si vuelven a fallar, renacerán como animales. En 1554, André Tiraqueau, conocido como Tiraquellus, cuya autoridad orientó a los más importantes juristas al menos durante los dos siglos posteriores, en una obra sobre derecho marital recuerda que «el célebre y maravilloso Platón dudaba si colocar a las mujeres en el género de animal racional o en el de los brutos».³

Proudhon, en 1876, se refería a «la mujer» como «la castigada por la naturaleza, y la abandonada de la Providencia»; «una suerte de término medio» entre el hombre y el resto del reino animal».⁴ Él con-

2. «Recherches anatomiques et mathématiques sur les lois des variations du volumen du cerveau et sur leurs relations avec l'intelligence», *Revue d'Anthropologie*, 2.^a serie, vol. 2 (1879). Las citas aquí están tomadas de Carolina Martínez Pulido, *La presencia femenina en el pensamiento biológico*, Minerva Ediciones, Madrid, 2006, p. 218.

3. «Nam divinus ille Plato dubitare videtur, utro in genere mulierem, rationalium animalium, an Brutorum» (Trad. de Faustino Chamorro González). Cita latina de Marina Graziosi, «Infirmas sexus. La mujer en el imaginario penal» [en línea] <www.pensamientopenal.com.ar/.../0204%5B1%5D._NDP99A.Graziosi.pdf> [Recuperado: 18/X/2010].

4. Pierre-Joseph Proudhon, *Amor y matrimonio* (1876) [en línea] <<http://es.scribd>

sideraba que en esto la Naturaleza no se equivoca: el varón es, afirma citando al Dr. Favre, «el producto final de la elaboración embrionaria para un destino superior». El médico y psiquiatra español Roberto Novoa Santos, trincando la hebra, dice, en 1908, que, «anatómica y psicológicamente, el cerebro de la hembra humana está, en general, entre el de las bestia y el del macho», y «la mujer se aproxima más que el hombre a los salvajes y otras razas inferiores».⁵ Puesto que «negro» y mujer, y a veces «salvajes», y hombres blancos seniles son intercambiables, a todos ellos, aunque con mucho más frecuencia a las mujeres, se les comparó con monos y otros animales.

Con absoluta impavidez, el antropólogo alemán E. Huschke había escrito en 1854: «La médula espinal del cerebro de los negros es similar a la que observamos en los niños y las mujeres, y se aproxima, además, al tipo de cerebro que encontramos en los monos superiores».⁶ De este modo, «mujeres», «niños», «negros» y «animales» quedaron todos empacados en la misma caja, y al antropólogo de marras, como a Pinocho, le debe haber crecido un metro la nariz.

Todavía en 1980, Graber, obispo de Ratisbona, habla de un «estrecho nexo existente entre la mujer y el animal». Para él, como hombre de la Iglesia, ese nexo es «la sexualidad», que a su juicio «conduce a la bestialidad».⁷ Una sexualidad de la que los hombres, según se infiere de su texto, se conservan tan exentos como los ángeles del cielo.

Flores y desflores

Puesto que el propósito de todas estas elucubraciones era probar que no todos los seres humanos gozan de plena humanidad, en algunos

com/doc/16389749/Amor-y-Matrimonio-Pierre-Joseph-Proudhon> [Recuperado: 20/III/2011].

5. «La indigencia espiritual del sexo femenino (las pruebas anatómicas, fisiológicas y psicológicas de la pobreza mental de la mujer. Su explicación biológica)», Valencia, 1908, cit. por Nerea Aresti, *Médicos, donjuanes y mujeres modernas. Los ideales de feminidad y masculinidad en el primer tercio del siglo XX*, Biblioteca Universitaria, Bilbao, 2001, cap. I, p. 59.

6. S. Jay Gould, *op. cit.*, p. 168.

7. Karlheinz Deschner, *Historia sexual del cristianismo* [en línea] <<http://dc128.4shared.com/doc/I3U9s3rX/preview.html>> [Recuperado: 3/I/2012].

momentos, respecto de las mujeres alternó la botánica con la zoología. En 1903, muchos siglos después de que Platón dudara de si a ellas les vendrían mejor las casas o las jaulas, Otto Weininger, judío antisemita y precursor del pensamiento nazi, dudaba más bien entre las jaulas y las macetas: Otto se preguntaba si la mujer, en vez de ser humano no debería contarse «entre los animales o las plantas», concepción según la cual, afirma él, «deberían carecer de una existencia superior a la de los sentidos, y no participarían de la vida eterna, como no participan los restantes organismos cuya permanencia individual no es una necesidad, y ni siquiera una posibilidad». En mujeres, plantas y animales, afirma Weininger, «faltaría una realidad metafísica». ⁸ Ellas, «en su inconsciencia, se hallan más próximas a la naturaleza que los hombres. Las flores son sus hermanas, y están más cerca de los animales que el varón, según demuestra el hecho de que tienen más tendencia que él a la sodomía ⁹ (Eso dice y lo dice así). Estas afirmaciones eran ácido sulfúrico contra aquellas mujeres que, contrariando a san Pablo, estaban atreviéndose a hablar; contrariando a san Agustín, estaban exigiendo el derecho a educarse; contrariando a san Juan Crisóstomo, estaban dirigiendo sus anhelos más allá del marido.

Antes que Weininger estableciera la hermandad entre flores y mujeres, Hegel, en sus *Principios de la filosofía del derecho*, de 1821, había afirmado: «La diferencia entre el hombre y la mujer es la que hay entre el animal y la planta». ¹⁰ Y Ortega y Gasset más de cien años después comparaba la voluptuosidad femenina con la existencia botánica». Gladys Villegas Morales en un estudio sobre el surrealismo, un movimiento fundado oficialmente en 1924, destaca cómo en el lenguaje popular se le llama «desflorada» a una mujer que ha perdido la virginidad; cómo los poetas surrealistas compararon el sexo femenino con una flor; cómo en muchas de las obras de este grupo la mujer «aparece rodeada de una lujuriosa vegetación» con la cual «se confun-

8. Otto Weininger, *Sexo y carácter*, trad. de Felipe Jiménez de Asúa, Península, Barcelona, 1985, p. 287.

9. *Ibid.*, p. 288.

10. Cit. por Alejandra Castillo, «La exclusión de la mujer de la esfera pública en la Filosofía del Derecho de Hegel». Documento n.º 7, Universidad de Chile, Santiago de Chile, noviembre de 2001 [en línea] <http://mazinger.sisib.uchile.cl/repositorio/pa/ciencias_sociales/c200343132laexclusiondelamujerdelaesferapublica.pdf> [Recuperado: 30/VIII/2011].

de». Aunque no son los surrealistas los primeros que la metaforizan así —señala Villegas—, «ella es la naturaleza y todos los recursos de la botánica son necesarios para evocar las diferentes partes de su cuerpo». Breton, en *Unión libre*, «describe minuciosamente los menores detalles del cuerpo de «“su” mujer» como un «vasto cuadro vegetal» de «flores, cereales, hierbas, frutos, árboles, plantas aromáticas», que el artista puede cortar, cosechar, respirar y comer. De igual modo, en un poema de Paul Éluard, la mujer es fruto colgado de un árbol «esperando que un hombre pase y la descubra».¹¹ Ya bastante antes, la poeta española Carolina Coronado protestaba contra la «florización» de las mujeres por sus colegas masculinos.¹² Una florización tal vez no tan poética sino tan ideológica, si recordamos al protonazi Weinger.

La infantilidad perpetua

En el siglo XVIII, los anatomistas comparaban los esqueletos de hombres y mujeres para demostrar diferencias, pero en el siglo XIX les empezó a interesar también la comparación de esqueletos entre mujeres y niños para establecer semejanzas. Cuando a partir de las deducciones de Samuel Thomas von Soemmerring en 1796, Ackermann planteó que el cerebro femenino era *más grande* que el masculino, el tamaño del cráneo de la mujer empezó a ser indicio de infantilidad y crecimiento incompleto. Aquí, como siempre para las mujeres, habría que aplicar aquello de «si la montaña viene hacia a ti, corre, que es un derrumbe».

Y este sí que fue un derrumbe. Según el anatomista John Barclay, aquel dato solo confirmaba que ellas psicológicamente se parecían a los niños, cuyos cráneos son también más grandes en proporción al tamaño del cuerpo¹³ y confirmaba además que, como aseguraron E.

11. Gladys Villegas Morales, «Mujeres y surrealismo», en Marián L. F. Cao (coord.), *Creación artística y mujeres*, Narcea Ediciones, Madrid, 2000, p. 90.

12. Ver Iker González-Allende, «De la romántica a la mujer nueva: la representación de la mujer en la literatura española del siglo XIX», pp. 54-55 [en línea] <digitalcommons.unl.edu/cgi/viewcontent.cgi?article=1029... > [Recuperado: 4/III/2011].

13. *The anatomy of the Bones of the Human Body* (1829), cit. por Londa Schiebinger, *¿Tiene sexo la mente?*, trad. de María Condor, Cátedra, Madrid, 2004, p. 298.

W. Posner y otros, el desarrollo femenino se había detenido en un estadio anterior de la evolución.¹⁴ Es más, Barclay halló otras semejanzas entre ambos grupos además del cráneo, tales como el tamaño de los pies, los huesos, la caja torácica y la forma del maxilar.¹⁵ En verdad, como afirmaba Comte en carta a Stuart Mill en 1839, la biología estaba «demostrando tanto *anatómica* como *fisiológicamente* que en casi toda la serie animal, y sobre todo en nuestra especie, el sexo femenino está constituido en una especie de estado de infancia radical que lo vuelve esencialmente inferior al tipo orgánico correspondiente».¹⁶ La ciencia estaba demostrando, también y sobre todo, que no era ni objetiva ni neutra ni desinteresada.

El dogma de la infantilidad femenina era matusalénico. Ya lo había planteado Aristóteles, que atribuyó a las mujeres, «por naturaleza», un cuerpo «inacabado como el de un niño». Como heredero de su pensamiento, Santo Tomás copió la idea, colocándolas junto a niños y enfermos mentales por su «mente defectuosa».¹⁷ Lo nuevo ahora era el respaldo científico en que se sostenía y la gran fe en la ciencia como fuente de la verdad.

En 1869, James McGrigor Allan afirmaba que «física, mental y moralmente, la mujer es una clase de niño adulto». En cambio, «el hombre es la cabeza de la creación», y en él se hallan «los más altos ejemplos de excelencia física, mental y moral». ¡El placer inconmesurable, el agigantamiento del ego que un individuo macho debe sentir mientras hace una afirmación así! A juicio de McGrigor Allan, las calaveras de las mujeres europeas se parecían «mucho más a las de los negros que a las de los hombres europeos».¹⁸

Dos años más tarde, Darwin, en *El origen del hombre y la selec-*

14. E. W. Posner, «Das Weib und das Kind», Glogau, 1847, cit. por Ángeles van del Eynde, «Género y ciencia, ¿términos contradictorios? Un análisis sobre la contribución de las mujeres al desarrollo científico» [en línea] <<http://agendadelasmujeres.com.ar/index2.php?id=3¬a=1259>> [Recuperado: 22/VII/2008].

15. Cit. por L. Schiebinger, *op. cit.*, p. 299.

16. Cit. por M. Graziosi, *op. cit.* Las cursivas son del original.

17. Tomás de Aquino, *Summa contra gent.* III, 123; *S. Th.* II-II q. 70 a. 3. Cit. por Uta Ranke-Heinemann, *Eunucos por el reino de los cielos. Iglesia católica y sexualidad*, 2.^a ed., Madrid, Editorial Trotta, 2005, cap. XVI, La mujer según Tomás de Aquino, pp. 169-182 [en línea] <<http://www.vallenajerilla.com/berceo/utaranke/mujer.htm>> [Recuperado: 27/XII/2010].

18. «The Minds of Men and Women», *Journal of Anthropological Society of London*, cit. por P. Iglesias Aparicio, *op. cit.*

ción sexual, le dio un buen aventón al prejuicio de la infantilidad de las mujeres al afirmar que «en última instancia, la hembra asume ciertos caracteres distintivos, y en la formación de su calavera, se dice que es intermedia entre el niño y el hombre».¹⁹ Un «se dice» muy poco científico, si bien se ve.

Ya finalizando el siglo, esto es, en 1873,²⁰ Herbert Spencer le echó un ribete a la empanada al afirmar que la maternidad detiene pronto en las mujeres «la evolución individual». Para él, esto se demuestra por el hecho de que «a través de sus vidas, pero especialmente durante la edad reproductiva, ellas exhalan menores cantidades de ácido carbónico que los hombres con relación a sus pesos, lo que muestra esto que la evolución de la energía es menor tanto en términos relativos como absolutos». Spencer afirma que las funciones reproductivas detienen tempranamente en las mujeres su desarrollo físico y mental y que esto constituye una «innegable especialización mental» y «corporal» que afecta «al instinto», a las «aptitudes especiales para negociar con la vida infantil» y a la «intuición». Se trata de la falacia biologicista que hace derivar «de presuntas especificidades biológicas especialidades en las tareas socioculturales».²¹ Aunque tal falacia no era nueva, en adelante se utilizó como argumento de oro con todo el peso de la autoridad de Spencer, que era mucho.

Por si faltaban razones, Schopenhauer aprieta la soga un poco más: «cuanto más noble y perfecta es una cosa —afirma él—, tanto más tarde y más lentamente llega su madurez»; intelectualmente las mujeres maduran antes, y por esto se «quedan niñas toda la vida». Como consecuencia, «viven apegadas al presente, confunden la apariencia de las cosas con la sustancia y prefieren las tonterías a los asuntos más importantes».²² «Solo sirven —dice él— para curarnos y

19. Cap. XIX, «Los caracteres sexuales secundarios del hombre» [en línea] <http://www.infidels.org/library/historical/charles_darwin/descent_of_man/chapter_19.html> [Recuperado: 20/X/2010].

20. «Psychology of the Sexes», *Popular Science Monthly*, vol. 4, noviembre de 1873 /Psychology of the Sexes [en línea]. <http://en.wikisource.org/wiki/Popular_Science_Monthly/Volume_4/November_1873/Psychology_of_the_Sexes> [Recuperado: 4/ XI/2010]. Todas las citas de Spencer aquí proceden de este mismo texto.

21. Celia Amorós, *Hacia una crítica de la razón patriarcal*, Anthropos, Barcelona, 1985, p. 145.

22. *El arte de tratar a las mujeres*, edición y ensayo de Franco Volpi, Colombia, Villegas Editores, 2005, p. 36.

educarnos durante nuestra infancia, precisamente porque son pueriles, tontas y miopes: ellas ocupan un eslabón intermedio entre el niño y el hombre, que viene siendo el verdadero ser humano.»²³ Y que alguien nos desenrede la madeja de cómo los hombres, tan evolucionados e inteligentes, verdaderos seres humanos, incurren en la inconcebible estupidez de dejar su propia educación en manos de semihumanas, tontas, miopes y pueriles.

Asentado el evolucionismo, se amarró el nudo. En adelante, conceptos como los de *evolución*, *adaptación*, *selección* daban cuenta de la línea que había conducido de lo más simple a lo más complejo y evolucionado. Se disponía de escalas evolutivas que explicaban el avance lento hacia formas superiores.²⁴ La infantilidad femenina fue cosa científica y popularmente aceptada. La explicación más común era la de Spencer, pero se le arimaban otras más, que en esto todo vale. Así, según Moebius «la hembra», que «debe ser, ante todo, madre», «se parece a los niños, pues es alegre, sufrida y de espíritu sencillo»; aunque también se parece a las bestias por «el instinto», y ese parecido la hace «más dependiente, segura y alegre».²⁵ Otra vez la falacia: como argumentaría Celia Amorós siguiendo a David Hume: los enunciados de «debe» no se pueden derivar formalmente de los enunciados de «es».²⁶ La verdad es que, aunque no se debe, se puede, y no solo se puede sino que se ha venido haciendo.

En 1881, Frank Ferneseed explicó que «la igualdad entre los sexos solo ocurre en variedades y especies imperfectamente desarrolladas, en personas jóvenes, en el declinar de los años y en las más bajas clases de la sociedad».²⁷ Como señala Amparo Gómez Rodríguez, «la teoría de la superioridad evolutiva masculina era una teoría de la clase media victoriana en *la flor de la edad*».²⁸

En la misma línea spenceriana se colocan el filósofo, traductor y escritor español Edmundo González Blanco y el jurista italiano Enrico

23. *Ibid.*, p. 32.

24. Amparo Gómez Rodríguez, *La estirpe maldita*, Minerva Ediciones, Madrid, 2004, p. 71.

25. *La inferioridad mental de la mujer*, trad. de Adan Kovacsics Meszaros, Bruguera, Barcelona, 1982, respectivamente pp. 16, 9-10.

26. Celia Amorós, *loc. cit.*

27. Frank Ferneseed, «Sexual Distinctions and Resemblances», *Quarterly Journal of Sciences*, 3 (1881), cit. por A. Gómez Rodríguez, *op. cit.*, p. 77.

28. Sobre los planteamientos del evolucionismo, A. Gómez Rodríguez, *ibid.*, cap. 3.

Ferri. El primero, en el intento de atravesarle el pie a las que exigían acceso a las universidades, afirma, en 1904, que «la mujer es un hombre cuya evolución no ha terminado»: su desarrollo se detiene prematuramente debido a la procreación, la gestación y la lactancia.²⁹ El segundo, planteando la necesidad de que la justicia adapte «particulares previsiones» para las mujeres, afirma, en un texto de 1913, que debido a las «exigencias de la maternidad», ellas permanecen «en su desarrollo personal entre el niño y el hombre adulto».³⁰ Y al final no sabe una si resulta más ofensiva la malintencionada zancadilla de González Blanco o la paternal condescendencia de Enrico Ferri.

Recapituladores

En 1860, o sea, por la época en que tanto los creacionistas (Agassiz y Morton) como los evolucionistas (Broca y Galton) analizaban los datos acerca del tamaño del cerebro para establecer distinciones maliciosas entre los grupos humanos, el famoso anatomista francés Étienne Serres desenterró con éxito el concepto presocrático de «recapitulación», como quien desentierra una bomba olvidada para hacerla detonar.³¹ De hecho, lo mejoró, ahora apoyado en el método cuantitativo y supuestamente evolucionista, que consistía en buscar signos de morfología simiesca entre los miembros de los grupos considerados indeseables.³² El supuesto es que los animales superiores pasan, en el transcurso de su crecimiento, por las fases que corresponden a los estadios adultos de los diversos animales inferiores. Serres sostuvo que los negros adultos vendrían a ser como los niños blancos, y los mongólicos adultos como los adolescentes blancos, cosa que él deducía de la distancia entre el ombligo y el pene, que en los bebés de todas las razas es pequeña comparada con la longitud del cuerpo. Según propone Serres, «durante el crecimiento, el ombligo se desplaza hacia arri-

29. *El feminismo en las sociedades modernas*, vol. I, Imprenta de Henrich y Cia. Editores, Barcelona, 1904, pp. 46-47.

30. M. Graziosi, *op. cit.*

31. S. Jay Gould, *op. cit.*, p. 83.

32. *Ibid.*, pp. 179-180.

ba, pero en los blancos sube más que en los amarillos, y en los negros nunca se eleva demasiado, como señal inequívoca de su infantilismo y su consecuente inferioridad.³³ Es lógico, ¿no? Cuanto más arriba la «gran espada del heroísmo», más mero mero el macho. Como dice Lucía Guerra, «en los procesos de colonización política y económica, es corriente que se construya al Otro colonizado como una colectividad anónima que siempre lleva la marca de lo plural y el juicio generalizador».³⁴

Ocho años después de que Serres detectara las correlaciones entre inteligencia, ombligo y pene, el gran zoólogo evolucionista alemán Ernst Haeckel, amigo de Darwin, buscando demostrar el origen simio de la humanidad, propagó esta teoría bajo el nombre de *ley biogenética fundamental*. El nuevo concepto ya no incluía el desplazamiento del pene y, por lo tanto, podía abarcar también a las mujeres. Según esa «ley», la serie de fases o estadios por los que pasa un organismo durante su desarrollo embrionario representa las principales etapas de la evolución de su especie, lo que se ha resumido en la fórmula «la ontogenia recapitula la filogenia». La idea central de la recapitulación, señala Amparo Gómez Rodríguez, es que los embriones hembras y los de los «primitivos» eran menos diferenciados; la naturaleza de la mujer, menos específica, más genérica y uniforme. En la filogénesis de las razas humanas, mujeres, negros y salvajes equivalían a la etapa infantil: eslabones inferiores en la gran cadena de la evolución; inmaduros e imperfectos, etapas previas al desarrollo que alcanza el hombre blanco adulto».³⁵ La ontogénesis mostraba que todos ellos estaban más cerca de los primates antepasados de la especie. Y lo mejor de todo, Haeckel, señala Carolina Martínez, podía ver bajo el microscopio el desarrollo embrionario incompleto de unos y otras «sin el menor atisbo de duda».³⁶

En 1887, E. D. Cope, el famoso paleontólogo norteamericano que explicó el mecanismo de la recapitulación, identificó, basándose en ese criterio, cuatro grupos de formas humanas inferiores: las razas

33. *Principes d'embryogénie, de zoogénie et de teratogénie, Mémoire de l'Académie des Sciences* (1860), cit. por S. Jay Gould, *ibid.*, pp. 83-84.

34. Lucía Guerra, *La mujer fragmentada: historias de un signo*, 3.^a ed., Editorial Cuarto Propio, Santiago de Chile, 2006, p. 25.

35. A. Gómez Rodríguez, *op. cit.*, p. 70.

36. *Op. cit.*, pp. 208, 210, 211.

no blancas, la totalidad de las mujeres, los blancos del sur de Europa (frente a los del norte) y las clases inferiores dentro de las razas superiores.³⁷ La mayor perfección en este sentido la constituían rasgos como la nariz helénica y la barba tupida.³⁸ Por otra parte, Cope sostuvo que las «características metafísicas» de las mujeres eran «esencialmente muy similares a las que se observan en los hombres durante el estadio inicial de su desarrollo»: menos lógica y mayor impresionabilidad, emotividad, influenciabilidad, inconstancia, timidez. «Quizá —dice Cope— todos los hombres puedan recordar un período juvenil en que adoraban algún héroe, en que sentían la necesidad de un brazo más fuerte, y les gustaba respetar al amigo poderoso, capaz de simpatizar con ellos y acudir en su ayuda. Estos son —afirma— los rasgos del “estadio femenino” de la personalidad».³⁹

G. Stanley Hall, el psicólogo más importante de Estados Unidos a principios del siglo xx, afirmaba en 1904 que «el cuerpo y el alma de la mujer son filéticamente más antiguos y más primitivos; en cambio, el hombre es más moderno, más variable, y menos conservador.⁴⁰ Trece años más tarde, Bernaldo de Quirós, catedrático de derecho penal y criminología, aportó un dato sustancial sobre las prostitutas como representantes del retroceso evolutivo. Observó entre ellas la frecuente creencia en hechizos, o la presencia en los burdeles de fetiches y figurillas equivalentes a las pinturas y la mentalidad paleolíticas.⁴¹ ¡Brillante! Este debe haber sabido dónde el jején puso el huevo.

Según dice Jay Gould, con la recapitulación «no era la primera vez que los grupos despreciados se comparaban con los niños», pero esta teoría «revistió ese viejo cuento con el manto de respetabilidad social propio de la teoría científica». «La frase “son como niños” dejó de ser una simple metáfora de la intolerancia, para convertirse en una proposición teórica según la cual las personas inferiores habrían quedado literalmente empantanadas en una etapa primitiva del

37. *The origin of the fittest* (1887), cit. por S. Jay. Gould, *op. cit.*, p. 182.

38. S. Jay Gould, *ibid.*, p. 191.

39. *Op. cit.*, cit. por Jay Gould, *ibid.*, p. 185.

40. *Adolescence. Its psychology and its relations to physiology, antropology, sociology, sex, crime, religión, and educations* (1904), cit. por S. Jay Gould, *ibid.*, p. 186.

41. *Una supervivencia prehistórica en la psicología criminal de la mujer*, cit. por Francisco Vázquez García y Andrés Moreno Mengíbar, «La sexualidad vergonzante». En *Historia de las mujeres en España y América Latina*, vol. III, *Del siglo xix a los umbrales del xx*, p. 229.

desarrollo, cuyo punto de llegada correspondería a los grupos superiores». Se trataba, dice él, de «un criterio irresistible a todos aquellos científicos interesados en establecer diferencias jerárquicas entre los grupos humanos». Permitía asegurar que «los *adultos* pertenecientes a grupos *inferiores* deben ser como los *niños* de los grupos *superiores*, porque el niño representa un antepasado primitivo adulto». Si negros y mujeres «son como los niños varones blancos», unos y otras «vienen a ser los representantes vivos de un estadio primitivo de la evolución de los varones blancos». A juicio de Jay Gould, «esto supuso el descubrimiento de una nueva teoría anatómica que tomaba en cuenta todo el cuerpo, y no solo la cabeza, para la clasificación jerárquica de las razas». Se trataba de una «teoría general del determinismo biológico». Todos los grupos —razas, sexo y clases— «inferiores» fueron comparados con los niños varones blancos,⁴² pero también con animales (y en el caso de las mujeres, incluso con plantas, como se ha visto).

A juicio de Jay Gould, la recapitulación «tuvo su máximo impacto político como argumentación en apoyo del imperialismo», al que permitía justificar «demasiado bien» como para «quedar confinada a las formulaciones académicas». Gould señala que «Kipling, en su poema acerca de la “carga del hombre blanco”, se refería a los nativos vencidos diciendo que eran “mitad demonios y mitad niños”».⁴³ De hecho, aquella teoría tuvo incontables divulgadores fundamentalmente en el área de la salud. Durante setenta años, influidos por la tesis de la recapitulación, los científicos habían recogido una impresionante cantidad de datos a fin de confirmar de forma unánime que la raza negra entera, los varones adultos de clases bajas y las mujeres de cualquier clase y raza eran como los niños blancos varones de las clases superiores.

La teoría de la recapitulación alcanzó gran auge en el último tercio del siglo XIX y aun sobrevivió durante casi dos décadas del XX. Llegó a su fin al constatarse que Haeckel había jugado con cartas marcadas, trampas, arreglo de datos y métodos insostenibles. Aun así, su declaración de que la «política es biología aplicada» se convirtió «en

42. *Ibid.*, pp. 181-184.

43. «Racismo y recapitulación» [en línea] <<http://www.esliteratura.com/docs/stephen-jay-gould-racismo-y-recapitulacion-8236.html>> [Recuperado: 9/V/2011].

el marco científico» del «racismo nacionalista» que culminó con «el holocausto nazi». ⁴⁴ Y, dice Jay Gould, «la historia podría haber quedado así, como testimonio del prejuicio y la insensatez del siglo XIX». ⁴⁵ Pero en 1929 el anatomista holandés Louis Bolk propuso la teoría de la neotenia, que afirmaba «exactamente lo contrario».

En dirección a los monos

Según la teoría de Bolk, los seres humanos adultos comparten una impresionante cantidad de rasgos con los monos jóvenes o en estadio fetal: el cráneo abovedado y el cerebro grande respecto del tamaño del cuerpo; el rostro pequeño; la posibilidad de girar el dedo grande del pie; la concentración de pelo en la cabeza, las axilas y la región púbica. Bolk declaró que al conservar mayor número de rasgos juveniles, las razas más neoténicas eran superiores: se habían mantenido más alejadas de nuestro «antepasado pitecoide»; en cambio, las inferiores «llegan a la fase superior de la niñez y luego degeneran en la dirección de los monos». «En su desarrollo fetal, el negro pasa por un estadio que en el hombre blanco ya se ha convertido en su estadio final»; «si el retraso siguiese desarrollándose en el negro, dicho estadio de transición podría convertirse también en el estadio final de su raza».

Como dice Jay Gould, Bolk «olvidó convenientemente» algunos datos. Por ejemplo, «todos aquellos rasgos que —como la nariz helénica y la barba tupida, tan admiradas por Cope— tanto habían destacado los partidarios de la recapitulación»; olvidó (o eludió) el hecho de que la raza oriental, no la blanca, es la más neoténica de todas; y olvidó o eludió también que las mujeres son más neoténicas que los hombres. ⁴⁶ Elusiones y olvidos necesarios para seguir torciéndole el brazo a la realidad.

El mayor de los olvidos respecto de la teoría de la neotenia fue la teoría misma, porque convenía seguir manteniendo la superioridad de las barbas y los bigotes. En consecuencia, se ha seguido hablando des-

44. C. Martínez Pulido, *op. cit.*, pp. 210, 211.

45. *La falsa medida...*, p. 187.

46. Para toda esta discusión, véase S. Jay Gould, *La falsa medida...*, pp. 187-191.

pectivamente de la infantilidad de las mujeres. Esta es una idea que impregnó la poética del surrealismo. Sobre todo a partir de la época en que comienza a editarse la revista *Minotaure*, en 1933, empieza a conformarse la metáfora de la mujer-niña como «fruto verde» y «muchachita perversa». En su reconocido culto por esta imagen, Paul Éluard «jamás negó su inclinación por las mujeres jóvenes», y Dalí «otorgó un lugar preponderante a las niñas como compañeras de juegos eróticos». Según propone Juncal Caballero Guiral,⁴⁷ en ellos «los temas de la mujer como musa, la dicotomía mujer-niña y la mujer como objeto de placer se encuentran interrelacionados, teniendo como base el tema de la sexualidad y la fascinación que el marqués de Sade producía en los surrealistas». Pareciera que aquí se produce ese fenómeno que Andrés Zamora localiza en la novela realista y denomina «la poética del incesto»: un autor que «ejerce de padre y de macho», que «engendra y posee» a «unos personajes que ostentan tanto la condición de hijos de carne y hueso como la impronta de una feminidad esencial».⁴⁸

Karen Horney atribuyó la idea de la infantilidad y emocionalidad femenina y su consecuente incapacidad para la responsabilidad y la vida autónoma a la tendencia masculina a debilitar el amor propio de las mujeres. A su juicio, cuando ellos justifican su actitud en el hecho de que «gran número de mujeres se ajustan efectivamente a esa descripción», habría que considerar si ellos mismos no han contribuido a cultivar ese tipo femenino «mediante una selección sistemática». Para Horney, lo importante no está en que «mentes individuales de mayor o menor calibre, de Aristóteles a Moebius, hayan dedicado cantidades ingentes de energía y capacidad intelectual» a probar la superioridad viril. «Lo que realmente importa — afirma ella — es el hecho de que el siempre precario amor propio del “hombre medio” le conduzca una y otra vez a elegir un tipo femenino infantil», que por cierto Horney define como «histérico» y «no maternal».⁴⁹ Tal vez más bien lo que

47. Juncal Caballero Guiral, «Mujer y surrealismo», *Sparkia. Investigación feminista*, n.º 5 [en línea] <http://books.google.co.cr/books?id=a_kSIUCfc84C&pg=PA75&lp_g=PA75&dq=surrealismo+%26+mujer-ni%C3%B1a&source=bl&ots=vFFqbnr5xD&sig=gKwtTIWUtS4DkqNnHofW_m2DkrA&hl=es&sa=X&ei=P8MVT6iVEujw0gHjmcnEAw&ved=0CDcQ6AEwAw#v=onepage&q=surrealismo%20%26%20mujer-ni%C3%B1a&f=false> [Recuperado: 17/1/2012].

48. Andrés Zamora, «El secreto incesto de la novela realista» [en línea] <www.biblioteca.org.ar/libros/154379.pdf> [Recuperado: 7/1/2013].

49. «El miedo a la mujer», en *Psicología femenina*, trad. de M.^a Luisa Balseiro,

ocurre es lo que dice Virginia Woolf: «Cuando un sexo depende del otro, procurará, por razones de seguridad, simular todo lo que el individuo del sexo dominante considera deseable».⁵⁰

Si Horney tuvo una explicación para la supuesta infantilidad femenina en el hecho de que los hombres las prefieren así, ¿cómo explicaríamos la supuesta infantilidad de la raza negra? ¿También habrá pasado por una selección porque los blancos la prefieren así? Tal vez será más bien que el sexo y la raza hegemónicos, de Aristóteles a Moebius, han venido imponiendo sus definiciones de modo que ellos mismos resulten ser el prototipo de la mayor excelencia evolutiva de la humanidad. De este modo, sin distancia alguna entre un Mandela y un ratero, entre una Marie Curie y la prostituta de la esquina, a cualquier macho blanco debe crecerle el ego: él, en la rama más alta, que le sirve de trono y de garrote; mujeres y negros infructuosamente intentado trepar, rezagados en la desanimadora carrera de la evolución.

Mucho más recientemente, en una entrevista a Carlos Onetti realizada por María Esther Gilio en 1965, él declaraba con absoluta certeza: «Cuando una mujer se siente amada totalmente, se entrega como una niña y es feliz siendo niña [...] Sabe que uno la quiere. Que se va a jugar, si es necesario. Las mujeres encuentran la verdad cuando encuentran su dicha. Cuando no la encuentran escriben libros, tienen una cátedra, hacen reportajes».⁵¹ Le estaba explicando todo eso, con ponzona y aguijón, precisamente a una mujer que era además periodista, abogada y escritora.

De un relampago se nos ponen al frente los fantasmas de santo Tomás, Le Bon, E. Huschke, Barclay, Moebius, Vogt, Kipling y su cortejo de seguidores. Con agria cara y gesto lóbrego, intentan recordarnos que de su semilla se sigue sacando cosecha, que el pasado está presente y el dinosaurio vivo.

Alianza Editorial, México, 1989, pp. 166-167. Este texto fue publicado inicialmente en 1932.

50. Virginia Woolf, «Hombres y mujeres», en *Las mujeres y la literatura*, trad. de Andrés Bosch, Lumen, Barcelona, 1981, p. 77.

51. Cit. por Clara Esmoris, «Lo que se llama una entrevista agresiva», 29 de agosto de 2011 [en línea], <http://www.180.com.uy/articulo/21122_Lo-que-se-llama-una-entrevista-agresiva> [Recuperado: 31/VIII/2011].

4.

El clavo en el zapato

El hombre no odia realmente al sexo femenino, salvo en el caso de que deba luchar con él.

Moebius, *La inferioridad mental de la mujer*

A una mujer con la cabeza llena de griego, como la señora Dacier, o que sostiene sobre mecánica discusiones fundamentales, como la marquesa de Chatelet, parece que no les falta más que una buena barba; con ella, su rostro daría más acabadamente la expresión de profundidad que pretenden.

Kant, *Lo bello y lo sublime*

Excepciones y abominaciones

Asentadas contra las mujeres la pequeñez de cerebro que las hacía ton-tas, la menor variabilidad general que las volvía mediocres y la detención de su desarrollo que las mantenía infantiles, estaba bien amarrado todo lo que se debía amarrar. No obstante, quedaba un peligroso cabo suelto que a los patriarcas les perturbaba la certeza. Y es que, a pesar de las barreras y los dogmas de los hombres de ciencia, había mujeres intelectuales, las había brillantes y las había geniales. En este caso más que nunca hay que recordar que «quien se levanta hace sombra», y la sombra de las mujeres es negra como el hollín, por lo que aun cuando no se las quisiera reconocer, ellas se habían convertido en el clavo en el zapato de los grandes y los no tan grandes misóginos de la ciencia y el pensamiento. ¿Qué hacer con ellas sin descuadrar la teoría? Lo normal: tolerarlas como excepciones o descalificarlas como abominaciones.

En el siglo XIX, el filósofo Kant, refiriéndose a dos reconocidas intelectuales, critica «la cabeza llena de griego» de la una y las «discusiones fundamentales» sobre mecánica de la otra, señalando que «no les falta más que una buena barba» para dar a su rostro «más acabadamente la expresión de profundidad que pretenden».¹ Así pues, aunque

1. *Lo bello y lo sublime*, trad. de Luis Rutiaga, Grupo Editorial Tomo, México,

mujer e intelecto puedan a veces ir juntos, nunca van bien y hasta se excluyen entre sí. Esta descalificación se volvió más profunda cuanto más se incrementaban las luchas femeninas por el ingreso a las universidades. El jesuita español Julio Alarcón y Meléndez, en 1908, tras afirmar falsamente que en su país no se había negado nunca a las mujeres extraordinarias «la subida al templo de la ciencia», advertía sin embargo: «La sensatez propia de nuestro carácter y de nuestro pueblo [...] no dejará, de seguro, que suba la turbamulta del vulgo femenino, porque el templo se convertiría en un gallinero». Nerea Aresti aclara que «la diferencia entre un templo y un gallinero no venía determinada por la participación de mujeres, sino por la masificación o democratización del derecho a participar», cosa dudosa puesto que no se hacían aclaraciones paralelas respecto de «la turbamulta del vulgo» masculino. En 1861, Severo Catalina hablaba de admitir y respetar como excepciones «a las ilustres escritoras» que honran a la vez a su sexo, a su país, y «llenen las páginas más brillantes de la literatura nacional».²

Diecisiete años más tarde, Manuel de la Revilla,³ doctor en Derecho y en Filosofía y Letras, afirmaba que ni la educación más perfecta del mundo lograría igualar a los sexos. Para él, «la filosofía, la política, la administración pública y todas las maneras de actividad del hombre» eran incompatibles «con el menstuo, el histerismo, el embarazo y la lactancia». Pero había algo mucho más profundo y grave: «No hay educación que pueda igualar cerebros que pesan 1.262 gramos con otros que pesan 1.410». En consecuencia, las mujeres notables eran «fenómenos teratológicos, desviaciones de la naturaleza, casos de atavismo y nada más». Igual que las «mujeres con barbas y niños de tres cabezas». De modo semejante, según Gustave LeBon, hay algunas «distinguidas, muy superiores al hombre medio», pero

2004, p. 41. La versión original procede de 1764. Kant se refiere a Anne Dacier (1651-1720), una helenista entre cuyas obras se cuentan las traducciones al francés de la *Iliada*, la *Odisea*, y obras de Anacreonte, Safo, Plauto, Aristófanes y Terencio; y a Gabrielle-Emilie Le Tonnelier de Breuil, marquesa de Chatelet (1706-1749), que había estudiado latín, era políglota, y cultivaba las ciencias, la física y las matemáticas.

2. *Médicos, donjuanes y mujeres modernas. Los ideales de feminidad y masculinidad en el primer tercio del siglo XX*, Biblioteca Universitaria, Bilbao, 2001, pp. 41-42.

3. Todas las citas de Manuel de la Revilla corresponden a su artículo «La emancipación de la mujer», *Revista contemporánea*, Madrid, 30 de diciembre de 1878. Año IV, número 74, tomo XVIII, volumen IV, pp. 447-463 [en línea] <<http://www.filosofia.org/hem/dep/rco/0180447.htm>> [Recuperado: 5/IX/2010].

«son tan excepcionales como el nacimiento de cualquier monstruosidad, como, por ejemplo, un gorila con dos cabezas; por consiguiente, podemos omitirlas completamente».⁴ Una idea tranquilizadora que reforzaba los fundamentos de la excelencia viril. A finales del siglo XIX, el gran pintor Renoir nos cuenta, sin asomo de pudor, que considera «a las escritoras... (George Sand, Mme. Adam y otras más) como monstruos, como terneras de cinco patas...». «La mujer artista — dice él — es sencillamente ridícula».⁵ Este tipo de analogías parece haber resultado muy atractivo, como se puede deducir del hecho de que varios autores (Nick Greene hacia el siglo XVII, Samuel Johnson en el XIX y Cecil Gray en el XX) compararan, el primero, a las actrices, el segundo a las predicadoras y el tercero a las compositoras, con perros que bailan o caminan con las patas de atrás. Como hacer ver Virginia Woolf comentando estos hechos, «con tal exactitud se repite la historia».⁶

En 1883, el médico y escritor Max Nordau, había estimado que el 80 por 100 de las mujeres intelectuales debían ser consideradas *casos patológicos*, pero Novoa Santos objetó su exagerada benevolencia con el 20 por 100 restante. Para él las cosas estaban bastante claras: «de cien mujeres originales, las cien son degeneradas, sujetos que caen dentro del terreno de la psico-patología».⁷

Tal vez si les daban oportunidad de educarse y de participar, ellas revelarían no ser como se afirmaba, con el subsiguiente peligro de igualación en el reparto de roles y ventajas. Por eso la intelectual y la feminista eran presentadas como figuras entre irrisorias y abominables en los textos de los últimos años del siglo XIX y los primeros del XX. En España, Ángel Ganivet afirma que sería preferible «una nueva invasión de bárbaros y de bárbaras» a que «la mujer de carrera» llegara a resultar algo frecuente, «porque puestos en los extremos, es preferible la barbarie a la ridiculez».⁸

4. Linda Kdreger Silverman, «Todo empezó con Leta Hollingworth: historia de la superdotación en las mujeres», en Julie Ellis y John Willinsky (eds.), *Niñas y superdotación*, Nancea, Madrid, 1999, p. 35.

5. Cit. por Walda Barrios Klée, «El feminismo como etnografía», *Cuadernos de género* n.º 7. Parte 3 de 5 [en línea] <escuelahistoria.usac.edu.gt/pdf/Genero_03.pdf> [Recuperado: 11/XI/2011].

6. *Una habitación propia*, trad. de Laura Pujol, 4.ª ed., Barcelona, 1995, p. 77.

7. Cit. por N. Aresti. *op. cit.*, p. 61.

8. *Ibid.*, p. 46.

Moebius en su panfleto del año 1900, reconocía la existencia de mujeres con «un verdadero talento», pero esto sucedía «muy raramente» y era solo un «síntoma de «hermafroditismo psíquico». Él esperaba estar contribuyendo a que los médicos se formaran «un claro concepto del cerebro o del estado mental de la mujer», y que comprendieran bien «el significado y el valor de su deficiencia mental», de modo que hicieran «todo lo posible para combatir, en interés del género humano, las aspiraciones contra natura de las feministas».⁹

Lombroso había dicho que «en todo el reino animal la inteligencia se halla en razón inversa a la procreación». Pero había dicho también que «una mayor participación en la vida social» haría «desarrollar poco a poco la inteligencia de la mujer», y que en efecto, se veían ya «los alentadores resultados en algunas razas más evolucionadas». Moebius, que acoge la primera idea, rebate la segunda, de la que sobre todo le enfurece el adjetivo «alentadoras». A su juicio, no hay que regocijarse de «lo que hace degenerar la raza y lo que representa el principio del fin».¹⁰

Pisándole los talones a Moebius y semiplagiándole el título a su libro, Edmundo González Blanco publicó en 1908 otro libro, *La inteligencia espiritual del sexo femenino*, en el que manifestaba «como biólogo», la necesidad de «aspirar a la óptima feminización de la hembra» el deber de oponerse «a la práctica social de una torpe selección artificial, que intenta borrar la natural distancia que separa a los sexos».¹¹ Él mencionaba una supuesta mayor sensibilidad táctil, olfatoria y gustativa de las mujeres, como prueba de su «pobreza mental», al ser indicio de un escaso «poder inhibitor» y, por lo tanto, de una menor voluntad. Aunque ya por su época se había cuestionado la ecuación entre inteligencia y tamaño del cerebro, él la mantuvo para afirmar la mayor inteligencia masculina.¹² Llamaba «víctimas del feminismo» a las promotoras de la igualdad, y las consideraba un «producto de la *elevada*, antinatural y violenta educación» que se les pre-

9. *La inferioridad mental de la mujer*, trad. de Adan Kovacsics Meszaros, Bruguera, Barcelona, 1982, p. 18. Las cursivas son del original.

10. *Ibid.*, p. 17.

11. Cit. por Danièle Bussy Genevois, «La construcción de la identidad femenina en la España contemporánea: nación y género» [en línea] <dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=1215781> [Recuperado: 29/VIII/2010].

12. N. Arestí, *op. cit.*, p. 57.

tendía dar, algo «comparable a aquella asquerosa selección que Catalina de Médicis intentara para perpetuar una raza de enanos».¹³

En 1915, el costarricense Luis Felipe González Flores, secretario de Instrucción Pública y subsecretario de Estado, fundador de la Escuela Normal y hoy benemérito de la Patria, encontraba inconveniente la presencia de maestras en la escuela debido a la «idiosincrasia psicológica» de las mujeres: débiles, maleables, estacionarias, sensibles, impresionables, de voluntad oscilante y atención superficial, más imaginativas que intelectuales; de «memoria pasiva», «imaginación dispersa», incapaces «de crear, de sacar conclusiones propias» y de «inducir algo nuevo a partir de los hechos»; con «menor espíritu crítico» y «menor discernimiento» que el hombre. Por lo tanto, declara que las mujeres por «su cerebración» no soportan la carrera magisterial y, si se empeñan en ella, no lo hacen «impunemente para su salud».

Según plantea González Flores, en secciones superiores de hombres las maestras perjudicarían la educación varonil y cívica para la modelación del carácter y para la orientación agrícola de las escuelas, y «forzosamente» harían al niño «débil y femenino». En los «grados inferiores» podrían resultar útiles debido a la afinidad psicológica entre la mujer y el niño. Ambos estaban dominados por el afecto, el candor, la ingenuidad; ambos poseían un gran corazón, piedad, resignación, paciencia y compasión. En cualquier caso, las maestras debían ser solteras: la casada no debía gastar en el magisterio la «vitalidad y energías» — afirma Luis Felipe —: ella es «mujer de su casa, los hijos de los demás ya no existen, la maestra ya no existe y siempre le tenderán que ser indiferentes los asuntos escolares». Por otra parte, al benemérito le parece muy «natural» esa «indiferencia y falta de entusiasmo», porque «la mujer es reina de su casa. El poema del hogar es para ella lo que el poema de la Humanidad es para el hombre». Por lo tanto, resulta «muy conveniente en lo posible evitar su acceso al magisterio».¹⁴

En honor a quienes le otorgaron la más alta distinción que se confiere en Costa Rica, quisiera pensar que, tal vez, escribiendo esto,

13. *Un feminismo aceptable*, Madrid, 1908, cit. por N. Aresti, *ibid.*, p. 48.

14. Todas las referencias a Luis Felipe González Flores están tomadas de sus declaraciones a *La Prensa Libre*, 16 de junio de 1915.

se sonrojaría; o al menos le temblaría la mano levemente intranquila, al intuir que a él, como fundador de la Escuela Normal, se le atribuiría haber puesto en esta institución su propio pensamiento pedagógico «progresista», que marcaría «la pauta en la educación del país».¹⁵ O tal vez ni tembló ni se sonrojó ni nadie esperó que lo hiciera, porque en su época el progresismo de los progresistas no daba para más.

Al reputado intelectual argentino José Ingenieros se le debía hacer difícil caminar, tal el peso de sus muchos títulos: médico, psiquiatra, psicólogo, criminólogo, farmacéutico, escritor, docente, filósofo y sociólogo. Él concedió, condescendiente, que «toda mujer, mientras no sea madre, puede ser útil a la sociedad iniciando la educación de los niños de su ambiente inmediato; debe ser capacitada en la escuela para ese hermoso trabajo, que permitirá eliminar la intervención de personas mercenarias. La educación preescolar será una forma de maternidad espiritual y toda joven procurará ser amada por los niños confiados a su responsabilidad».¹⁶ Asumo que al llegar a este punto, Ingenieros juntaba las manos a la altura del pecho e inclinaba la cabeza levemente a la izquierda.

En el fondo, los argumentos sobre la incapacidad mental de las mujeres se alimentaban no de biología sino de miedo, y en ellos se alternaban el elogio a la conformidad y la amenaza a la insumisión. Por si acaso alguna no se tragara el cuento y quisiera probar si en verdad ella era como decían que era y nació para lo que decían que nació, se tenían a mano cuatro amenazas contundentes: una, se arriesgaban a perder su naturaleza femenina o la propia salud física y moral por locura o criminalidad; dos, se hundiría la familia, y este era el naufragio más terrorífico que se podía esperar; tres, quedarían humilladas y tiranizadas al competir con los hombres, que siempre serían los ganadores; cuatro, podría debilitarse y desaparecer la civilización y hasta la especie entera.

15. María Eugenia Dengo, «La educación», en Eugenio Rodríguez Vega, *Costa Rica en el siglo XX*, EUNED, San José, 2004, tomo I, p. 30.

16. «Las fuerzas morales» [en línea] <www.kclibertaria.comyr.com/lpdf/1112.pdf> [Recuperado: 18/1/2012]. Esta obra recoge ensayos escritos entre 1918 y 1923.

El bonete negro del catedrático

Un representante del primer argumento fue el antropólogo Henry Maudsley, según el cual, las mujeres que asisten a la Universidad «lo hacen a costa de su fuerza y salud, lo cual implica sufrimiento de por vida» e incluso incapacidad «para el desempeño adecuado de las funciones “naturales” de su sexo». En cambio, dice él, «hay que reconocer» que los hombres «tienen derecho a toda la cultura mental y toda la libertad necesaria para el desarrollo pleno de su naturaleza».¹⁷ De igual modo, según Havelock Ellis, las luchas por el acceso a las universidades, la igualdad de derechos y deberes y el trabajo asalariado, habían «alentado un aumento de la criminalidad y de la locura femenina».¹⁸ Otros afirmaban que si las mujeres asistieran a las escuelas de medicina «se habrían desmayado en las clases de anatomía»; y, según un legislador de Massachusetts, si se les daba el voto habría que «construir manicomios en cada distrito y crear un tribunal de divorcios en cada ciudad»: ellas eran «demasiado nerviosas e histéricas para permitirles acceder a la política».¹⁹

El hundimiento de la familia y la pérdida de la feminidad normalmente iban unidos como la uña a la carne, y se constituyeron en uno de los argumentos más a mano. Lo planteó, entre otros, Manuel de la Revilla, con gran efecto teatral: partiendo del supuesto de que «la mujer» (ese curioso y anónimo colectivo que con tanta frecuencia utilizaban) consiguiera sus metas gracias a la educación que reclamaba, se la iba a ver revolviendo «con anhelante mano el cadáver disecado en el sangriento anfiteatro» o combinando «ácidos y gases en nauseabundo laboratorio», litigando «en el foro» o agitando «las pasiones en el Parlamento o en el club»; quizá brotarían «de sus labios de rosa abstrusas concepciones metafísicas» y cubriría «sus rizados cabellos

17. «Sex in Mind and Education», *Fortnightly Review*, vol. 15, 1874, p. 482, cit. por Pilar Iglesias Aparicio, *Mujer y salud: la escuela de medicina de mujeres de Londres y Edimburgo*, cap. III. *La construcción de la visión de la mujer en la época victoriana* [en línea] <<http://www.biblioteca.uma.es/bbldoc/tesisuma/16272791.pdf>> [Recuperado: 10/IV/2010].

18. *Sexual Inversion* (1897), cit. por Esperanza Bosch, Victoria A. Ferrer y Aina Alzadora, *El laberinto patriarcal. Reflexiones teórico-prácticas sobre la violencia contra las mujeres*. Anthropos, Barcelona, 2006, p. 62.

19. Barbara Ehrenreich y Deirdre English, *Brujas, comadronas y enfermeras*, trad. de Mireia Bofill y Paola Lingua, 3.^a ed., Horas y Horas, Barcelona, 1988, p. 50.

el negro bonete del catedrático»; o «cubierta de sangre y ennegrecida por la pólvora», empuñaría «en el campo de batalla el arma homicida». ¿Resultado? Una telenovela: del hogar solo quedarían «frías cenizas»; para los hijos, «soledad y abandono»; para el esposo, «los encantos que pueda proporcionar la convivencia con un hombre contrahecho vestido de mujer».²⁰

Como puede observarse, el uso de los adjetivos en De la Revilla está al servicio del sesgo ideológico: «sangriento», «nauseabundo», «negro», «abstrusas», «homicida», «frías», «soledad», «abandono»... ¡A cuántos maridos habrá puesto a llorar de pura autocompasión ante el cuadro de sus futuras desgracias! Pocos años después, aconsejaba el médico Nicasio Mariscal y García: «Siga siendo, pues, la mujer lo que ha sido hasta aquí [...], y deje al varón fuerte y sapiente el cetro del mundo».²¹ ¡Fuerte y sapiente! Así se veía él. Y además, con el fálico cetro del mundo en la mano, como respuesta a las demandas de las mujeres y sus cuantos logros, por si la cosa iba a más.

Maestro indiscutible del argumento de la humillación fue Max Nordau. A su juicio, las mujeres tenían dos opciones respecto de «el hombre»: o rivales o complementos. Si complementos, se les reconocía su «superioridad material», y gozaban de «una situación elevada y magnífica». O sea, como el vasallo que se somete al señor. Si rival, «sería aplastada sin piedad en muchas cuestiones industriales»; se vería pronto obligada «a reconocer la realidad»: sería «sobrepujada bien pronto», y se vería respecto de él en la situación de una raza «inferior» ante una «raza superior» que la haría caer en la dependencia de que la emancipación quería librarla.²² *Las mentiras convencionales de la civilización*, obra en que Nordau hace estos planteamientos, alcanzó tanta popularidad que en 1909 ya habían circulado dieciocho ediciones.

Mezclando flores y coces, el escritor peruano Clemente Palma, hijo del famoso Ricardo Palma, en un artículo de 1903, apela a los tres argumentos anteriores. Declara su temor de que las mujeres se hagan «cerebrales» con la esperanza, que él califica de «pueril», de «encontrar en la vida del libro y de la pluma un campo de grandes delicias y

20. Manuel de la Revilla, *op. cit.*

21. Cit. por Nerea Aresti, *op. cit.*, cap. I, pp. 48-49.

22. Max Nordau, *Las mentiras convencionales de la civilización*, Editorial Tor, Buenos Aires, 1940, p. 334. La edición original de esta obra es de 1883.

satisfacciones». En ellas —dice Palma—, esta es una «aspiración poco sensata»: «la inteligencia y la ciencia son una carga muy abrumadora para que pueda ser soportada por una linda cabecita femenina». La búsqueda del conocimiento conduciría a la mujer, con sus «sentimientos vehementes» y su «cerebro débil», «a extravíos nerviosos o a un pesimismo altamente disociador, y lo que es peor, contagioso». Palma nos advierte que si no nos quedamos en casita, y calladas y quietas, seremos muy infelices: va a predominar «el mejor dotado», o sea, el macho, saldremos vencidas en la competencia y renunciaremos a nuestro actual derecho «al amparo». Conclusión: más nos vale no menear el arroz. Pero lo más bueno, la mejor promesa, es que, si como la mujer del refranero, aceptamos mantenernos con la pata quebrada y en casa, entonces nos van a querer mucho.

Palma refuerza su argumento afirmando que el feminismo es un «movimiento absurdo»; «absurda» la reclamación de autonomía, «barrabasada» «injustificable y temeraria», aspiraciones «desdichadas y erróneas», «la más loca empresa» y la «más opuesta a los propios intereses» de las mujeres: intenta desviarlas hacia un sistema «casi viril», cuyas «exageraciones» son «el desbarajuste social desde el punto del hogar». Y no solo eso: las inconformes con su posición son invasoras que rompen «la armonía, la solidaridad y aun la estética en la ecuación de la vida social»; las que ejercen profesiones actúan en un campo «robado a las parcelas en que el hombre ejercita las energías propias de su naturaleza fisiológica y psicológica, energías educadas y bien encarriladas ya por el impulso adquirido en cien siglos de labor cada vez más perfeccionada».

En su empeño de llevar el agua a su molino, afirma que si la sociedad aceptara la tesis feminista, el mayor daño sería para las mujeres mismas, que «adquirirían los vicios y defectos de los hombres», «se harían desgraciadas con la preocupación de la ciencia» y perderían una cantidad de cosas tales como «sus poéticas virtudes», su «bella tendencia idealista», el «atrayente perfume de femineidad», la «deliciosa coquetería», la «agradable preocupación de la propia belleza», y «en fin —dice él— todo eso que los hombres no tenemos y que por lo mismo buscamos en el espíritu femenino». Mediante adjetivos, De la Revilla conseguía representar como nefastas las probables futuras actividades profesionales de las mujeres; Palma, con el mismo procedimiento de la adjetivación («poéticas», «bella», «atrayente», «deli-

ciosa», «agradable»), consigue presentar como maravillosas las intrascendentes actividades reales que se les adjudicaban.

Y todo está bien mientras las destinatarias de este discurso aceptaran que era oro lo que les querían hacer pasar por oro. Pero si no... ¡la catástrofe! Palma dice basarse en «comprobaciones de la experiencia» para afirmar que las mujeres cerebrales «no han podido resistir la hipertrofia de esa energía que ellas mismas se han estimulado y, por lo general, ello las ha conducido al manicomio, a los excesos, a la neurosis, a la histeria, o por lo menos a una libertad de conceptos tan nociva que concluye por vulnerar profundamente sus nociones morales y religiosas». O sea que se vuelven locas y malas, y eso pesa. Pero por si no pesara lo suficiente, Palma advierte de otros peligros de «la mujer cerebral», hasta más grandes, por cuanto hacen más daño. Y es que se le atrofian «esos sentimientos que la hacen más amable» de los que ella es «el mejor depositario» (sic), aquellos que la convierten en el estímulo, refrescamiento, consuelo y descanso del hombre; y a la vez, les desaparece o se les atenúa el «sentimiento de la maternidad, diluido en las lucubraciones, análisis y esfuerzos de la producción o de la asimilación científica, filosófica y aun artística». Palma dice sentir «gran desconfianza en el intelectualismo femenino revelado en obras filosóficas y científicas» y aun en las artísticas le cuesta convencerse «de la existencia del genio con faldas». Su juicio es contundente, pero altamente sospechoso: «No me resigno a creer que sea posible la igualdad completa entre la cerebración del hombre y de la mujer».²³ Curiosa la expresión «no me resigno», puesto que «resignación» es «conformidad, tolerancia y paciencia en las adversidades».

El suicidio de la raza

Por si no resultara suficiente para atemorizar a las mujeres el miedo a hundir a la familia, perder la feminidad, volverse locas, o quedar vencidas y humilladas en la empresa de competir con los hombres, el ar-

23. Clemente Palma, «Contra el feminismo», *La Revista Nueva* (octubre de 1902-marzo de 1903), en Robert Jay Glickman, *Vestales del templo azul*, 1996, pp. 153-154, 155, 156, 157.

gumento más terrorífico, por cuanto sus consecuencias atentaban contra toda la especie, o contra toda la civilización, se basaba en la idea del útero atrofiado por el cerebro. Uno de sus grandes propagandistas fue Spencer, para quien el cultivo intelectual de las mujeres, de generalizarse, conduciría «a la desaparición de la sociedad», y pondría a la humanidad (es decir, a los hombres) en riesgo de perder «sus más altos logros evolutivos».²⁴ Esta idea fue sostenida en Estados Unidos por Edgard Clarke de la Universidad de Harvard, quien en su influyente libro *Sex in Education*, de 1873, advirtió que la educación ya estaba destruyendo la capacidad reproductora de las mujeres estadounidenses.²⁵ Otros sesudos profesores universitarios norteamericanos como los psicólogos Granville Stanley Hall y James McKeen Cattell se unieron a la lucha. Cattell, en 1909, llegó a decir que probablemente no era una exageración «afirmar que al promedio del coste de la educación de cada chica en la escuela superior» debe añadirse «un niño no nacido».²⁶ Hall, por su parte, en su libro *Adolescence*, de 1904, considerando a las mujeres inferiores mentales, se opuso a la coeducación, sobre todo durante la adolescencia,²⁷ época en que se convertía en un obstáculo artificial al desarrollo evolutivo natural y al progreso de la civilización. El resultado, vaticinaba él, sería tan desastroso que llevaría al «suicidio de la raza». Según aclara Silvia García Dauder, «el término *raza* en teoría se refería a la “raza humana”», pero «con el auge del pensamiento eugenésico, “la raza” y “la raza blanca anglo-sajona” se hicieron intercambiables».²⁸

He aquí algunas perlas de los razonamientos de Hall: «A medida que subimos [en la escala evolutiva] los sexos difieren, no solo en cuanto a características sexuales primarias y secundarias, sino en cuanto a funciones no unidas al sexo»; durante el «período crítico» que va de los catorce a los veinticinco años, la mujer se prepara para su «fun-

24. Amparo Gómez Rodríguez, *La estirpe maldita*, Minerva Ediciones, Madrid, 2004, p. 75.

25. B. Ehrenreich y D. English, *op. cit.*, p. 53.

26. «The school and the family», *Popular Science Monthly*, 1909. Cit por Silvia García Dauder, *Psicología y feminismo: historia olvidada de mujeres pioneras en psicología*, Narcea, Madrid, 2005, p. 29.

27. *Adolescence, Its Psychology and its Relations to Physiology, Antropology, Sociology, Sex, Crime Religión, and Education*, 1904, cit. por S. García Dauder, *op. cit.*, p. 32.

28. *Ibid.*, p. 32, n. 4.

ción natural» de la maternidad; durante la pubertad, cuando «su futura vida depende enteramente de la normalización del mes lunar», es «contra natura», «antihigiénico» y hasta «un tanto monstruoso que se relacione diariamente con los chicos en la escuela»; la coeducación viriliza a las mujeres y feminiza a los varones, y esto es evolutivamente regresivo; la universidad está bien para mujeres célibes, «agámicas o agénicas como la tía, la beata (joven o vieja), la maestra o la mujer soltera», un ser anormal «en el sentido médico, sexual y moral», que «habrá asumido y empleado en su propia vida todo lo que estaba destinado a sus descendientes [...]. Es la apoteosis del egoísmo desde el punto de vista de cualquier ética biológica».²⁹

Como era de esperar, los sermones y amenazas no dejaron de tener influencia, según lo demuestran las palabras de Martha Carey Thomas, presidenta del *college* de mujeres Bryn Mawr, quien confesó que de joven se había «aterrorizado» leyendo los capítulos relativos a las mujeres en *Adolescence*, convencida de que cualquier mujer con educación estaba «condenada a vivir como una inválida patológica».³⁰

Uno de los planteamientos más disfrazados de ciencia, que ape- lababa absolutamente a todas las anteriores argumentaciones, fue el del arriba citado Moebius, según el cual, «la gran mayoría del sexo fem- enino aprende muy poco y en breve olvida lo que ha aprendido», debi- do a su «falta de voluntad»; «la mujer media tiene exclusivamente intereses personales, y si no ve en la instrucción una ventaja personal inmediata, por lo general es contraria a la instrucción».³¹ Todo esto tiene su razón de ser: «La eterna sabiduría no ha puesto al lado del hombre a otro hombre provisto de un útero, así como un hombre razo- nable no elegirá a una erudita para cuidar a sus hijos. Al contrario, proporcionó a la mujer los elementos necesarios para cumplir su noble misión; pero no le ha concedido la fuerza intelectual del hombre».³²

En solo tres páginas de su venenoso libelo, de la 16 a la 18, es- cribió, unas tras otras, sandeces como estas: si las mujeres desarrolla- ran sus facultades intelectuales como los hombres, «veríamos atrofiar-

29. «Adolescent Girls. Psychology and their Education», *Adolescence: Its Relations to Physiology, Antropology, Sociology, Sex. Crime Religion, and Education*, 1904, cit. por S. García Dauder, *ibid.*, pp. 32, 33.

30. Cit. por S. García Dauder, *ibid.*, p. 33.

31. Moebius, *op. cit.*, p. 12.

32. *Ibid.*, p. 16.

se los órganos maternos y hallaríamos ante nosotros un repugnante e inútil *andrógino*» [así, en itálica]; «la deficiencia mental de la mujer no solo existe, sino que además es muy necesaria; no solamente es un hecho fisiológico, es también una exigencia psicológica»; «cuanto mejores son las escuelas, tanto más difíciles son los partos y tanta más escasa la secreción de leche; en suma, tanto más inepta se hace la mujer». «Una excesiva actividad mental» la convierte en «una criatura no solo rara, sino también enferma»; educarla es «una estupidez» que provoca «la degeneración de la raza»; la mujer «debe comprender que es así por voluntad de la naturaleza, y abstenerse de rivalizar con el hombre. Las exaltadas locas modernas paren mal y son pésimas madres».

Toda esta mugre ideológica venía envuelta, eso sí, en los datos presuntamente científicos obtenidos por Rüdinger, según el cual, las mujeres manifestaban subdesarrollo en ciertas partes del cerebro, fundamentales «para la vida mental». Las observaciones de este anatomista adolecían de graves errores, comenzando porque utilizó como norma la anatomía masculina y cualquier desvío de ella fue interpretado negativamente,³³ pero a Moebius le servía de todos modos.

Franca Ongaro, en la Introducción a *La inferioridad mental de las mujeres*, nos señala que entre finales del siglo XIX y principios del XX, la naturalidad estaba dejando de ser tan natural como se creía, «hasta el punto de que los “inferiores” comenzaban a ponerla en discusión».³⁴ Estos hombres buscaban recuperarla.

Eso explica por qué algunos, como Edmundo González Blanco y el médico Roberto Novoa Santos, vieron en Moebius «un representante de la ciencia un simple mensajero, nunca responsable, portador de malas noticias para las mujeres».³⁵ Según el primero de ellos, los postulados feministas «habían sido pulverizados» y «destruidos» tan completamente por las ciencias y los descubrimientos biológicos que «sus más recientes continuadores» se habían visto «obligados a arrinconarlos».³⁶ En este punto debe haber dado un hondo suspiro, mien-

33. A. Gómez Rodríguez, *op. cit.*, pp. 86-87.

34. Franca Ongaro, «Introducción» a *La inferioridad mental de la mujer*, *op. cit.*, p. XII.

35. N. Aresti, *op. cit.*, p. 51.

36. *Ibid.*, p. 52.

tras se palmeaba el vientre y se repantigaba en el diván, en la plenitud del consuelo y la satisfacción.

Mayestáticas mariposas

Londa Schiebinger asume que el filósofo Christoph Meiners hablaba en nombre de muchos cuando escribió entre 1788 y 1900: «¿Qué sucedería con la felicidad de las familias si las mujeres, hechas para tener hijos, amamentarlos y criarlos y para ocuparse de los asuntos domésticos, abandonaran sus casas, a sus hijos y a sus criados para tomar asiento junto a sus esposos en la asamblea legislativa de la nación y los tribunales de justicia, ocupar cargos públicos e incluso ingresar en el ejército y afrontar los peligros de la guerra?».³⁷ La respuesta —dice ella— llegó con la Primera Guerra Mundial, iniciada en 1914, cuando las mujeres asumieron todas las tareas de los hombres que se fueron al combate.

Finalizada la contienda, los gobiernos tomaron medidas para desplazarlas nuevamente, y a las que no fueron desplazadas les disminuyeron el salario. Se les seguía negando las capacidades creativas y geniales y se las seguía considerando menos variables, pero se las aceptaba cada vez más en tareas antes vedadas. Y lo más importante: no solo ahora ellas sabían la verdad sobre sí mismas, sino que a partir de los años veinte y treinta, la sociedad estaba empezando a entender que sus avances no tenían vuelta atrás, y que la jerarquía entre sexos contrariaba el principio democrático de la igualdad.

Algunos habían llegado a pensar que tal vez a los hombres se les había pasado la mano en cuanto a someterlas a su poder. Y no se trataba solo de sensibilidad ante las injusticias, sino también, o sobre todo, de miedo a que las activistas se desmandaran en sus exigencias. Por lo tanto, como dice Mary Louise Pratt, «era indispensable un esfuerzo propagandístico intenso, continuo y capaz de mantener la subordinación social de las mujeres y controlar su lugar en el imaginario social, especialmente en los años veinte y treinta», en los que aumentó la ac-

37. Londa Schiebinger, *¿Tiene sexo la mente?*, trad. de María Condor, Cátedra, Madrid, 2004, p. 311.

tividad feminista.³⁸ A partir de entonces no iba a ser tan fácil persuadir las de seguir viviendo como subalternas, por lo que el dominio masculino necesitaba apuntalarse. El discurso cambió de táctica y empezó a buscar explicaciones que les devolvieran a los hombres la confianza en que nadie les volcaría la tortilla.

Esta preocupación se puede ver en la insistencia de algunos como el filósofo Ortega y Gasset, el ginecólogo Vital Aza, Jesús Canseco y el médico endocrino Gregorio Marañón, entre muchos otros. El primero afirma que el universo «quedaría pavorosamente mutilado si de él se eliminasen esas maravillosas potencias de espiritualidad que son la esposa, la madre, la hermana y la hija», «de tal modo venerables y exquisitas, que parece imposible hallar nada superior». No obstante, estas «categorías de feminidad» no están completas, y son «inferiores y secundarias si se emparejan con lo que es la mujer cuando es mujer y nada más». Ser «mujer y nada más» consiste en convertirse en «el concreto ideal (“encanto”, “ilusión”) del varón».³⁹ Para entonces habían transcurrido treinta y siete años desde que Baudelaire alabara a la poeta Marceline Desbordes por ser «siempre mujer y nada más que mujer», con lo que se refería al «calor de nidada maternal» de sus versos;⁴⁰ habían pasado ciento sesenta años desde que el filósofo Kant encontrara que «la meditación profunda y el examen prolongado [...] no sientan bien a una persona en la cual los espontáneos hechizos deben solo mostrar una naturaleza bella». Es decir, a una mujer, en la cual meditación y estudio «borran los méritos peculiares de su sexo», y «debilitan al mismo tiempo los encantos que les otorgan su fuerte imperio sobre el sexo opuesto».⁴¹ Habían transcurrido trescientos cuarenta y un años desde que fray Luis de León afirmara que «la mujer fue creada para el oficio de agradar y servir, y alegrar, y ayudar en los trabajos de la vida y en la conservación de la hacienda a aquel con quien se desposa».⁴² No obstante, para estos hombres el tiempo estaba

38. Mary Louise Pratt, «No me interrumpas»: las mujeres y el ensayo latinoamericano, en *Debate Feminista*, año 11, vol. 21, abril de 2000, p. 84.

39. José Ortega y Gasset, «Epílogo al libro *De Francesca a Beatrice*» (de Victoria Ocampo), 1924, en *Estudios sobre el amor*, 15.^a ed., Madrid, 1964, pp. 20, 25.

40. Charles Baudelaire, «Marceline Desbordes-Valmore», *Diario Fantasía*, 1861 [en línea] <<http://www.biblisem.net/etudes/baudvalm.htm>> [Recuperado: 9/1/2013].

41. I. Kant, *op. cit.*, p. 41.

42. *La perfecta casada* (1583), en *Escritores místicos españoles*, vol. XXVIII, IV. ed., W. M. Jackson, Inc. Editores, Buenos Aires, 1960, p. 297.

congelado. Por eso el filósofo Gasset puede afirmar impávido que «si la mujer no encanta no la elige el hombre para hacerla esposa que sea madre de hijas hermanas de sus hijos».⁴³ Y puede afirmar en consecuencia que el feminismo es «un movimiento superficial». Al respecto, Karen Horney les pone una piedrecita dentro del zapato: «Si un hombre no desea a ninguna mujer que sea su igual o incluso superior, ¿no será que está protegiendo su amor propio amenazado mediante el utilísimo expediente de las uvas verdes?».⁴⁴

Vital Aza, en 1928, estimaba que era injusto «querer seguir considerando a las mujeres como inferiores». Ahora ellas, «un ejército ya casi vencedor», estaban «conquistando todos los derechos del hombre y escapando a los deberes» que este no tenía; además lo hacían «abjurando» de su condición de mujeres, «olvidando su feminidad», «tratando de ahogar» lo que tenían de hembras, de «anular sus atributos», «pretendiendo extirpar de su espíritu y disimular de su cuerpo cuanto de mujer, de femenino» les puso «Natura», y «haciendo un culto de su esterilidad».⁴⁵ Él, pensando en doblar antes que quebrar, imaginaba un posible acuerdo mediante el cual las mujeres recibieran unos cuantos derechos a cambio del cumplimiento de «sus *deberes naturales*, los cuales se verían entonces dignificados y protegidos socialmente».⁴⁶

Otro dorador de píldoras fue Jesús Canseco, según el cual, «con motivo de la guerra», la mujer de antaño «empieza a crepusculizarse», para surgir, «mayestática mariposa emancipada, con un nuevo tipo femenino de verdadero encanto para el hombre; porque no es la inocencia tonta de la ignorancia supina, ni la aberración del marimacho ni su total emancipación». Ella, que es «libre, grave, capaz, femenina en sus respetos al hombre», «comercianta científica del hogar, no podrá nunca desposeerse de su misión de amor».⁴⁷

Realmente estos hombres estaban aterrorizados. Por primera vez en miles de años las mujeres cuestionaban la naturalidad de su poder; les movían la butaca; reclamaban ser sus iguales, les descuadraban el

43. *Op. cit.*, p. 26.

44. *Psicología y feminismo*, trad. de M.^a Luisa Balseiro, Alianza Editorial, México, 1989, p. 166.

45. N. Aresti, *op. cit.*, cap. II.

46. *Ibid.*, cap. II. La cursiva es del original.

47. Jesús Canseco, «En mi hogar», *La Medicina Social*, 1918, cit. por Nerea Aresti, *op. cit.*, cap. IV, p. 166.

mundo. Esto era inadmisibile. Intentaron contenerlas creando leyes y discursos favorables al embarazo y la lactancia; se habló de «matricismo» y de una nueva disciplina, la «maternología», que debía incorporarse a la enseñanza de las niñas. Aunque ya no como sirvientas de la especie o animales reproductores, las mujeres debían seguir siendo madres,⁴⁸ ahora de forma profesional, lo cual significa una tenaz voluntad de cortarle las alas a las mayestáticas mariposas emancipadas de Canseco.

Gregorio Marañón criticó, en 1926, la literatura «entusiasta y caudalosa» surgida hacia 1918, que daba por hecha la «demostración de una aptitud femenina para equipararse al hombre en todos los aspectos de la lucha social». «El experimento —dice él— no probaba que el trabajo rudo fuese el papel de la mujer, sino sencillamente que en un momento de inquietud la mujer, dotada, en efecto, en sumo grado de estas virtudes que los americanos llamarían “de emergencia”, puede suplantar al hombre». Otras veces las llama «virtudes de urgencia». Estas «virtudes», que Marañón supone «esenciales a las mujeres», significan solo eso: la posibilidad de suplantación. Él las define como una «repentina aptitud en los trances difíciles para el desempeño de gestiones ajenas a su actuación habitual», como ocurre «en la viudez, en la cual se han revelado como extraordinarias tantas mujeres que en la vida conyugal nos habían parecido insignificantes». Esto se debe a que en estas situaciones extraordinarias, el sexo es «vencido por una razón de orden social. Pero es un vencimiento fortuito». Según Marañón, eso quedó demostrado cuando, pasada la guerra, las mujeres abandonaron «con espontáneo y presuroso impulso», los «puestos de trabajo que parecían definitivamente conquistados». Establecido esto, Marañón tranquiliza sus propios terrores porque está claro para él que la naturaleza femenina es ajena a la «actuación social», es decir, al trabajo, que es cosa de machos, parte de su «función sexual secundaria», y por lo tanto en los hombres «debe ocupar» «el sector fundamental de su energía». La mujer, en cambio, «como sexo-tipo no debe trabajar, aunque en la realidad quepan muchas excepciones». En la Naturaleza —dice él— «la hembra madre no trabaja en ninguna

48. Cristina Palomar Vereá, «Maternidad: historia y cultura» [en línea] La ventana, n.º 22/2005 <redalyc.uaemex.mx/redalyc/src/inicio/ArtPdfRed.jsp?iCve> [Recuperado: 30/XII/2010].

especie zoológica». Me pregunto a cuántos gatos, tigres, leones o elefantes machos vería el médico español trabajando.

Marañón, no obstante, concede que las mujeres, es decir, las de *tipo medio*, pueden intervenir en ciertas actividades públicas y privadas, tales como «la enseñanza, el estudio y cuidado de los enfermos, los trabajos de laboratorio y de oficina, y, en fin, los oficios que exigen minuciosidad, paciencia y habilidad manual a cambio de poco gasto de tensión muscular y nerviosa, y poca inventiva», porque estas son «prolongaciones muy directas de las actividades maternas propiamente dichas». Pero «por encima de todas las aspiraciones del feminismo quedará siempre en manos de la mujer el más legítimo de sus resortes de dominación, el encanto sexual, con el que no se gobierna el mundo, pero sí a los hombres que lo dirigen».⁴⁹ Por cierto que los resortes de dominación de su esposa, Lola Moya, al decir de su contemporánea Carmen Baroja, eran reconocidos no precisamente por sus encantos sexuales, sino por su ambición de riqueza y ascenso social.⁵⁰

Casi como intentando confirmar las ideas marañonianas, en América, el escritor y político venezolano Rufino Blanco Fombona nos recuerda: «Entre Venus y doña Emilia Pardo Bazán, los hombres preferimos a Venus».⁵¹ La verdad es que entre Adonis y Balzac, viéndolo bien, es posible que las mujeres prefiriéramos a Adonis. Pero claro, esta elección está sujeta a un para qué.

Marañón se guarda el argumento contundente de «la nariz de Cleopatra», de la cual «dependía la suerte de las naciones». «La verdad —dice él— es que sin otra razón que la gracia de su perfil logró bastante más que todas las sufragistas actuales con sus propagandas y su dinámica masculina».⁵² ¿Cómo pudo Marañón confundir el poder de un trono con la contundencia de una nariz? Pero es que para estos ideólogos, ellos son el referente eterno de todo lo que existe. Por eso asume que «el éxito social en la mujer antes es más [...] un motivo de

49. Gregorio Marañón, *Ensayos sobre la vida sexual*, 4.^a ed., Madrid, Espasa-Calpe, 1969 (las cursivas son del original), pp. 53, 103-104, 105, 11-112, 123, 124, 131-132.

50. Carmen Baroja y Nessi, *Recuerdos de una mujer de la generación del 98*, Tusquets Editores, Barcelona, 1998, p. 195.

51. Cit. por Beatriz González Stephan, «La invalidez del cuerpo de la letrada. La metáfora patológica», *Revista Iberoamericana*, vol. LXXI, n.º 210, enero-marzo de 2005, pp. 55-75 [en línea] <revista-iberoamericana.pitt.edu/ojs/index.php/.../article/.../5612> [Recuperado 21/1/2012].

52. *Op. cit.*, p. 132.

apartamento para el hombre, que acicate de su inclinación amorosa». «No puede compararse» la atracción que ejerce sobre ellos «la gloria de una novelista o de una pintora —no digamos de una diputada o de una ministra— con la del simple taconeo de una modistilla garbosa».⁵³

De modo muy parecido, Ortega y Gasset afirma, por boca de su personaje y alter ego Olmedo, que «el hombre inteligente siente un poco de repugnancia por la mujer talentada, como no sea que en ella se compense el exceso de razón con un exceso de sinrazón». «¡Qué delicia —exclama Olmedo— encontrar criaturas que tienen la cabeza llena siempre de danza y caprichos y trapos! Son el encanto de todas las almas varoniles demasiado tensas y profundas, cuya vida va cargada de enormes responsabilidades». Por otra parte, Ortega afirma que las mujeres, desdeñan «al gran hombre concienzudamente», por lo que «desde el punto de vista de la selección humana», no colaboran «con su preferencia sentimental en el perfeccionamiento de la especie». Tienden «más bien a eliminar los individuos mejores, masculinamente hablando, a los que innovan y emprenden altas empresas, y manifiestan un decidido entusiasmo por la mediocridad».⁵⁴ Así, Ortega y Gasset nos dejó la duda sobre la medida en que, desde el punto de vista de la selección humana, colaboran en el perfeccionamiento de la especie los hombres inteligentes al repugnarles las mujeres de talento y los hombres todos al preferir el taconeo de las modistillas garbosas a las ministras o diputadas.

Marañón afirma que las «agitadoras, pensadoras, artistas, inventoras», «todas las que han dejado un nombre ilustre en la Historia», han desarrollado una «actividad masculina». Todas ellas tienen rastros de virilidad, que en cambio están adormecidos en las «mujeres normales». Todas ellas han actuado de modo ilegítimo, usurpando un campo ajeno, puesto que «el varón será siempre el que haga la Historia. La mujer tiene reservado el destino, aún más trascendental de hacer, en toda su integridad, al Hombre, padre de la Historia».⁵⁵ Por ahí ya vamos entendiendo en qué consisten los atractivos del taconeo y de las cabezas llenas de danza y trapos: se relacionan ni más ni menos que

53. *Ibid.*, p. 100.

54. Ortega y Gasset, «Paisaje con una corza al fondo (mayo de 1927)», en *op. cit.*, pp. 180-181, 207.

55. Marañón, *op. cit.*, pp. 116, 133.

con el elevado y *trascendental* destino que se nos reservó. Y entendemos aún más por qué el temor a las agitadoras, pensadoras, artistas e inventoras que se desempeñan bien en los puestos «usurpados». Les están disputando a ellos su legítimo derecho de propiedad sobre la Historia. Ellas le pican y arden a Marañón, y lo desasosiegan. Tiene que haber una forma de hacerlas encajar en su teoría. Y la encuentra, porque el que busca encuentra: son todas mujeres «viriloides» o «de tendencias viriles». Ahora bien, él está seguro de que la virilidad es la más alta forma de evolución que existe, y también de que las mujeres están en la tierra para traer hombres al mundo. Por lo tanto le entra una duda, punzante como punta de alfiler: ¿conformarán las *usurpadoras* «formas superiores de feminidad»? ¿o más bien representan «estratos de sentido degenerativo»?⁵⁶ Puesto que él creía en la teoría de la recapitulación, necesariamente tenía que adherirse a la primera de estas dos opciones: ellas representaban una «etapa avanzada» en la evolución de los sexos. Pero aceptar esto era un trago muy amargo y muy espeso. ¿Qué hacer para no atragantarse? Fácil: siempre hay recursos. Marañón concluye que para las mujeres el avance evolutivo no es ni «ideal» ni «específicamente eficaz» sino todo lo contrario, y aventura la esperanza de que «el progreso de la Humanidad» vaya eliminando «esta etapa equívoca de la vida de los sexos».⁵⁷

En consonancia con tal forma de pensar, él creía «esencial que toda mujer, a ser posible», obtuviera una cultura básica, «y mejor en convivencia con el hombre», pero —dice el neurólogo español— «lo de menos es que aprenda: esto es lo de menos. Lo importante es asomarse al otro mundo, al de la vida del varón, y adquirir la certeza experimental de que es un mundo asequible a la hembra».⁵⁸ O sea, que sepa que se puede asomar, pero ni se le ocurra pisar. En ese mismo sentido se había declarado el peruano Clemente Palma unos años atrás, cuando afirmaba que en las mujeres está bien el *diletantismo*, pero si intentan salir de ahí «para constituir un factor activo, una fuerza en la obra de la civilización», se invierte el orden social y viene «el desbarajuste».⁵⁹

56. *Ibid.*, p. 116.

57. *Ibid.*, p. 117.

58. *Ibid.*, pp. 75-76.

59. *Op. cit.*, p. 158.

Durante la Segunda Guerra Mundial, otra vez el sexo difamado tuvo oportunidad de poner en juego sus «virtudes de urgencia», desempeñando masivamente ocupaciones que antes le estaban vedadas. Una vez más también en la posguerra, no es que las mujeres abandonaran «con espontáneo y presuroso impulso» los puestos de trabajo, sino que se las presionó para que lo hicieran. En Estados Unidos, considerado por muchos el país más progresista, se comenzó a producir una serie de discursos «científicos» que hacían del bebé un rey y de la madre la sierva del hogar; mediante una intensa propaganda se volvió a exaltar la función de ama de casa y se creó lo que Betty Friedan llamó la «mística de la feminidad». Innumerables textos de expertos les explicaban a sus destinatarias cómo elegir un lavaplatos, hornear pan, vestirse, lucir bien, actuar de modo más femenino y hacer más excitante la vida matrimonial (más o menos como lo siguen haciendo hoy los anuncios publicitarios y ciertos programas y revistas dirigidos a mujeres). A las que ejercían profesiones o actividades intelectuales se las denominaba «neuróticas, poco femeninas e infelices que querían ser poetas o médicas o presidentas», y se las oponía a las «mujeres de verdad», que no querían carreras, educación universitaria ni derechos políticos. La edad de casarse bajó a finales de los años cincuenta, y la población estadounidense llegó a sobrepasar la de la India.

Las víctimas de esas presiones empezaron a vivir lo que la misma Friedan denominó «el problema sin nombre»: frustración, vacío, vaciedad, que los expertos intentaron remediar recordándoles lo afortunadas que eran: sin jefe, ni horario, ni nadie que les disputara el puesto (sobre todo, esto último, sí que era cierto). Se sugirió que tomar decisiones políticas y familiares era mucho para ellas: deberían dejarles a los hombres las primeras y quedarse solo con las segundas. Se planteó la necesidad de darles a las jóvenes en la secundaria una educación «más realista», como amas de casa; y puesto que a mayor educación mayor frustración, se vio la posibilidad de no admitirlas a los *colleges* y universidades. Según se decía, el verdadero problema estaba en que las mujeres querían ser hombres, pero eso no tenía solución, esto era lo que significaba ser mujer y lo mejor era aceptar el rol graciosamente. Y así, una vez más se las libraba de las abrumadoras cargas de la inteligencia y la ciencia que sus lindas cabecitas no podían soportar.

5. La mujer y el buey

No hay otro dios en la tierra para una mujer más que su marido. La más excelente de las buenas obras que puede hacer es tratar de agradarle: ésta debe ser su única devoción. Cuando él muere ella debe morir.

Código brahamánico

Algunos años más tarde comencé a leer filosofía, me pareció un lenguaje muy cercano al de los payasos y, ¡oh maravilla!, esta manera de hablar existía entre el cielo y la tierra.

Michèle Le Doeuff, *El estudio y la ruca*

Yo no sé lo que era ser filósofo, tampoco sabría cómo eran. A unos me los figuro con toga y barbas, la cabeza de escayola. A otros, con levitones y chisteras peludas; a algunos, con casaca y pelucanas blancas. Siempre serios, graves y sesudos.

Carmen Baroja y Nessi,
Recuerdos de una mujer de la generación del 98

El oficio de agradar

Cabeza gacha y mirada tímida, la mujer sumisa viene caminando por los libros de moral y de filosofía desde los tiempos de Hesíodo, quien aconsejaba al agricultor griego adquirir «lo primerísimo de una casa»: un buey labrador y una mujer soltera que trabajara también con los bueyes.¹ Faltaban unos setecientos años para el nacimiento de Cristo, cuando ya ella, junto al buey, formaba parte, o debía formarla, de los bienes de un hombre.

1. Ησίοδος, Έργα και ημέραι» [en línea] <http://el.wikisource.org/wiki/%CE%88%CF%81%CE%B3%CE%B1_%CE%BA%CE%B1%CE%B9_%CE%B7%CE%BC%CE%AD%CF%81%CE%B1%CE%B9>. vv. 405-406: οἶκον μὲν πρότιστα γυναικά τε βοὸν τ' ἄροτήρα, / κτητὴν, οὐ γαμετήν, ἥτις καὶ βουσίην ἔπειτο [Recuperado: 2/VI/2008]. En versión castellana de Faustino Chamorro G: «Así pues, lo primerísimo es que una casa, un buey labrador y una mujer no casada adquieras, la cual también con los bueyes trabaje». En la edición de Porrúa, *Teogonía, los trabajos y los días, El escudo de Heracles*, 3.^a ed., p. 37, se traduce erróneamente.

Algunos cientos de años después, hallamos nuevamente al mismo par, mujer y buey, dando origen a los primeros hogares en la filosofía de Aristóteles. Ya para entonces la causa de la sumisión se había hecho explícita: esclavos y mujeres «directamente desde su origen» se destinan a ser mandados.² Los primeros, porque no tienen «en absoluto» facultad deliberativa; las segundas, porque la tienen «pero ineficaz» y están menos dotadas para el mando. De este modo, se podía seguir negando autonomía a unos y otras con la conciencia liviana.

Aunque la esclavitud se sigue practicando, llegó el día en que empezó a ser moralmente inaceptable y pasó al semiclandestineo. El triunfo del cristianismo tuvo su parte en eso. La sumisión de las mujeres, en cambio, siguió como si nada, y el cristianismo también tuvo su parte en eso. Convenía a los patriarcas asumir al pie de la letra el mito patriarcal. De este modo, Eva, fabricada de costilla y corrompida por serpiente, se convirtió en el gran pretexto. Un renombrado filósofo del judaísmo helénico, Filón de Alejandría, apenas en el gozne de la antigüedad que se iba y la nueva era que llegaba, acudió a la costilla para atribuir a Dios el deseo de garantizarse que los hombres dominaran a las mujeres y las mujeres les sirvieran a sus dominadores. Con el mismo trasfondo mítico, porque ella procede de él y fue creada por su causa, san Pablo insiste en sus epístolas en la obediencia y sujeción de la mujer al hombre «como conviene al Señor» (I Cor. 11, 2-16; Ef. 5, 22; Col. 3, 18). La imagen paulina del varón como cabeza de la mujer y Cristo como cabeza del varón fue utilizada por san Jerónimo (que vivió entre los siglos IV y V) para culpabilizar del mismo pecado al hombre no sometido a Cristo y a la mujer no sometida al marido;³ también la utilizó san Agustín, quien nos pone de ejemplo a la Virgen, tan «humilde» que ni siquiera se antepuso al marido en el modo de hablar. Según sus palabras, ella «no dice: Yo y tu padre, sino *Tu padre* y yo. No tuvo en cuenta la dignidad de su seno, sino la jerarquía conyugal [...] porque la cabeza de la mujer es el varón. ¡Cuánto menos

2. *La política*, versión de Antonio Gómez Robledo, Universidad Autónoma de México, 2000, Libro I, i, p. 2, ii, p. 7.

3. Cit. por Uta Ranke-Heinemann. *Eunucos por el reino de los cielos. Iglesia católica y sexualidad*, 2.^a ed., Trotta, Madrid, 2005, cap. XVI, «La mujer según Tomás de Aquino», pp. 169-182 [en línea] <<http://www.vallenajerilla.com/berceo/utaranke/mujer.htm>> [Recuperado: 27/XII/2010].

deben envanecerse las demás mujeres!».⁴ De ahí que corresponde tanto a «la Justicia» como «al Orden Natural de la Humanidad que las mujeres sirvan a los hombres», puesto que «el orden justo se da solo cuando el hombre manda y la mujer obedece»;⁵ la imagen fue utilizada también por santo Tomás (que vivió en el siglo XIII), para quien esa sumisión de la esposa era producto del derecho divino y natural: al varón, cabeza de ella, más perfecto en cuerpo y espíritu, le correspondía dominarla.⁶

En realidad, cuando Pablo escribía sus epístolas, ya el mandato era viejo. La novedad consistió en que el prejuicio comenzó a verse como verdad teológica y a fundamentarse en el mito hebreo: porque «Adán fue creado primero y Eva después», dice Pablo, y ella «fue seducida y cometió la transgresión» (I Tim. 2, 12-15). La transgresión de Eva resultó muy útil al patriarcado porque con san Agustín se convirtió en indicio de que todas las mujeres necesitaban de guía y control por parte de los hombres;⁷ la costilla significaba para el obispo de Hipona la inferioridad de no estar hecha a imagen y semejanza de Dios, lo cual sumaba unos puntos más al «orden justo», que somete a los seres inferiores a servir y obedecer a los seres superiores.⁸ A este «orden justo» agustiniano le llamó fray Hernando de Talavera, en el siglo XV, «ley general» de que «todas las cosas inferiores y menores sean movidas y regidas por las superiores y mayores».⁹ Según su razonamiento, las mujeres son «pequeñas y menores que los varones, porque por ellos han de ser regidas».¹⁰ En el *Paraíso perdido* (1667), de Milton, Eva es sumisa desde el momento mismo de su creación. Ella,

4. «Sermones marianos. San Agustín» [en línea] <<http://www.idyanunciad.net/reina/tema17.htm>> [Recuperado: 28/XII/2012].

5. Karlheinz Deschner, *Historia sexual del cristianismo* [en línea] <<http://dc128.Ashared.com/doc/I3U9s3rX/preview.html>> [Recuperado: 3/I/2012].

6. *Ibid.*

7. Pilar Iglesias Aparicio, *Mujer y salud: la escuela de medicina de mujeres de Londres y Edimburgo*, cap. II. «Construcción de sexo y género desde la Antigüedad al siglo XIX», en <<http://www.biblioteca.uma.es/bbldoc/tesisuma/16272791.pdf>> [Recuperado: 10/IV/2010].

8. Cit. por Jean Marie Aubert, *La mujer, antifeminismo y cristianismo*, trad. de María Colom de Llopis, Herder, Barcelona, 1976, p. 101.

9. María Teresa Cacho, «Los moldes de Pygmalión», en Iris M. Zavala (coord.), *Breve historia II, Breve historia feminista de la literatura española (en lengua castellana). II. La mujer en la literatura española*, Anthropos, Madrid, 1995, p. 189.

10. Cit. por M. T. Cacho, *ibid.*, p. 185.

solícita y dispuesta, le dice a Adán: «Obedeceré sin discutir / así lo ordena Dios: / Dios es tu ley, tú la mía»: no saber más / es el conocimiento más feliz de la mujer y su alabanza».

Santo Tomás, como san Agustín siete siglos antes que él, vio en la costilla la prueba de la inferioridad de la mujer, a la que consideró «un objeto necesario para la preservación de la especie y proporcionar comida y bebida al varón». ¹¹ Estos objetos que el varón necesita para vivir y procrear también necesitan de él, pero «como su propio amo y señor», puesto que él es al menos de modo manifiesto desde Aristóteles más fuerte y de mejor inteligencia, por lo que goza del derecho natural a mandar sobre el débil de mente y cuerpo ¹² que nació para servirle.

El argumento de los teólogos era compartido por eruditos y hombres de letras. Según lo expresaba el infante Juan Manuel en su castellano del siglo XIV, Dios quería dar a entender, con la costilla, que el hombre debe tener señorío sobre la mujer, que «non es tan conplida como él». ¹³ Y Maquiavelo no se encoge ni un milímetro para comparar, en *El príncipe*, a la fortuna con una mujer, con la que «vale más ser violento que ponderado» y a la que conviene zaherir y zurrar «para conservarla sumisa», ¹⁴ lo cual nos recuerda otra vez a la pareja hesiódica de la mujer enyuntada al buey.

De modo muy semejante, en 1828, el vicepresidente de Estados Unidos, John Calhoun, manifestó que «Dios creó a la raza negra para que corte leña y transporte agua para el pueblo escogido. De este modo, los amos, libres del trabajo manual, podrán alcanzar la sabiduría soñada por los fundadores de la República». ¹⁵ Los argumentos del dominador se suelen aplicar indistintamente a cualquier grupo subyu-

11. P. Iglesias, *op. cit.*, cap. VI. «Las mujeres en la historia de cuidado de la salud».

12. Uta Ranke-Heinemann, *Eunucos por el reino de los cielos. Iglesia católica y sexualidad*, 2.ª ed., Trotta, Madrid, 2005, cap. XVI, «La mujer según Tomás de Aquino», pp. 169-182 [en línea] <<http://www.vallenajerilla.com/berceo/utaranke/mujer.htm>> [Recuperado: 27/XII/2010].

13. *Libro de los Estados* (1339), Parte II, cap. III, *Antología de ensayo* [en línea] <<http://www.ensayistas.org/antologia/XV/manuel/estado/estado2-3.htm>> [Recuperado: 4/XII/2010].

14. Cap. XXV [en línea] <http://www.laeditorialvirtual.com.ar/pages/maquiavelo/maquiavelo_elprincipe.htm#cap25> [Recuperado: 17/II/2012].

15. Cit. por Leónidas Colapinto, *Estados Unidos, el IV Reich*, Libros en Colectivo, Buenos Aires, 2011, p. 30.

gado y descargan la conciencia echándole la culpa a un Dios Padre, padrísimo solo para con los machos blancos.

Hasta ahí hombres al acecho con la Biblia en la mano. Pero Freud estimaba que los dioses son inventos y fantasías. Él define la cultura humana como «todo el saber y el poder conquistados por los hombres para llegar a dominar las fuerzas de la Naturaleza» y «todas las organizaciones necesarias» para regular las relaciones humanas, «y muy especialmente la distribución de los bienes naturales alcanzables». En su fantasía, seres humanos sumando poder para la rapiña de la tierra, cosa censurable aunque lo ordenara el dios del Génesis. Pero luego aclara que «el hombre mismo individualmente considerado puede representar un bien natural para otro en cuanto éste utiliza su capacidad de trabajo o hace de él su objeto sexual».¹⁶ Freud no hace crítica ni censura: solo ofrece el dato. De este modo, para él, entran en la categoría «bienes naturales» los hombres negros que acarrear agua y cortan leña para «los elegidos»; y las mujeres todas, dispuestas y solícitas, como la miltoniana Eva, a servir a la ley de Adán. Eso es cultura. Al menos para el fundador del psicoanálisis, y aunque nos suene como nos suena.

El caso es que la mujer sumisa y mentalmente disminuida fue sumando consejos de Hesíodo, filosofía de Aristóteles, literatura griega, costilla de Adán y manzana del diablo, cosas que, o por separado o todas juntas, constituyeron su propia y espantable cajita de Pandora, y así vestida con todos estos andrajosos ropajes la recogieron y amonestaron los grandes moralistas españoles del siglo XVI.

Luis vives afirma que «la mujer es hija del marido porque salió de su costado, es más inclinable y flaca y menos aparejada para sostener las flaquezas que acarrea la vida humana, a cuya causa le es menester de amparo».¹⁷ Con la imagen tan vívida y fresca como si la estuviera viendo, advierte en 1528 que «de ninguna otra cosa puede acarrear tantos provechos como de la esposa, ni del buey, ni del colono, ni del mayordomo».¹⁸ Cincuenta y cinco años más tarde, fray

16. *El porvenir de una ilusión* (1927), trad. de Luis López Ballesteros [en línea] <http://www.elortiba.org/pdf/freud_porvenir.pdf> [Recuperado: 16/II/2012].

17. *Instrucción de la mujer cristiana* (1496), cit. por M. T. Cacho, *op. cit.*, p. 185.

18. Cit. por Isabel Morant, «Hombres y mujeres en el discurso de los moralistas. Funciones y relaciones», en Isabel Morant (dir.), *Historia de las mujeres en España y América Latina*, vol II. *El mundo moderno*, Cátedra, Madrid, 2005, 2006, p. 49.

Luis de León, deslumbrado por la misma fantasía, deja en claro que «los fundamentos de la casa son la mujer y el buey labrador: el buey para que are, y la mujer para que guarde».¹⁹ Su obra *La perfecta casada* fue, según Margarita Ortega, «el modelo sentimental que más pervivió para las mujeres adultas».²⁰

La imagen se renovaba y fortalecía sobre la autoridad de las epístolas paulinas, contundente y singular clave teológica del deber de obediencia de las mujeres a sus maridos, y con la solemne autoridad de tantos santos Padres difusores del saber de Aristóteles debidamente cristianizado.

En *Reloj de príncipes*, publicada en 1539, fray Antonio de Guevara aconseja a la «mujer virtuosa» amar al «marido vicioso»; a la «honesta», amar «al marido disoluto»; a la «prudente», amar «al marido simple»; y a «la sabia», amar «al marido loco».²¹ *Diálogos de apacible entretenimiento* tituló, en 1606, Gaspar Lucas Hidalgo una obra con la que debe haber entretenido a los pocos hombres de su época que supieran leer; y aleccionado a las todavía menos mujeres capaces de deletrear lo suficiente para enterarse de lo que ya sabían por los sermones dominicales: que Dios les había dado a ellas «naturaleza humana» para que fueran compañeras del que debía ser «su dueño y cabeza».²² Ya fray Luis de León les había explicado lo de la cabeza: ellas no eran «para las cosas de seso y peso»;²³ y por si todavía no se les encendía el bombillo, Talavera les había explicado que eran «flacas de cerebro y faltas de discreción».²⁴

En lo sucesivo, manzana y costilla se siguieron utilizando para justificar teológicamente la servidumbre. Es difícil encontrar en el medioevo obra de teología, o en el Renacimiento obra moralizante dirigida a mujeres, así sean reinas, princesas o grandes señoras, en que no se les advierta su deber de servicio y obediencia, «ornadas» de castidad, limpieza, honestidad, discreción, humildad, laboriosidad,

19. *La perfecta casada*, en *Escritores místicos españoles*, vol. XXVIII, IV, ed., W. M. Jackson, Inc. Editores, Buenos Aires, 1960, p. 291.

20. Margarita Ortega, «Las edades de las mujeres», en Isabel Morant, *op. cit.*, vol. II, p. 341.

21. Robert Archer, *Misoginia y defensa de las mujeres. Antología de textos medievales*, Cátedra, Madrid, 2001, p. 168.

22. M. T. Cacho, *op. cit.*, p. 189.

23. *Ibid.*, p. 362.

24. Cit. por M. T. Cacho, *op. cit.*, p. 189.

medida, encierro, exactamente como las griegas homéricas y no homéricas en sus gineceos.²⁵

Luis de Vives, fray Luis de León, fray Antonio de Guevara, Gaspar Lucas Hidalgo, los cuatro de piñón fijo, mantienen la misma imagen. El primero exige que a todos los maridos se les ame, acate, reverencie y obedezca;²⁶ el segundo resume y afina lo que ya era consenso en los autores medievales y renacentistas: el «oficio» de la mujer es agradar, servir, alegrar y ayudar al marido, al cual ella, en bien de la paz doméstica, debe soportar «así sea un verdugo, un beodo, un áspero, un desapacible»;²⁷ para el tercero, hay que amar al marido aunque sea un crápula, un necio, un loco. Y para el cuarto, si no hubiera sido porque debía acompañar a su «amo y cabeza», la mujer ni siquiera habría gozado de condición humana.

Alguien puede juzgar que estamos hablando de viejos textos empolvados y carcomidos de polilla, pero el 11 de setiembre de 1992, el famoso predicador protestante fundamentalista Pat Robertson declaró en su programa «El club 700»: «Sé que a las damas les duele oír esto, pero si se casan, han aceptado el liderazgo de un hombre, su esposo. Cristo es la cabeza del hogar, y el esposo es la cabeza de la esposa, y así es como son las cosas, punto».

Igualdad y libertad... con excepciones

En el siglo XVIII, la razón comenzó a imponerse sobre la fe. De resultas, Dios y sus representantes oficiales perdieron crédito, como lo perdieron reyes, duques, condes y marqueses, el origen de cuyo poder hasta entonces se consideraba divino. Las monarquías absolutas llegaron a su fin; se cuestionaron los privilegios en riqueza y cargos de la nobleza y el clero; se defendió para «todos» como un bien universal el derecho a la libertad, la igualdad y la felicidad. Los pensadores eran escépticos,

25. Juan Cano Ballesta, «Castigos y doctrinas que un sabio daba a sus hijas: un texto del siglo XV sobre educación femenina» [en línea] <cvc.cervantes.es/obref/aih/pdf/10/aih_10_1_015.pdf—> [Recuperado: 19/II/2007].

26. Isabel Morant, «Hombres y mujeres en el discurso de los moralistas. Funciones y relaciones», en Isabel Morant (dir.), *op. cit.*, p. 39.

27. *Ibid.*, pp. 297, 298.

laicistas, revisionistas; con espíritu crítico, confianza en la ciencia y desconfianza en la tradición. Algunos de ellos procedían de la burguesía y otros de la nobleza, pero esto no contaba a la hora de rechazar los viejos privilegios de clase de la sociedad feudal. Se trataba, en palabras de Kant, de la salida del hombre «de su minoría de edad».

Ya entre 1660 y 1662, Jonh Locke había empezado a criticar las ideas sobre el poder divino de los monarcas, afirmando que no les venía de Adán. Para él, antes de que se fundaran las sociedades, la humanidad vivía en «estado de naturaleza», y el estado de naturaleza lo era también de libertad e igualdad: sin jefes ni autoridades, sin más guía que la razón, con el solo defecto de que la vida y los bienes estaban bajo riesgo de abuso (igualito que ahora). Entonces los hombres decidieron unirse en sociedades mediante un pacto político, y nombrar a una persona capaz de hacer ejecutar la ley. Según la fantasía lockeana, el poder de esa persona no era absoluto ni arbitrario, porque esto iría contra la salvaguarda del «hombre», tan estrechamente vinculado a la libertad que no puede renunciar a ella sin renunciar al mismo tiempo a su salvaguarda y a su vida. Este fue, según Locke, el inicio de cualquier gobierno legítimo del mundo. Puesto que «todos los hombres» son «por naturaleza libres, iguales e independientes», solo se convierten en súbditos de un poder político con su propio consentimiento expreso o tácito. Esto es lo que le da validez al pacto.

Ahora bien, la igualdad lockeana, definida como «reciprocidad de todo poder y toda jurisdicción» y basada en pertenecer a la misma especie, tener el mismo rango y servirse de las mismas facultades, cuenta con excepciones: hay quienes poseen «dotes y méritos preclaros» que acaso levanten «sobre el nivel común»; a algunos «la naturaleza, la gratitud u otros respetos» los hacen acreedores a «determinadas observancias» por parte de quienes por nacimiento, alianzas o beneficios se las deben rendir. Así pues, en realidad, el principio de igualdad queda destruido. Y todavía más cuando Locke agrega que «es el mismo Dios» quien ha colocado «por medio de una clara manifestación y su voluntad, a unos de ellos por encima de los demás», y les ha conferido, «mediante nombramiento evidente y claro, el derecho indiscutible al poder y a la soberanía».

Locke dice que la primera sociedad política o civil fue la sociedad conyugal: un pacto voluntario entre hombre y mujer. Pero en este caso hay algo acordado de forma previa y unilateral en lo que la mujer

no participó. Ese algo es la decisión de quién va a impartir la ley, cuál es el juez. Para Locke no cabe ni un gramo de duda: naturalmente ha de ser el hombre «como el más capaz y más fuerte». Hay, por lo tanto, un presupuesto implícito incuestionado: la superioridad viril. Hay algo más, tampoco pactado, el trabajo de las mujeres, el cual constituye otra excepción a la universalidad del postulado de Locke, según el cual, el «trabajo», «fundamento de la propiedad», es «propiedad indiscutible» del trabajador». ²⁸ Esto pulveriza los dos pilares de su teoría: el de la libertad y el de la igualdad. Al formar el pacto conyugal, las mujeres constituyen una excepción a la libertad común a «todos los hombres», puesto que no se les pidió consentimiento alguno, ni tácito ni explícito, para aceptar la sujeción y el dominio de otra voluntad sobre la suya; quedan incluidas también entre las excepciones a la igualdad puesto que se ven obligadas a someterse ante los hombres, quienes como grupo disfrutaban de «dotes y méritos preclaros» que el mismo Dios les confirió. En fin, que aquí todo es claridad.

Ya llevaba casi veinte años muerto Locke, cuando un jurista coetáneo suyo, William Blackstone, advierte que «por medio del matrimonio hombre y mujer se convierten en una sola persona ante la ley», lo que para él significa que «la existencia legal de la mujer queda suprimida o, al menos, incorporada en la existencia del hombre y consolidada en ella». ²⁹ ¡Esto sí que es quedarse con la parte del león!

Extraña voluntad, curiosa dignidad

Ya a finales del siglo XVIII, poco más de cien años después de las afirmaciones de Locke, el filósofo alemán Johann Gottlieb Fichte afirmaba que «en el matrimonio, la mujer expresa libremente su voluntad de

28. *Ensayo sobre el gobierno civil*, cap. III, «Del estado de guerra», parágrafo 19, Madrid, Aguilar, 1969. [en línea] <www.scribd.com/doc/14597528/Locke-Ensayo-Sobre-El-Gobierno-Civil> [Recuperado: 22/X/2009], en orden de citas, cap. III, «Del estado de guerra», §19; cap. II, «Del estado natural», §7, 14; cap. IV, «De la esclavitud», §22; cap. VIII. Del comienzo de las sociedades §98; 119; cap. VI, «El poder paterno», §55; cap. II, «Del estado natural», §4; cap. VII, «De la sociedad política y civil», §77, 82, cap. V, «De la propiedad», §26.

29. Cit. por Karlheinz, *op. cit.*

ser anulada ante el Estado por amor al marido». Él se convierte «en su tutor legítimo», vive en todos los aspectos la vida pública de su esposa y es el único propietario tanto de sus propios bienes como de los de ella. La casada —dice Fichte— «carece de consideración pública. Su vida transcurre en el ámbito privado, en la *casa* y su dignidad depende de que esté sometida a su marido por su propio deseo». Podría retomar su libertad si *quisiera*, pero no puede razonablemente *quererlo* ni en el aspecto *público*, ni en el *privado*. Ella «debe querer aparecer ante todos los que la conocen como completamente sometida al hombre, como totalmente fundida en él». El marido, a cambio de administrar todos los derechos de la esposa, le da ternura. Esa ternura le devuelve «necesariamente [...] todo e incluso más de lo que ella ha entregado».³⁰ De este modo con ese trato chueco, la mujer quiere todo lo que se supone deba querer, entrega bienes, derechos y libertad, y recibe a cambio solo afecto, con lo cual se debe sentir más que pagada. En verdad, estos hombres sí que estaban seguros de la estupidez femenina.

El ácido sabor de la falacia envuelve esos razonamientos, a partir de los cuales Fichte concluye que las reivindicaciones de las feministas carecen de sentido, puesto que la mujer tiene ya en el matrimonio, e «incluso de un modo más perfecto», las mismas cosas esenciales que pudiera solicitar. La clave está en ser «razonable y virtuosa» para «no significarse históricamente» y no centrar el orgullo en sí misma sino solo en su marido y sus hijos. Por lo tanto, las feministas exigen lo no esencial, la apariencia externa, la celebridad que destruye el pudor y el amor confesados a su marido, sobre los cuales reposa toda la dignidad de una mujer. La que eleva semejantes demandas ha renunciado ya, según Fichte, al pudor y la dignidad femenina y, por lo tanto, no hay que hacerle caso.³¹ Asunto concluido, al menos para Fichte, no para el grupo cada vez más grande de las que estaban dejando de creer en tan anómala dignidad.

30. Juan Cruz Cruz, «Amor esclavo. El destino de la mujer en Fichte» [en línea] <www.institucional.us.es/revistas/revistas/themata/pdf/09/08%20cruz.pdf> [Recuperado: 5/II/2010]. Todas las cursivas son del original.

31. *Ibid.*

El signo glorioso de los valores modernos

La obra magna del período de la Revolución fue la *Enciclopedia*, dirigida por Diderot y D'Alambert con el objetivo genérico de difundir las ideas de la Ilustración. Su propósito era «hacer un inventario de lo conocido, y para esto examinarlo todo, removerlo todo sin excepción ni miramientos; pisotear las viejas puerilidades, derribar los ídolos que la razón desaprobaba; y poner un signo glorioso a los valores modernos».³²

Uno de los enciclopedistas, Desmahis, en su artículo «Mujer (moral)», le pone unos ladrillos más al mal reparto de poder entre los sexos: hombres y mujeres son desiguales pero tienen «ventajas casi iguales: del lado de los primeros están la fuerza, la majestad, el coraje y la razón; del lado de las segundas están las gracias, la belleza, la fineza y el sentimiento. Por lo tanto, «la naturaleza parece haber conferido a los hombres el derecho de gobernar». Y otro enciclopedista, Louis de Jaucourt, le agrega argamasa en el artículo «Mujer (derecho natural)»: «El derecho positivo de las naciones civilizadas —dice—, las leyes y costumbres de Europa dan la autoridad de forma unánime al marido como a aquel que se halla dotado de más fuerza intelectual y corporal y contribuye en mayor grado al bienestar común en materia de cosas humanas y sagradas».

Jaucourt reconoce que esta afirmación contradice el principio de la igualdad natural de los hombres; reconoce también que de «la sola capacidad de mandar» no se deriva el derecho de hacerlo; que el varón no es siempre más fuerte e inteligente que la mujer; y que el precepto de la Escritura se estableció en forma de castigo, por lo que «solo se trata de derecho positivo». No obstante, agrega: «Puesto que en general los hombres son más capaces que las mujeres de dirigir correctamente los asuntos particulares», resulta acertado establecer que «por regla general, sea la voluntad del hombre la que se imponga». La esposa debe someterse a su marido y «obedecer en todos los asuntos domésticos». «Una mujer que conoce el precepto de la ley civil», al casarse «tácitamente» acepta someterse a esa ley.³³

32. *La Enciclopedia, Diccionario razonado de las ciencias, las artes y los oficios* [en línea] <<http://thales.cica.es/rd/Recursos/rd99/ed99-0257-01/enciclo.html>> [Recuperado: 26/X/2009].

33. Para las citas de Desmahis y Jaucourt, ver *La ilustración olvidada*, Ánthropos, Madrid, 1993, respectivamente, pp. 46, 48, 37, 38.

Como resultado de todas las «razones» de la Razón, el gobierno revolucionario negó a las mujeres los derechos políticos y el derecho de reunirse. Según la Convención Nacional, ellas no poseían «la fuerza moral y física necesaria» para el ejercicio de la ciudadanía. Talleyrand, miembro del comité de constitución de la Asamblea Nacional y firmante de la Constitución de 1791, afirmaba: «Si la exclusión de los cargos públicos pronunciada en contra de las mujeres resulta a fin de cuentas, para ambos sexos, un medio de incrementar su dicha común, a partir de ese momento se transforma en una ley que todas las Sociedades han debido reconocer y aplicar». De este modo la exclusión de las mujeres nos hizo a «todos» tan dichosos como los finales de los cuentos de hadas. Y, como era de esperar, a las mujeres no les quedó más remedio que aceptar tanta «dicha» como les cayó encima. Al fin y al cabo en esa misma década les estaban endulzando la exclusión con el venenoso caramelo de la complementariedad, que en algunas legislaciones se había convertido en ley.³⁴

¡Cuidado, llegó Sofía!

En 1762, esto es, cuando ya se habían publicado los primeros siete tomos de la *Enciclopedia*, Rousseau publica *El contrato social*, en el que vuelve a afirmar que la libertad es «consecuencia de la naturaleza del hombre», cuyo «principal deber» es conservarla y sus principales cuidados «los que se debe a sí mismo». Para Rousseau, después de que el hombre «adquiere uso de razón, siendo él solo el juez de los medios propios para conservarse, llega a ser por este motivo su propio dueño» y en situaciones de opresión tiene «derecho a sacudirse el yugo»; la igualdad fue establecida mediante el «pacto social», y «todo acto auténtico de la voluntad general» les «obliga o favorece igualmente a todos». «La fuerza no constituye un derecho», «no es más que un poder físico» de cuyos efectos no se puede derivar ninguna moralidad.

Por otra parte, «el más fuerte nunca lo es bastante para dominar siempre, si no transforma su fuerza en derecho y la obediencia en

34. *¿Tiene sexo la mente?*, trad. de María Córdor, Cátedra, Madrid, 2004, p. 325.

obligación». Asentado ese principio, «el pacto social establece entre los ciudadanos tal igualdad que todos se obligan bajo las mismas condiciones y deben disfrutar de los mismos derechos». «Según la naturaleza del pacto», cualquier acto de soberanía —esto es, cualquier acto auténtico de la voluntad general— obliga o favorece igualmente a todos los ciudadanos, de modo que el soberano solo conoce el cuerpo de la nación sin distinguir a ninguno de los que la componen.³⁵

En el mismo año de la publicación del *Contrato social*, Rousseau publicó *Emilio*, o *De la educación*, obra por la que fue y sigue siendo considerado uno de los grandes educadores de la humanidad. En ella, para lo que aquí nos interesa, plantea la igualdad de hombres y mujeres. De otro modo, invalidaría su principio general. Pero en seguida nos advierte que solo son iguales en cuanto a «la máquina», sus «piezas», la «construcción» y la «configuración», no en cuanto a destinos. La diferencia de destinos se origina en el diferente modo en que en la unión sexual hombres y mujeres contribuyen al «objeto común». Falacia biologicista.

De aquí se sigue para Rousseau (no se entiende cómo) la misma idea que sostenían mucho antes de él sus parientes ideológicos san Agustín, santo Tomás, Luis de Vives y fray Luis de León: que «el destino especial de la mujer es agradar al hombre» «ser sojuzgada por él» «y aun aguantar su injusticia». Rousseau dice haber observado (tampoco se sabe cómo) que «casi todas las niñas aprenden con repugnancia a leer y escribir; pero aprenden con mucho gusto a llevar la aguja» porque «piensan con satisfacción que esta habilidad les podrá servir un día para componerse».

Sutilmente, sin que casi nos demos cuenta, el filósofo de la educación se pasa del «ser» al «deber ser». Como «complementarios», los sexos deben ser opuestos: el uno activo y fuerte, débil y pasivo el otro; de precisa necesidad es que el uno quiera y pueda, basta con que el otro se resista poco.³⁶ De resultas, la igualdad de las «máquinas» no sirve para nada, pero este razonamiento sí que sirvió para enmendar la teoría democrática liberal, de modo que las desigualdades entre sexos

35. [En línea] <<http://www.laeditorialvirtual.com.ar/Pages/Rousseau/RousseauContrato01.htm>> [Recuperado: 18/X/2009].

36. Las citas corresponden a la edición de la Editorial Porrúa, 1972. Por orden de aparición, pp. 279, 313, 287, 279.

parecieran naturales. La fuerza se transformó en derecho, la obediencia en obligación, y el pacto social se basó solo en la voluntad del dominador a fin de que pudiera dominar por siempre.

El 3 de setiembre de 1791 se aprobó la primera Constitución francesa, en la que se proclamaba la soberanía del pueblo. Se habían acabado los privilegios. ¿Se habían acabado? Dos años más tarde, con el fin de prohibir los clubes políticos femeninos, el portavoz del gobierno argumentó que «en general, las mujeres no son capaces de pensamientos elevados y meditaciones serias». Pierre Cabanis, el principal fisiólogo de la época, postuló que no estaban capacitadas para ejercer cargos públicos debido a que sus fibras musculares eran más débiles y más delicada su masa cerebral; pero su consiguiente sensibilidad voluble las hacía aptas para los papeles de esposa, madre y enfermera.³⁷ Y otra vez a ellas no les quedó más remedio que tragarse el sapo.

En 1795, o sea, cuatro años después de que en Francia la Constitución determinara no reconocer la ciudadanía de las mujeres, Condorcet alertó a sus correligionarios: si ellas «deben ser excluidas de la polis, es preciso demostrar una diferencia natural que legitime esta exclusión».³⁸ Eso es precisamente lo que se estaba haciendo. Ya en el siglo anterior, con Descartes, la razón había pasado a ser la fuente de conocimiento, la piedra angular de cualquier saber: ella garantizaba a «todos los hombres» la igualdad de derechos y la libertad política, religiosa, económica e intelectual. Igualdad y libertad en nombre de la cual se tomó la Bastilla, se descabezó a la monarquía y se estableció la República a la siniestra sombra de la guillotina. Con los ilustrados, grandes hombres todos ellos, se fundaron las democracias modernas, se defendió la libertad humana y la Razón con mayúscula, o sea, el motor del progreso, tan humano como la libertad. ¿O más bien no?

Ahora que se empezaba a perder la fe en la fe, ahora que la manzana y la costilla se habían quedado solo para púlpitos y sotanas, había que apelar a razones porque todo viejo poder se deslegitimaba,

37. Lynn Hunt, *La invención de los derechos humanos*, trad. de Jordi Beltrán Ferrer, Tusquets, Barcelona, 2009, p. 193.

38. «Esbozo de un cuadro histórico de los progresos del espíritu humano», cit. por Ángeles van den Eynde, «Género y ciencia, ¿términos contradictorios? Un análisis sobre la contribución de las mujeres al desarrollo científico» [en línea] <<http://agenda-delasmujeres.com.ar/index2.php?id=3¬a=1259>> [Recuperado: 22/VII/2008].

pero no aquel que colocaba a la mujer junto al buey, bajo el mismo yugo.

Estaba tendido el puente ideológico para que aquella de cabeza gacha y mirada tímida pasara sin problemas a las democracias modernas. Ella lo cruzó con el irónico nombre de Sofía, la roussoniana mujer de diseño, con exactamente las mismas características que había venido acumulando con el tiempo y el mucho pensar de los pensadores de la caduca sociedad contra la que Rousseau se manifestaba y la vieja religión en la que no creía: modestia, recato, pudor, castidad, blandura, sencillez, limpieza, honestidad, docilidad, austeridad, fidelidad, reclusión y un fin único «para el que fue creada»: reproducir. Nada de eso se lo inventó Rousseau. Como señala Londa Schiebinger, para el año en que se publicó el *Emilio*, «el culto a lo doméstico arrasaba ya Europa».³⁹

De hecho, la imagen andaba por la literatura al menos desde que en 1722 Daniel Defoe representó en Moll Flanders, personaje de la novela del mismo nombre, el fatal destino de una mujer independiente. Según señala Rosa García Gallego, el mismo Defoe en su *Robinson Crusoe*, de 1719, había propuesto una metáfora de las relaciones matrimoniales perfectas como una relación amo-criado, en las que el feminizado nativo Viernes representa a la esposa fiel y Robinson al «esposo dictador benevolente».⁴⁰ Rafael Domínguez Martín asume que eso debió convencer a Rousseau de que esta novela era «el mejor tratado de educación natural», el primer texto que leería su *Emilio*.⁴¹

Hay que considerar además que en el siglo XVIII buena parte del público lector lo conformaban las mujeres de clase media, y el personaje femenino se ajustaba al mismo código moral de pureza, abnegación y domesticidad que las mujeres de carne y hueso. También antes que Sofía andaban por los mundos de la literatura las virtuosas y abne-

39. L. Schiebinger, *op. cit.*, p. 316.

40. Rosa García Gallego, *Mujeres, arte y literatura: imágenes de lo femenino y feminismo* [en línea] <www.ucm.es/info/instifem/cuadernos/cuaderno%201.doc> [Recuperado: 18/V/2011].

41. «La mujer concupiscente y el hombre económico racional. Las metáforas de género en la historia del pensamiento económico», Instituto de Investigaciones Feministas, Universidad Complutense de Madrid (Mayo), cit. por Rosa García Gallego, *Mujeres, arte y literatura: imágenes de lo femenino y feminismo* [en línea] <www.cm.es/info/instifem/cuadernos/cuaderno%201.doc> [Recuperado: 18/V/2011].

gadas que retrató el novelista inglés Richardson a mediados del siglo en sus obras *Pamela* y *Clarissa*.

No obstante, Rousseau fue si no el mayor, uno de los mayores ideólogos de esta imagen para todo el siglo y el siguiente, y hasta le creó un programa «educativo» a Sofía. Puesto que recluida, ella requiere una educación mínima, limitada a lo que a las mujeres «les conviene saber». Lo que les conviene saber es cómo agradar a los hombres, serles útiles, «hacerse amar y honrar de ellos, educarlos cuando niños, cuidarlos cuando mayores, aconsejarlos, consolarlos, hacerles grata y suave la vida».⁴² O sea, lo mismo que le convenía saber a la perfecta casada de fray Luis para ser como él quería, «dulce y perpetuo refrigerio y alegría de corazón», y «halago blando que continuamente esté trayendo la mano y enmollecendo el pecho de su marido y borrando sus cuidados».⁴³ Como era de esperar, *La perfecta casada* fue reeditada cuatro veces en el siglo XVIII.

Por lo tanto, según el pensamiento roussonian, a las mujeres «es preciso acostumbrarlas cuanto antes a la sujeción para que nunca les sea violenta; a resistir a todos sus antojos para someterlos a las voluntades ajenas». Nada de esto, por otra parte, debe serles ingrato. Puesto que su «estado natural» es «la dependencia», se inclinan a obedecer. Esta dependencia las convierte, en la era de la Ilustración, en el único grupo humano no beneficiario de las propuestas ilustradas. Como dice Rousseau, «para que tengan lo necesario en su estado, es preciso que se lo demos, que se lo queramos dar, que las reputemos dignas; penden así de nuestros afectos, del precio que a su mérito ponemos, del caso que hacemos de sus atractivos y sus virtudes».⁴⁴ Detrás de Rousseau resuenan las palabras de Luis de Vives cuando habla de la mujer como «un ser que debería ser humilde, pues es «inhábil para vivir sola y siempre tiene necesidad de amparo y favor ajeno».⁴⁵ Parece que una y otra vez nos damos topetazos contra la cabeza de escayola de algunos filósofos.

De las concepciones roussonianas se desprende que la naturaleza de la mujer no está comprendida en absoluto dentro de la naturaleza hu-

42. *Emilio*, *op. cit.*, p. 284.

43. *Ibid.*, p. 297.

44. Las citas de *Emilio* proceden respectivamente de las pp. 288, 289, 284.

45. María Teresa Cacho, *op. cit.*, pp. 186-187.

mana, a no ser que se aplique para el caso otra de sus afirmaciones: la de que «el más fuerte nunca lo es bastante para dominar siempre, si no transforma su fuerza en derecho y la obediencia en obligación». Asunto resuelto, si no fuera porque el mismo Rousseau se pregunta qué moralidad puede resultar de sus efectos. Obviamente ninguna, pero está claro que sí podía resultar algo muy conveniente para afrontar la amenaza que en su siglo representaban para los hombres de clase media, como él, el poder y los privilegios tradicionales de las aristócratas y las demandas de las mujeres del Tercer Estado.

En 1784, es decir, cuando ya la roussoniana Sofía había cumplido veinte años, Kant define la Ilustración como «la salida del hombre de su minoría de edad», y define esa minoría de edad como «la incapacidad de servirse del propio entendimiento sin la dirección de otro». De esta incapacidad, que atribuye a la mayor parte de los hombres y a la totalidad de las mujeres, afirma que «uno mismo es culpable» cuando la causa de ella no se debe a un defecto del entendimiento, sino a la «falta de decisión y ánimo para servirse con independencia de él, sin la conducción de otro». Llama a todas estas personas de tal modo menores, «reses domesticadas», «pacíficas criaturas» que «no osan dar un solo paso fuera de las andaderas en que están metidas», porque sus tutores «les mostraron el riesgo que las amenaza si intentan marchar solas». Por otra parte, dice él, la falta de hábito de la libertad produce inseguridad en quienes la buscan. Por eso «solo son pocos los que, por esfuerzo del propio espíritu, logran salir de la minoría de edad y andar, sin embargo, con paso seguro».⁴⁶

Inteligencias bellas y cuerpos dóciles

Supongo que debemos agradecerle a Kant la denominación de «bello sexo», y posiblemente se lo agradeceríamos si no fuera porque usó «bello» como oposición a «sublime», calificativo que reserva para él y sus congéneres. No obstante, Kant conviene en que las mujeres tienen tanta inteligencia como los hombres. Pero claro, se trata de una

46. *¿Qué es Ilustración?* [en línea] <<http://www.cibernous.com/autores/kant/textos/ilustracion.html>> [Recuperado: 15/X/2009].

inteligencia bella, en oposición a la de ellos, que es ¡«profunda»! La apelación inicial a una posible igualdad se disuelve al instante, porque solo se trataba de un señuelo. Es exactamente igual que cuando Rousseau afirmaba que todos somos una «misma máquina», pero con diferente destino. La consecuencia kantiana es demoledora: para las mujeres no son adecuadas las tareas intelectuales: su «bello entendimiento» no está hecho para filosofar sino para sentir. Su filosofía no consiste en razonamientos, sino en la sensibilidad. Así pues, en el lenguaje kantiano, «bella» es sinónimo de superficial. Por eso él cree que a las mujeres no les «sientan bien» la «meditación profunda», «la reflexión penosa», el «examen prolongado», el «estudio trabajoso», todo lo cual borra «los méritos peculiares de su sexo» y debilita los encantos que «les otorgan su fuerte imperio sobre el sexo opuesto». La «inteligencia bella elige por objetos suyos los más análogos a los sentimientos delicados, y abandona las especulaciones abstractas o los conocimientos útiles pero áridos a la inteligencia aplicada, fundamental y profunda». En cambio «tiene un sentimiento innato para todo lo bello, bonito y adornado». No sé si el sueño de la razón produzca monstruos, pero es evidente que produce al menos razonamientos monstruosos.

Kant, como Rousseau, establece un programa educativo para las mujeres, consistente en futilidades y cursiladas. Por ejemplo, afirma que «toda su historia y su geografía» deben consistir en ofrecerles «ejemplos sacados de otros tiempos» para ver el influjo que ellas «han ejercido en los asuntos; las diversas relaciones en que durante otras épocas o en países extraños se ha encontrado» con respecto al sexo masculino; «el carácter de ambos según estas peculiaridades pueden explicarlo»; y «el variable gusto en las diversiones». «Es bello —dice Kant— que se les haga agradable la vista de un mapa donde se representa toda la tierra o la porción más importante de ella», pero «solo con el propósito de describir los diversos caracteres de los pueblos que la habitan, sus diferencias en el gusto y en el sentimiento moral, principalmente con respecto al influjo que tienen éstas en las relaciones de ambos sexos, explicando todo ello ligeramente por el diferente clima, la libertad o la esclavitud». «Del universo igualmente solo es menester que conozcan lo necesario para hacerles conmovedor el espectáculo del cielo en una hermosa noche.» ¡Ooooooh!

Hay que acercarlas a la pintura y la música, pero «no como arte, sino como expresión de la sensibilidad», porque les «afina o eleva el

gusto» y «tiene siempre algún enlace con los movimientos morales». «De toda otra [instrucción] puede la mujer muy bien prescindir, y aun sin ésta se afina comúnmente muy bien por sí misma». «La figura delicada, la ingenuidad alegre y el afecto encantador la indemnizan suficientemente de la falta de erudición libresca y de otras faltas que con su talento puede suplir». O sea que el llamado a la razón no va con las mujeres, de quienes espera que se comporten según el ideal de reses domesticadas.

De manera semejante a Rousseau, Kant establece que «la gran ciencia de la mujer es más bien lo humano, y entre lo humano, el hombre». Kant difiere de Rousseau en un punto. Él estima que con las mujeres, «nada de deber, nada de necesidad, nada de obligación», puesto que «les es insoportable toda orden y toda constricción malhumorada» y «hacen algo solo porque les agrada». En consecuencia, «el arte consiste en hacer que les agrade aquello que es bueno».⁴⁷ Lo que no aclaró es para quién es bueno.

En 1792, la escritora inglesa Mary Wollstonecraft denuncia el hecho de que las mujeres sean percibidas como «dóciles animales domésticos», pero obviamente su voz no fue tan escuchada, y en cambio sí lo fue la de aquellos a quienes Mary rebatía, y así, en el siglo XIX, la imagen se había consolidado, tal como se refleja en la literatura de la época. De este modo, la esclava de Hesíodo caminó un trecho más y alcanzó el siguiente siglo, donde filósofos y hombres de ciencia terminaron por ponerle muchas flores, alas de ángel y zarandajas varias en el intento de seguir manteniéndola junto al buey. Triste historia pero historia verdadera. Amaño que funcionó y de algún modo sigue funcionando todavía.

47. Todas estas citas sobre la inteligencia y el programa educativo proceden de *Lo bello y lo sublime. Fundamentación de la metafísica de las costumbres*, trad. de Luis Rutiaga, Grupo Editorial Tomo, México, 2004, pp. 40-43.

6. Ángeles en la cocina

Era lógico que la sexualidad y su naturaleza atrajera a médicos y biólogos; pero lo sorprendente y difícil de explicar es que la sexualidad —es decir, las mujeres— también atrae a agradables ensayistas, novelistas de pluma ligera, muchachos que han hecho una licencia, hombres que no han hecho una licencia, hombres sin más calificación aparente que la de no ser mujeres.

Virginia Woolf, *Una habitación propia*

Todas íbamos a ser reinas / y de verídico reinar; / pero ninguna ha sido reina / ni en Arauco ni en Copán.

Gabriela Mistral

La complaciente docilidad

A las viejas ideas se les suelen disimular las señales de vejez con vestiduras nuevas y maquillajes a la moda. Así fue como en el siglo XIX, cuando un grupo cada vez más numeroso de mujeres estaba clamando por salirse del cerco, exigiendo derechos, pidiendo el sufragio, empujando las puertas de las universidades, el discurso cambió de tono. Ahora la voz misógina presentaba dos caras: una a rostro limpio, manteniendo las ceñudas y sañosas desvalorizaciones y amenazas de siempre; otra, que intentaba ponerle una máscara risueña a la servidumbre. Con más frecuencia se mezclaban las dos.

Auguste Comte llegó al punto de dividir a los sexos en dos clases: la clase intelectual y la clase afectiva. A la par de este discurso o más bien como parte de él, empieza a disimularle inequidad, pintando de colorines lo desteñido. Así resultó que la clase afectiva prestaba a la clase intelectual unos servicios privados y domésticos por los cuales había que rendirle culto como recompensa. Él vislumbraba un futuro en que «el Hombre» se arrodillaría «a los pies de la Mujer y solo la Mujer». Pero como sabemos, cada altar tiene su cruz. «La Mujer», con mayúscula, la nueva deidad, no era sino la mismísima mujer que en Hesíodo caminaba arreando al buey, solo que ahora en una urna

con incienso y velas, como los santos de bulto. Ahí ella se mantiene junto al fogón, con el delantal como símbolo, venerada por los miembros de la clase intelectual a la cual sirve no como una vulgar sirvienta, sino como «sacerdotisa espontánea de la Humanidad». Así dice él. Porque si nadie ha podido averiguar para qué se viene a este mundo, Comte tenía claro al menos para que vienen las mujeres: «para amar y ser amadas». Amadas mientras hicieran lo que debían. Ellas, «eximidas de los deberes de la vida práctica, libres en el sagrado retiro de sus hogares, [...] recibirán de los Positivistas —dice Comte— el tributo de la profunda y sincera admiración que sus vidas inspiran». Por su parte, cada miembro de la clase intelectual, «desde la niñez [...] aprenderá a verlas como la principal fuente de felicidad humana y progreso, tanto en la vida pública como privada».¹

Obviamente, en este contexto el adjetivo *humana* referido a la felicidad es muy improbable que se dirija a ellas, como es improbable que las afecte el progreso al que soplando el fuego dan pie. Lo que en realidad ocurre en la visión comtiana es que «el Hombre» con mayúscula, arrodillado a los pies de «la Mujer» con mayúscula, sacará de ella un Mayúsculo provecho derivado de mantenerla recluida y a su servicio.

Schopenhauer estaba de acuerdo en lo del confinamiento y el servicio. Él creía que «la mujer, por naturaleza, está destinada a la obediencia», lo que «se reconoce» por el hecho de que cuando se la pone en posición, para ella innatural, de total independencia, se une enseñada a un hombre, del que se deja guiar y dominar, porque necesita un dueño. Si es joven será un amante; «si es vieja, un confesor». «Solo infundiéndoles temor —afirma Schopenhauer— puede mantenerse a las mujeres dentro de los límites de la razón. En el matrimonio es necesario mantenerlas dentro de estos límites, ya que con ellas se comparte lo mejor que “uno” tiene, así con ello se pierda en felicidad y amor lo que se gana en autoridad». Según él había advertido, «la naturaleza muestra una gran predilección por el sexo masculino» al darle «el privilegio de la fuerza y la belleza»; además, en el sexo «le corresponde solo el placer, mientras que a la mujer le tocan todas las cargas y las desventajas». En lo que Schopenhauer no estaba de acuerdo con

1. Cit. por Lucía Guerra, *La mujer fragmentada: historias de un signo*, 3.^a ed., Editorial Cuarto Propio, Santiago de Chile, 2006, p. 68.

Comte, era en lo del arrodillamiento que este proponía. Sosteniendo que las mujeres eran el «*sexus sequior*, el segundo sexo», «desde todo punto de vista [...] inferior» al masculino, encontraba «extremadamente ridículo» profesarles veneración, cosa que rebajaría a los hombres «incluso a los propios ojos de ellas».²

De todos modos, el Hombre arrodillado de Comte era solo pose teatral, que intentaba atraer adeptos a la idea que él consideraba «el progreso de la mujer», consistente en «hacer su vida cada vez más doméstica, disminuir al máximo el trabajo fuera de la casa y capacitarla, de manera cada vez más completa, en su rol de educadora de la naturaleza moral de los hombres».³ Así se vio que la máscara era máscara, y que el nuevo sacerdocio concedido a la «clase sentimental» era una charada. Ponerlo en términos de excelsitud suponía una forma alegre de hacer cumplir la máxima de Kant: «El arte supremo en educar a las mujeres es hacer que les agrade aquello que es bueno»,⁴ lo cual tiene mucha semejanza con las escuelas de perros. No en balde advertía lúcidamente Emilia Pardo Bazán que la educación de la mujer no podía llamarse en rigor *educación* sino *doma*.⁵

Quiriendo hacer aquello que es bueno, la escritora puertorriqueña Rosario Ferré se encontró con que el amor o lo que ella «creía que era el amor» la llevó al renunciamiento a su «propio espacio intelectual y espiritual»; «el empeño por llegar a ser la esposa perfecta» la hizo volverse contra sí misma. «A fuerza —dice— de tanto querer ser como decían que debía ser, había dejado de existir, había renunciado a las obligaciones privadas de mi alma».⁶ No se trata de una autora contemporánea de la decimonónica Emilia Pardo. Este ensayo fue publicado en 1982.

2. *El arte de tratar a las mujeres*, edición y ensayo de Franco Volpi, Villegas Editores, Colombia, 2005, pp. 29-30, 35-36, 42, 120.

3. Cit. por L. Guerra, *op. cit.*, p. 68.

4. *Lo bello y lo sublime. Fundamentación de la metafísica de las costumbres*, trad. de Luis Rutiaga, Grupo Editorial Tomo, México, 2004, p. 43.

5. «La educación del hombre y la de la mujer», *Nuevo Teatro Crítico*, año II, n.º 22, octubre de 1892, en *La mujer española*, ed. Leda Schiavo, Editora Nacional, Madrid, 1976, p. 92.

6. «La cocina de la escritura» (1982) [en línea] <<http://www.ensayistas.org/antologia/XXA/ferre/ferre2.htm>> [Recuperado: 11/VIII/2008].

Veneraciones y glorificaciones

El 4 de diciembre de 1834, P. E. Lind, un camarada universitario de Kierkegaard, publica un texto titulado *El origen superior de la mujer*, según el cual las mujeres son de origen celestial, y esto se manifiesta en su delicadeza, su belleza y su gracia. Por eso es una «necia injusticia» transformarlas en objetos domésticos y en propiedad privada del hombre. No. Ellas «deben ser veneradas y glorificadas». ¡Al fin, un cambio! Respiramos hondo y sonreímos complacidas. ¡Ojo! ¡No! Nos estamos comiendo el conejo antes de haberlo cazado. Resulta que por ese mismo elevado origen no es bueno que intervengan en el dominio científico o político, ni participen de conferencias o auditorios, «trivialidades mundanas» que «degradarían su condición celestial y opacarían su divinidad». En cambio, y «a fin de honrar sus orígenes», deben abocarse a «la sublimidad del bordado, la costura y la cocina», «artes y habilidades» con las que han sido «magníficamente» dotadas. En fin, que Lind solo le estaba cambiando el collar al perro. Y tal vez ni eso. Su texto fue escrito en respuesta a J. L. Heiberg, que en 1833 había impartido una serie de conferencias públicas sobre filosofía. Había invitado no solo a los hombres sino también a las mujeres cultivadas, en quienes él reconocía «una capacidad cierta e inefable para captar la verdad», por lo que no hallaba razones para excluirlas del dominio intelectual. La respuesta de Lind era clarísima a favor de la exclusión.

Glorificar a las mujeres aunque fuera para las sublimidades de la aguja y la olla, le pareció mal a Kierkegaard, a quien algunos califican de «gran aliado del feminismo». Este gran aliado le contestó sarcásticamente en otro artículo, que, «en efecto, aun antes de que el hombre hubiera nacido, Eva tomaba lecciones de filosofía con la serpiente y las practicaba, a fin de probar su talento especulativo». Kierkegaard reconoce como atributos femeninos la pureza, la entrega, el abandono, la sensibilidad, el sacrificio, el silencio, la inocencia, la subjetividad, la ingenuidad, la fantasía, «privilegios» todos que indican la necesidad de evitar «arrojarlas al mundo viril de la política, la ciencia, la cultura, abundante en cálculos racionales e intereses egoístas». La punta de esta flecha iba contra el corazón mismo del movimiento feminista. Para Kierkegaard, la emancipación de la mujer que se dirige a desarrollar su persona «es una inven-

ción del diablo» porque arruinaría lo más puro y sublime de la humanidad.⁷

La imagen siguió afinándose y ya en 1842, el español Pedro Sabater definió a la mujer como «una especie de ángel descendido del cielo», «arrojado a la tierra para personificar el amor». Y así —dice él— «cumpliendo con su apacible destino, ella ama cuando niña sus juguetes con mucho más cariño que nosotros; ama cuando joven a sus amantes con mucha más violencia que nosotros; ama cuando madre a sus hijuelos con fuego más ardiente que nosotros».⁸

Michèle Le Doeuff nos advierte: «Deberíamos escandalizarnos del hecho de que muchas obras conocidas presupongan un “nosotros los europeos” o un “nosotros los machos” o un “nosotros, cristianos” o un “nosotros, librepensadores” [...] El “nosotros” propio de la filosofía debería ser, en principio, localizable e inidentificable: el autor y el lector *desconocido para él*». Sabater utiliza, sin embargo, lo que Le Doeuff llama un discurso de club: supone un muy delimitado círculo imaginario de testigos o asociados.⁹

En el mismo período en que Sabater hacía su discurso de club, Fermín Gonzalo Morón definía a las mujeres como «todo sentimiento, todo pasión, todo imaginación», pero débiles «en el entendimiento y la razón» porque «toda la vitalidad y la fuerza de su existencia está centrada en su corazón».¹⁰ (Mucha cacofonía pero es su discurso.) Y como les falta lo que les falta, «no deben empeñarse en ejercitar sus fuerzas ni en cultivar mucho su entendimiento».¹¹ Por supuesto, esto es clave en un individuo que, en la misma línea de Hesíodo, Vives, fray Luis de León, Rousseu y otros tantos, cree que las mujeres deben «contribuir a hacer tranquila y grata la existencia del hombre, a excitar su mente al culto de lo bello y de lo grande y mantener en su cora-

7. Las citas de Lind y de Kierkegaard están tomadas de María José Binetti, «El sorprendente debut feminista de Kierkegaard» [en línea] <<http://www.sorenkierkegaard.com.ar/index2.php?clave=trabajo&idtrabajo=33&clavebot=jornadask>> [Recuperado: 8/XI/2009].

8. Cit. por Susan Kirkpatrick, *Las románticas. Escritoras y subjetividad en España, 1835-1850*, Cátedra, Madrid, 1991, p. 63.

9. *El estudio y la rueca*, trad. de Olivia Blanco Corujo, Cátedra, Madrid, 1993, pp. 113-114.

10. S. Kirkpatrick, *op. cit.*, p. 64.

11. *Ibid.*, p. 65.

zón las impresiones más dulces y poéticas».¹² Y es que, como dice Le Doeuff, «el discurso cotidiano supone una sustancia denominada “la mujer”, idéntica a sí misma cualesquiera que sean los lugares, los tiempos o las culturas»; sustancia de la que se puede decir «lo que se quiera sin demostración, como si no se corriera el riesgo de ningún desmentido».¹³

Sigue siendo el rey

En 1876, el español Manuel de la Revilla afirmaba que si la naturaleza destinaba a las mujeres a la maternidad, la sociedad debía imponerles «la vida de la familia, el gobierno del hogar, el amor del esposo, el cuidado de los hijos, puesto que estos y aquel necesitan de alguien que únicamente a su cuidado se dedique». La mujer «para el hogar nació; en él están su principio y su fin; y de él no puede apartarse, so pena de faltar a la ley de su vida y convertirse en monstruo ridículo o repulsivo, torpe caricatura del varón», el cual estaba «obligado» a su vez a ser el jefe de ese hogar al que ella nacía destinada. El discurso se conformaba sobre la antonimia. Si las mujeres habían nacido para la humilde tarea de servidoras domésticas, ellos en cambio estaban llamados a un gran destino, que se solía representar con imágenes heroicas de machos sudorosos, fatigados, ardientes y cubiertos de heridas, muy comunes en la época y aún mucho después (digo, las imágenes). Los obligaban «la superioridad de su fuerza y de su inteligencia». Es decir, su obligación única era la jefatura, porque llamados «por sus aptitudes naturales a todas aquellas maneras de actividad que exigen inteligencia, fuerza y poder, no pueden ni deben «compartir las tareas domésticas, ni abdicar de las prerrogativas» que «la naturaleza» les concede. Ella hizo al varón «fuerte, inteligente, activo», con músculos «de acero», cuerpo «de hierro», corazón «animoso», voluntad «firme», inteligencia «clara y perspicaz».

Por eso, dice el catedrático español Manuel de la Revilla, «él, y no la mujer, es el rey de la creación». En cambio, fuera de la familia y la

12. *Ibid.*, p. 64.

13. de Doeuff, *op. cit.*, p. 125.

maternidad, en la cual, además, el «papel que le toca» es ser «débil y pasiva», «la existencia de la mujer es inútil e inexplicable». Toda su «organización física», «todo el plan de su organismo» se encaminan a este objeto «único», «exclusivo» y «supremo». El hombre, en cambio, no nace «solo para reproducirse», ni su organización física y moral responden «únicamente a este fin»; él nace «para ejercitar sus facultades en la ciencia, en el arte, en la industria, en la política, en la religión».

Supongo que este señor De la Revilla, terminando de escribir su articulito, se echaría para atrás en su sillón de catedrático, con las manos entrelazadas en la nuca, sintiendo la eufórica satisfacción de aquello que, entre sus pantalones, hacía de él un ser nacido para las grandes empresas de la humanidad. Y si a la salida del claustro universitario se topaba con el limpiabotas o el buhonero, o el mendigo, que también entre sus pantalones llevaban lo mismo y no daban muestras evidentes de sus maravillosas y viriles facultades, apartaría la vista para saludar a un miembro de la Real Academia. Y así, se dirigiría a casa regodeándose en todas las ventajas que a él lo elevaban por sobre «su mujer», que, a diferencia suya, no amaba nada «en abstracto». Por eso le conmovía poco «la Trinidad», mucho el «Cristo ensangrentado»; y todavía más «la hermosa Virgen Madre», en la cual ella, «sin saberlo», adoraba «su propia imagen transfigurada y elevada a lo infinito». Y tal vez acordándose de aquellas ilustrativas palabras de san Agustín, cuando el santo afirmaba que «la mujer es una bestia, ni firme ni estable», relacionara, como es lógico relacionar, bestia e instinto, y esto le llevara a pensar, como en efecto pensó, en que hallaría a la vasalla de su propio reino, a pesar de lo infirme y gracias a lo bestia, cantando dulcemente junto a la cuna. Ese era el sitio donde ella desplegaba el amor «más heroico, el más sublime, el más duradero de todos», aunque «inconsciente» claro está, porque se trataba de un amor puramente instintivo, el que «menos reflexión entraña».

Después se acordaría del tesoro de datos sobre pesos y medidas cerebrales, febrilmente acumulados por muchas eminencias masculinas, para confirmarse en la idea, en que en efecto se confirmó, de que las mujeres no tienen suficiente caletre. Una enorme y deleitosa emoción está a punto de curvarle hacia arriba la sonrisa bajo el efecto de las fantasías de viril grandeza que le inundan el magín, cuando recuerda que la emoción es cosa de mujeres (y la sensibilidad, y la fantasía también), todo lo cual las acerca a la «vida sensible», «que predomi-

na» en ellas.¹⁴ Para que no se le noten esas femeninas debilidades, cambia rápido la alegre U de la sonrisa por las severas y viriles comillas del entrecejo. Se acuerda de su madre (como cualquier mujer que lo lea), y le reconcome un poco saber que su amor por él sea inversamente proporcional a su falta de reflexión. Final de escena, pero la obra sigue aunque cambien los actores.

Como tres es a dos

En el mismo año en que De la Revilla descubría que el hombre nace para las elevadas tareas a que lo inducen el hierro y el acero de que está hecho, y las mujeres para reproducir la especie, criarle los hijos y obedecerle, Proudhon, un famoso político, filósofo y revolucionario francés, fundador del anarquismo, asienta los siguientes principios: «El ser humano completo», adecuado a su destino físico, «es el varón»; la mujer es su «inferior física», un receptáculo para los gérmenes que solo el hombre produce, un lugar de incubación, como la tierra para el grano de trigo; órgano inerte por sí mismo y sin finalidad propia; su inferioridad le viene de su no masculinidad, e implica inferioridad mental, la cual se manifiesta en «ideas sin ilación, razonamientos opuestos al buen sentido, quimeras tomadas por realidades, vanas analogías erigidas en principios», una dirección del espíritu fatalmente inducida al inhibismo. Las mujeres no pueden «producir ideas»; «en sus más brillantes manifestaciones, el genio femenino no ha alcanzado la alta cima del pensamiento, ha quedado, por decirlo así, a media subida». En consecuencia, la humanidad no les debe «ningún descubrimiento brillante», ni «un invento útil» ni en ciencia ni en filosofía, ni en artes ni en nada. Ni siquiera han inventado «el huso y la rueca». Lo único que han hecho es lanzar oráculos y decir la buenaventura.¹⁵

14. Todas las citas de Manuel de la Revilla están tomadas de su artículo «La emancipación de la mujer», *Revista contemporánea*, Madrid, 30 de diciembre de 1878. Año IV, n.º 74, tomo XVIII, vol. IV, pp. 447-463 [en línea] <<http://www.filosofia.org/hem/dep/rco/0180447.htm>> [Recuperado: 5/IX/2010].

15. *Amor y matrimonio* (1876) [en línea] <<http://es.scribd.com/doc/16389749/Amor-y-Matrimonio-Pierre-Joseph-Proudhon>> [Recuperado: 20/III/2011]. Todas las citas de este autor proceden de esta obra.

Pierre Joseph Proudhon, como fundador del anarquismo, anunciaba una futura sociedad «sin amo ni soberano». No obstante, esperaba con ardor e hizo todo lo que le fue posible por justificar que los hombres fueran los amos de las mujeres. He aquí sus ideas: por término medio, la fuerza física del hombre, «punto de partida de la virtud», es a la de la mujer como tres es a dos. Por lo tanto, «la relación numérica de tres a dos» indica, «desde ese primer punto de vista, la relación de valor entre los sexos». Para Proudhon, esto significa que «el funcionamiento y el trabajo estarán en la misma proporción de tres a dos», e igualmente «debe estarlo el reparto de beneficios y el peso de la voluntad». Por lo tanto, «el sexo fuerte tiene la preponderancia en la proporción de tres contra dos, lo que quiere decir que el hombre será el amo y que la mujer obedecerá».

Para el gran anarquista francés, «la propiedad es un robo», la esclavitud «un asesinato», y «el gobierno del hombre por el hombre, bajo cualquier nombre que se disfrace, es opresión». Sin embargo, promueve para las mujeres todo eso que en nombre de sus principios rechaza para su propio sexo. A la relación de tres a dos en los valores respectivos de unos y otras, agrega otra serie de oprobios que él supone razones: la mujer, fuera de la familia, de cuyo círculo «no saldrá jamás» y donde realizará «trabajos secundarios o domésticos», debería ser humilde, pues es «inhábil para vivir sola y siempre tiene necesidad de amparo y favor ajeno». Proudhon afirma que la mujer le fue «concedida» al hombre «para que le sirva de auxiliar, como dice el Génesis». Fray Luis de León, desde el más allá, le habrá hecho un guiño de aprobatoria complacencia. Los carceleros se entienden.

A fin de evitar confusiones, el pensador francés hace una precisión sobre el carácter del auxilio: no se trata de ayudar al auxiliado «a ganar su pan» puesto que la «capacidad productora» de la auxiliadora está respecto a la de él en relación de ocho a veintisiete. La idea de *hombre* del anarquista francés parece diseñada sobre los héroes homéricos después de una batalla. Cada varón, cualquiera que sea su oficio, Héctor y Aquiles a la vez. En consecuencia, pide que la mujer, «su hermana de caridad», le ayude con cuidados y dulzura, secando «su frente inundada de sudor», haciéndole descansar «en sus rodillas su fatigada cabeza», calmando «la fiebre de su sangre» y colocando «el bálsamo en sus heridas». Ella sirve para todo eso porque es «ángel de paciencia, de resignación, de tolerancia».

La aritmética patriarcal de Proudhon va más allá, cabalgando sobre el preconcepto misógino de la debilidad mental de las mujeres. Él establece que en «la acción económica, política y social la fuerza del cuerpo y la del espíritu concurren juntas y se multiplican una por otra». De aquí deduce que «el valor físico e intelectual del hombre será al valor físico e intelectual de la mujer como 3×3 es a 2×2 , o sea 9 a 4». De ahí saca la conclusión de que «en la asamblea general el sufragio del hombre contará como 9, el de la mujer contará por 4». Esto es —según él cree— «lo que dicen de común acuerdo la aritmética y la Justicia». Y así, para Proudhon, «si por el trabajo, el genio y la Justicia el hombre es a la mujer como veintisiete es a ocho, la mujer a su vez, por las gracias de su cuerpo, por la amenidad del carácter y la ternura de su corazón es al hombre como veintisiete es a ocho». Aunque a primera vista pareciera que concede a las mujeres al menos la superioridad aritmética de un par de bienes, se trata de valores que los hombres como él encuentran de escaso mérito y no confieren ni prestigio ni poder. Según afirma, «como toda cuestión de preponderancia en el gobierno de la vida humana depende del orden económico, del orden filosófico o jurídico, es evidente que la supremacía de la belleza, hasta moral e intelectual, no puede crear una compensación a la mujer, cuya condición queda fatalmente subordinada».

Proudhon se refiere a las «cualidades poderosas» del hombre, inspiradas por «la conciencia de su fuerza y de su inteligencia», «de su propio valer»: «franqueza», «audacia», «sentimiento de su dignidad», «asco a la mentira», «odio a la injusticia» y «horror a toda dominación» (que recaiga sobre él, por supuesto). Eso sí, nos promete a las mujeres un gran consuelo: si le dejamos a nuestro amo «natural» «el heroísmo, el genio, la jurisdicción *que le pertenece*», nosotras nos libraremos de «las impurezas» de nuestra «naturaleza» y adquiriremos «una transparencia incomparable», que por sí sola vale tanto como todas las virtudes «masculinas». ¡Menos mal!

Así pues, dejémosles el heroísmo y el genio y ellos nos salvarán de nosotras mismas. No sé cómo, porque, para Proudhon, la mujer debe vivir encerrada en el círculo familiar, donde realizará trabajos domésticos y secundarios siempre sujeta a la voluntad del marido. Además, deberá estarle muy agradecida, puesto que él, «perjudicándose a sí mismo», inventó para ella el matrimonio (ese es el verbo que usa: *inventar*). Pero es tan generoso que en ese contrato pierde «más

de lo que gana»: hace un «enorme» sacrificio de su libertad, de su fortuna, de sus placeres, de su «trabajo», y pone «en riesgo» «su honor y su sosiego». Y todo por casi nada: por «la posesión de una criatura de la que, antes de dos años, antes de seis meses tal vez [...], se habrá hastiado». Dado que él pierde tanto al casarse, «las restricciones a la libertad» de la esposa, «el retiro que se le impone» y las penas «a veces atroces con que se castiga su infidelidad, se han de considerar menos como un abuso de fuerza, que como una compensación del sacrificio marital y una venganza de la ingratitud de su mitad».

Por mucho que las extremistas ideas de Proudhon hubieran abanicado los egos de algunos, también tuvieron sus críticos entre los mismos hombres. Tal es el caso del socialista utópico Joseph Déjacque, quien dio el martillazo en la misma cabeza del clavo cuando en su obra *El Humanisferio*, escrita entre 1856 y 1858, lo acusa de no ser «más que una fracción de genio revolucionario», con «el lado de su corazón paralizado». «Tiene tendencias anárquicas —dice Déjacque— pero no es un anarquista; no es humanidad, es masculinidad».¹⁶

El botín de la vida

Pocos años antes de que Proudhon expusiera las ideas antes comentadas, Spencer¹⁷ había ofrecido una explicación «científica» a la obediencia femenina, como otra forma de naturalizarla. Según su panorama, en las primeras sociedades los hombres eran «brutales» y «sin piedad». Por lo tanto, las mujeres, «a merced» de ellos, «incapaces» o «incapacitadas» «por fuerza» de sostenerse a sí mismas, acomodaron su conducta volviéndose dóciles, solícitas, intuitivas, complacientes y admiradoras de los machos más poderosos que «las usaban mal». De ahí pasaron a admirar «todas las personificaciones y símbolos de auto-

16. Gloria Espigado Tocino, «La mujer en la utopía de Charles Fourier», en M.^a Dolores Ramos y M.^a Teresa Vera (coords.), *Discursos, realidades, utopías*, Anthropos, Barcelona, 2002, p. 323, nota 6.

17. «Psychology of the Sexes», *Popular Science Monthly*, vol. 4, noviembre de 1873 [en línea] <http://en.wikisource.org/wiki/Popular_Science_Monthly/Volume_4/November_1873/Psychology_of_the_Sexe> [Recuperado: 4/XI/2010]. Todas las citas de Spencer que aquí se hacen proceden del mismo texto.

ridad, gubernamental y social». En síntesis, lo que exigían ellos desde Aristóteles, Luis de León, Vives, Rousseau, Comte, Schopenhauer, Kierkegaard, Lind, Fichte, Proudhon, no era mucho pedir, puesto que estaba en la débil naturaleza de las mujeres no solo someterse y obedecer sino admirar a los maltratadores.

Al ser tan maravillosas y gratificantes para los hombres este tipo de ideas, muchos las recibían como agua de mayo. También en América Latina, las sirvientas celestiales, discretamente recatadas (como ángeles que debían intentar ser), tocaron el hombro a más de uno, que empezó a divulgar con ardoroso celo de misionero la tarea que a ellas les correspondía. Para Federico Tobal, esa tarea era la de «conservar el calor del hogar, que es el calor de la patria, el calor de la humanidad». Porque él sabía que a la mujer la Naturaleza la hizo «para que sea flor en el jardín de la vida y el hombre libe en ella la miel y el perfume que aromaticen y dulcifiquen la rudeza de sus destinos viriles».¹⁸ Ese recinto sagrado en que Tobal coloca a las mujeres se transformaría, en los versos de Rubén Darío, en un cielo «con la sonrisa mágica de un niño».¹⁹

Algunas, tentadas por lo que de celestiales se les atribuía, se aliaron a la idea y salieron en defensa de la domesticidad femenina, tal como lo hicieron en España, Ángela Grassi, Faustina Sáez de Melgar y María del Pilar Sinués, autoras de obras didácticas y moralizantes para las mujeres. En América, Clorinda Matto de Turner transformó a la simple ama de casa que querían todos en una «Vestal» encerrada en su «templo azul».²⁰

Esta falsificada imagen de la servidumbre femenina recibió los más grandes elogios viriles sin perder nunca la cursilería que ya la embadurnaba. Manuel Gutiérrez Nájera le canta así a una niña: «Entras al mundo por ebúrnea puerta; / la calma tienes; el dolor ignoras... / Como perfume de naciente rosa, /pasas inmaculada por la vida; eres ángel: mañana serás diosa...».²¹ Y Ricardo Palma: «[Q]uien *mujer* dice, nos dice: ¡AMOR!».²² Pero, como advierte Glickman, lo que se

18. F. Tobal, p. 161, cit. por R. Jay Glickman, *ibid.*, p. xxv.

19. R. Jay Glickman, *ibid.*, p. xxxi.

20. Clorinda Matto de Turner, «Leonora de Tezanos Pinto de Uriburu», *Búcaro americano* 1.1, 1896, cit. por R. Jay Glickman, *ibid.*, p. xxv.

21. R. Jay Glickman, *ibid.*, p. xxv-xxvi.

22. «La mujer», *Lira: Colección de poesías publicadas en la edición literaria de El Calleo en el segundo semestre de 1885*, cit. por Robert Jay Glickman, *ibid.*, p. xxiv.

les pedía a las mujeres era mucho más que amor. Puesto que pasivas y débiles según consenso, necesitaban la protección de un hombre que a cambio les exigía ser puras, castas, intactas, recatadas, modestas, reservadas, discretas, prudentes, sigilosas, sumisas, dóciles, obedientes, hogareñas, sufridas, resignadas, comprensivas, tolerantes, indulgentes, tiernas, cariñosas... ¡y consoladoras!;²³

Clemente Palma, al igual que Comte, afirma que «el bello sexo» representa el sentimiento, la belleza, el amor, el estímulo; «el feo, la inteligencia, la lucha, la fuerza, el trabajo». «Trocad las cosas —advierte— y resultará una endiablada mezclanza, en la que los factores de la vida social se neutralizarán, llevando el infierno dentro y fuera del hogar». A su modo de ver, las actividades de hombres y mujeres son complementarias y armónicas. Para ellos, las que requieren brazos y cerebros fuertes: la «acción cruda», de «elaboración y lucha enérgica, de rigurosa actividad»; para ellas, la «acción suave»: «elaboración sentimental», «dulces luchas», en que «también se ejercita cierta actividad mental». «Cierta», es decir, algo, una pizca, o sea tontas pero no del todo sino lo correspondiente a su «cerebración normal débil», que dice él.

En compensación a su minúscula inteligencia, las mujeres, tal cual las describe Palma, tienen sentimientos «más vivos y sutiles», vida «más orgánica e irreflexiva» y sensibilidad «excesiva». Esto junto con todas «sus aptitudes» es indicio seguro de que están «preparadas y dirigidas por la sabia mano de la naturaleza hacia el amor y la maternidad». Los reclamos de igualdad contrarían en ellas esas «instintivas tendencias» determinadas por «su constitución fisiológica y su naturaleza moral» y lo que «cien siglos han impreso por ley de herencia». Sus «estados normales» son «esposa, madre o hija», en los que el varón «las cuida, las ama y las alimenta». Palma, como Comte y como Nordau, afirma que la mujer vive en una «situación cómoda», disfruta «sin esfuerzo» del «botín de la vida», por lo que no es víctima de ninguna injusticia social y no tiene derecho a quejarse. Las que no tengan marido, hijo o padre «están protegidas por las leyes que han creado» para ellas «industrias y labores productivas», «en consonancia» con su naturaleza.²⁴

23. R. Jay Glickman, *ibid.*, pp. xxiv-xxv.

24. Todas las citas de C. Palma proceden de su artículo «Contra el feminismo», *La*

En 1880, en Costa Rica Máximo Fernández publicó una colección de poesías de sus contemporáneos, *Lyra costarricense*, con el fin de salirle al paso a la idea de que en este país no se cultivaba la poesía «sino solamente el café». La obra, mandada a imprimir por el presidente Bernardo Soto, refleja la misma imagen femenina. Las mujeres de la *Lyra* son amorosas, tiernas, apasionadas, inspiradoras, inocentes, cándidas, sublimes, dulces, madres, desprendidas, nacidas para amar, consolar, «calmar al que llora», endulzar el camino de los hombres y convertir sus hogares «en un edén». Se las compara con ángeles, diosas, flores y estrellas. Así, en José María Alfaro Cooper: «Una mujer, un ángel, una diosa, / visión de amor que descendió del cielo»; en Juan Diego Braun: «La mujer es una flor / a que el cielo da su esencia», «ángel de amor que consuela». Este ángel es madre y «solo anhela, / en su profundo cariño, / una sonrisa del niño / por quien amorosa vela».²⁵

La verdad de fondo es que a los hombres les resultaba muy conveniente seguir utilizando a las mujeres, quienes, como apunta Glickman, solo podían esperar «un mundo de veras» en donde más que reinas eran siervas perpetuas. Dentro de las cuatro paredes que, según Darío, encerraban «la dicha», cada una debía «desvivirse por satisfacer las necesidades y los caprichos de un soberano con poder prácticamente absoluto».²⁶

En 1914, el costarricense Alejandro Alvarado Quirós publicó *Bric-á-brac*, una obra que recoge artículos y discursos de diversas fechas. Ahí se repite lo que él considera que «parece ya admitido por todos» respecto de los sexos: «que la naturaleza ha dado a uno la capacidad para descubrir muchos de sus secretos, dotando al otro de mayor intensidad para sentir o adivinar lo que el hombre logra conocer a fuerza de perseverancia». Alvarado Quirós no duda en proponer como modelo a la matrona romana, representada por Lucrecia, «reina del hogar», de «virtud austera» y «energía femenina» que «impone el res-

Revista Nueva, octubre de 1902-marzo de 1903, en R. Jay Glickman, *op. cit.*, pp. 154-155, 156, 157.

25. Véanse en *Lyra costarricense* tomo I, Juan Diego Braun, pp. 59-63; José María Alfaro Cooper: «Cómo es ella», pp. 22-23; tomo II; Carlos Gagini: «Felicidad», p. 15; «Adela», pp. 49-72.

26. Glickman, *op. cit.*, p. xxxi.

peto y la admiración de la posteridad». (Recuérdese que Lucrecia se suicidó porque un amigo de su esposo la violó.) Luego de hacer un repaso a la ley que restringe prácticamente todas las acciones de la mujer casada, repasa también el pensamiento de algunos de los más destacados misóginos (para él pensadores), desde el romano Metello, para decirnos con el francés Laurent, que «la mujer es la reina absoluta en el hogar»; con Chamfort y Schopenhauer, que las mujeres son «niños grandes»; con Byron, que deben «ocuparse de su interior, estar bien nutridas y vestidas, pero no mezclarse en sociedad». Alvarado Quirós termina defendiendo con Gabriel Tarde y César Lombroso, que se les conceda el derecho de propiedad pero, como ellos, lo hace basándose en la imagen de la colaboradora del hombre «paciente, humilde y afectuosa». Según esa misma imagen refuta el derecho de las mujeres al sufragio, que, según él dice, «debe reservarse para los ciudadanos más aptos». ²⁷ Obviamente, también por razones parecidas, se lo niega a los «labriegos y rústicos».

Nuevamente en una conferencia dictada en 1914, Alvarado Quirós afirma que «siendo el matrimonio una sociedad, en Costa Rica este ideal de feminidad tuvo su representante oficial en Pacífica Fernández, doña Pachica, cuyo gran mérito, además del de diseñar y confeccionar la actual bandera del país, fue, según siempre se suele destacar con asombrada admiración, el de ser nieta, sobrina, hija y esposa de jefes de Estado.

Eros y Logos

En el siglo xx, el psiquiatra alemán Carl Jung vino a rebautizar el viejo reparto: Logos para los hombres, Eros para las mujeres. El primero definido como «interés objetivo»; el segundo como «relación anímica» que les dificulta «reconocer cómo está compuesto su espíritu», pero que les da capacidad para «hacerlo todo por amor a un *ser humano*». Otra vez aquí, el «ser humano» tendiendo peligrosamente a identificarse con un solo sexo. En rigor, para él, ellos también aman pero

27. *Bric-à-brac*, San José, Imprenta Alsina, 1914. En orden de citas, pp. 9-10, 29-30, 45, 47.

su «prerrogativa» amorosa es «el amor a una *cosa*»,²⁸ lo que en sus términos resulta ser algo mucho más valioso. Ahora bien, hombre y mujer llevan en su psique una especie de contraparte, una «figura inconsciente» que consiste en rasgos del sexo «opuesto» pero degradados.

Él llamó *ánimus* al pseudohombre que hay en la psique femenina y *ánima* a la pseudomujer en la psique masculina. Esta última, que «en un nivel más bajo» constituye una caricatura «del *eros* femenino», «consiste en primer lugar en afinidades inferiores afectivas». El *ánimus* es definido como «una esencia cuasiintelectual que se caracteriza con la palabra “prejuicio” de manera cabalmente justa»: «consiste en un gran número de opiniones preconcebidas»; «en un nivel más bajo, es un *logos* inferior, una caricatura del diferenciado espíritu del hombre»; «se exterioriza como complemento falto de afinidad, también, por lo tanto, como prejuicio inaccesible, o como una opinión que, de manera irritante, nada tiene que ver con la naturaleza del objeto».²⁹

Cada una de estas figuras del inconsciente está moldeada por el padre si se trata del *ánimus*, por la madre si se trata del *ánima*, y puede manifestarse en una forma positiva o negativa. Según Marie von Franz, psicoterapeuta colaboradora de Jung, si la madre tuvo una influencia negativa en el hombre, su *ánima* se expresará con frecuencia en formas irritables, deprimidas, con incertidumbre, inseguridad y susceptibilidad; o mediante «comentarios irritados, venenosos, afeminados con los que rebaja todo», que contienen «una despreciable tergiversación de la verdad y son sutilmente destructivos».³⁰ Si la experiencia con la madre es positiva —dice von Franz—, «también puede afectar a su *ánima* en formas típicas, aunque diferentes»: «o bien resulta afeminado, o es presa de las mujeres y, por tanto, incapaz de luchar con las penalidades de la vida. Un *ánima* de este tipo puede volver a los hombres sentimentales» o «tan sensibleros como viejas solteras».³¹ En la mujer, el *ánimus* negativo consta de cualidades

28. *Sobre el amor*, Mínima Trota, Madrid, 2003, pp. 19-29.

29. *El secreto de la flor de oro*, trad. de Roberto Pope, 3.^a reimp., Paidós, Barcelona, 1988, pp. 56, 57. Su primera edición es de 1929.

30. «El proceso de individuación», en Carl G. Jung. *El hombre y sus símbolos*, trad. de Luis Escolar Bareño, 4.^a ed., Caralt, Barcelona, 1984, p. 181.

31. *Ibid.*, p. 182.

tales como «brutalidad, descuido, charla vacía, malas ideas silenciosas y obstinadas»; el positivo «puede construir un puente hacia el “simismo” mediante su actividad creadora»;³² «puede personificar un espíritu emprendedor, atrevido, veraz, y en su forma más elevada, de profundidad espiritual».³³

Como indica Lucía Guerra, «demás está señalar que los posibles excesos del ánimo corresponden a lo que, en nuestra cultura, se valora en una axiología centrada en el éxito individual», mientras que «el ánimo resulta ser una sombra más devaluada y contaminada», y «sus problemas se asocian con la carencia de racionalidad y lo enfermo».³⁴

Siguiendo a Jung al pie del prejuicio, el escritor argentino Ernesto Sábato,³⁵ en un ensayo de 1953, afirma que a consecuencia del *logos*, el «principio supremo de la masculinidad», «el hombre tiende a crear *otra* realidad, que se añade a la natural: la realidad cultural, con su técnica y sus ideas, con su ciencia y su filosofía, con su arte y su literatura». En tanto, «la mujer tenderá a reunificar la realidad escindida por el macho, volviendo lo cultural al seno materno, es decir, al seno de la naturaleza primordial y eterna, humanizando y animizando las cosas inertes, la técnica y los productos del arte y de la ciencia, *psicologizando todo*». Para ella «las ideas puras no existen y no tienen sentido». Si las tolera, escucha o admira es «en virtud de su maternal ternura por los seres (los hombres) que quiere y que es capaz de admirar hasta en sus actos de demencia». Cabe una sola excepción: «cuando advierte que esos misteriosos sistemas de ideas confieren un misterioso poder a los hombres», «actúan sobre ella las dos fuerzas, siempre admiradas, del misterio y del poder». Entonces se las suele ver (a las mujeres), «perplejas, extáticas como ante un ídolo, boquiabiertas» ante la genialidad masculina. (No sé por qué cuando leo eso pienso en un pavo.) Según Sábato, las mujeres, boquiabiertas y perplejas, practican sus «virtudes especiales»: «altruismo por la especie», «capacidad de sacrificio personal por los hijos y los hombres bajo su cuidado». Estas virtudes, sin embargo, no les significan méritos especiales.

32. *Ibid.*, p. 190.

33. *Ibid.*, p. 193.

34. Guerra, *op. cit.*, p. 85.

35. «Heterodoxia» [en línea] <<http://www.letras.s5.com/sabato270902.htm>> [Recuperado: 3/XI/2009]. Todas las citas que aquí se hacen de Sábato pertenecen a este texto.

Debido a su altruismo, su mundo es «concreto y pequeño, personal, vital», y resulta que «de ahí a las pequeñeces y, lo que es peor, a la pequeñez, hay un paso; y al egoísmo de hormiga, al comadreo, al chismorreo pequeño, a los celos viscerales».

Ya empezamos a ver por dónde va la torcedura. Y lo confirmamos plenamente cuando Sábato afirma que «el hombre también se equivoca, pero al menos se equivoca haciendo una guerra mundial o un sistema filosófico». ¡Y una que creía que era mejor equivocarse echándole más sal a la sopa, dando mal una puntada, contando un chismecillo! Pues no. Lo bueno es el error a lo grande, «al menos» matar mucha gente en una gran guerra; o también «al menos» hacer un sistema filosófico equivocado. Lo bueno es que «al menos» Sábato nos permite entender por qué hallamos tanta necedad en textos de filosofía.

Ahora bien, si como dice Sábato, «el Yo aspira a comunicarse con otro Yo, con alguien igualmente libre, con una consciencia similar a la suya» y «solo de esa manera puede escapar a la soledad y a la locura», entonces, obviamente, la mujer, según él «encadenada» a las consecuencias del acto sexual, no pareciera ser la compañía idónea para el macho, sino otro macho, tal como creía santo Tomás. Está de más decir que este ensayo de Sábato se convirtió en un éxito editorial.

Cuarenta y nueve años antes del exitoso libelo de Sábato, el peruano Manuel González Prada, librepensador, positivista y anticlerical, dio una conferencia, «Las esclavas de la Iglesia»,³⁶ para objetar la idea de que las mujeres necesitaban una religión según pensaban algunos liberales y librepensadores. A su juicio, ellas son al mismo tiempo las víctimas y las armas de los sacerdotes, que se apoderan de sus almas, dejándole al hombre solo el cuerpo. Aunque González Prada habla del matrimonio como de una sociedad sin «un jefe absoluto, sino dos socios con iguales derechos», su planteamiento no supone una relación paritaria, puesto que considera al marido como una especie de «hermano mayor», que debe influir en la esposa sin recurrir «a la

36. De no especificarse otra fuente, las citas de Manuel González Prada se toman de «Las esclavas de la Iglesia» (conferencia dada el 25 de setiembre de 1904 en la Loggia Stella d'Italia) [en línea] <<http://evergreen.loyola.edu/tward/www/gp/libros/horas/horas4.html>> [Recuperado: 16/IV/2011].

intimación despótica sino a las insinuaciones fraternales». De hecho, él ve la distribución de bienes morales entre sexos como la veía Comte (a quien admira), y percibe a las mujeres como «fuerza motriz» y «gran propulsor de las sociedades», pero solo en cuanto madre y educadora de la prole y mediante una acción que «no funciona bulliciosamente en la plaza ni en el club revolucionario» sino «silenciosamente en el hogar». Solo que ahí ella, influida por los curas que la convierten en «sierva» de la Iglesia, «arrasa con el sentimiento lo que el padre intenta edificar con la Razón».

González Prada afirma que «la mujer amante quiere ser dominada y poseída», por lo que «el hombre amado [...] puede reinar con la ternura y la verdad, en oposición al sacerdote que domina por el miedo y el error». Fiel a su ideal de la masculinidad como «generosidad» en el sentido que él le confiere, cree que «los esclavos y los siervos deben su dignidad de personas al esfuerzo de los espíritus generosos y abnegados; la mujer católica se emancipará solamente por la acción del hombre», al cual le corresponde «la dirección moral de la familia». En consecuencia, critica a los «infelices que se manifiestan hombres para engendrar, no para ejercer *funciones viriles de un orden superior*».³⁷ Él identifica virilidad con excelencia, como se puede observar cuando caracteriza la lengua castellana «por la energía, como idioma de pueblo guerrero y varonil»;³⁸ o cuando afirma que los indígenas solo podrán liberarse de la opresión cuando su ánimo «adquiera la virilidad suficiente para escarmentar a los opresores».³⁹

En su ensayo sobre la figura de la revolucionaria Luisa Michel, alaba en ella su carencia de «debilidades de mujer» y su desconocimiento de «las vulgares y depresivas faenas de la maternidad».⁴⁰ No obstante, le atribuye a la esposa el papel de «confidente y redentor» del marido y ve, en lo que él llama «la dulce influencia de la mujer», la capacidad de civilizar al hombre.⁴¹

37. *Ibid.* La cursiva es mía.

38. «Notas acerca del idioma» (1889) *Pensamiento y librepensamiento* [en línea] <http://www.iphi.org.br/sites/filosofia_brasil/Manuel_Gonz%C3%A1lez_Prada_-_Pensamiento_y_librepensamiento.pdf> [Recuperado: 19/XII/2010].

39. «Nuestros indios», *Pensamiento y librepensamiento*, *ibid.*

40. «Luisa Michel», «Compilación de escritos de Manuel González Prada» [en línea] <<http://www.scribd.com/doc/13684691/Manuel-Gonzalez-Prada-Compilacion-de-escritos>> [Recuperado: 19/XII/2010].

41. Cit. por Joel Delhom, «González Prada: entre romanticismo, positivismo y anar-

Finalmente, constatamos, y aquí sí «perplejas, extáticas» y boquiabiertas», tal cual nos imaginaba Sábato ante la genialidad masculina, que, en palabras de Michèle Le Doeuff, «la razón como fundamento de la diferencia entre hombres y mujeres circula no solo por encima de la diferencia sexual, sino y aun más fundamentalmente por encima de la razón».⁴²

quismo» [en línea] <http://dwardmac.pitzer.edu/ANARCHIST_ARCHIVES/worldwidemovements/peru/delhom1.html> [Recuperado: 9/V/2009].

42. Le Doeuff, *op. cit.*, p. 86.

7. Un destino peculiar

El organismo de las mujeres está dispuesto al servicio de una matriz; el organismo del hombre se dispone para el servicio de un cerebro.

Federico Arvesu, médico y jesuita, «La virilidad y sus fundamentos sexuales»

Los hombres paren ideas, cuadros, composiciones literarias y musicales, organizaciones políticas, inventos, nuevas estructuras materiales; mientras que las mujeres paren la nueva generación.

Frank Barron, psicólogo

Ningún cura, ningún ayatollah, ningún talibán, ningún dalai lama, ningún papa, ningún brujo, ningún cardenal, ningún mulá, puede adjudicarse el derecho a títulos de propiedad sobre los cuerpos de las mujeres.

Sara Pérez, «Los úteros y su registro de propiedad»

El gobierno de la matriz

Había una tarea en las mujeres, paralela, complementaria y unida como la hiedra a la pared, a la de ayudar, cuidar, alegrar a los hombres y endulzarles la vida: esta tarea era la de proveerles descendencia. Tomás de Aquino lo resumió muy bien al proponer que el valor esencial de la mujer está en su capacidad reproductora y en su utilidad en las tareas domésticas.¹ A esto unos y otros lo llamaban función natural, función única, función principal, función del sexo femenino; o destino particular, destino peculiar, destino de la mujer, todo lo cual indica que no se les confería más valor que a los animales de granja. Tal como lo expresó epigramática y reductoramente Schopenhauer, «las mujeres están destinadas exclusivamente a la propagación del gé-

1. Ver Karlheinz Deschner, *Historia sexual del cristianismo* [en línea] <<http://dc128.4shared.com/doc/I3U9s3rX/preview.html>> [Recuperado: 3/1/2012].

nero humano, y allí termina su tarea».² Una tarea que, al decir de san Ambrosio, no debía ser mancillada con el placer.³

La idea del destino peculiar tiene una larga historia. Según san Isidoro de Sevilla en sus *Etimologías*, los vocablos «varón» y «virtud», derivan de *vir* (fuerza); el vocablo «mujer» (*mullier*) deriva de *mollities* (dulzura). Los vocablos latinos derivados de la misma raíz (*mollis*, *molliter*, *mollitia*) se relacionan con lo suave, lo dúctil, lo delicado, lo flojo, la falta de energía y firmeza, la debilidad de carácter y la «vida afeminada». De ahí se sigue para san Isidoro que la diferencia entre ambos sexos radica en que uno es fuerte y otro es débil.⁴ Y se sigue también, no está claro cómo, que «las palabras que se conservan para definir a la mujer solo sirven para evocar su función principal: hasta su debilidad física, prenda de sumisión al hombre, favorece la procreación».⁵

A partir de san Pablo, la mujer «se salvará por la maternidad, si mantiene con modestia la fe, el amor y la consagración» (I Tim. 2, 15). Pero ni así. La Iglesia le dificultó las cosas prohibiéndole el uso de hierbas para aliviar los dolores del parto, impidiéndoles comulgar durante la menstruación y en las primeras semanas después de dar a luz.⁶ Según el Levítico (15, 1-32), el alumbramiento implica una impureza de siete días después de nacer un hijo y de dos semanas si nace una hija. En el primer caso la mujer «no tocará cosa santa ni entrará en el templo» hasta después de treinta días; en el segundo, estas prohibiciones se extienden a sesenta y seis días (Lev. 12, 5).

En el siglo III incluso hubo «una importante ordenación eclesial que prohibía participar “en los misterios” a todos aquellos que hubieran asistido a un parto».⁷ A finales del siglo V, algunos sacerdo-

2. *El arte de tratar a las mujeres*, edición y ensayo de Franco Volpi, Villegas Editores, Colombia, 2005, pp. 41-42.

3. K. Deschner, *op. cit.*

4. Susana San Luis, «La imagen que la Iglesia crea de la mujer en la Edad Media», *Siringa* [en línea] <<http://www.revistaescolarsiringa.com/mujerenlahistoria.htm>> [Recuperado: 15/III/2012].

5. San Isidoro de Sevilla. *Etimologías*, cit. por Pilar Iglesias Aparicio, *Mujer y salud: la escuela de medicina de mujeres de Londres y Edimburgo*, cap. II, «Construcción de sexo y género desde la antigüedad al siglo XIX» [en línea] <<http://www.biblioteca.uma.es/bbldoc/tesisuma/16272791.pdf>> [Recuperado: 10/IV/2010].

6. Barbara Ehrenreich y Deirdre English, *Brujas, comadronas y enfermeras*, trad. de Mireia Bofill y Paola Lingua, 3.^a ed., Horas y Horas, Barcelona, 1988, p. 42.

7. K. Deschner, *op. cit.*

tes se negaban a bautizar a las moribundas si no había transcurrido el plazo de purificación. En el siglo XI todavía se castigaba a cualquier mujer que pisara una iglesia durante ese tiempo.⁸ Las comadronas desempeñaban uno de los oficios «más indignos y despreciados en casi todo el Occidente cristiano». Los inquisidores las consideraban brujas y las calificaban entre las más perversas y las que más daño producían a la fe católica, en tanto las acusaban de provocar abortos con solo tocar el vientre de una embarazada, y matar recién nacidos u ofrecerlos a los demonios.⁹

San Agustín declaró que las mujeres habían sido creadas al servicio del hombre para engendrar.¹⁰ Y Lutero, el gran reformador religioso y fundador del protestantismo, sobre este tema no protestó e incluso fue un poco más allá: «Si eventualmente se desgastan por tener hijos y se cansan y se mueren, eso no importa. Dejen que mueran pariendo, para eso están aquí».¹¹ Se nos eriza el pelo al recordar que cientos de años después hallamos en el austriaco Otto Weininger una declaración parecida: «Si una mujer no es madre, no es nada; si una mujer no es nada, no importa».

Si bien las mujeres nacían para una «función única», eran diferentes de las vacas o las gallinas en que además tenían que trabajar para aquellos a cuyo servicio procreaban. Y desde luego, sus hijos no les pertenecían. Desde Aristóteles, la maternidad era un acto puramente pasivo y secundario, puesto que, para él, el semen masculino genera vida, en tanto la madre solo proporciona el material para la descendencia. A esta idea recurre santo Tomás cuando declara: «Hay que amar más al padre que a la madre, porque él es el principio activo de la procreación, mientras que la madre es el pasivo».¹² Habían transcu-

8. *Ibid.*

9. Heinrich Kramer, Jacobus Sprenger, *Malleus Maleficarum* (*El martillo de los brujos*) trad. de Floreal Maza [en línea] <<http://www.scribd.com/doc/123691/El-martillo-de-las-brujas-Malleus-Maleficarum1>> [Recuperado: 1/1/2011]. Yo utilizo el nombre más conocido de esta obra: *El martillo de las brujas*.

10. K. Deschner, *op. cit.*

11. *Sobre la vida matrimonial, 1522*, cit. por Heli, «Mujer y religión». *La Gaceta de ArgAtea*, año 1, vol. 7, junio de 2008 [en línea] <www.argatea.com.ar/pub/Gaceta_ArgAtea_0107.pdf> [Recuperado: 1/1/2012].

12. *Suma Teológica. II-II q. 26 a. 10*, cit. por Uta Ranke-Heinemann, *Eunucos por el reino de los cielos. Iglesia católica y sexualidad*, 2.^a ed., Madrid, Editorial Trotta, 2005, cap. XVI, La mujer según Tomás de Aquino, pp. 169-182 [en línea] <<http://www.vallenajerilla.com/berceo/utaranke/mujer.htm>> [Recuperado: 27/XII/2010].

rrido incontables fechas cuando fray Luis de León afirmó que «la madre en el hijo que engendra no pone sino una parte de su sangre de la cual la virtud del varón, figurándola, hace carne y huesos».¹³ Y como se trataba de una verdad incuestionable, se establecieron rígidas normas de control sobre la pureza y castidad femenina para garantizar que el principio activo fuera el de quien debía ser. Hubo que esperar al último tercio del siglo XVII para que el holandés Regnier de Graaf, viera «huevos» (en realidad, los folículos que los contienen) en los ovarios de las hembras mamíferas, facilitando así, aunque no de inmediato, la comprensión del papel de ambos sexos en la reproducción.

Pero al fin y al cabo los prejuicios de aquellos cuyos nombres aquí citados se hacen preceder de «san» o de «fray» se inscribían en viejas épocas dominadas por la fe, y la fe empezó a hacer aguas en el siglo XVIII, denominado *de las luces* y *de las revoluciones*, en el que se defendieron la libertad, la tolerancia religiosa y los derechos individuales; en el que se prometió sacar al «hombre» de la infancia y la servidumbre y convertirlo en adulto autónomo y sin amo. No a la «mujer», desde luego, cuyo «destino peculiar» era estar encinta, tal como lo determinó Rousseau, el gran ideólogo de esta propaganda y para quien aunque no siempre lo estén, o tengan pocos hijos, o los tengan muy espaciados, o no los tengan nunca, su estado no deja de ser el de madres.¹⁴ Una majadería tan grande como si afirmáramos que el destino peculiar del varón es ser guerrero, y aunque no siempre lo sea, o tenga pocas armas, o las use solo de vez en cuando, o no las use nunca, su estado no deja de ser el de guerrero. En función de que el destino peculiar de las mujeres se cumpla, Rousseau establece la necesidad de que vivan «a la sombra del encerramiento» y se dediquen a servir a sus maridos amos. Está visto que respecto de algunos temas, los grandes filósofos se manifiestan muy propensos a decir grandes... ¡filosofías!

En adelante se dejará de justificar la inferioridad femenina en nombre de su madre Eva, pero se justificará en nombre de su *naturaleza* reproductora. Hemos visto cómo para Spencer, Ferri, González Blanco y unos cuantos más, el «destino peculiar» de las mujeres dete-

13. *La perfecta casada* (1583), en *Autores místicos españoles*, 4.^a ed., W. M. Jackson, Inc. Editores, Buenos Aires, vol. XXVIII, 1960, p. 373.

14. Juan Jacobo Rousseau, *Emilio o de la educación*, 2.^a ed., Porrúa, México, 1972, p. 282.

nía su evolución individual. En 1775, el médico filósofo Pierre Rous-sel afirmaba que toda la constitución de la mujer expresa su vocación natural en la maternidad, y sus enfermedades provienen de la ruptura con su naturaleza.¹⁵ Dos años después, Johan Peter Frank defendía la obligación del estado de imponer normas de vida saludables a los ciudadanos de acuerdo con las autoridades médicas, lo que implicaba censurar los bailes que pudieran dañar la salud de la mujer, y prohibir a las jóvenes el uso de corsés y otras prendas que amenazaran perjudicar futuros embarazos.¹⁶ Así pues, en el caso de las mujeres, el «ciudadano» por proteger era (sigue siendo) el todavía no nacido.

La ciencia anatómica estaba comprometida con la misma idea. Gracias a eso, el médico, filósofo y escritor Louis de Jaucourt, en su artículo sobre «El esqueleto», para la *Enciclopedia*, concluyó que las diferencias visibles en el cráneo, la columna vertebral, las clavículas, el esternón, el coxis y la pelvis prueban que «el destino de la mujer es tener hijos y alimentarlos».¹⁷

En vistas a la función única, los manuales y los médicos instaban a las mujeres a vigilar continuamente su salud y a considerarse la personificación del «Sexo» con mayúscula. Les decían que estaban totalmente gobernadas por la matriz y los ovarios, y les recomendaban consagrarse por completo a desarrollar su capacidad reproductora.

En 1878, un articulista anónimo de *Popular Science Monthly* (n.º 12, 1877-1878) aseguraba que «entre los vertebrados, y especialmente en la humanidad, la función del sexo femenino parece limitada a nutrir de forma intra y extra uterina al joven», de lo que concluía que «si los hombres fueran inmortales y no reproductivos, la razón de ser de las mujeres podría desaparecer».¹⁸

15. *Sistema físico y moral de la mujer o Cuadro filosófico de la constitución, del estado orgánico, del temperamento, de las costumbres y de las funciones propias del sexo*, 1775, cit. por P. Iglesias Aparicio, *op. cit.*, cap. II.

16. *System einer Vollstandigen Medicinischen Polizey* (Sistema de política médica completa), cit. por P. Iglesias Aparicio, *ibid.*

17. Londa Schiebinger, *¿Tiene sexo la mente?*, trad. de María Condor, Cátedra, Madrid, 2004, p. 319.

18. «Our six-Footed Rivals», *Popular Science Monthly*, n.º 12, 1877-1878, cit. por P. Iglesias Aparicio, *op. cit.*, cap. III, «La construcción de la visión de la mujer en la época victoriana».

La vaca que rumia

En los siglos XVI y XVII, al tiempo que se les atribuía una gran cantidad de vicios a los pueblos colonizados, las mujeres «metropolitanas» eran identificadas con las «salvajes» —dice Emilie L. Bergmann— por su función reproductora y por la representación del cuerpo materno; y se las comparaba con las hembras de otros mamíferos, ya para criticarlas, ya para «establecer la superioridad de las costumbres humanas». «Mujeres metropolitanas», «mujeres “salvajes”» y «madres simias se reúnen en el discurso de la maternidad, o sea, de la crianza de niños para llegar a servir al Estado, e integrarse en los sistemas dominantes económicos e ideológicos». Bergmann hace notar cómo Luis Vives en *La instrucción de la mujer cristiana* contrasta a las mujeres de manera despectiva con las perras; y fray Antonio de Guevara en *Relox de príncipes*, las critica advirtiéndole que en otras hembras no se ve que encomienden a otros la crianza de los hijos. Para Guevara, el ejemplo materno ideal es el de la mona: desde que «pare», «jamás hasta que están destetados los dexa de sus braços». ¹⁹ Lutero no se queda atrás y afirma que la mujer es un «medio niño», un «animal salvaje», y «la mayor honra que le cabe» es que los hombres nacen «gracias a ellas». ²⁰

Siglos más tarde, un personaje de Balzac recomienda a su hija: «No hagas funcionar tu imaginación, tienes que poner todo tu empeño en convertirte en bestia, en ser exactamente como la vaca que rumia para tener buena leche». ²¹ Se trata solo de una novela, es decir, fantasía, pero a comienzos del siglo XX, en un libro de divulgación sobre higiene infantil, el Dr. J. Gerard afirmaba: «Cuando una gallina pone un huevo, no pretende ser madre por tan poco. Poner no es nada... el mérito de la gallina comienza cuando empolla con conciencia, privándose de su valiosa libertad... en una palabra, merece el nombre de madre cuando cumple con sus deberes de madre». ²² Y así, la pérdida

19. Emilie L. Bergmann, «Mujer y lenguaje en los siglos XVI y XVII: Entre humanistas y bárbaros» [en línea] <http://cvc.cervantes.es/obref/aih/pdf/12/aih_12_2_008.pdf> [Recuperado: 28/II/2011].

20. K. Deschner, *op. cit.*

21. *Mémoire de deux jeunes mariées*, cit. por Elisabeth Badinter, *¿Existe el instinto maternal?*, trad. de Marta Vassallo, Paidós, Barcelona, 1984, p. 210.

22. J. Gerard, «Pour combattre la mortalité infantile», cit. por E. Badinter, *ibid.*, p. 155.

de la «valiosa libertad» de la gallina, se convierte en el modelo de la empolladora humana. Otro médico, Gilibert, también pone de ejemplo a las «bestias» y afirma que «la mujer está sometida como los animales a este instinto».²³ Mucho antes, en el siglo xvii, Jean-Baptiste Colbert, ministro de Luis XIV, había intentado poblar Canadá enviando todos los años a la fuerza «muchachas sanas y fuertes mezcladas con animales reproductores».²⁴

Schopenhauer, que no era ni novelista ni médico, sino filósofo, declaraba que «el amor materno primitivo es, como en los animales, puramente instintivo», mientras que «el amor del padre por sus hijos es muy diferente y mucho más sólido: se basa en el reconocimiento del propio yo más íntimo en sus mismos hijos y es, por tanto, de origen metafísico».²⁵ ¿Sería por eso que durante tanto tiempo se prohibió por ley la investigación de paternidad ilegítima? Al fin y al cabo, si es tan metafísica...

Hasta aquí el panorama va siendo atterradoramente desolador para las mujeres, pero todavía falta, porque tratándose de ellas algunos hombres se han devanado los sesos pensando en cómo degradar una capacidad de que ellos carecían. Así, se regresó a la idea de convertir la maternidad en sinónimo de pasividad, de placidez, de acopio y de anabolismo, todo esto considerado negativo y zoológico. En 1904, Edmundo González Blanco comparó a las embarazadas con diferentes hembras animales, como la cochinilla, que «permanece durante semanas enteras casi inmóvil sobre sus huevos»; la lombriz ascaríde, que ofrece «la mayor pasividad»; la oruga, que permanece «también sin moverse sobre los eucaliptos»; la tijereta, que durante la incubación permanece «sobre el montón que elige sin quitarse un momento»; y la estrisíptera, inerte, ciega y parásita. Obviamente todo esto se pone como contraste negativo de las excelencias del macho, «valiente» y «fuerte», que se mueve, se desgasta y obedece a la darwiniana «ley del combate» como «constante fuente de creación y permanencia del progreso específico».²⁶

23. *Dissertation sur la dépopulation* (1770), cit. por E. Badinter, *ibid.*, p. 154.

24. Cit. por E. Badinter, *ibid.*, p. 127.

25. *El arte de tratar a las mujeres*, edición y ensayo de Franco Volpi, Villegas Editores, Colombia, 2005, pp. 37-38.

26. *El feminismo en las sociedades modernas*, vol. I, Imprenta de Henrich y Cía. Editores, Barcelona, 1904, pp. 37, 38.

En nombre de la maternidad, algunos abogaron por limitar la educación femenina. Por ejemplo, para Moebius, puesto que «la hembra debe ser, ante todo madre», hay que darle a la mujer «en el campo intelectual» todo lo que le aligere esa tarea y «eliminar todo lo que pueda obstaculizarla». A ella «la naturaleza» le «exige» «amor y abnegación maternas». Debido a eso hay muchas virtudes que le salen sobrando. Por ejemplo, no necesita valor más que para «defender su prole»; en otras circunstancias «le sirve de estorbo, y por eso carece de él»; «la fuerza y la búsqueda de nuevos horizontes, la fantasía y la sed de nuevos conocimientos» solo servirán para «inquietarla» y «trastornar sus obligaciones maternas». Y como todo eso le sobra, todo eso le falta, puesto que «la naturaleza solo le ha proporcionado pequeñas dosis de estas cualidades». Citando a Lombroso, Moebius afirma que «en todo el reino animal la inteligencia se halla en razón inversa a la procreación», y cita como caso paradigmático a la abeja reina, que es «un ser enteramente estúpido».²⁷ Según esta forma de ver, las abejas obreras deberían ser talentosísimas, pero no conocemos los tests de inteligencia que se les aplicaron.

Klara Müller, contemporánea del autor, se refiere a *La inferioridad mental de la mujer* como «una lectura divertida para las horas de ocio», y burlándose de la idea de la inversión entre el útero y el cerebro recomienda importar «miles de monjas» «con el fin de renovar la sangre y mejorar la raza». De este modo, dice, «el señor Moebius y sus correligionarios podrán estar totalmente tranquilos en lo que respecta al futuro de nuestra nación».²⁸

La inexcusable obligación

En 1903, Otto Weininger publicó *Sexo y carácter*, una obra que rápidamente obtuvo muchas reseñas y una gran cantidad de ediciones, la segunda en el mismo año de su publicación. Veinte años más tarde ya sumaban veinticinco y se había traducido a varios idiomas. Allí el

27. *Ibid.*, pp. 13, 16, 17-18.

28. En Apéndice a la obra de Moebius, *La inferioridad mental de la mujer*, trad. de Adan Kovacsics Meszaros, Bruguera, Barcelona, 1982, p. 135.

autor afirmaba que «el estado de excitación sexual significa para la mujer la suma exaltación de su total existencia, que es siempre y enteramente sexual. La mujer se consume en la vida sexual, en la esfera de la cópula y de la multiplicación, es decir, en sus relaciones como mujer y como madre, y con esas relaciones llena totalmente su existencia». «El talento de la mujer genuina —dice Weininger— parece ser más raro y menos profundo, cosa que de todos modos poco importa, pues en el caso contrario la sexualidad sería también demasiado intensa para permitir otras ocupaciones serias.»

Pero aun si la especie, como dice Weininger, «tiene por tutora y sacerdotisa a la madre», su relación con el niño siempre es por parte de ella «material». No se puede explicar su «éxtasis irracional para todas las manifestaciones vitales del lactante si no es porque su única tarea consiste en el mantenimiento y protección de la vida terrestre». Además, «el amor materno es inmoral porque no representa una relación con un *Yo* extraño, sino que desde el principio constituye a modo de una *excrecencia*, una extralimitación; excluye la individualidad, y procede sin elección y de modo impertinente». *Ese* amor «instintivo e impulsivo» se da también entre «los animales», y eso «basta para demostrar» que «no es verdadero amor, que este altruismo no puede ser verdadera moralidad» puesto que «no hay moralidad instintiva». Ahora bien, la mujer es madre (o puta) porque en ella la sexualidad se extiende «a todo el cuerpo».²⁹ El fantasma de Rousseau le aplaude meneando la cabeza en gesto de asentimiento, como un papá orgulloso que ve en su hijo la réplica mejorada de sí mismo.

Como heredero de la olla en que habían comido Weininger y Rousseau, Gregorio Marañón, en una obra de 1926, alimenta con el mismo potaje su propio ego masculino insistiendo en que «al instinto de la maternidad y cuidado directo de la prole, innato en la hembra normal, se opone el instinto de la actuación social en el varón fisiológico». Las mujeres «deben ser madres primero, y luego todo lo demás; y renunciar, si es preciso, a todo lo demás para ser madres». Él cataloga a las

29. Otto Weininger, *Sexo y carácter*, trad. de Felipe Jiménez de Asúa, Ediciones Península, Barcelona, pp. 96, 97, 221, 222, 229, respectivamente. Todas las cursivas pertenecen al original.

que se deprimen con esta idea como pertenecientes a «la secta feminista», que «comulgan sin saberlo en el desprecio» de la feminidad. Por suerte —asegura Marañón— «a su lado hay otras mujeres, las más excelsas», que piensan como él. Su ejemplo clave es Gina Lombroso, hija de César, esposa y colaboradora de Ferrero (los dos fundadores de la criminología positivista) y para la cual «la mujer verdaderamente mujer» solo desea el amor y la maternidad. Por cierto que si nos atenemos a su propia definición, ella no debió de haber sido «verdaderamente mujer».

Con ese aval, Marañón insiste en su estribillo «madre ante todo, con olvido de todo lo demás si fuera preciso; y ello, por inexcusable obligación de su sexo». Y aun las que no consigan ser «nodrizas de sus hijos», están obligadas por el «deber imperativo, meticoloso, largo y absorbente» de «dirigir personalmente la lactancia artificial o la antipática lactancia mercenaria, cuando ésta está justificada. *Nunca habrá motivos suficientes para delegar este cuidado en nadie*».

La «inexcusable obligación» viene determinada por la anatomía; la maternidad «no implica solo un problema de incompatibilidad en el tiempo, sino que supone el máximo desarrollo de la esencia de la feminidad; y esta feminidad llena de trabas el espíritu para la abstracción mental y el equilibrio ético que se precisa ante el ejercicio de muchos cargos públicos».

Insistentemente, Marañón da siempre sus golpes de mazo sobre el tema de la «función única» de las mujeres, demostrable, a su juicio, por el tamaño del aparato reproductor. Este —advierde— alcanza en ellas «una masa considerable, ocupando casi totalmente una de las grandes cavidades del tronco, la cavidad pelviana; y aun tiene, lejos de ésta, dos órganos accesorios, las mamas, que tanto contribuyen al distinto pergeño de los sexos, y que tanta trascendencia adquieren en la vida de la mujer normal». En cambio en el varón es proporcionalmente de poca magnitud, y en su casi totalidad externo y como añadido a la arquitectura general del individuo: el hombre «es un motor, muscular y psíquico, provisto, de un modo casi accesorio, de un órgano generador». En cambio, «la mujer es un gran mecanismo generador dotado de una sensibilidad exquisita para reaccionar ante el ambiente, en provecho del fruto de esa generación».

Esto señala, a su juicio, «la distinta importancia que la correspondiente función sexual primaria ha de tener en cada una de las dos

mitades del género humano». En el hombre, «breve y pasajera», «puede durar tan solo unos minutos —tal vez menos de uno» (pienso en su esposa y se me enarcan las cejas); en el hombre «normal y maduro —continúa— la función sexual primaria debe ser [...] un accidente, por muy henchida que esté de sensaciones agudas»; en la mujer «esos minutos no son sino el comienzo de una larga serie de fenómenos complicados y molestos», en los que se modifica «profundamente» «hasta la última de sus células, para culminar en el trance doloroso del alumbramiento y para seguir con el período dilatado de la lactancia, durante la cual desde las más altas a las más menudas actividades vegetativas de la mujer convergen a la conservación y auge del recién nacido».³⁰ ¡Lo valiosos que serían para esta tesis los estudios comparativos la abstracción mental y equilibrio ético entre sexos en aves de corral! Al fin y al cabo, la cópula del gallo, como la del hombre normal y maduro de Marañón, es un «accidente brevísimo»: solo llega, pica y ya; y además su «órgano generador» pareciera tan accesorio que ni se ve. Una indudable ventaja intelectual y moral para el gallo.

A escasos cinco años de la muerte de Marañón, acaecida en marzo de 1960, el alemán Karl Stern afirma que «así como en la fisiología sexual el principio femenino es recibir, salvaguardar y nutrir, la forma *específica* de creatividad de la mujer, la de la maternidad, se halla en conexión con la vida de la naturaleza, con un *bios no reflexivo*». Según él, «el ciclo mensual de la ovulación, los períodos rítmicamente alternos de fertilidad y de esterilidad, los nueve meses de gestación [...], todo esto liga profundamente a la mujer a la vida de la naturaleza, a las pulsaciones del cosmos», e incluso afirma, para probarlo, que «la palabra *madre* y *materia*, *mater* y *materia* tienen, sin duda alguna, cierta relación etimológica».³¹

¿Qué pretendían estos hombres? ¿Cuál era su problema? ¿Por qué su tenaz insistencia en reducir a las mujeres a una función única?

30. Las citas provienen de *Ensayos sobre la vida sexual* (1926), 4.^a ed., Espasa-Calpe, Madrid, pp. 37, 178, 70, 96, 121, 29, 109, 53, 30, respectivamente. Todas las cursivas son del original.

31. Karl Stern, *El carisma de la feminidad*, Ediciones Paulinas, Vizcaya, 1971, pp. 2, 29. Las cursivas son del original. La primera edición de esta obra, cuyo título original es *The Flight from Woman*, se realizó en 1965.

¿Se estaban dejando de sentir como garbanzo en olla grande? Probablemente sí, y este era un modo aparentemente objetivo y científico de espantarse las moscas.

La fisiología desordenada

El hecho de que estar encinta constituyera el «destino peculiar» y «natural» de las mujeres no quitaba que la preñez no fuera una especie de enfermedad, como se vuelve notorio en el lenguaje marañoniano cuando se refiere al embarazo como «larga serie de fenómenos complicados y molestos», al alumbramiento como un «trance doloroso» y a la lactancia como un «deber imperioso, largo y absorbente», un «período dilatado» en el que todas las actividades vegetativas de la mujer, «desde las más altas a las más menudas» convergen para que «el recién nacido» se conserve y crezca. Esto significa que ella respira, digiere, saliva, suda, su corazón palpita, su sangre circula, exclusivamente en función del hijo. Tras la lactante de Marañón asoman, hermanadas en deberes y zoológicas semejanzas, la cochinilla y la oruga inmóviles, la lombriz pasiva y la estrisíptera inerte de González Blanco.

Ya en 1625 Louis de Serres afirmaba que la embarazada se transforma en una especie de tercer sexo, un nuevo ser, presa de una fisiología desordenada. Su imaginación se altera de tal modo que puede influir en el feto no solo marcándolo con los rasgos imaginados por ella, sino también imprimiendo en su cuerpo «todas las extrañas imágenes que han afectado a su mente».³² Serres justifica además las terapias basadas en la prohibición de toda actividad, incluso la lectura, a las mujeres que sufrieran algún malestar psicológico.³³

A todas se les advertía que estaban bajo el imperio de su propio cuerpo, se las instigaba a vigilar continuamente su salud, a consagrarse por completo a su capacidad reproductora y su «instinto maternal». Un instinto muy raro puesto que no estaba conectado en absoluto con

32. Berriot-Salvadore, *Evelyne. Un corps, un destin. La femme dans la Médecine de la Renaissance*, p. 133, cit. por P. Iglesias Aparicio, *op. cit.*, cap. II.

33. P. Iglesias, *op. cit.*, cap. III.

los impulsos sexuales, los cuales les repugnaban, era antifemeninos, patológicos y posiblemente nocivos para su función reproductora.³⁴ ¡Claro!, ¡el ideal habría sido que las fecudara el Espíritu Santo! Solo que en ese caso los hombres tendrían que haber apartado sus grandes talentos de las ciencias, el arte, la industria, la política, la religión, para intentar resolver las necesidades de sus propias gónadas. De momento bastaban las prostitutas en cuyas casas los únicos talentos necesarios eran los que salían de la billetera. Por la misma época, un discurso paralelo atribuía a las mujeres una «naturaleza libidinosa» que se agravaba durante el embarazo,³⁵ y de la que tenían que aguantarse porque en ese período las relaciones sexuales eran cosa mala y peligrosa.³⁶

En el último año del siglo XIX, Moebius afirmaba que el embarazo y la menstruación, sin ser verdaderas enfermedades, ejercen una «gran influencia» en la «vida psíquica» de la mujer, puesto que producen «notables alteraciones en su equilibrio mental y perjudican el libre albedrío en el sentido legal».³⁷ Este es un argumento, señala Franca Ongaro, repetido entre otros por el famoso psiquiatra alemán Richard von Krafft-Ebing.

En el siglo XX, Miguel de Unamuno, advirtiendo que no ha logrado aún interesarse «por eso del feminismo» al que no logra ver «como problema sustantivo y propio», declaraba que para él dicho movimiento «tiene que arrancar del principio de que la mujer gesta, pare y lacta. Está organizada para gestar, parir y lactar, y el hombre no. Y el gestar, parir y lactar llevan consigo la predominancia de la vida vegetativa y del sistema linfático, y con ellos el sentido práctico».³⁸ Unamuno afirma que «en la mujer todo amor es maternal», «y por eso es su amor más amoroso y más puro que el del hombre y más valiente y más largo».³⁹ Precisamente lactar se había convertido en una de las tareas fundamentales de la madre, a partir de Rousseau.

34. B. Ehrenreich y D. English, *op. cit.*, p. 55.

35. Berriot-Salvadore, *op. cit.*

36. Véase P. Iglesias Aparicio, *op. cit.*, cap. II.

37. Moebius, *op. cit.*, p. 20.

38. La educación», cit. por Bettina Pacheco, «Unamuno: encuentro en un entreacto», *Contexto*, segunda etapa, vol. 8, n.º 10, año 2004 [en línea] <www.saber.ula.ve/bitstream/123456789/18926/1/articulo15.pdf> [Recuperado: 19/V/2011].

39. *Del sentimiento trágico de la vida*, Editorial Óptima, Barcelona, 1998, pp. 164, 165.

Los placeres del dolor

Entre finales del siglo XVIII y el primer decenio del XIX, surge una gran cantidad de obras y artículos en los que la madre amamantadora se convierte en símbolo de entrega a la familia y a la sociedad.⁴⁰ Una entrega que, además, implica el sacrificio como forma de placer. Los «deberes de una madre» son, según la protagonista de *La filósofa por amor*, de Francisco Tójar, «los primeros placeres de su corazón».⁴¹ En Francia, Prost de Royer estima que «las inquietudes y privaciones» de la maternidad son «un placer» equiparable a los que provoca el amor.⁴² Y Verdier-Heurtin confirma: «Esas privaciones que os parecen crueles han de convertirse en puros placeres».⁴³ En Alemania, Schopenhauer asegura que la mujer «paga la culpa de vivir, no actuando sino sufriendo con los dolores del parto, con los cuidados del niño y con la sumisión al hombre, del que tiene que ser una compañera paciente y tranquila».⁴⁴ Esta vena masoquista es muy explotada por la literatura y la publicidad. En Costa Rica cada 15 de agosto las tiendas de electrodomésticos hacen clavos de oro mientras en las escuelas los coros de voces infantiles cantan el «Himno a la madre»: «Resplandezca tu ser adorado / en tu dulce santuario, el hogar, / donde el culto de amor acendrado / de tus hijos te erige un altar».

La maternidad se constituyó en una veta de oro para el lucimiento de cualquier orador. Tres conferencias, en distintos momentos, pueden dar fe de ello. La primera, titulada «El culto de la madre», fue dictada en San José en 1916 por un tal doctor Albertino Ninfrías en una asociación cristiana de jóvenes. En ella el conferencista describía el amor de madre como «sublime», «heroico» y «grandilocuente», y veía en *La Piedad* de Miguel Ángel, la «representación simbólica del

40. Mónica Bolufer, «Transformaciones culturales. Luces y sombras», en Isabel Morant, *op. cit.*, pp. 490-491.

41. Francisco de Tójar, *La filósofa por amor* (1794), cit. por Mónica Bolufer, *ibid.*, p. 491.

42. Prost de Royer, *Memóire sur la conservation des enfants* (1778), cit. por Elisabeth Badinter, *Historia del amor maternal. Siglos XVII al XX*, trad. de Marta Vassallo, Paidós, Barcelona, 1984, pp. 158-159.

43. Verdier-Heurtin, *Discours sur l'allaitement*, 1804, cit. por E. Badinter, *ibid.*, p. 159.

44. Schopenhauer, *op. cit.*, p. 41.

dolor».⁴⁵ La segunda, de 1923, se la debemos al poeta sacerdote nicaragüense Azarías H. Pallais, quien nos presenta a la madre como *Vas insignae devotionis* (Vaso insigne de devoción), que «ama más que nadie y por eso más que nadie se inmola». Se trata de «un ser casi divino, de amores silenciosos, capaz en cualquier momento y por cualquiera de sus hijos, de mil heroicidades y de mil martirios».⁴⁶ La tercera, incluida en 1934 en un libro de lectura para sexto grado, es de Omar Dengo, uno de los grandes próceres costarricense de la educación. Dengo exalta la capacidad de dolor y sufrimiento de María, que «refleja lo que constituye la verdadera grandeza de la mujer en la tierra». Termina haciendo un llamado a todas las mujeres: «¡Madres de Cristos de todas las horas, de todas las civilizaciones; Madres de los Cristos, que no esperan nada y que, sin embargo, se sienten serenas [...] y que permanecen apacibles, como si simplemente llevaran el peso de una rosa deshojada en sus manos blancas y bellas!».⁴⁷

Y así, entre inmoluciones, amores silenciosos, sublimes, grandilocuentes, heroicos, dolores sin cuento, manos blancas y rosas deshojadas, las mujeres disfrutaban de un indisputable protagonismo absoluto. Los padres parecían ser entes desvaídos y lejanos, lo cual se explicaba en aquello de que su amor por los hijos era «de origen metafísico» como decía Schopenhauer. Por lo tanto, ellos, generosos y gentiles, les cedían a las mujeres todos los goces masoquistas que le inventaron a la maternidad.

Posiblemente por tratarse de la única manifestación femenina que presentaban algunos autores de manera positiva, tal pintura de la madre indujo a algunas mujeres a identificarse con ella y exaltarla. En Latinoamérica, esta imagen, grande y llorosa, llegó a extremos de santificación en autoras como Felisa Moscoso de Carvajal, quien, como los citados oradores la encuentra sublime, heroica y bella, y, entre suspiros e interjecciones, nos habla de «la mujer madre», que «siente con toda la energía de su alma el influjo del amor». Según Moscoso, «el amor maternal purifica a la mujer culpable de egoísmo y perfecciona

45. «El culto de la madre», *Colección Ariel*, 86-86, San José, Imprenta Greñas (s. a.).

46. Azarías H. Pallais, «Palabras socialistas» (1923) [en línea] <http://www.dariana.com/diccionario/azarias_pallais10.ht> [Recuperado: 10/1/2012].

47. *Nuestro libro de lectura*, sexto grado, libro segundo, Imprenta Española, Soley & Valverde, 1934.

a la virtuosa»; «la mujer madre —dice ella— ese tipo del heroísmo sublime e inverosímil, es el modelo del sacrificio diario en aras del sentimiento más noble y abnegado, en el que refleja la bondad divina». Moscoso no duda en afirmar que «si el amor conyugal hace de la mujer una heroína como amante y como esposa, el maternal la hace una mártir de por vida».⁴⁸

No obstante, otras, aceptando la idea del «destino peculiar», reclamaron para ese destino lo que en nombre de él se les regateaba. Es este el caso de la española María Lejárraga, conocida como María Martínez Sierra, quien, admitiendo la maternidad como «suprema obligación» y «misión esencial de la mujer», cree que por eso mismo ella necesita «desenvolvimiento físico, moral e intelectual»; «saber lo que se hace y cómo se hace»; «autoridad, responsabilidad y libertad». «Si ha de ser capaz de formar un hombre» —afirma María— necesita «tener la plena conciencia y el pleno goce de sus derechos humanos».⁴⁹

Y aun otras, como la psicóloga norteamericana Leta Stetter Hollingworth, se atrevieron a mirar de cerca la imagen de la llorosa y sufriente madre, quitarle sus ropajes empapados en lágrimas y enseñarnos lo que tras ellos se ocultaba. Después nos lo contó. Esto ocurría en 1916, o sea, a mitad de la Primera Guerra Mundial.

Normales, femeninas y esenciales

Leta vio que la sociedad estimaba importante la reproducción humana para la existencia y el engrandecimiento tribal o nacional; que el período de la infancia indefensa era muy prolongado en la especie humana, y que el cuidado infantil era una labor onerosa y exigente. Por lo tanto, se utilizan todos los medios posibles para hacer recaer ese peso sobre la madre. Para ello se vale de la presunta existencia de un «instinto maternal» y unas inclinaciones vocacionales «completa» y

48. «La mujer madre», *América literaria*, 1902, en Robert Jay Glickman, *Vestales del templo azul*, Canadian Academy of the Arts, 1996, pp. xxvi, 25. *Idem*.

49. «Maternidad», en *Feminismo, feminidad y españolismo*, Renacimiento, Madrid, 1917, cit. por Juan Aguilera Sastre, «María Martínez Sierra: artículos feministas a las mujeres republicanas», *Berceo*, 147, pp. 7-40, Logroño, 2004 [en línea] <dialnet.unirioja.es/servlet/fichero_articulo?codigo=1387362> [Recuperado: 6/II/2012].

«naturalmente» satisfechas con procrear y cuidar y las actividades domésticas relacionadas.

Ella señala la presencia de ciertos dispositivos mediante los cuales la sociedad se garantiza el orden y se asegura de que los individuos actúen de modo que favorezca los intereses de los que tienen el control social. Estos dispositivos son *los ideales personales, la opinión pública, la ley, las creencias religiosas; la educación, el arte, la ilusión y las amenazas*. Con las mujeres se han aplicado todos. Respecto de los ideales personales, se las induce a adoptar ciertos patrones de conducta y de carácter, o sea, tipos y modelos, como la «mujer femenina» y «la mujer normal», cuya normalidad deriva de apuntarse con entusiasmo a la maternidad y sus actividades conexas, las cuales supuestamente satisfacen por entero su «naturaleza esencial».

Como bien señaló Octavio Paz, «la prohibición implícita es la más poderosa; es lo que “por sabido se calla”, lo que se obedece automáticamente y sin reflexionar». Implica un «conjunto de inhibiciones que ni siquiera requieren el asentimiento de nuestra conciencia».⁵⁰ Esto explica por qué muchas mujeres estuvieron prontas a representar el papel de mártires de por vida de que hablaba Moscoso. Pero Leta señala que por si no era suficiente, se tomaron precauciones legales para cerrarles cualquier posibilidad de escape restringiéndoles la posesión y el control de la propiedad, que son «los fundamentos del poder». Además, al castigar el aborto, establecer la esterilidad femenina como causa de divorcio y prohibir la comunicación sobre los medios anticonceptivos, las obligaban a mantener la tasa de natalidad.

En su época, según ella cuenta, los periódicos eran los agentes principales para generar *la opinión pública*, y divulgaban cantidades de estadísticas y artículos sobre despoblación y natalidad apelando al patriotismo de la mujer, procedentes de editores, estadistas, educadores, expresidentes. Transmitían también opiniones de notables que estigmatizaban como peligroso, degradante, decadente o anormal, el desarrollo de otros intereses o aptitudes que no fueran los maternos; hombres eminentes deploraban la decadencia de la población y hombres poderosos ofrecían promesas de recompensas a las mujeres: el expresidente envió una carta de felicitación a la madre de nueve reto-

50. *Sor Juana Inés de la Cruz o las trampas de la fe*, Prólogo [en línea] <www.obta.uw.edu.pl/~lukasz/cwiczenia%20HLA/paz1.doc> [Recuperado: 4/XII/2011].

ños; el Kaiser alemán se ofreció a ser el padrino de los hijos séptimo, octavo y noveno, y además tuvo la deferencia de hacerlo ¡«aunque fueran hijas»!

En cuanto a *las creencias religiosas*, Leta denuncia que han sido utilizadas por los sacerdotes con fuerza, mediante la amenaza de castigos en la otra vida, basadas prácticamente en unas pocas citas bíblicas, tales como el mandato de Dios de multiplicaros y llenar la tierra y la alusión a los niños como dones de Dios.⁵¹ Al provenir de un país protestante, no menciona la figura de la Virgen María como una de las más poderosas imágenes a las que se recurre en el mundo occidental para inducir a las mujeres a la maternidad, tal como hace nuestro prócer Dengo apelando a las «madres de los Cristos de todas las horas y todas las civilizaciones».

Hoy, casi un siglo después de que Leta Hollingworth desmontara los dispositivos de control de los guardianes sociales sobre las mujeres, ellos siguen intentando conservar la «naturaleza esencial» y la «mujer femenina» que el patriarcado define y necesita. De entonces para acá, cada vez menos la ley y la educación, más dudosamente el arte y la novela, pero siempre la opinión pública, las religiones, las costumbres, los medios de comunicación de masas, intentan seguir creándoles a las mujeres un «destino peculiar».

51. Todas las citas de Leta Hollingworth, provienen de su artículo «Social devices for impelling women to bear and rear children» (1916) [en línea]. *American Journal of Sociology* [en línea] <<http://psychclassics.yorku.ca/Hollingworth/children.htm>> [Recuperado: 24/IV/2011].

8. Ollas quebradas

Toda mujer nacida es un instrumento defectuoso, una frágil vasija,
una olla quebrada.

Hesiquio de Jerusalén, siglo V

Como perfecto es a defecto

Al menos desde que se cuenta con memoria escrita, en la misma medida en que difiere del hombre, la mujer tiene un cuerpo imperfecto, inestable y patológico, posiblemente, según plantea Chris Shilling, «como un modo de socavar su posición en la sociedad».¹ Con el surgimiento de la escuela hipocrática, entre los siglos V y IV antes de Cristo, se inició una medicina entendida como ciencia, liberada de la religión y de la filosofía y establecida como un conocimiento técnico. De lo que no se liberaron Hipócrates y sus seguidores fue de los prejuicios sexuales, y así determinaron que el varón conformaba el ideal anatómico humano. Desconocían la existencia de los ovarios, y la única terminología específica del cuerpo femenino era la referida al útero, la matriz y los órganos sexuales externos, todos los cuales ellos consideraban una fuente de desorden y patología: las mujeres eran enfermas a causa de la menstruación, el embarazo y la lactancia; pero también enfermaban si no daban a luz o no amamantaban,² cosa en que concuerdan con el Levítico (15, 1-32). En él se considera a la mujer menstruante «manchada» durante siete días, y sujeta a las mismas prevenciones que el hombre enfermo de gonorrea: ambos son no solo

1. Chris Shilling, *The Body and Social Theory*, Sage Publications, Great Britain, 1993, p. 44, cit. por Héctor Blass Lahitte y Ana Leticia Fitte, «Reflexiones antropológicas acerca de la construcción biomédica de la menopausia», *Pliegos y Yuste. Revista de Cultura y Pensamiento Europeos*, año 2008, n.º 7-8 [en línea] <<http://www.pliegos-deyuste.eu/n78pliegos/n78lahitte.htm>> [Recuperado: 26/IV/2010].

2. Amparo Rodríguez, *La estirpe maldita*, Minerva Ediciones, Madrid, 2004, p. 50.

impuros en sí mismos sino provocadores de impureza en quien toque su cuerpo, su cama, su silla, sus vestidos. De igual modo, según la prédica de san Jerónimo, «nada hay más impuro que una mujer con el período».³

En el mundo griego la situación no era muy distinta. Aristóteles, cuya influencia en la historia intelectual de Occidente nos afecta todavía, consideraba a las mujeres débiles «por naturaleza», con cuerpos inacabados como los de los niños, carentes de semen como los hombres estériles.⁴ La mala impresión era compartida por su cultura desde las obras homéricas hasta la tragedia y la comedia del siglo v a.C. La diferencia fue que él escribió como científico y que sus prejuicios se prolongaron tanto como su fama, fundamentalmente a través de la Iglesia, por medio de dos de sus grandes teólogos del siglo XIII: Alberto Magno y Tomás de Aquino. Ellos acogieron su idea de la mujer como fracaso, «defecto» de la naturaleza», «varón mutilado», «algo que no ha sido querido en sí». «Respecto a la naturaleza individual —enseña Tomás—, la mujer es incompleta y mal dispuesta», «de constitución acuosa», con lo cual desde entonces y casi hasta hoy, hombre es a mujer como perfecto es a defecto.⁵ Y con lo cual entonces, las mentes más lúcidas podrían empezar a dudar de la omnipotencia del Dios cristiano. Pero como dijo el de Aquino, Dios Omnipotente contaba de alguna manera con ese fallo porque lo destinó a la procreación.⁶ En fin que el gran Creador no es que hizo una chapuza,

3. Karlheinz Deschner, *Historia sexual del cristianismo* [en línea] <<http://dc128.4shared.com/doc/I3U9s3rX/preview.html>> [Recuperado: 3/I/2012].

4. Ver sobre Aristóteles, Robert Archer, *Misoginia y defensa de las mujeres. Antología de textos medievales*, Cátedra, Madrid, 2001, pp. 58-59; sobre la influencia de Aristóteles en la Iglesia, Jean Marie Aubert, *La mujer, antifeminismo y cristianismo*, trad. de María Colom de Llopis, Herder, Barcelona, 1976, pp. 118-120; Uta Ranke Heineman, *Eunucos por el reino de los cielos. Iglesia católica y sexualidad*, 2.^a ed. [en línea] <<http://www.vallenajerilla.com/berceo/utaranke/mujer.htm>> [Recuperado: 27/XII/2010].

5. Sobre esta concepción, pueden verse: R. Archer, *op. cit.*, pp. 58-59; Pilar Iglesias Aparicio, *Mujer y salud: la escuela de medicina de mujeres de Londres y Edimburgo*, cap. I, «La visión del cuerpo de la mujer en el mundo clásico» [en línea] <<http://www.biblioteca.uma.es/bbldoc/tesisuma/16272791.pdf>> [Recuperado: 10/IV/2010]. Sobre la influencia de Aristóteles en la Iglesia, ver J. M. Aubert, *op. cit.*, pp. 118-120; U. Ranke Heineman, *op. cit.* y K. Deschner, *op. cit.*

6. U. Ranke Heinemann, *Eunucos por el reino de los cielos. Iglesia católica y sexualidad*, 2.^a ed., Trotta, Madrid, 2005, cap. XVI, «La mujer según Tomás de Aquino», pp. 169-182 [en línea] <<http://www.vallenajerilla.com/berceo/utaranke/mujer.htm>> [Recuperado: 27/XII/2010].

sino que, con un sentido de la economía digno de un usurero, no quería gastar pólvora en salvas.

La afirmación aristotélica de que entre los animales el más cálido es más activo y perfecto, y la creencia paralela en la mayor frialdad y humedad de las mujeres, constituyó otra causa de inferioridad que influyó en Galeno, un médico del siglo segundo, y en todos quienes durante más de mil años tuvieron a Galeno por autoridad irrefutable. Para él y sus seguidores, las mujeres eran versiones masculinas desmejoradas, y la causa de la desmejora estaba en la falta de calor vital, que invertía en ellas los genitales, convirtiéndolas en «hombres al revés», inválidos y enfermos.⁷ Todavía hacia mediados del siglo XVI, Vesalius, en su *Fabrica*, representa la vagina de la misma forma que la describió Galeno, como un pene invertido.

La extendida idea de la mujer como instrumento defectuoso halló en el mundo judeocristiano una justificación bíblica: según san Pablo, solo los hombres estaban hechos a imagen de Dios. Ya en el siglo V, san Agustín malició en Eva (y con ella en todas las mujeres) una debilidad, una perversión innata que la indujo a desobedecer el precepto divino y de pasarse en banda a Adán y condenar a todo ser humano a nacer en pecado. En los textos moralistas del siglo de Oro, fundamentalmente escritos por clérigos, se subraya la inferioridad de Eva (y por tanto, de todas sus descendientes), apelando a los versículos paulinos. En el siglo XV, fray Martín Alonso de Córdoba sostenía que las voluntades y deseos de las mujeres son variables e inconstantes debido a «la flebe complexión del cuerpo», que tienen «muelle y tierno».⁸ También el médico y filósofo Juan Huarte de San Juan relacionaba la blandura de la carne femenina con un ingenio «peor».⁹

7. Para un estudio más detenido de las teorías de Galeno, ver Amparo Rodríguez, *op. cit.*, pp. 50-55; Josephine Lowndes Sevely, *Los secretos de Eva. Nueva teoría de la sexualidad femenina*, trad. de Horacio Cecchi, Ediciones Juan Granica, Barcelona, 1987, p. 33.

8. Martín Alonso de Córdoba en su *Jardín de las nobles doncellas* (1468-1469?), cit. por María Teresa Cacho, *op. cit.*, pp. 95, 187.

9. Juan Huarte de San Juan, *Examen de ingenios para las ciencias* [en línea] <http://electroneubio.secyt.gov.ar/Juan_Huarte_de_San_Juan_Examen_de_ingenios.htm> [Recuperado: 19/VI/2011].

Una máquina periódicamente dañada

A finales del siglo XVIII surge la medicina moderna, que no solo intenta curar sino controlar y establecer su autoridad. Como dice Foucault, el control social sobre el individuo «se ejerce en el cuerpo», «con el cuerpo» y desde la medicina. Es obvio que el cuerpo más controlado era (y sin duda sigue siendo) el de las mujeres, cuyas carnes blandas de los textos educativos renacentistas se convierten en carnes inválidas entre mediados del siglo XIX y principios de la década de 1920. Incluso era de buen gusto lucir lánguida y macilenta, sufrir crisis de nervios y padecer dolencias misteriosas. Alrededor de 1850, los médicos empezaron a publicar numerosos textos dirigidos a mujeres de clase acomodada, a las que ellos alentaban a padecer y quienes de rebote les disparaban los ingresos. Por lo tanto, para este discurso las Maritornes ni siquiera contaban y tampoco podían darse el lujo de lucir demacradas, o de meterse en la cama con padecimientos de moda.

En el siglo XIX, por una parte, el cuerpo femenino se consideraba dominado casi por completo por la función reproductora. Por otra parte, su «debilidad innata» provocaba en las mujeres molestias de por vida a raíz de cualquier actividad que saliera del marco de sus tareas «propias». Estaban expuestas a enfermar por causas tan distintas como la promiscuidad, las preocupaciones, la mucha afición a la lectura, un carácter muy serio o ambicioso, la práctica deportiva, la promoción del sufragio o la asistencia a la universidad. Vivir las enfermaba.¹⁰

La «debilidad» femenina estaba bien respaldada por lo que los médicos consideraban la ley fisiológica fundamental: «La conservación de la energía», que constituye, en realidad, una especie de teoría del gasto. Se trataba de una idea bastante resobada. Ya en el siglo XVI la había enunciado Huarte de San Juan, pero Spencer la reavivó en el XIX. Se basaba en el supuesto de que cada cuerpo humano contenía una cantidad limitada de energía. Si se la empleaba mucho en un órgano o función, se les quitaba a los demás. Puesto que en las mujeres dominaban los órganos reproductivos y sus funciones, en ellas la energía debía encauzarse hacia la matriz, moderando o interrumpiendo

10. Sobre este tema, ver Barbara Ehrenreich y Deirdre English, *Brujas, comadronas y enfermeras*, trad. de Mireia Bofill y Paola Lingua, 3.ª ed., Horas y Horas, Barcelona, 1988, pp. 48, 50, 52.

cualquier otra actividad sobre todo durante la primera menstruación, el embarazo y la menopausia.¹¹

Como dice la antropóloga Emily Martin, en el siglo XIX «el cuerpo femenino es percibido como una máquina periódicamente dañada por las menstruaciones a lo largo del ciclo reproductivo, y en crisis a partir del climaterio».¹² Barbara Ehrenreich y Deirdre English asumen que como en aquella época «nadie tenía nociones demasiado claras sobre la fisiología humana», «los médicos gozaban de considerable libertad para inventar cualquier teoría que les pareciese socialmente apropiada» y había «pocas trabas a su imaginación». Así, puestos a ello, imaginaron que las mujeres eran víctimas de sus propios órganos reproductores, los cuales les podían provocar males tan disímiles como dolor de cabeza, inflamación de garganta, irritabilidad, locura, estreñimiento o indigestión, aunque no había consenso sobre si las tiranizaban más los ovarios o el útero.¹³

Según indica Pilar Iglesias, estas opiniones fueron compartidas por numerosos ginecólogos, según los cuales la actividad intelectual les podía causar a las mujeres «retardo en el crecimiento, nerviosismo, dolores de cabeza, neuralgia, parto difícil, histeria, inflamación del cerebro y locura».¹⁴ Pero la causa principal estaba en su propio cuerpo, sujeto a crisis y flaquezas. La pubertad les trastornaba todo el organismo; las menstruaciones eran períodos patológicos, tanto si se presentaban como si no. Los trastornos menstruales (amenorrea, dismenorrea) podían producir neurastenia, epilepsia, histeria, manía aguda, fobias y estados degenerativos en general. El «embarazo requería de tratamiento médico, y ese período y el puerperio podían dar pie a cleptomanía, infantilismo, epilepsia, psicosis melancólica (infanticidio) y psicosis maníaca. Finalmente, la menopausia, una enfermedad definitivamente incurable, representaba la «muerte de la mujer dentro de la mujer».¹⁵

11. Sobre ese asunto, ver B. Ehrenreich y D. English, *op. cit.*, pp. 52-53.

12. *Woman in the Body: A Cultural Analysis of Reproduction*, 1989, cit. por Héctor Blass Lahitte y Ana Leticia Fitte, *op. cit.*

13. B. Ehrenreich y D. English, *op. cit.*, pp. 52, 54-55.

14. Ann Dally, *Women under the Knife. A History of Surgery. Hutchinson Radius*, Londres, 1991, p. 93, cit. por P. Iglesias Aparicio, *op. cit.*, cap. III, «La construcción de la visión de la mujer en la época victoriana».

15. B. Ehrenreich y D. English, *op. cit.*, p. 50.

En 1826, el jurista Ernst Spangenberg realizó toda una argumentación sobre las diferentes desventajas de los cuerpos femeninos respecto del patrón anatómico: huesos «mucho más redondos, blancos y blandos»; «músculos mucho más finos, débiles y lentos»; «filamentos más flexibles, húmedos y suaves»; «nervios más excitables»; cerebros «en proporción más pequeños» y «blandos»; «cabezas mucho más frágiles»; «sensibilidad más aguda», «aumentada y especialmente dirigida por los órganos formados para el fin particular de la mujer». Unos órganos que lastimosamente ejercen un gran imperio sobre su cuerpo y su «actividad espiritual» y constituyen además la verdadera causa de «una gran cantidad de minusvalías».

Spangenberg se refiere al influjo del aparato reproductor en las mujeres en términos de catástrofe, de tempestad física, mental y espiritual, que él describe con verbos como arrastrar, dominar, modificar, perturbar, desconcertar. Sus efectos son calificados como «terribles», y suponen deficiencias, debilidad, inestabilidad, disfuncionalidad, capricho e inmoralidad: «Apenas entran en acción y gozan de vitalidad propia —afirma él—, arrastran de algún modo tras de sí la organización entera, la dominan, y la modifican, por no decir que la perturban y la desconciertan». Por lo tanto, no se trata solo de las deficiencias de nervios, huesos, músculos y cerebro, sino del terrible efecto del sexo sobre la psique de las mujeres, afectando su sensibilidad (externa), su imaginación (mutable), su pensamiento (inestable), sus ideas (no racionales) y sus facultades de juzgar y conocer (débiles). De ahí resulta que ellas se inclinan «mayormente» a la simulación, la astucia, el engaño; les deja de funcionar la memoria mientras las agita «la tempestad de los movimientos del ánimo y de las pasiones»; obedecen las leyes «sin comprender su espíritu» y las interpretan «caprichosamente».¹⁶ En fin que leyendo a Spangenberg, perturbadas y desconcertadas, sí que nos sumimos en una tempestad física, mental y espiritual que domina y modifica nuestra entera organización. No bajo el terrible efecto del sexo, como él querría, sino bajo el enorme peso de sus desatinos.

16. Sobre estos autores, ver Marina Graziosi, «Infirmas sexus. La mujer en el imaginario penal» [en línea] <www.pensamientopenal.com.ar/.../0204%5B1%5D._NDP99A.Graziosi.pdf> [Recuperado: 18/X/2010].

La tragedia final

Si ya ellas eran de por sí el «instrumento defectuoso», la «frágil vasija», la «olla quebrada» de que habló Hesiquio de Jerusalén,¹⁷ la menopausia y la vejez las convertían en material de desecho. Puesto que ya no podían reproducirse, ¿para qué seguían viviendo? En un estudio sobre las imágenes de mujer del refranero, Ana María Fernández Poncela hace ver cómo en él su infertilidad «es vista como un crimen» y las que la sufren, al carecer de pareja y no pertenecer a ningún hombre, al no vivir bajo control masculino, al ser en ese sentido libres, como las prostitutas, son castigadas con la marginación social. Es posible que por lo mismo sean «tan maltratadas simbólicamente»: solas, libres e infértiles, inspiran miedo y se las considera «un peligro para la normatividad social».¹⁸

Para el filósofo Arthur Schopenhauer, las mujeres solo son atractivas desde el comienzo del menstruado hasta los veintiocho años.¹⁹ Las «de edad», incapaces de «tener hijos», solo inspiran a los hombres «aversión». Pero el cuadro más devastador lo ofreció Moebius, para quien «cuanto más superior es un ser, tanto más tarde madura». La naturaleza, que tiene «predilección por el hombre», lo hace madurar más tarde que a la mujer, dando a entender, con este privilegio, que le ha asignado metas más elevadas. Por lo tanto, él «puede conservar las facultades adquiridas casi hasta el término de su existencia».²⁰ La mujer no.

Moebius nos cuenta que «el espíritu de la virgen es terso, fogoso, agudo, por lo que su fuerza de atracción aumenta, participando activamente en la elección sexual», puesto que toda la suerte de su vida depende de que «encuentre al hombre que le conviene»; todas sus fuer-

17. Cit. por P. Iglesias Aparicio, «Mujer y salud: la escuela de medicina de mujeres de Londres y Edimburgo», *op. cit.*, cap. II, «Construcción de sexo y género desde la Antigüedad al siglo XIX».

18. Ana María Fernández Poncela, «El discreto encanto del refranero: la violencia simbólica contra las mujeres y algunos hombres», *Signos Libertarios y Lingüísticos* rv 2 (julio-diciembre de 2002), pp. 63-76 [en línea] <<http://148.206.53.230/revistasuam/signosliterariosylinguisticos/include/getdoc.php?id=127&article>> [Recuperado: 1/ VIII/2010].

19. *El amor y otras pasiones*, trad. de J. Leyva, Alba, Madrid, 1999, pp. 21-22.

20. *La inferioridad mental de la mujer* (1900), trad. de Adan Kovacsics Meszaros, Bruguera, Barcelona, 1982, p. 25.

zas» y «todas sus facultades mentales» se dirigen a este fin. Su talento por excelencia es una especial disposición para los asuntos del amor. Conseguido el esposo (es decir, «el valedor»), lo más frecuente es que «la joven fogosa y a menudo brillante se transforma en una mujer afable y simple» porque «ella no necesita ya nada»; «la vivacidad física y mental solo tenía por objeto atraer al hombre». Basándose en la idea de que «lo exterior es el espejo de lo interior», el famoso neurólogo creía que las mujeres se hacen viejas por el climaterio y pierden lo que les queda de sus facultades mentales.²¹

Él reconoce, sin embargo, que un número relativamente grande de mujeres «no sufren esa limitación», pero en general ellas «pueden compararse a un batallón que debe hacer frente a repetidos asaltos del enemigo, que en este caso es el tiempo». Su relato es como si hablara de una guerra: «Unas caen en las primeras escaramuzas; otras se vuelven deficientes después de algunos años de matrimonio; las restantes se tienen en pie más tiempo, pero al fin son vencidas, ya sea volviéndose tontas, ya sea disecándose en una vida de viejas solteras extravagantes». Pero «incluso aquellas que han resistido la batalla deben sufrir el ataque final del enemigo: la edad crítica».²² Con esto les quitó a las mujeres el único consuelo que les había ofrecido Kant para lo que él llamaba ese momento «tan terrible para toda mujer, de hacerse vieja». A medias compasivo, Kant creía que, desaparecida la belleza, ellas debían leer libros y cultivar la mente como un modo de «substituir insensiblemente con las musas los sitios vacantes de las gracias». Claro que en esto nos recetaba como «primer maestro»²³ al esposo, sin contar con que ellos solían dejarlas viudas a edad temprana con mucha frecuencia. Después de Moebius, ¿cómo cambiar gracias por musas si nos volvemos amablemente imbéciles?

Moebius dice que las ancianas despiertan «un sentimiento de hostilidad», pero las acusa de ser las responsables. El hecho de que se les califique «unánimemente de supersticiosas, cobardes, mezquinas, locuaces, pendencieras y maldicientes» demuestra deficiencia mental. Quede claro: no deficiencia mental de quienes así las difaman. Para

21. *Idem.*

22. *Ibid.*, pp. 22-23, 24.

23. *Lo bello y lo sublime. Fundamentación de la metafísica de las costumbres*, trad. de Luis Rutiaga, Grupo Editorial Tomo, México, 2004, p. 52.

acabarla de armar, afirma que «si las viejas fueran menos feas», la opinión popular sería más benévola. Ellas «antes tampoco servían para nada, pero nadie criticaba su malicia mientras sus encantos físicos seguían intactos». «Sin duda —dice él—, la deficiencia mental hace resaltar desnuda su malignidad, que adquiere formas ridículas, pero no la produce». Ahora que sirven para menos que nada, pierden el juicio, se vuelven vacuas, les preocupan solo las insignificancias, las bagatelas, las minucias, la nadería, y su charla es como «el molino de agua girando en vacío».²⁴ Sin embargo, Moebius, entre tanto anuncio de desastre, nos da una leve palmadita en el hombro:

—¡Tranquilas!, ¡no preocuparse! Las mujeres conservan intactas «sus cualidades realmente positivas».

—¿Ah, síiii?, ¿pero es que las hay?

—¡Desde luego! «La ternura» y «el sentimiento materno».

—¡Pero si es cuando menos las necesitan!

—Ustedes no, pero la familia y la sociedad sí. Y eso es lo que importa.

Moebius tenía su gallo tapado: las viejas chochas y malignas todavía pueden ser aprovechadas en el cuidado de los demás.

También Gregorio Marañón vio algo positivo en la «pérdida de la feminidad» y la «decadencia de la morfología». Con ella las mujeres alcanzaban una «tardía» diferenciación «de su alma» y por lo tanto una «mayor agudeza y plenitud».²⁵ No obstante, la psicóloga alemana Helen Deutsch, siete años después, dejó claro que una «mujer menopáusica ha terminado su existencia como una productora de vida futura y ha alcanzado su fin natural —su muerte parcial— como una servidora de la especie».²⁶ A partir de entonces, dice ella, su principal tarea psicológica es «aceptar la progresiva humillación que experimenta».²⁷

24. Moebius, *op. cit.*, pp. 26, 27, 28.

25. *Climaterio de la mujer y del hombre*, Editorial Espasa-Calpe, Madrid, 1937, p. 140, incluido en *Ideario*, pp. 309-310.

26. *La psicología de la mujer*, 1944, cit. por Anne Fausto-Sterling, *Miths of Gender, Biological Theories About Woman and Men*, 2.^a ed., Basic Books, Nueva York, 1992, p. 113.

27. H. Deutsch, *op. cit.*, cit. por Daniel Delanoë, «La cuestión de los trastornos psíquicos atribuidos a la menopausia», *Investigación en salud*, abril, año/vol. IV, n.º 001. Universidad de Guadalajara, México, 2002 [en línea] <redalyc.uaemex.mx/redalyc/pdf/142/14240102.pdf—> [Recuperado: 23/IV/2010].

Perlas, hierbas y rosas

Puesto que desde el siglo XIX, la menopausia producía una decadencia «inevitable», las mujeres en esta etapa debían someterse a la supervisión médica tan perpetua como el Socorro de María. Se trataba de una «crisis peligrosa» en la cual se «sacrificaba» la «gracia femenina», en la que la mujer dejaba de «existir para la especie» y empezaba a vivir solo «para sí misma», marcada por la esterilidad. A partir de entonces «no debía tener sentimientos eróticos» puesto que nadie respondería a ellos. Y es que, además, «las perlas de su boca se han tornado manchadas, el aroma a hierbas de su aliento se ha ido, la rosa de sus mejillas se ha desvanecido y su garganta no emula más al ruiseñor».²⁸

El caso es que las perlas manchadas, el aliento herbario desaparecido, el color muerto y la voz perdida llevaban un cortejo mucho más espantoso de males del cuerpo y del alma: «dispepsia, diarrea, dolores reumáticos, parálisis, apoplejía, hemorragia, tuberculosis y diabetes»; irritabilidad, depresión, histeria, melancolía y locura. Y como era de esperar, en opinión de los médicos, las que abogaban por el control natal o el sufragio estaban más propensas a sufrir una enfermedad menopáusica.²⁹

Por supuesto que esta catástrofe ocurría entre llantos y lamentaciones, como las tragedias griegas. Según Helen Deutsch, a raíz del «duelo de la juventud y la belleza», y el «sufrimiento ante un mundo personal que declina», las víctimas, es decir, las mujeres todas después de cierta edad (aunque en menor grado las «femeninas-amantes» que las «masculinas-agresivas»), entran en un «estado depresivo o melancólico que acelerará el proceso de envejecimiento y muerte». Es «como si sintieran que el descenso fisiológico en la producción hormonal es la antesala de la muerte». No obstante, «la mujer activa» que cuenta con centros cerebrales desarrollados y una vida emocional «completa», no limitada «a la maternidad», puede «encontrar activamente una salida a las complicaciones biológicas».³⁰

28. Charles Meigs, «Cambio de vida» (1848), cit. por Alfredo F. Elena, «Menopausia» [en línea] <<http://dralfredo-elena.com/menopausia023.htm#>> [Recuperado: 23/IV/2010].

29. A. Fausto-Sterling, *op. cit.*, p. 113.

30. H. Deutsch, *op. cit.*, 1944, cit. por D. Delanoë, *op. cit.*

En 1960, el gran clínico francés Henry Ey publicó un manual de psiquiatría que durante muchos años fue referencia obligada. En él, la menopausia se hace acompañar de un cortejo de «trastornos mentales». Esta es, a su juicio, «una constatación muy antigua». Después se corrigió, pero sus ideas ya galopaban. En 1982 Françoise Dolto y en 1991 Madeleine Gueydan, vieron a las menopáusicas como mujeres que viven bajo «la amenaza» constante de «la melancolía».³¹ Y en 1987, la prestigiada *Enciclopedia médico-quirúrgica* las consideraba víctimas frecuentes de «alteraciones psíquicas de tipo depresivo». Para entonces no se le echaba el sambenito a la decadencia de las facultades físicas y mentales sino a las hormonas, o más bien a la falta de ellas, presuntas causantes de fatiga, mareo, irritabilidad, aprehensión e insomnio, severas jaquecas y depresión psicótica.³²

En 1896, Emil Kraepelin, el fundador de la nosología psiquiátrica moderna, había creado el término «melancolía involutiva»³³ para referirse a una enfermedad que caracterizó como agitación ansiosa, preocupaciones hipocondríacas, síntomas obsesivos, sintomatología delirante, en donde predominan las ideas de daños, celos, indignidad y transformación corporal o negación de los órganos, e incluso deterioro significativo del razonamiento y la memoria. A veces podían padecerla los hombres en el umbral de la senectud, pero era más frecuente en las mujeres menopáusicas, y se iniciaba en lo que él llamaba la «época de la involución», que ubicaba después de los cincuenta años. Kraepelin, como Henry Ey, posteriormente también se corrigió, pero muchos siguieron usando el término en Alemania, en Francia y en Estados Unidos donde, en los años treinta la supuesta «melancolía involutiva» se empezó a «curar» con estrógenos. No fue hasta 1975 cuando la novena versión de la *Clasificación internacional de las enfermedades*, publicada por la OMS suprimió este concepto como categoría autónoma. Lo grave es que retirarlo de la Organización Mundial de la Salud no significó retirarlo de las mentes de médicos y psiquiatras. Daniel Widlöcher, profesor de psiquiatría en la Pitié-Salpêtrière en los años ochenta y noventa, siguió hablando de tal enfermedad como una

31. D. Delanoë, *op. cit.*

32. A. Fausto-Sterling, *op. cit.*, p. 119.

33. Todos los datos sobre esta «enfermedad» están tomados de D. Delanoë, *op. cit.*

realidad clínica para la cual es prácticamente imposible ofrecer una explicación.

En 1912, Belarmino Rodríguez Arias afirmaba que en la menopausia las mujeres se autointoxicaban y de ahí resultaba un desequilibrio del organismo que provocaba «un estado de depresión general temporal, interrumpido por episodios, a menudo, fugaces y algunas veces prolongados», que podía convertirse en «un estado mental morboso de los mejor caracterizados».³⁴ La menopausia se equiparaba, en otras ocasiones, a enfermedades como el baile de San Vito, la enfermedad de Parkinson y el bocio exoftálmico o enfermedad de Basedow, caracterizada por crecimiento de la tiroides, taquicardia, ansiedad, sudoración, temblor, nerviosismo, ansiedad, atrofia de ciertos músculos, espesamiento de la piel y otras maravillas por el estilo. Con ella se ejemplificaban los posibles efectos de este tipo de patologías sobre la producción de locura.³⁵

En 1966, Robert Wilson la catalogó como una enfermedad por deficiencia de estrógenos que necesita tratamiento. Según las fantasías wilsonianas, en esta fase de su vida las mujeres pierden la salud, se vuelven «dóciles», «impotentes», «intolerantes», «desafortunadas», «incapaces de percibir racionalmente su situación», como «criaturas a las que les faltan la mayor parte de los valores de la vida», ante quienes «el mundo aparece como a través de un velo gris». Wilson las imagina divagando, caminando «en las calles rígidamente en [grupos de] dos o tres, viendo poco y observando menos». «El fantasma de la feminidad perdida» —asegura él— es «un desagradable espectro» que «acecha al mundo». Su esposa Thelma se sumó al bando y en un artículo posterior firmado por ambos afirman que «hay amplia evidencia de que el curso de la historia ha sido cambiado» no solo por la presencia de estrógenos sino por su ausencia». Y juntos los dos completan el pavoroso cuadro: «La miseria indecible del alcoholismo, la drogadicción, el divorcio y los hogares rotos», causados por las menopausias, «no puede ser presentada en forma estadística».³⁶ Según sus

34. Cit. por Isabel Jiménez Lucena y María José Ruiz Somavilla, «La política de género y la psiquiatría española de principios del siglo XX», en M.^a José Barral *et al.* (eds.), *Interacciones ciencia y género*, Icaria, Barcelona, 1999, p. 197.

35. *Idem.*

36. «The Fate of the Nontreated Postmenopausal Woman: a Plea for the Maintenance of Adequate Estrogen from Puberty to the Grave» («El destino de la mujer con

afirmaciones, después de la mediana edad, «los ovarios se tornan inadecuados, desaparece la mujer completa y solo queda una parte de ella». ³⁷ En fin, «debe enfrentarse la intolerable verdad de que todas las mujeres menopáusicas son castradas». ³⁸

Wilson, que era miembro de una poderosa industria farmacéutica, nos consolaba diciendo que la tal «enfermedad» de que hablaba era «curable» y «evitable» de modo que las mujeres, al fin y al cabo, podíamos mantenernos «femeninas por siempre». ³⁹ Eso sí, para mantenerse «femenina por siempre» hay que consumir estrógenos por siempre, lo que a la vez contribuye a enriquecer por siempre a las compañías farmacéuticas aun a costa de nuestra salud, porque lo que Wilson no menciona son los riesgos de cáncer de mama, tromboembolismo venoso y enfermedad cerebrovascular. ⁴⁰

En 1969, el Dr. David Reuben, autor de algunos best sellers sobre sexualidad, describe un cuadro parecido al de los Wilson, aunque cargando más las tintas: «La vagina comienza a degenerar, los pechos se atrofian, los deseos sexuales desaparecen [...] aumenta el vello facial, se engruesa la voz, aparece la obesidad, las facciones se vuelven ordinarias, se alarga el clítoris, y una gradual calvicie completa la trágica escena». ⁴¹ Estos individuos —afirma él— «no se vuelven hombres, pero dejan de ser mujeres funcionales», por lo que «viven en el mundo del intersexo». ⁴² Según Reuben, eso ocurre porque la esencia de la feminidad está ligada a los ovarios, y por lo tanto al disminuir los estrógenos las mujeres dejan de ser mujeres. ⁴³ Además, ellas, «habiendo agotado sus ovarios, agotaron su utilidad como seres huma-

menopausia no medicada: la defensa del mantenimiento de los estrógenos desde la pubertad hasta la tumba», en *Journal of the American Geriatrics Society*, 1963, cit. por A. Fausto-Sterling, *op. cit.*, p. 110.

37. H. Blass Lahitte y A. L. Fitte, *op. cit.*

38. Wilson y Wilson, «The Fate of the Nontreated Postmenopausal Woman», p. 347, cit. por A. Fausto-Sterling, *op. cit.*, p. 111.

39. Alfredo F. Elena, *op. cit.*

40. John Jairo Zuleta, «Visión actual de la terapia de sustitución hormonal en la mujer posmenopáusica» [en línea] <http://www.scielo.org.co/scielo.php?pid=S0034-74342005000100006&script=sci_arttext> [Recuperado: 23/IV/2010].

41. *Everything You Always Wanted to Know about Sex but Were Afraid to Ask* (Todo lo que usted siempre quiso saber sobre el sexo pero no se atrevió a preguntar), 1969, cit. por A. Fausto-Sterling, *op. cit.*, p. 110.

42. David Reuben, *ibid.*, pp. 110-111. Esta obra fue llevada al cine por Woody Allen.

43. Alfredo F. Elena, *op. cit.*

nos». ⁴⁴ Así lo dice, «agotaron su utilidad», lo cual significa que están ni más ni menos que para el desguace.

La imagen de ancianidad femenina que nos dan Reuben y Wilson parece surgida de las ilustraciones de cuentos de terror. Por contraste, ellos parecen imaginarse a los hombres a los sesenta o setenta años como a Robin Hood con su traje verde, su flecha presta al disparo, y erguida la pluma en el sombrero. Virginia Woolf dio en el blanco al afirmar que «durante todos estos siglos, las mujeres han sido espejos dotados del mágico y delicioso poder de reflejar una silueta del hombre del tamaño doble del natural». ⁴⁵

En la actualidad hay suficientes pruebas de que la menopausia no daña psíquica ni emocionalmente a las mujeres, ni las vuelve más infelices, como se creía. El Dr. Alfredo F. Elena califica de mito «la imagen de una mujer emocionalmente alterada, algunas veces histérica e incapaz de resolver problemas de la vida diaria», «inútil y sin sexualidad, que grita a su familia, llora frecuentemente» y «no puede tomar una simple decisión». «La verdad —dice él— es que la mujer en su menopausia está a las puertas de los que pueden ser los mejores años de su vida.» ⁴⁶

No obstante, el persistente fantasma de la horripilante vieja loca sigue vagando por las mentes de algunos médicos. Un tratado francés de ginecología concluye, a partir de un estudio realizado a poco más de 200 mujeres, que el 38,5 por 100 de las menopáusicas sufre un «estado depresivo». El autor descalifica las estadísticas epidemiológicas alegando que una «mujer confiará más de buena gana sus problemas a su médico que a una entrevistadora o encuestadora telefónica». ⁴⁷ Y es que, como señala Daniel Delanoë, «frente a una mujer mayor deprimida, la primera interpretación de los clínicos es atribuir dicho estado al cese de los ciclos menstruales». Una idea que, a su juicio, «la psiquiatría moderna ha retomado de la medicina francesa de los siglos XVIII y XIX». ⁴⁸

44. David Reuben, *op. cit.*

45. Virginia Woolf, *Una habitación propia*, trad. de Laura Pujol, 4.^a ed., Barcelona, 1995, p. 50.

46. A. F. Elena, *op. cit.*

47. H. Rozenbaum, «La menopause, comment prolonger sa jeunesse», París, *Mercurie de France*, 1991, p. 115, cit. por D. Delanoë, *op. cit.*

48. *Ibid.*

En parte, el mito de la anciana apolillada y urgida de vivir para siempre bajo vigilancia médica puede deberse, como cree Ballinger, a la influencia que ejercen los medios de comunicación masivos y a la promoción de las ventas de estrógenos.⁴⁹ Christiane Northrup piensa que como las mujeres maduras «han dejado de utilizar su energía en la crianza de niños» la sociedad patriarcal describe sus cuerpos en términos de «producción» o «producción fallida».⁵⁰ Esto es, se las ve como máquinas que han dejado de funcionar. Margaret Lock agrega dos principios: el primero es que, a diferencia de las hembras de las otras especies, las mujeres pueden vivir alrededor de un tercio de su vida después de haber perdido la capacidad de tener hijos;⁵¹ el segundo es que los cambios corporales experimentados durante esa etapa se contrastan tomando como norma los valores característicos de cuerpos de mujeres occidentales en edad reproductiva.⁵²

Hasta ahí, prejuicios, percepciones y lo que sea, pero eso no se queda hasta ahí, porque los seres humanos nos miramos no solo en el espejo de vidrio y azogue, sino en el de los ojos ajenos. Y aun antes de que el primero nos dé un aviso, el segundo ya está hablando. «Una persona es vieja —dice la psicología— cuando las demás personas así lo consideran.» Al elaborar nuestra autoimagen con los datos recibidos del entorno, condicionamos nuestro comportamiento, de modo que tendemos a actuar y reaccionar según se espera que lo hagamos.⁵³ Como señala Northrup, «aunque mucha gente declina con la edad en esta cultura, tal declinación no es una consecuencia natural del envejecimiento, sino una consecuencia natural de nuestras creencias colectivas sobre el envejecimiento».⁵⁴

Desde el siglo XIX, algunas intelectuales habían empezado a arrugar el ceño y chasquear la lengua ante las barbaridades que los

49. C. B. Ballinger, «Psychiatric Aspects of the Menopause», *British Journal of Psychiatry*, 1990, cit. por D. Delanoë, *ibid.*

50. *Women's Bodies, Women's Wisdom*, Bantam Book, Canadá, 1987, p. 432.

51. Margaret Lock en *Encounters with Aging. Mythologies of Menopause in Japan and North America*, 1993. University of California Press, cit. por Héctor B. Lahitte y A. L. Fitte, *op. cit.*

52. *Ibid.*

53. Teresa Gómez Carroza, «Heteroestereotipos y autoestereotipos asociados a la vejez en Extremadura» (2003) [en línea] <dialnet.unirioja.es/servlet/fichero_tesis?codigo=168&orden=0> [Recuperado: 12/VIII/2010].

54. *Op. cit.*, p. 434.

médicos decían sobre el cuerpo femenino. La escritora y economista norteamericana Charlotte Perkins Gilman llegó a la conclusión de que en su país los hombres habían «engendrado» una raza de mujeres lo suficientemente débiles para ser consideradas inválidas o lo suficientemente débiles mentales para fingir que lo eran y disfrutar con ello.⁵⁵ Otras concluyeron que al menos parte de los achaques de las mujeres tenían su origen en el interés de los médicos varones. La doctora norteamericana Elizabeth Garret Anderson afirmó que ellos exageraban mucho, y que las obreras continuaban trabajando durante el período menstrual «sin interrupciones y, normalmente, sin efectos perjudiciales». Mary Livermore, una activista por el derecho al voto, se opuso a la «monstruosa suposición» de la invalidez natural y denunció a «las contaminadas huestes de “ginecólogos”» que parecían «empeñados» en convencer a las mujeres de que solo poseían «un tipo de órganos, y que éstos están siempre enfermos». La doctora Mary Putnam Jacobi, en 1895, puso los puntos a las íes al atribuir, sobre todo a su «nueva función de lucrativas pacientes, difícilmente imaginable un siglo atrás», «buena parte de las dolencias» que aquejaban a las mujeres.⁵⁶

Las suposiciones que ellas hicieron siguen teniendo validez, sobre todo si notamos que los prejuicios sexistas amenazan con seguir distorsionando el cuerpo femenino y percibiéndolo como una chapuza. La cadena viene de muy lejos. Hesiquio de Jerusalén era un monje predicador del siglo v a quien la Iglesia tenía por «luminaria famosísima»; David Reuben y el matrimonio Wilson son profesionales de la medicina y contemporáneos nuestros, pero todos ellos comparten la misma imagen de las mujeres. Los mil quinientos años que los separan en el tiempo no los separan en la idea, porque entre uno y otros, muchos más la han venido preservando como un valioso legado patriarcal. Eso explica por qué, después de quince siglos, el mensaje del viejo y rancio teólogo es exactamente el mismo que el de los nuevos y también rancios médicos: vasijas frágiles, instrumentos defectuosos, ollas quebradas.

55. B. Ehrenreich y D. English. *op. cit.*, p. 48.

56. *Ibid.*, p. 52.

9. El útero y sus furores

La mujer es lo que es únicamente por el útero.

Jan Baptista Van Helmont, siglo XVII

La mujer está hecha para sentir y sentir es casi histeria.

Briquet, siglo XIX

El control de la sociedad sobre los individuos no se opera simplemente por la conciencia o por la ideología sino que se ejerce en el cuerpo, con el cuerpo. Para la sociedad capitalista lo importante era lo biológico, lo somático, lo corporal antes que nada. El cuerpo es una realidad biopolítica: la medicina es una estrategia biopolítica.

Foucault, *La vida de los hombres infames*

No hay un trozo del cuerpo humano que desencadene más afanes de poder entre los jerarcas de las religiones que los úteros femeninos, cuyas funciones, horario de trabajo y hasta raciones o anulaciones de gustos, quieren programar desde todas las denominaciones religiosas, incluyendo algunas que se supone no tienen nada que andar buscando entre las piernas de una mujer.

Sara Pérez, «Los úteros y su registro de propiedad»

Desmelenadas de camisión blanco

En el siglo XIX, por las alcobas y pasillos de las casas ricas deambula una joven vestida con un transparente camisión blanco. Tiene el rostro inexpresivo, palidez de cadáver, melena revuelta, aspecto triste y mirada ausente. Es la histérica, tal como la representaba la medicina. Su imagen, morbosamente atrayente en la época, entra en la literatura romántica francesa desde 1820. Allí, a juicio de Janet Beizer, «se transforma en metáfora en un momento de ansiedad y caos» del cual ella «es el emblema» que se refleja en la novela de mediados del siglo. Entra también en la literatura española, desde donde influye en «la interpretación de la mujer que domina durante todo el siglo», y cuyos elementos eran ya «típicos en las novelas góticas inglesas y francesas

de principios de siglo».¹ Según afirma David T. Gies, en el cuerpo de la protagonista histérica se inscriben «todas las características que definen lo gótico» y «simbolizan lo que ha fallado en el universo»: «el miedo, la angustia, la amenaza de violencia, la falta de control del mundo natural, el desorden, la obsesión, la falta de la razón».²

Pero el mal que ella sufría es muy anterior al drama romántico español, a la novela gótica inglesa y francesa, y a la moral puritana del siglo XIX. Por lo tanto, lo que la histérica simbolizaba era algo mucho más profundo y horroroso. Las mujeres, como ollas quebradas que eran, llevaban en su interior un órgano, el útero, que ya entre los egipcios del 1800 antes de nuestra era se manifestaba exigente, móvil y hambriento de sexo o de feto, lo que para el caso era lo mismo. ¿Qué otro fin podía tener el sexo sino el feto? En el siglo V a.C., Platón lo imaginó como «un animal deseoso de procreación», que «se irrita y enfurece cuando no es fertilizado a tiempo durante un largo período».³ Areteo de Capadocia, en el siglo II de nuestra era, lo representó «colgado en el interior de la mujer con las alas extendidas presto a moverse y sensible a los olores».⁴ Si no se le satisfacía, la implacable bestia provocaba unos trastornos de lo más variados y estrafalarios a los que, según épocas, autores y sociedades, se les clasificó con los descriptivos nombres de «sofoco» «asfixia de la madre», «sofocación de la matriz», «corea lasciva», «histeria», «melancolía» «furore uterino» o «mal de amor». Sus síntomas indeterminados podían cambiar pero no las causas: el desplazamiento del útero por el resto del cuerpo, o la descomposición de la sangre en él.⁵

1. Cit. por David T. Gies, «Romanticismo e histeria en España» [en línea] <<http://www.cervantesvirtual.com/servlet/SirveObras/35750574545042276754491/p0000001.htm>> [Recuperado: 24/VIII/2009].

2. *Ibid.*

3. *Timeo, o De la Naturaleza* [en línea] <<http://www.librosgratisweb.com/html/platon/timeo/index.htm>> [Recuperado: 11/II/2011].

4. Ana Martos, *Historia medieval del sexo y del erotismo* [en línea] <http://books.google.co.cr/books?id=q711I6s8GNoC&pg=PA246&lpg=PA246&dq=furore+uterino+%26+historia&source=bl&ots=y5wAaQCA_a&sig=Q6KBrJ1_eOS6qs-2OSI2ZHGkOPM&hl=es&ei=FenhS9_nN4yS8gSawL2KAw&sa=X&oi=book_result&ct=result&esnum=2&ved=0CAgQ6AEwATgK#v=onepage&q&f=false> [Recuperado: 5/V/2010].

5. Pilar Iglesias Aparicio, *Mujer y salud: la escuela de medicina de mujeres de Londres y Edimburgo*, cap. II, «Construcción de sexo y género desde la antigüedad al siglo XIX» [en línea] <<http://www.biblioteca.uma.es/bbl/doc/tesisuma/16272791.pdf>> [Recuperado: 10/IV/2010].

Y es que a falta «de la humedad del semen masculino» que le garantizara fertilidad, podía emigrar, y eso sí ya era el no va más de las desgracias de su víctima si descontamos algunos de los remedios que se le recetaban. Según el papiro de Kahum, cuya fecha se remonta a 1820 a.C., el útero en sus desplazamientos provocaba entre otros síntomas dolor de ojos y de pies, depresión y alucinaciones;⁶ Platón lo imaginaba errante por todo el cuerpo, obstruyendo los conductos respiratorios, y ocasionando, de paso, las peores «carencias» y «enfermedades».⁷

Según la medicina hipocrática, que se extendió aproximadamente del siglo VI al III a.C., los males resultantes dependían de si emigraba hacia el hígado, hacia la cabeza, hacia los costados o hacia abajo. En el primer caso, producía «sofocos al entorpecer la vía respiratoria que hay en la región del vientre» y a raíz de ellos, la paciente volvía los ojos en blanco, sentía frío y podría ponerse lívida, con rechinar de dientes, salivación y convulsiones de tipo epiléptico; en los costados o en la región lumbar, estrangulaba la vejiga; si se iba para la cabeza, provocaba dolor de las venas de la nariz y la parte inferior de los ojos, letargo y expulsión de espuma por la boca. La medicina hipocrática siguió viendo al útero como un órgano errante y patologizador. Solo que, aun manteniendo con sus predecesores como principal causa la sequedad por falta de relación sexual, agregan la mala nutrición, el exceso de actividades o algún ejercicio pesado.⁸

El mecanismo por el cual se producía el desplazamiento nunca estuvo muy claro. Según los hipocráticos había una especie de tubo que pasaba a través del diafragma y conectaba la cavidad nasal y la vagina. Aunque Aristóteles afirmaba que el útero se sujetaba por tendones, asumía sin embargo que si estaba vacío podía trasladarse hacia arriba y causar una sensación agobiante, o hacia abajo como resultado de la falta de relación sexual, pero solo el embarazo lo haría volver a su posición.⁹

En general se desarrollaron varios métodos, aparte de la gravedad, para hacer regresar a su sitio al órgano fugitivo y vagabundo. El

6. *Ibid.*

7. Platón, *op. cit.*

8. Pilar Iglesias Aparicio, *op. cit.*, cap. I, «La visión del cuerpo de la mujer en el mundo clásico».

9. P. Iglesias Aparicio, *ibid.*

papiro de Kahun prescribe sentar a la enferma sobre paños perfumados con mirra líquida y hacerle fumigaciones vaginales con humo procedente de excrementos secos de hombre, quemados con incienso. Como era de esperar, entre el carbón con que se producía el humo, se debía introducir la imagen de un dios con forma fálica. Los hipocráticos prescribían fumigaciones nauseabundas para la boca y la nariz y agradablemente perfumadas para la vagina.¹⁰ En el siglo XI, la médica y maestra de ginecología Trótula recomendaba aplicar a la nariz remedios que tuvieran un fuerte olor, como lana o tela de lino quemadas, con el fin de alejar al útero de la parte superior del cuerpo. Durante miles de años fue común emplear olores fétidos e irritantes para reanimar a la aquejada.¹¹ Al decir de Ana Martos, «de aquí surgió el hábito de las mujeres decimonónicas de llevar consigo un frasquito de sales que aspiraban con fruición para salir del soponcio o del sofoco».¹²

La gran permanencia de la idea de que las mujeres tuvieran un órgano migratorio no deja de resultar impresionante, porque la observación de hembras de otras especies debía indicar que estaba sujeto por tendones.¹³ A pesar de que en el siglo II d.C., Sorano de Éfeso y Galeno aseguraron que el útero no se movía, nadie parece haberles hecho caso.

La imagen del «útero encolerizado» produjo en la Edad Media el concepto de *furor uterino*. De acuerdo con el médico italiano del siglo XVI Girolamo Mercuriale, la ira de aquella víscera provocaba un calor inmoderado en el área genital de la mujer por la salida de vapor caliente, que le causaba la erección del clítoris.¹⁴ A todo esto, nadie conocía bien aquel órgano desastroso ni cómo funcionaba. Por eso, hasta bien entrado el siglo XVII, el segundo cuento después del de la errabundez uterina, lo conformó la putrefacción de la sangre o la del semen femenino, provocadas ambas por falta de lo mismo que hacía al útero salir de viaje.

10. A. Martos, *op. cit.*

11. José Luis Iglesias Benavides, «Mal de amor», *Medicina Universitaria*, 7 (28), 2005, pp. 159-168 [en línea] <http://www.meduconuanl.com.mx/media/pdf/2005vol7_no28_a9_1178303632.pdf> [Recuperado: 9/II/2011].

12. A. Martos, *op. cit.*

13. P. Iglesias Aparicio, *op. cit.*, cap. I.

14. J. L. Iglesias Benavides, *op. cit.*

Sangre y semilla

La patología del semen corrompido se la debemos a Galeno. Él creía que la mujer producía un semen como resultado del desecho de la tercera digestión de los alimentos; cuando no era eliminado (mediante el acto sexual) se tornaba venenoso y formaba vapores que ascendían por el cuerpo y alteraban el corazón y el cerebro.¹⁵ Un genio médico del siglo XI, Constantino el Africano, traductor de Hipócrates y de Galeno y de varios textos árabes, afirmaba en su obra *Viaticum* que los vapores así formados subían hasta el diafragma y afectaban la voz y la respiración.

Todavía en el siglo XVI, Ambroise Paré, considerado el padre de la cirugía moderna, y el inglés Edward Jorden atribuyeron el furor uterino a la «pudrición de la semilla femenina» debido a la falta de relaciones sexuales que producían el cese del menstuo, aunque el primero añadió también la falta de actividad y el segundo las «perturbaciones de la mente». Paré había señalado cinco síntomas de este mal: hablar necedades, locura, pérdida del habla, contracción de las piernas y coma.¹⁶ En el mismo siglo XVI, Paracelso, que llamó a esta enfermedad *corea lasciva* y la «curaba» con baños de agua fría, atribuía su origen a la sangre menstrual agriada, igual que el vino cuando se convierte en vinagre. A su modo de ver, esto provocaba tensión de la piel y de la cubierta del útero, «el espasmo» de cuya pared pasaba «a los miembros y venas del cuerpo». Según se creía, las convulsiones corporales resultantes causaban que «el vapor y el humo salieran hacia los órganos y sus alrededores».¹⁷

La hipótesis de la sangre corrupta procede de la creencia de que el útero estaba formado por dos o más cavidades parecidas a cuernos, tal como se había observado en animales. Según se asumía desde Aristóteles y los presocráticos, se llenaba de sangre procedente del resto del cuerpo por unas aperturas en los salientes de las trompas, la cual salía, cuando estaba lleno, a través de un estoma. Esto explicaba la menstruación. Si el estoma se cerraba en una mujer no embarazada, la

15. *Ibid.*

16. P. Iglesias Aparicio, *op. cit.*, cap. IV, «La mujer según la ginecología del siglo XIX».

17. J. L. Iglesias Benavides, *op. cit.*; Pilar Iglesias Aparicio, *op. cit.*, cap. IV.

sangre podía permanecer atrapada y pudrirse o ser arrastrada a otras partes del organismo a través de los canales que lo comunicaban con todo el resto del cuerpo, causando daños diversos o formando un tumor.¹⁸ Reginald Scott, en el siglo XVI, asegura que especialmente después de la menopausia, la sangre no expulsada al exterior produce vapores que afectan el cerebro, privando a las mujeres de su sentido y juicio, haciéndoles tener alucinaciones y creerse capaces de ejercer la brujería.¹⁹

Durante la época renacentista, parece cierto que las mujeres sufrían y que esto se manifestaba de algún modo en su salud. Una de las pistas del sufrimiento nos la puede dar Robert Burton, que publicó en 1621 una *Anatomía de la melancolía*. Aunque él hace referencia a un «útero mal colocado» y a la «estropeada sangre menstrual» que envenena el cuerpo con sus vapores nocivos, sostiene que se trata de una enfermedad propia de «doncellas, monjas y viudas». Su receta para «nobles vírgenes» incapaces de encontrar marido es el trabajo físico y la vida disciplinada y simple.²⁰ Por la misma época, William Harvey asumía que en la histeria pueden intervenir «descargas menstruales insalubres» o un «exceso de abstinencia de relaciones sexuales cuando las pasiones son fuertes».²¹ Hoy todavía oímos que se acusa de «falta de hombre» a algunas cuyas conductas se estiman histéricas.

Los tremebundos ovarios

En 1827, Karl Ernst von Baer descubrió el óvulo. Treinta y seis años después, Edward F. W. Pflüger relacionó su liberación con la regla, cuyo inicio, según observó, coincidía no solo con el período fértil, sino también con el aumento del deseo sexual.²² En 1841, Robert Lee describió por primera vez la inervación de la pelvis. Pero cada nuevo descubrimiento anatómico sobre las mujeres resultaba en su perjuicio.

18. Pilar Iglesias Aparicio, *op. cit.*, cap. I.

19. *Ibid.*, cap. IV.

20. J. L. Iglesias Benavides, *op. cit.*

21. P. Iglesias Aparicio, *op. cit.*, cap. II.

22. J. L. Iglesias Benavides, *op. cit.*

Así, con los hallazgos de Lee, otro órgano perverso, el ovario, había ingresado en la patología de la histeria, que se explicaría entonces por su irritación junto con la del útero o por los ovarios solos.²³

De la presunción de que los órganos reproductores podían dominar todo el organismo de la mujer a la de que dominaban su personalidad entera, había solo un paso. En el siglo XIX se pensaba básicamente que la psicología femenina funcionaba como un simple apéndice de la función reproductiva y que la naturaleza de la mujer estaba absolutamente determinada por dicha función. Según señalan Barbara Ehrenreich y Deirdre English, el punto de vista médico habitual se expresaba en frases como: «Los ovarios dan a la mujer todas sus características físicas e intelectuales». Un tal doctor W. W. Bliss consideraba que «la trayectoria de la mujer en el cumplimiento de su misión sobre la tierra» era «una sucesión de penas, sufrimientos y múltiples dolencias», todas ellas originadas en esos órganos.²⁴ Y Rudolf Virchow fue un poco más allá al afirmar que «la mujer es un par de ovarios con un ser humano pegado, mientras el hombre es un ser humano dotado de un par de testículos».²⁵ Ya bastante entrado el siglo XX, Gregorio Marañón seguía afirmando que la mujer es «un gran mecanismo generador», mientras que el hombre es «un motor, muscular y psíquico, provisto, de un modo casi accesorio, de un órgano generador».

De este modo, ya no se trataba de un asunto teórico, sino de la prueba de un mal del cuerpo y del alma, exclusivo de las mujeres, que les duraba desde la pubertad hasta la menopausia,²⁶ donde tomaba el relevo la enfermedad terminal. Aunque el dedo acusador se dirigía sobre todo al útero o a los ovarios, se siguieron hallando también otros culpables: la falta de sexo, el exceso de sexo, el deseo insatisfecho de maternidad²⁷ o la misma naturaleza femenina. En 1859, Pierre Briquet afirmaba que «la mujer está hecha para sentir y sentir es casi histeria». En 1927, el médico español Baltasar de Viguera, citando a Briquet,

23. *Ibid.*

24. *Brujas, comadronas y enfermeras*, trad. de Mireia Bofill y Paola Lingua, 3.^a ed., Horas y Horas, Barcelona, 1988, p. 54.

25. Cit. por Anne Fausto-Sterling, *Myths of Gender. Biological Theories about Women and Men*, 2.^a ed., Basic Books, Nueva York, 1992, p. 90.

26. J. L. Iglesias Benavides, *op. cit.*

27. P. Iglesias Aparicio, *op. cit.*, cap. IV.

calculó que en el siglo XIX este mal lo padecían «una de cada cuatro mujeres (y, en casos muy raros, hombres afeminados)».²⁸

Pero además se trataba de una dolencia parecida a ellas: desconcertante y caprichosa. A mediados del siglo XIX, en la Europa occidental se convirtió en epidemia con una tenaz preferencia por mujeres urbanas, insatisfechas, de raza blanca, clase media y alta, en edad reproductiva.²⁹ Solía seleccionar a sus víctimas entre aquellas familias que podían pagar cuidados médicos; las mismas que imponían a sus miembros femeninos las mayores restricciones y, por lo tanto, las mismas desde donde empezaban a elevarse las demandas de libertad.

Por entonces los síntomas fundamentales eran agitación, convulsiones, desmayos, vómitos, caídas, tos, estornudos, palpitaciones, asfixia, delirio, sonambulismo, parálisis, ilusiones espectrales, falta de apetito, trastornos visuales y auditivos, pérdida de la voz y de la conciencia. Además, la histérica se mesa los cabellos, se golpea el pecho, grita, muerde, siente que se ahoga y ríe llorando o llora riendo,³⁰ como el Garrik del poema de Juan de Dios Peza.

Aunque tal variedad de manifestaciones dan la impresión más bien de mujeres agobiadas y desesperadas, algunos las veían como egoístas, pendencieras, obscenas; y hasta había quien las acusaba de perversión, degeneración moral y caprichos inmorales.³¹ Entre los años sesenta y setenta, el psiquiatra inglés Henry Maudsley divulgó una teoría surgida en Alemania en 1845, según la cual, la histeria solo se desarrollaba en mujeres impulsivas, lascivas, fraudulentas, coquetas, egoístas y excéntricas, dadas a mentir y exagerar, que buscaban la atención de todos.³² Y el citado Bliss observó, con malevolencia, que el influjo de los ovarios sobre la mente de la mujer «se manifiesta en su astucia y duplicidad».³³

Desde el punto de vista médico se podía reconocer a una histérica entre otras cosas por el pulso («fuerte y rápido» justo antes del desmayo, y «pequeño, lánguido, intermitente y lento» justo después

28. D. T. Gies, *op. cit.*

29. B. Ehrenreich y D. English, *op. cit.*, p. 60.

30. *Idem*; David T. Gies, *op. cit.*; P. Iglesias Aparicio, *op. cit.*, cap. IV.

31. E. Showalter, cit. por P. Iglesias Aparicio, *op. cit.*, cap. IV.

32. Catherine Jagoe *et al.*, *La mujer en los discursos de género*, Icaria, Barcelona, 1998, p. 344.

33. B. Ehrenreich y D. English, *op. cit.*, p. 54.

de él), la orina (pálida, de «bajo color», delgada, límpida, o como agua clara) y la posición de las manos: sosteniendo la cabeza, «colgantes frente al cuerpo, con los dedos entrelazados», o «descansando débilmente a los lados» al estar sentada,³⁴ lo que más bien da una imagen de mujer deprimida.

Lo extraño en esta historia es que los órganos incordiadores parecían aumentar sus ataques cuando las mujeres se rehusaban a meterse al cajón que la sociedad les ofrecía. Los médicos, como representantes sociales, eran los encargados de hacerlas encajar. Las artes que empleaban pertenecen más a la historia de la tortura que a la de la medicina.

Violetas y sanguijuelas

Desde el Renacimiento, junto a la relación siempre prevaleciente entre la histeria y el útero, había surgido un ligamen entre histeria y sistema nervioso que se mantuvo hasta el siglo XVIII. Quienes la consideraban un problema de nervios, buscaban alegrar a la enferma aconsejando actividades tales como conversar con amigos íntimos, leer en voz alta, escuchar música, permanecer en una habitación de ambiente placentero, vestir colores como el verde mar, el azul de Júpiter, los rosas y verdes de Venus y el amarillo de Mercurio.³⁵

Timothy Bright, en su *Tratado de la melancolía*, de 1586, les recomienda llevar broches, cadenas y anillos de piedras preciosas como rubíes, turquesas, zafiros, calcedonias, perlas y alabastro, puesto que entre unas y otras confortaban el espíritu, protegían contra las pesadillas, alejaban la locura, el temor y la pesadez del corazón. Otros les prescribían escuchar música, bailar, realizar ejercicio moderado, caminar descalzas por el campo a pecho descubierto; navegar, columpiarse y pasear en coche. Pero se recetaron también purgas, eméticos y sangrías.³⁶ Ambroise Paré ordenó una vida de actividad física relacionada con asuntos domésticos, diversiones como la música y más

34. J. L. Iglesias Benavides, *op. cit.*

35. *Ibid.*

36. *Ibid.*

frecuencia en la cópula conyugal. A la vez, desaconsejaba el estudio y la lectura, especialmente de matemáticas o filosofía, que podían enfermar a las mujeres debido a la mayor debilidad de su mente por falta de calor.³⁷

En el siglo XIX las curas para la histeria conformaban un extenso catálogo. Podían prescribirse dietas especiales, reposo, sedantes, anti-espasmódicos, masajes y compresión ovárica. En general, la forma de prevenir un mal tan raro consistía en agobiar a las mujeres con más restricciones y limitaciones de las que ya tenían. Unos y otros manuales recomendaban las cosas más peregrinas para prevenir la histeria, tales como alejarlas del ocio, impedirles permanecer mucho tiempo en la cama; evitar todo aquello que acrecentaba la lujuria: colegios, teatros, varones, corsés, perfumes, braserillos, vino, carne, manjares succulentos, baños calientes, colchones de lana, novelas y romances amorosos. En cambio se les recomendaban baños de mar y de agua corriente, camas algo duras, colchones de paja, ejercicio moderado, quehaceres domésticos y paseos a pie.³⁸ Posiblemente con esta vida de ascetismo en que sumían a las mujeres, las familias compensaban el capital que se les iba en consultorios de salud. Porque ese sí que era gasto. La histeria puso de moda las visitas médicas a domicilio, tónicos, medicamentos, balnearios medicinales, centros de reposo, tratamientos específicos en relación con el aparato reproductor, los menos destructivos de los cuales imponían aislamiento y reposo ininterrumpido.³⁹ Como señalan Ehrenreich y English, «toda la mitificación de la enfermedad» servía fundamentalmente para mantener ocupadas a muchísimas mujeres en la tarea de no hacer nada.⁴⁰ Pero su sociedad era sorda ante cualquier reclamo. Ellas seguían sufriendo de un mal indeterminado y los médicos las seguían tratando como inválidas.

Algunos de los métodos prescritos parecen más bien castigos. Por ejemplo, echarle a la enferma agua por la cabeza, comprimirle el nervio supraorbital, impedirle respirar, golpearle la cara y el cuello con toallas húmedas; sofocarla, ponerla en ridículo ante familia y ami-

37. P. Iglesias, *op. cit.*, cap. II.

38. P. Iglesias Aparicio, *op. cit.*, caps. II y IV; J. L. Iglesias Benavides, *op. cit.*

39. Sara Berbel Sánchez, *Sin cadenas. Nuevas formas de libertad en el siglo XXI*, Narcea Ediciones, Madrid, 2004, p. 140.

40. B. Ehrenreich y D. English, *op. cit.*, p. 58.

gos, amenazarla con el castigo corporal para que obedeciera «la voz de la autoridad».⁴¹

Hubo quienes recetaron sangrías (desde la época de Galeno hasta mediados del siglo XIX), enemas de agua de rosas, violetas, amapolas o endibias; sanguijuelas en la vulva, el ano y el cuello de la matriz; cauterización del cuello del útero con nitrato de plata o hierro rojo; inyecciones de varios líquidos en la vagina; dosis de sulfato de quina; hidroterapia en forma de duchas frías de dos horas, chorros vaginales y baños fríos o templados que podían durar entre seis y diez horas sin interrupción, y electroterapia con corrientes galvánicas o farádicas.⁴² ¡Lo que podría haber aprendido Sade si para entonces no llevara una pila de años bajo tierra! Otros remedios, mucho más antiguos, habrían hecho resoplar de ira santa a clérigos y frailes. Galeno y Avicena recomendaban los masajes con ungüentos aplicados por comadronas; Paré sugería como medida alternativa tironeos del vello púbico;⁴³ e incluso hubo un médico medieval, Arnau de Vilanova, que prescribía, a más no haber, el sexo a solas con objetos apaciguantes.

Tal como explica Elaine Showalter, según la opinión predominante entre los médicos y psiquiatras victorianos, «las mujeres eran más vulnerables a la demencia que los hombres porque la inestabilidad de sus sistemas reproductivos interfería con su control sexual, emocional y racional».

Como apuntaba el psiquiatra británico G. Fielding Blanford, la conexión entre el cerebro y el útero «se ve claramente por el observador más casual».⁴⁴

Frank Albretch señala que incluso los médicos progresistas pensaban que las mujeres eran particularmente susceptibles de producirse daño si hacían un esfuerzo mental. A juicio del neurólogo y novelista americano S. Weir Mitchell, durante la pubertad, las niñas, a causa de su desarrollo orgánico, se vuelven extremadamente sensitivas. A los diecisiete, si son sanas, están casi tan bien como para poder estudiar, con las debidas precauciones, pero antes de este tiempo el uso excesivo

41. P. Iglesias Aparicio, *op. cit.*, cap. IV.

42. C. Jagoe, *op. cit.*, p. 345.

43. Ver Ana Martos, *op. cit.*; P. Iglesias Aparicio, *op. cit.*, cap. II.

44. Cit. por Frank Albrecht, «Visiting the Emerson Girls» [en línea] <<http://home.bluecrab.org/~health/alice2.html>> [Recuperado: 17/1/2013].

vo o muy constante del cerebro puede dañar la salud para para cada probabilidad de feminidad futura útil.⁴⁵

En el siglo XIX, la idea de que en las mujeres cualquier enfermedad se originaba en la mala posición del útero o en la congestión de los ovarios dio por resultado que se intervinieran estos órganos para curar males del estómago, el hígado, los riñones, los pulmones, el corazón o lo que fuera. El cuello uterino fue sometido a cauterización, sección del canal, dilatación, legrado, entre otros actos sádicos. El ovario «congestionado» se arreglaba con masajes, duchas vaginales térmicas y electroterapia, pero si esto fallaba, el remedio era el bisturí.⁴⁶ Según dice Pilar Iglesias, la característica común a todos los tratamientos era la pretensión de doblegar absolutamente a la paciente. Igual que la tortura para los inquisidores. En cambio, a los pocos hombres considerados histéricos, se les recomendaba desarrollar alguna actividad intelectual aunque no fuera demasiado intensa, y gozar de ciertas diversiones.⁴⁷

Fue mucho y muy grande y grave lo que se dijo y se hizo contra las histéricas presuntas o verdaderas, pero en algún momento unos cuantos médicos empezaron a sospechar que sus males podían ser fingidos. Al fin y al cabo nunca les daban ataques cuando estaban solas y siempre buscaban caer sobre algo blando. La conjetura es que hacían teatro con el fin de dominar al marido, a los criados, los hijos, y al médico si podían. Por si fuera eso, aconsejaban amenazar a las pacientes con raparlas o someterlas a duchas frías, dado el «poder sedante del miedo». En cualquier caso los médicos no se podían quejar mucho porque se trataba de una enfermedad muy rentable para ellos: las aquejadas dependían de cuidados constantes y no morían. No obstante, ellos, para conservar el prestigio, debían hallarle una causa orgánica o desenmascarar el fingimiento. Por lo tanto, su actitud se fue volviendo «cada vez más indignada y amenazadora».⁴⁸

Como señalan Somavilla y Jiménez, resulta evidente que «el cuerpo, la mente y los estados de salud y enfermedad han sido instru-

45. *Ibid.*

46. J. L. Iglesias Benavides, *op. cit.*

47. P. Iglesias Aparicio, *op. cit.*, cap. IV; cap. II.

48. B. Ehrenreich y D. English, *op. cit.*, pp. 60, 61; S. Berbel Sánchez, *op. cit.*, p. 141; Christopher Bollas, cit. por David T. Gies, *op. cit.*

mentos usados por la medicina, la psiquiatría y los sistemas sanitarios para legitimar la desigualdad y la discriminación de las mujeres, con mecanismos tales como la medicalización, la psicologización o la invisibilidad». ⁴⁹ Esto explica por qué se constituyó en síntoma de histeria cualquier acto femenino independiente, en particular la actividad a favor de reivindicaciones como el sufragio, la educación superior y el desempeño laboral; ⁵⁰ reivindicaciones que surgieron precisamente en la segunda mitad del siglo XIX, en la misma clase de mujeres socialmente destinadas a la invalidez y el ocio.

Los médicos — señalan Barbara Ehrenreich y Deirdre English —, «por su situación, podían detectar las primeras manifestaciones de rebeldía e interpretarlas como síntomas de una “enfermedad” que era preciso “curar”»; sus cuidados «constituían un sistema de vigilancia que podía llegar a ser muy eficaz» y como el nudo estaba bien amarrado, sus argumentos «parecían eximir a la opresión sexual de toda intención dolosa. Si se prohibía a las mujeres toda actividad o empresa interesante, era solo por su propio bien». ⁵¹ Así pues, ellas podían enfermar si realizaban actividades atléticas, si se aficionaban a la lectura, si practicaban el control natal, si exigían el voto, si hacían carrera universitaria, si gozaban del sexo o si no gozaban de sexo.

Las histéricas eran, según la descripción de F. C. Skey, «enérgicas y apasionadas», con una «fuerza más que usual, carácter decidido, resolución firme, sin miedo al peligro, conductoras audaces con plenitud de lo que se denomina nervio». ⁵² Para cuando la histeria era plaga, la energía, la fuerza, la resolución, la decisión, la audacia eran en las mujeres signos patológicos. Como señalan José Ruiz Somavilla e Isabel Jiménez, los rasgos de una mujer a la que en esa época se consideraba mentalmente sana, es decir, la dependencia, la sumisión y el sentimentalismo, no eran los de una personalidad sana: la independencia, la autonomía y la objetividad. De modo que ellas podían ser conside-

49. M.^a José Ruiz Somavilla e Isabel Jiménez Lucena, «Género, mujeres y psiquiatría: una aproximación crítica», *Frena*, vol. III-1-2003 [en línea] <<http://www.frenia-historiapsiquiatria.com/pdf/fasciculo%205/007-genero-mujeres-y-psiquiatria-una-aproximacion-critica.pdf>> [Recuperado: 21/VII/2010].

50. B. Ehrenreich y D. English, *op. cit.*, p. 61.

51. *Ibid.*, pp. 51-59, 61.

52. E. Showalter, *op. cit.*, p. 132, cit. por P. Iglesias Aparicio, *op. cit.*, cap. IV.

radas «locas» tanto si aceptaban como si rechazaban aspectos del rol social que les correspondía.⁵³

Algunas de las víctimas se rebelaron, en la medida de sus posibilidades, y trataron por todos los medios de escribir, manifestarse o realizar cualquier actividad creativa, pero la mayoría no tuvo otro remedio que someterse.⁵⁴

Mujeres enjauladas

Precisamente las creadoras dejaron en su obra evidencia de la opresión a que se las sometía. Una malograda autora inglesa del siglo XVIII, Anne Finch, condesa de Winchelsea, se quejaba: «Una mujer que prueba la pluma» es «una intrusa en los derechos de los hombres», una criatura «presuntuosa» de la cual se supone que «ninguna virtud puede redimir su falta»; «escribir, leer, pensar o estudiar» nublan la belleza de las mujeres, en tanto su «máximo arte y uso» estriba en la aburrida administración de una casa. Ellas no han sido destinadas «a los arbustos de laurel». «Sean oscuras tus sombras —dice— y vive feliz en ellas.»⁵⁵ Su contemporánea, Margaret Cavendish, otra autora malograda, afirma: «Las mujeres viven como murciélagos o búhos, trabajan como bestias y mueren como gusanos...». Y una contemporánea suya, Dorothy Osborne, se refería a ella como una «pobre mujer», «un poco trastornada» puesto que si estuviera en su sano juicio «no caería en la ridiculez de aventurarse a escribir libros, y además en verso».⁵⁶

En 1847 Charlotte Brontë, en *Jane Eyre*, denuncia la incompreensión de los hombres al creer que las mujeres «han de limitarse únicamente a fabricar pasteles, hacer calceta, tocar el piano y bordar bolsitas». Brontë declara, a través de su personaje protagónico, que sienten igual que ellos, necesitan, como ellos, «tiempo para desarrollar sus facultades» y sufren «de su obligada inhibición y de su pasividad total

53. Ruiz Somavilla y Jiménez Lucena, *op. cit.*

54. S. Berbel Sánchez, *op. cit.*, p. 140.

55. Sandra M. Gilbert y Susan Gubar, *La loca del desván*, trad. de Carmen Martínez Gimeno, Cátedra, Madrid, 1998, pp. 11, 17.

56. Ver Virginia Woolf, *Una habitación propia*, trad. de Laura Pujol, 4.ª ed., Barcelona, 1995, pp. 79, 86, 87.

lo mismo que sufriría un hombre». ⁵⁷ Diez años más tarde, Elizabeth Barret declara en *Aurora Leigh*: «Tejer, tejer, picar nuestros dedos, perder nuestra vista, ¿produciendo qué? Un par de pantuflas, señor». Y otra autora de la época, Abba Goold, criticaba que las protagonistas de los libros, en especial las descritas por plumas masculinas, eran «menudas y frágiles», con «dedos de lirio y cinturas de avispa», parecían alimentarse de «luz de luna» y jamás cometían «el imperdonable pecado de comer en presencia de un hombre». ⁵⁸

Sandra M. Gilbert y Susan Gubar estudiaron la literatura escrita por mujeres como Jane Austen, Charlotte Brontë y Emily Dickinson en el siglo XIX y Virginia Woolf y Sylvia Plath en el XX. Hallaron que en todas se repetían «imágenes de encierro y fuga, fantasías en las que dobles locas hacían de sustitutas asociales de yoes dóciles, metáforas de incomodidad física manifestada en paisajes congelados e interiores ardientes», junto con «descripciones obsesivas de enfermedades como la anorexia, la agorafobia y la claustrofobia». Esto las condujo a estudiar las condiciones en que produjeron sus obras las mujeres del siglo XIX, «literal y figuradamente encerradas», «tanto en la vida como en el arte». En la vida, por «la arquitectura de una sociedad aplastantemente dominada por hombres»; en el arte por una «poética patriarcal». Los literatos varones de la época hablaban del «don creativo» como una cualidad masculina. ⁵⁹ De hecho, los hombres utilizaban metáforas sexuales para referirse a la escritura.

El poeta inglés Gerard Manley Hopkins declaraba, en una carta de 1886, que «la ejecución magistral», definida por él como «la cualidad más esencial del artista», era «una especie de don masculino», al que caracterizaba como «el engendramiento del pensamiento propio sobre el papel, en verso o como sea»; Flaubert planteaba que escribir era en esencia «eyacular», engendrar a la criatura; Blasco Ibáñez se refiere a un lienzo en la casa de Émile Zola, que representaba una violación, como un «símbolo de la vida del gran artista»; un articulista de *Madrid Cómico* calificaba a los críticos como novelistas frustrados y

57. Charlotte Brontë, *Jane Eyre*, trad. de María Fernanda Pereda, Barcelona, Plaza y Janés, 1968, p. 105.

58. Cit. por Roxana Robinson, *Georgia O'Keeffe*, trad. de Ángela Pérez, Circe Ediciones, Barcelona, 1992, p. 201.

59. Gilbert y Gubar, *op. cit.*, pp. 11, 17.

por lo tanto «eunucos de la literatura». Ricardo Gullón, en un libro sobre Galdós, equipara la pluma con el falo y el tintero con el útero, y, como dice Andrés Zamora, al hacerlo no está incurriendo en ninguna originalidad metafórica, sino que está siendo rigurosamente fiel al discurso poético de la época. Todavía en el último tercio del siglo xx, este prejuicio se mantiene, como lo demuestran las palabras del teórico literario palestino Edward Said, quien, en una obra de 1975, define al «autor» como «un engendrador, padre o antecesor».⁶⁰ En una palabra, la literatura no era «asunto de mujeres». Así exactamente se lo manifestó a Charlotte Brontë el poeta Robert Southey cuando ella le envió algunos de sus poemas para que los juzgara, y agregó: «Ni debería serlo nunca». Charlottë le contestó: «Por las noches, lo confieso, pienso, pero nunca molesto a nadie con mis pensamientos».⁶¹ Como dice Rosa Montero, «hay una historia que no está en la historia y que solo se puede rescatar escuchando el susurro de las mujeres».

Al parecer, varias notables personalidades femeninas de la época como Elizabeth Barrett, Emily Brontë y Florence Nightingale fueron conceptuadas como histéricas, enfermedad que, al decir de José Luis Caramés Lage, «parecía rondar» también a Cristina Rossetti, a la que «todo la sofoca y le produce estados de pánico». «Esto —dice él— habría que entenderlo dentro de su momento histórico y en clara relación entre la represión social y la enfermedad nerviosa, sobre todo en las mujeres.» Camarés señala que en el poema *Aurora Leigh*, de Barret, escrito en 1857, «se refleja la vida de la mujer en Inglaterra durante el siglo xix dentro de una jaula», y lo mismo ocurre en el poema *A Royal Princess* de Cristina Rossetti, autora en cuya poesía se encuentran muchas «imágenes de habitaciones cerradas, jardines tapiados y la idea del yo dentro de un ego en una búsqueda redundante de la perfección». La sensación de «falta de aire para respirar» surge también «en la obra de Emily Brontë», «en el simbolismo de *Jane Eyre*» o «en *The Mill on the Floss* de George Eliot [Mary Anne Evans]».⁶²

60. Véanse al respecto, Sandra M. Gilbert y Susan Gubar, *op. cit.*, p. 18; y Andrés Zamora, «El secreto incesto de la novela realista» [en línea] <www.biblioteca.org.ar/libros/154379.pdf> [Recuperado: 7/I/2013].

61. Ambas citas en Lindall Gordon, *Charlotte Brontë. Una vida apasionada*, trad. de Juan Gabriel López Guix, Tusquets, Barcelona, 1994.

62. José Luis Caramés Lage, «Christina Rossetti (1830-1894) y su poesía de la emo-

Charlotte Perkins Gilman, que vivió entre los siglos XIX y el XX, declara en su poema *Comodidad del hogar*: «Ligada al deber, una vida encerrada / a dondequiera que mire el espíritu; / sin posibilidad de escapar, salvo en el pecado; / ni siquiera espacio para evadirse: / solo vivir y trabajar [...] Doliendo dentro, cada hora, / un sentimiento de poder derrochado».

La ignorante estulticia

Uno de los casos más ilustrativos en relación con la histeria es el de Alice James, nacida en Nueva York en 1848, miembro de una familia muy adinerada, que viajaba con frecuencia por Europa, hermana del famosísimo novelista Henry y del no menos famoso psicólogo y filósofo William. En su juventud, Alice sufrió tres agudos colapsos nerviosos y físicos: a los veinte, a los veinticinco y a los treinta años. El tercero la convierte en paciente de por vida. A los treinta y seis años, se radica en Londres, cerca de su hermano James, donde reúne una especie de salón literario y recibe a sus invitados recostada en un sofá.

El tercer colapso de Alice es descrito en la correspondencia de sus padres, quienes se refieren a «violentos brotes de histeria» que más de la mitad del tiempo la ponían «al borde de la demencia y el suicidio» y se acompañaban de «impulsos agresivos». La misma Alice comentó que controlar dichos impulsos le imponía la carga de sentirse como «doctor, enfermera y camisa de fuerza» todo en uno. Estando enferma quedaba impotente para dar salida a esta violencia. Al mismo tiempo, era capaz de imponer servidumbres a quienes la rodeaban. Enferma de por vida y sin saber bien de qué, Alice se desmayaba si una conversación la excitaba en exceso; experimentaba terrores a la hora de dormir; sufría dolores de cabeza que le duraban hasta cinco días; al leer algo sugestivo, perdurable o ligado a la experiencia, se le agitaba el estómago y le saltaba la cabeza; sufría fatiga y problemas indeterminados en las manos y las plantas de los pies, y finalmente quedó confinada al diván. Uno de los médicos que la examinan en

Londres, cuenta ella, le afirma que se trata todo de «sensaciones subjetivas». Alice cuenta: «No tiene ocurrencia más elevada que asegurarme que soy yo personalmente responsable de ellas, desatendiéndose de mí con gentil autosatisfacción en mis propias narices». Y agrega: «El doctor Torry ha sido el único hombre que me ha tratado como a un ser racional, que no supuso, por ser yo víctima de muchos dolores, que por necesidad era también un caso de desarrollo mental interrumpido».

Finalmente, un médico, Andrew Clark, le anuncia complicaciones cardíacas y le diagnostica un cáncer de mama que no tiene solución, y dice ella: «todo esto con un delicado bordado de “un caso sumamente penoso de hiperestesia nerviosa” añadido a una neurosis espinal que me ha dejado sin piernas durante siete años, junto a los ataques de gota reumática en el estómago durante los últimos veinte, tienen que satisfacer la más hinchada vanidad patológica». Otros diagnósticos anteriores hablaban de neurastenia, histeria, gota suprimida, gota latente, diátesis gotosa, complicación cardíaca y crisis espiritual. Alguno habló de «una organización nerviosa anormalmente sensitiva» y de «neurosis» en las piernas, debida a la ansiedad y la «tensión» y la consoló diciéndole que todos sus síntomas se mejorarían después de la menopausia.

Durante su vida Alice fue sometida a ejercicios terapéuticos, curas de reposo, masajes eléctricos, terapias de hielo y baños especiales «abrasadores». En su diario se refiere a la «ignorante estulticia de la profesión médica en su tratamiento de los trastornos nerviosos» y a «estos doctores que te dicen que te vas a morir o a curarte». A lo cual añade tristemente que se encuentra ante estas dos alternativas desde los diecinueve años, «y no estoy ni muerta ni curada».

Según dice Leon Edel, al parecer consideraban que el corazón de Alice era fuerte y la mayoría de los tratamientos recetados eran para «los nervios» por lo que «cabe especular que al menos parte de su estado era el común que las restricciones victorianas imponían a la mujer». De hecho, en los escritos de Alice aparecen varias observaciones referidas a su frustración y a la pequeñez de su mundo. En la primera entrada al diario, el 31 de mayo de 1889, escribe: «Creo que si adquiero la costumbre de escribir un poco sobre lo que ocurre, o más bien lo que no ocurre, acaso pierda algo del sentimiento de soledad y desolación que mora conmigo». En otro momento escribe: «Mi alma nunca

se ensanchará hasta admitir que es sencillamente un destino cruel y antinatural para una mujer el vivir sola, no tener a nadie a quien cuidar y para quien “hacer” cotidianamente y que no es solo un dolor, sino también un proceso esterilizador. Ésta es una afirmación científica, no un lamento, porque estoy repleta de la fertilización de estos últimos tres meses». Hay un momento, por ejemplo, en que la enfermera le pregunta si le gustaría ser «un artista», y ella comenta: «¡Qué gozo y qué desesperación en ello! El gozo de ver con ojos instruidos y la desesperación de hacerlo». Refiriéndose a su temor de asistir a una exposición de arte, a la que finalmente va con su hermano Henry. Alice comenta: «Imagínese mi dicha al descubrir que yo también era “sensible”, y que no solo me quedaba “muda ante un Botticelli” sino que Botticelli me decía una infinidad de cosas».

Como dice Leon Edel, «en los recuerdos evocados en su diario encontramos el sentimiento de frustración de una muchacha de piernas fuertes que nunca tuvo oportunidad de permitirse actividad alguna. En nuestro tiempo habría jugado al tenis, o habría hecho esquí acuático y vida al aire libre. En la Nueva Inglaterra de su época llevaba trajes largos y asistía a decorosas reuniones para tomar el té; y tenía sus posturas periódicas». De hecho, según Alice escribió, su diario era una «válvula de escape del géiser de emociones, sensaciones, especulaciones y reflexiones» que fermentaban «perpetuamente» en ella.

Las limitaciones impuestas a las mujeres de su época afectaban no solo a las posibilidades de acción y movimiento sino al lenguaje. Hay un pasaje del diario muy expresivo al respecto: se trata de un día en que se le estaba cayendo el chal «por el lado izquierdo, los almohadones por el derecho y el edredón por las rodillas». «En suma — dice ella — una de esas crisis de infortunio que son el pan nuestro de cada día para un inválido.» Katharine Peabody, su mejor amiga, exclamó: «Es una verdadera pena que no puedas decir puñetas». Alice, que declara haber coincidido con ella «de todo corazón», comenta: «¡Es una inmensa pérdida que te hayan refinado todas las interjecciones robustas y consoladoras! En momentos tales de malestar los refinamientos son una vara endeble en la que apoyarse. Me pregunto si, de haber recibido alguna educación, habría sido más o menos tonta de lo que soy». Estas reflexiones deben haber sido muy amargas para una mujer que decía considerarse a sí misma «una de las creaciones más poderosas» de su tiempo.

Alice compartía los criterios de la época sobre las mujeres: habla de la «tendencia femenina a la intensidad» y califica a una conocida comentando: «Ésta no era vástago de una raza afeminada, pero como si lo fuera en lo que hace a su Inteligencia». No obstante, juzgaba con gran lucidez el problema de la desigualdad social entre los sexos. En cierto momento se refiere a una vida elevada por encima de todo cuidado o tentación material [...] y un anhelo incesante de acción, implacablemente denegada, cerradas todas las válvulas de escape para la afanosa ineficacia de las mujeres». Otra vez escribe: «Me impaciento esperando el momento en que una buena media de calceta se considere un trabajo tan “meritorio” como hacer un dibujo insulso». Refiriéndose a Katharine, dice que tiene «toda la superioridad meramente bruta que diferencia al hombre de la mujer, unida a todas las virtudes propiamente femeninas». Y respecto de una charla de la compositora y escritora Constance Maud, sobre su propia música, comenta: «Quiere dedicarse a ella en serio como profesión, ¡pero como es hija y no hijo sus gustos son desatendidos y tiene que limitarse al trabajo de parroquia! y me temo que eso a duras penas». Igual, cuenta Frank Albrecht, que al dar a luz a un niño la esposa de su hermano William, ella le dijo: «solo parcialmente en broma», que había traído otro «opresor» al mundo.

Pareciera que los prejuicios de los profesionales que atendían a las presuntas histéricas contribuyeron un buen tramo a minar la autoestima de sus pacientes. Charles Fayette Taylor, el médico que trató a Alice después de una de sus crisis, afirmó que, en este tipo de ataques, la energía liberada por la excitación dejaba deprimidas otras funciones corporales. Para él, el caso típico es el de «una mujer postrada en la cama» que cuando niña «había sido expuesta a una excesiva estimulación intelectual y emocional». «El cuerpo está literalmente muerto de hambre, mientras que el sistema nervioso es estimulado al más alto grado». Según Taylor, «la educación calma a los hombres, pero excita a las mujeres». Y añade: «Para la paciencia, la fiabilidad, el juicio verdadero en la realización de las direcciones, para el auto-control, denme las mujercitas que no han sido muy educadas y aquellas cuya sola ambición es ser buenas esposas y madres...». Con toda razón habla Alice de la «ignorante estulticia de la profesión médica». Supongo —dice— que «hay un mayor sentido de la degradación intelectual después de una entrevista con un médico que de cualquier experiencia humana».

A su hermano William le dijo que después de una consulta médica, necesitó días de «lucha sin tregua para recuperar el auto-respeto».

A la muerte de Alice, a los cuarenta y dos años, Katharine sacó algunas copias del diario para los deudos. Al recibir la suya, Henry James, el hermano novelista, comentando que ella sentía «la cuestión de la autonomía de manera absoluta» como solo podía hacerlo una irlandesa», exclamó: «¡Qué lástima que no hubiera nacido allí; y tuviera salud para ello. Habría sido... una gloria nacional!». Años después le escribió a una sobrina: «En nuestro grupo familiar las chicas parecen no haber tenido apenas una sola oportunidad». Y concluía conjeturando que «la trágica salud [de Alice] era, en cierto modo, la única solución que ella veía al problema práctico de la vida». En realidad, como dice Leon Edel, «la vida tenía muchas deudas con ella»,⁶³ como la tenía con las mujeres histéricas la sociedad victoriana que les exigía comportamientos contrarios a sí mismas.

Barbara Ehrenreich y Deirdre English creen que el ocio, el aislamiento, el tedio, la falta de motivación vital y la represión de sus facultades enfermaban realmente a las mujeres de clase acomodada. Luis Iglesias no encuentra extraño que presentaran trastornos emocionales ante la impotencia de verse manipuladas y sin defensa alguna, la dependencia en que vivían desde épocas antiguas, el maltrato físico y mental al que se las sometía, los matrimonios arreglados, la marginación de la herencia. De igual modo, para Pilar Iglesias las muchachas histéricas somatizaban su oposición a cumplir pasiva y dócilmente el rol socialmente impuesto. Carroll Smith-Rosenberg cree que, para muchas, el ataque de histeria debía de ser la única manera aceptable de desahogar su rabia, su indignación o simplemente su *energía*. Lo malo es que al hacerlo confirmaban la idea de que las mujeres eran irracionales, inestables y enfermas, lo cual ofrecía una muy buena explicación al hecho de que se las destinara a una vida de reclusión e inactividad.⁶⁴

63. Sobre Alice James, ver *El diario de Alice James*, ed. Joseph Leon Edel, trad. y notas de Eva Rodríguez Halffter, Pre-textos, Fundación Once, 2003 [en línea] <http://www.fundaciononce.es/SiteCollectionDocuments/Publicaciones/diario_44e.pdf> [Recuperado: 17/1/2013]; en la misma edición, el «Retrato de Alice James», de Leon Edel: Frank Albrecht, «Visiting the Emerson Girls» [en línea] <<http://home.blucrab.org/~health/alice2.html>> [Recuperado: 17/1/2013].

64. B. Ehrenreich y D. English, *op. cit.*, pp. 58, 60, 61; P. Iglesias Aparicio, *op. cit.*, cap. IV; J. L. Iglesias Benavides, *op. cit.*

Debe haber sido muy difícil para las mujeres educadas soportar la presión de una sociedad en la que prevalecía el ideal de las «mujercitas» preconizado por el doctor Taylor. Saberse aquejadas de una anomalía por no conformar la feminidad correcta: paciente, fiable, juiciosa, maternal y autocontrolada. Para colmo, como dicen Ehrenreich y English, si alguna lograba superar el convencimiento de ser congénitamente enferma y empezaba a infringir las normas de conducta, siempre podía encontrarse un médico dispuesto a recetar el retorno al buen camino.

El psicoanálisis, «hijo de la mujer histérica» según dijo Carroll Smith-Rosenberg, sacó la histeria del campo de la ginecología y la pasó al psicológico.⁶⁵ Freud veía rasgos de parentesco entre la histérica del siglo XIX y la posesa condenada por los inquisidores medievales; y entre los inquisidores y los psiquiatras que, como aquellos, volvían a «pinchar con agujas» en busca de las marcas del diablo.⁶⁶ Por lo tanto, proscribió los procedimientos traumáticos, catalogó la histeria como enfermedad mental y estableció un contacto con la paciente basado en la conversación, invitándola a confesar su resentimiento y rebeldía. Pero la invitó también a aceptar el mismo y viejo papel que se le había predeterminado, y siguió considerando que las mujeres sufrían de una «imperfección congénita» de la personalidad, ya no por causa de la presencia del útero o los ovarios, sino por la ausencia del pene.⁶⁷ En fin, lo de siempre: la anatomía como destino. De este modo ellas, varones mutilados de la ciencia aristotélica, varones fallidos de la teología cristiana, pasaron a ser los varones castrados del psicoanálisis, con lo cual tras más de dos mil años el círculo se cerró como se cierra una horca en el cuello del ajusticiado.

Siguiendo el hilo de esta historia, llegamos a entender que los furores de las mujeres no los causaba el útero sino las coacciones y las exclusiones; no se les desplazaba ninguna víscera: se les engrilletaba el intelecto, se les reducía el espacio, se les comprimía la vida, se les encogía el alma. Durante mucho tiempo no hallaron otro modo que la

65. B. Ehrenreich y D. English, *op. cit.*, pp. 61-62.

66. Carta del 17 de enero de 1897. Sigmund Freud, *Cartas a Wilhelm Fliess (1887-1904)*, Amorrortu, Buenos Aires, 1994, cit. por Carlos D. Pérez, «El mal que por bien no venga» [29 de abril de 2000] [en línea] <<http://www.topia.com.ar/articulos/el-mal-que-por-bien-no-vinga>> [Recuperado: 4/1/2011].

67. B. Ehrenreich y D. English, *loc. cit.*

desesperación contra la vaciedad de su destino y se las llamó histéricas. Pero la desesperación se castigaba medicalizándolas porque la histeria es la voz de la protesta y con un pie sobre la nunca no se puede protestar.

10.

El silbido de la serpiente

Pues primero fue formado Adán, después Eva, y no fue Adán el que se dejó engañar, sino la mujer que, seducida, incurrió en la transgresión.

I Timoteo 2, 13

La experiencia demuestra que si una ramera trata de plantar un olivo éste no da frutos, en tanto que es fructífero si lo planta una mujer casta.

Kramer y Sprenger, *Malleus Malificarum*

¡Qué otra cosa es una mujer, sino un enemigo de la amistad, un castigo inevitable, un mal necesario, una tentación natural, una calamidad deseable, un peligro doméstico, un deleitable detrimento, un mal de la naturaleza pintado con alegres colores!

San Juan Crisóstomo

Cuando se considera la enorme abundancia de material tan transparente, ¿no es verdaderamente extraordinario —nos preguntamos— que se preste tan escasa atención al miedo secreto que los hombres tienen a las mujeres?

Karen Horney, *Psicología femenina*

Mujer, demonio, muerte y carne

Las mujeres perversas nos acompañan desde las más antiguas mitologías conocidas. Simbolizadas en medusas, esfinges, erinias, sirenas, quimeras, evas, lilitis, pandoras... aterrorizan y amenazan a los hombres en su poder o en su virilidad desde que ellos asentaron su dominio en la tierra. Entraron a la literatura de manos del miedo, y extendieron sus cantos, garras, palabras, vuelos, hechizos, monstruosidad o belleza amenazantes como una negra mancha sobre el mundo. Por ellas entró el desorden y la destrucción, la derrota y la codicia, la enfermedad y la muerte. Los griegos en sus tragedias las imaginaron estúpidas y lujuriosas, desmadradas e irracionales. En Roma, Cicerón

las ve avaras; «como niños», Terencio; engañosas, Catón y Séneca; tontas, todos.

Los hebreos del Antiguo Testamento las culparon de la existencia de la muerte y consideraron cualquier maldad pequeña comparada a la suya (Eclesiástico 25, 13); los cristianos hicieron de ellas la imagen misma del mal. Si aquellos a quienes canonizan de verdad fueran santos y si los santos de verdad fueran al cielo y si el cielo de verdad existiera, no sería para nada un buen lugar para las mujeres. ¿Qué clase de convivientes (o conmurientes según se vea) serían para ellas individuos que piensan que «toda mujer debería avergonzarse al pensar que es mujer», o que todas son «la puerta del diablo», «la puerta del infierno», «la piedra de la tumba», una «soberana peste», «una horrible terna», una «bestia feroz», «el diablo en persona», «la cabeza del crimen», «el centinela avanzado del infierno», «el dardo del escorpión», una «peligrosa bestia salvaje», «una mala borrica», un «saco de estiércol», un «instrumento defectuoso, una frágil vasija, una olla quebrada?» ¿Cuál querría estar junto a uno que la considera carente «del sentido del bien» y asociada «al demonio, la muerte y la carne»? ¿Cuál querría entrar en los coros celestiales junto a quienes preferirían «oír el silbido del basilisco» al «canto de una mujer»? Si no queremos nada de eso, hay que estar lo más lejos posible de san Clemente de Alejandría, san Cipriano, san Jerónimo, san Ambrosio, san Juan Crisóstomo, san Fructuoso, HesiQUIO de Jerusalén, san Gregorio Magno, san Odo de Cluny, san Juan Damasceno, a quienes les debemos tales expresiones, todos los cuales llegaron al cielo entre los siglos III y VIII. Y puesto que ellos harían de nuestro cielo un infierno, no hay para dónde coger.

Las cosas siguieron igual o en aumento, y en el siglo XII san Bernardo ve el rostro de las mujeres como «un viento quemante», y su voz como «el silbido de las serpientes»; y ya en un *Thesaurus* bizantino del siglo XIII, la mujer aparece como «amiga y órgano del demonio», «fuente de todo mal», «bestia salvaje y desvergonzada», «serpiente venenosa», «almacén de suciedad» y «trampa sexual que es insaciable». ¹ Más adelante vinieron otros hombres de Iglesia, que en

1. Pilar Iglesias Aparicio, *Mujer y salud: la escuela de medicina de mujeres de Londres y Edimburgo*, cap. II, «Construcción de sexo y género desde la Antigüedad al siglo XIX» [en línea] <<http://www.biblioteca.uma.es/bbl/doc/tesisuma/16272791.pdf>> [Recuperado: 10/IV/2010].

su fantasía construyeron mujeres codiciosas, envidiosas, inconstantes, falsas, desobedientes, soberbias, vanidosas, murmuradoras y caprichosas. Todos en unánime acuerdo coincidían en que a ellas les faltaba la cualidad de la razón y tenían vicios para rifar: de intemperadas, parleras, porfiosas, lujuriosas, variables e inconstantes las calificó fray Martín de Córdoba. También envidiosas y lujuriosas las halló Luis de Vives, además de irascibles, soberbias, temerosas y «solo capaces de pensar maldades». Fray Luis de León las vio flacas, viciosas, vituperables, de corazón «caedizo y apocado», y las comparó con «un pozo sin suelo», que «nada les basta», «una carcoma, que de continuo roe», «una llama encubierta», que consume hacienda y casa, en tanto el hombre es «la cordura, y el valor, y el seso, y el maestro, y todo el buen ejemplo de su casa y familia».²

Verdaderamente, como dijo Thomas Fuller, «una zorra no debe pertenecer al jurado que condena a un ganso».

Penes que comen avena y trigo

La verdadera cumbre de esta imagen llegó con la Inquisición, perseguidora de brujas y herejes desde finales del siglo XII hasta principios del XIX, con resultados que se pudieron medir y contar a pesar de que del cómputo se excluye a las muertas durante la tortura. Se estima que en torno al 90 por 100 de las personas a quienes se inculpó de brujería en Gran Bretaña, Francia, Suiza o Alemania eran mujeres.³ Hoguera, degollamiento, estrangulamiento, descuartización, horca o prueba de agua⁴ acabaron, según las cifras más moderadas, con unas 60.000 pre-

2. Ver María Teresa Cacho, «Los moldes de Pygmalión», en Iris M. Zavala (coord). *Breve historia feminista de la literatura española (en lengua castellana)*, tomo II, *La mujer en la literatura española*, Anthropos, Barcelona, 1995, pp. 181-182, 187, 293, 298-299.

3. Aurelia Marín, «Mujeres anónimas del pueblo llano: heterodoxas y excluidas», en Isabel Morant (dir.), *Historia de las mujeres en España y América Latina*, vol. II, *El mundo moderno*, 2.^a ed., Cátedra, Madrid, 2006, pp. 360-361.

4. Para esta última prueba se arrojaba al agua a la sospechosa atada de pies y manos; si se ahogaba, era inocente; si no se ahogaba, era culpable y se la condenaba a muerte. Ver: Graciela Cándano Fierro, «Una faceta de la mujer en la literatura ejemplar» [en línea] <<http://www.vallenajerilla.com/berceo/candanofierro/mujerliteraturaejemplar.htm>> [Recuperado: 21/II/2011].

suntas brujas en Europa, y fueron muchas más las procesadas, torturadas, desterradas o azotadas.

En 1448, el papa Inocencio VIII emitió la bula *Summis desiderantes affectibus quamplures utriusque sexus personae* (De muchísimas personas de ambos sexos que tienen trato carnal con espíritus nocturnos galantes). Esta bula dio origen en 1486 al famosísimo, siniestro y delirante *Malleus Maleficarum* (*El martillo de las brujas*), escrito por los monjes dominicos Heinrich Kramer y Jacobus Sprenger.⁵ A partir de entonces y durante los tres siglos siguientes, este fue el manual indispensable y la autoridad indisputada para reconocer y castigar a las presuntas amigas de Satán.

Según sus autores, es incuestionable que las mujeres superan a los hombres en el arte de la brujería, puesto que su maldad está comprobada por la experiencia y el testimonio: son crédulas, impresionables, «débiles de mente y cuerpo», de «lengua fácil» y fáciles de ser influidas por el diablo, además de que «toda la brujería proviene del apetito carnal» que en ellas «es insaciable». Por eso, «para satisfacer sus deseos, se unen inclusive a los demonios». «La palabra mujer —afirman los citados dominicos— se usa para significar el apetito de la carne». Las pruebas irrefutables de la perversión femenina son citas de la Biblia, de san Juan Crisóstomo, Séneca, Cicerón, Terencio, Lactancio y Catón, con el último de los cuales afirman que «cuando una mujer piensa a solas, piensa el mal».

Según Sprenger y Kramer, «sin la malignidad de las mujeres, para no hablar de la brujería, el mundo seguiría existiendo a prueba de innumerables peligros». Como argumento de autoridad, apelan a las palabras de Catón de Útica, para el cual, si el mundo pudiera librarse de ellas «no careceríamos de Dios en nuestras relaciones»; y a Valerio Rufino quien advierte a los hombres que la mujer es Quimera, un monstruo con el rostro de «un radiante y noble león», «el asqueroso vientre de una cabra» y «la cola virulenta de una víbora». «Quiere decir —aclaran ellos— que una mujer es hermosa de apariencia, con-

5. Heinrich Kramer, Jacobus Sprenger, *Malleus Maleficarum* (*El martillo de los brujos*), trad. de Floreal Maza [en línea] <<http://www.scribd.com/doc/123691/El-martillo-de-las-brujas-Malleus-Maleficarum1>> [Recuperado: 1/1/2011]. Todas las citas de esta obra que aquí se hacen proceden de esta edición. Aunque en ella se traduce el nombre en masculino, la intencionalidad de la obra ha hecho que el título se conozca por lo general en castellano como *El martillo de las brujas*.

tamina al tacto y es mortífero vivir con ella». Es la misma idea de Odo de Cluny, para quien tocar a una mujer era algo más asqueroso que tocar escupitajos o excrementos.

Sprenger y Kramer hasta se inventan una curiosa etimología de «fémina», vocablo que provendría de «Fe» y «Minus», ya que la mujer «es muy débil para mantener y conservar la fe», lo cual se relaciona con su falta de inteligencia y su exceso de pasiones. En última instancia, todos sus vicios parecen provenir de «un defecto en la formación de la primera mujer, ya que fue formada de una costilla curva», razón por la cual «siempre engaña». La mujer, según Sprenger y Kramer, «destruye el alma» y «es más peligrosa que una trampa». Por lo tanto, ellos agradecen a Dios haber protegido «al sexo masculino de tan gran delito»; «Él —afirman— se mostró dispuesto a nacer y sufrir por nosotros, y por lo tanto concedió ese privilegio a los hombres», lo que nos recuerda la célebre oración judía: «Alabado sea Dios que no me ha creado gentil. Alabado sea Dios que no me ha creado mujer».

Sprenger y Kramer repiten varias veces en su libro que ningún acto diabólico se realiza sin el permiso de Dios. Pero ese Dios tan bueno con los de su sexo, les jugó una mala pasada porque permitió que fueran las principales víctimas de las brujas. Ellas gozan de una gran capacidad para el mal: se comen a los niños o los ofrecen al diablo; pueden dañar los frutos de la tierra, impedir la concepción y provocar abortos o enfermedades, incluida la lepra y la epilepsia; pero a los hombres los baldan en el lugar mismo en el que cifran su orgullo y su valor, ya sea convirtiéndolos en animales, llevando sus mentes «a una pasión desenfrenada», «obstruyendo su fuerza de gestación» o «eliminando los miembros destinados a ese acto». Y es que «Dios permite más poder de brujería sobre las funciones genitales, debido a la primera corrupción de pecado que nos vino del acto de engendrar», y «otorga mayor poder sobre el órgano genital completo, inclusive hasta su eliminación total». Y no con pócimas y brebajes. No, no ¡Con solo ver o tocar!

Y aunque las brujas tienen mil maneras de hacer daño, y desde su caída intentaron provocar cismas en la iglesia, impedir la caridad, infectar con la bilis de la envidia la dulzura de los actos de los santos, y perturbar de todas las maneras posibles a la raza humana, su poder —afirman contradictoriamente Sprenger y Kramer— «se mantiene limitado» a las partes privadas de los hombres y al ombligo de las mu-

jeros, partes que corresponden a la «fuente de desenfreno» de uno y otro sexo. En ellos, porque de ahí emana el semen. Los autores del *Martillo* no explican lo del ombligo, pero, a juicio de Stijn Bussels, en la literatura y la pintura de la época se representaba el vientre de la mujer como «un centro de seducción», y en un manual anónimo de 1538, titulado *Sobre la naturaleza femenina*, se afirma que «la labor de Venus comienza desde la zona lumbar en el hombre, pero la *lujuria* de la mujer viene del ombligo y del vientre». Esta fue, dice Bussels, la explicación biológica durante la temprana modernidad, de por qué las mujeres eran fáciles de seducir y seducían tan fácilmente *desde ese lugar*.⁶

Para Kramer y Sprenger «no cabe duda de que ciertas brujas pueden hacer cosas maravillosas respecto de los órganos masculinos, pues ello coincide con lo que muchos vieron y oyeron, y con la afirmación general de lo que se conoce acerca del miembro, por medio de los órganos de la vista y el tacto». A veces, «por obra del demonio y la ilusión», reúnen penes «en grandes cantidades» en ocasiones «veinte o treinta» y «los ponen en un nido de aves, o los encierran en una caja, donde se mueven como miembros vivos, y comen avena y trigo». Como ilustración, narran la historia de un hombre que perdió su miembro y acudió a «una conocida bruja para pedirle que se lo devolviera». Ella «le dijo que se prepara a cierto árbol y tomara el que quisiera de un nido en el cual había varios». Él, codicioso, intentó «tomar uno grande», pero la bruja no se lo permitió advirtiéndole que «pertenecía a un sacerdote de la parroquia». No reírse. Lo dicen con absoluta seriedad.

Y también dicen con absoluta seriedad que las más perversas de todas, las que mayores daños producen, son las brujas comadronas, porque ofrecen los recién nacidos al diablo o los matan y con sus cuerpos hacen sopa en un caldero. Luego se beben el caldo y con las partes más sólidas preparan ungüentos que les ayudan en sus «artes, placeres y viajes». Algunas guardan en jarros secretos sus cabezas y las hay que cocinan y se comen a sus propios hijos.

6. Stijn Bussels, «Todo sobre Eva: génesis y género en una presentación de fuegos de artificio durante la entrada triunfal de Carlos V y su hijo Felipe en Amberes», *Revista Chilena de Literatura*, abril de 2006, n.º 68, 241-260 [en línea] <www.revistas.uchile.cl/index.php/RCL/article/viewPDFInterstitial/.../1379> [Recuperado: 15/II/2011].

Narrados y profusamente ilustrados con ejemplos como los anteriores todos los males que provocan las brujas, no deja de sorprender que Kramer y Sprenger, cuando establecen los tres grados que hay en ellas, resulta que «algunas curan y dañan; otras dañan, pero no curan; y algunas solo parecen capaces de curar, es decir, de eliminar daños». Uno de los más conocidos cazadores de brujas de Inglaterra, explicaba la necesidad de recordar en todo momento que «por brujas o brujos no entendemos solo aquellos que matan y atormentan», sino también a los «adivinos, hechiceros, charlatanes» y «todos los encantadores comúnmente conocidos como “hombres sabios” o “mujeres sabias”», entre las que se incluye a «las brujas buenas, que no hacen el mal sino el bien, que no traen ruina y destrucción, sino salvación y auxilio». ⁷ Según los autores de *El martillo*, «sería mil veces mejor para el país que desaparecieran todas las brujas, y en particular las brujas benefactoras». Ehrenreich y English señalan que para el siglo XIII la medicina había empezado a afianzarse en Europa como ciencia laica y como profesión, y los médicos profesionales ya habían iniciado una activa campaña contra las mujeres sanadoras —excluyéndolas de las universidades, por ejemplo— mucho antes de la caza de brujas. ⁸

La perversidad femenina no es solo un terror medieval y un odio de frustrados religiosos célibes. Esta siguió acosando a muchos durante largo tiempo. En 1903, Otto Weininger, a quien se le califica de «filósofo moderno», afirmó que la mujer «es que *ni siquiera puede ser mala*, pues únicamente es amoral, vulgar, ontológicamente mentirosa»; envidiosa, con un desarrollado impulso al robo. Ella «no peca, pues es el pecado mismo». ⁹

Por echar un repaso ya no a los libros doctrinarios sino a las obras de poesía y ya ahí, por solo detenernos en el modernismo, nos encontramos redivivos los temibles fantasmas de la feminidad a partir del mismo fundador del movimiento, Rubén Darío, que en sus versos afirma saber «de la hembra humana la original infamia». En *El colquio de los centauros*, Venus viene a ser la antigua bruja de los inqui-

7. Barbara Ehrenreich y Deirdre English, *Brujas, comadronas y enfermeras*, trad. de Mireia Bofill y Paola Lingua, 3.ª ed., Horas y Horas, Barcelona, 1988, p. 15.

8. *Ibid.*, pp. 17-18.

9. *Sexo y carácter*, trad. de Felipe Jiménez de Asúa, Ediciones Península, Barcelona, 1985, pp. 193, 200, 201, 263, 294. Todas las cursivas son del original.

sidores, portadora de traición, daño, engaño, bestialidad, «ponzoña ingénita», «húmeda impureza», y olor a muerte. Para el colombiano Guillermo Valencia en su soneto «La palabra de Dios», la mujer es «licor de mandrágoras», «muerte de la conciencia», pérdida del camino y de la inspiración, «viejo enemigo del hombre». Bajo las «formas bellas» del «cuerpo gentil» de Berta en el soneto del cubano Julián del Casal, «Dios puso el mal»; con Lydia, en la poesía de Gutiérrez Nájera «marcha la astucia, como tetra sombra», y Salomé tiene un «aire maligno de mujer y serpiente». En fin, brujas, medusas, esfinges, erinias, sirenas, quimeras, evas, pandoras y lilits siguen allí en el pozo oscuro del inconsciente masculino como amenaza eterna, acoso sin fin que los hombres crean y recrean con terror y fascinación invencibles.

La comezón con pausas y el cosquilleo continuo

Mucho antes de que santos e inquisidores relacionaran la maldad de todas las mujeres con el sexo y consideraran insaciable en ellas la lubricidad, que las volvía presas fáciles del diablo, el Antiguo Testamento aparece preocupado por las ramera, pintadas como promesas de goce y amenazas infernales: según los Proverbios (5, 3-5), sus labios «destilan miel y su paladar es más suave que el aceite; pero al final es más amarga que el ajeno y más cortante que puñal de doble filo; sus pies bajan a la Muerte y sus pasos se dirigen al abismo». Y según el Eclesiastés (7, 25-26), «es más trágica que la muerte la mujer cuyos pensamientos son redes y lazos y sus brazos cadenas. El que agrada a Dios se librará de ella, el pecador quedará sujeto en ella».

Tan perversas conceptuaron los antiguos hebreos a las meretrices que frecuentemente se las usó como metáfora de cualquier vicio o relajamiento. Así la ciudad fenicia de Tiro es llamada «prostituta» y fornicadora de Jerusalén que «se ha vuelto ramera» (Is. 1, 21); y las alianzas con países vecinos son fornicación y prostitución: «Continuamente te prostituías»; «fornicaste con los egipcios», «fornicaste con los asirios»; «fornicaste en Caldea, tierra de mercaderes, y ni con eso te saciaste», dice Ezequiel (16, 25-29). Nínive, capital de Asiria, es prostituta, fornicadora y practicante de hechicerías y se la amenaza con levantarle las faldas hasta la cara, tirarle basura y exponerla a la

pública vergüenza (Nah. 3, 4-6); Babilonia, la «madre de las fornicaciones y las abominaciones de la tierra», es, en el Apocalipsis (17, 1-6), «la gran prostituta [...] con la que fornicaron los reyes del mundo», la mujer vestida «de púrpura y escarlata, enjoyada con oro, piedras preciosas y perlas» que lleva en su mano «una copa de oro llena de las abominaciones e impurezas de su fornicación».

Si en los tiempos bíblicos las prostitutas eran metáfora de ciudades perversas, en los tiempos cristianos se empezó a sospechar que el sexo femenino entero cojeaba del mismo pie. Al menos, según Tomás de Aquino, todas tenían una indeclinable propensión a «ser seducidas más fácilmente por el placer sexual» debido a su mayor «cantidad de agua» en el cuerpo y su menor «fuerza de espíritu».¹⁰

Ya en el racional siglo XVIII, Rousseau afirmó que el Ser supremo les dio a las mujeres el pudor para limitar sus «deseos sin tasa».¹¹ En el XIX, Pierre Joseph Proudhon advertía que «entre los animales es la hembra la que busca al macho y le advierte la ocasión»; y lo mismo ocurre con la mujer», con «la única diferencia» de que «su celo es permanente» y «a veces dura toda la vida». Esto se manifiesta en la coquetería, prueba de que ella es consciente «de su lascivia».¹² Y por supuesto, la lascivia femenina es intolerable porque, como dijo el filósofo alemán Fichte a finales del siglo XVIII, «el impulso sexual de la mujer, en su elementalidad, es lo más bajo y repugnante que existe en la naturaleza y esto muestra al mismo tiempo la absoluta ausencia de toda moralidad».¹³

Según Otto Weininger, «tanto más se piensa, tanto más parece que la prostitución *sea una posibilidad de todas las mujeres, lo mismo que la simple maternidad física*».¹⁴ Así pues, la irremediable tendencia

10. S. Th. III q. 42 a. 4 ad 5 (II-II q. 49 a. 4). Cit. por Uta Ranke-Heinemann, *Eunucos por el reino de los cielos. Iglesia católica y sexualidad*, 2.ª ed., Madrid, Editorial Trotta, 2005, cap. XVI, «La mujer según Tomás de Aquino», pp. 169-182 [en línea] <<http://www.vallenajerilla.com/berceo/utaranke/mujer.htm>> [Recuperado: 22/V/2011].

11. *Emilio o de la educación*, 2.ª ed., Argentina, Porrúa, 1972, p. 279.

12. *Amor y matrimonio* (1876) [en línea] <<http://es.scribd.com/doc/16389749/Amor-y-Matrimonio-Pierre-Joseph-Proudhon>> [Recuperado: 20/III/2011].

13. Cit. por Juan Cruz Cruz, «Amor esclavo. El destino de la mujer en Fichte», *Thémata*, Revista de Filosofía, n.º 9, 1992, pp. 97-112 [en línea] <www.institucional.us.es/revistas/revistas/themata/pdf/09/08%20cruz.pdf> [Recuperado: 5/II/2010].

14. Weininger, *op. cit.*, p. 233.

femenina a la putería no tiene vuelta de hoja y Weininger, un laico, la explica y la repite con la morbosa complacencia de un varón conventual: mientras que en el hombre «el impulso al coito» es tan solo «una comezón con pausas», en la mujer es «un cosquilleo continuo»; ella es «sexualmente más excitable»; «*su irritabilidad (no sensibilidad) fisiológica es, por lo que a la esfera sexual se refiere, mucho más intensa*». Ese «estado de excitación sexual significa [...] la suma exaltación de su total existencia, *que es siempre y enteramente sexual*.» «La mujer no es otra cosa que sexualidad». «Groseramente expresado —dice Weininger—, el hombre tiene un pene, pero la vagina tiene una mujer.»¹⁵

Y así, en su afán denigratorio, este llamado «filósofo moderno» continúa desarrollando y repitiendo de diversos modos la misma injuria: «La mujer se aferra vivamente, sin jamás rechazarla, a la idea del coito, cualquiera que sea la forma en que se le presente (incluso cuando es practicado por animales)»; «la representación del acto la embarga completamente»; «la necesidad de realizar la cópula es la necesidad más violenta» en ella, «pero no es sino un caso especial de su interés más profundo, de su único interés vital: el deseo de que tengan lugar muchos coitos, dondequiera que sea, por parte de cualquier persona, en cualquier momento». Esto, a su modo de ver, «describe en gran parte la vida psíquica de la mujer que a muchos parece muy enigmática».¹⁶

No debemos olvidar que por lo menos desde la segunda mitad del siglo XIX, casi todos los autores que se ubican en la posición más misogínica escriben bajo la amenaza que les representa la lucha feminista y como un modo de descalificarla. Weininger apela a esta descalificación basándose en dos alegatos fundamentales: uno, que *solo el hombre que en ellas se alberga es el que pretende emanciparse*;¹⁷ y otro, que «gran parte del “movimiento feminista” es tan solo un paso desde la maternidad hacia la prostitución».¹⁸ «En su conjunto —dice él— se trata más bien de la emancipación de las prostitutas que de la emancipación de las mujeres, y su resultado definitivo será segura-

15. *Ibid.*, pp. 96, 97, 99.

16. *Ibid.*, p. 258. Todas las cursivas de las citas de Weininger hechas aquí son del original.

17. *Ibid.*, p. 77. Todas las cursivas son del original.

18. *Ibid.*, p. 296.

mente una acentuación de la parte de la prostituta que se halla en toda mujer.»¹⁹ Esto tiene que haber representado una imagen terrorífica para un hombre que, como él, veía en la erección el «aspecto más repugnante» de «esa parte, que realmente deslucel el cuerpo del hombre y afea su desnudo».²⁰

El hecho de que su obra haya tenido una acogida enorme con varias ediciones y traducciones indica la buena aceptación que este tipo de conceptos tenía en los primeros años del siglo xx.

Mientras tengas hijas en la cuna...

Cesare Lombroso y Guglielmo Ferrero, los fundadores de la escuela criminal positivista italiana, publicaron *La mujer delincuente; la prostituta y la mujer normal*, en 1893, o sea, una década antes de *Sexo y carácter*, de Weininger, con el que tenían bastantes coincidencias. Sin embargo, para ellos el problema con las mujeres no era el permanente cosquilleo sexual, sino más bien la falta de cosquilleo: todas sufrían de frialdad erótica, además de que les faltaba refinamiento moral y capacidad para sentir pena y para condolerse de los demás. Estas incapacidades se neutralizaban precisamente mediante algunos «frenos» como la falta de erotismo, la piedad, la maternidad, la necesidad de pasión, la debilidad y el menor desarrollo de la inteligencia. Sin eso, y sobre todo sin sentido maternal, se volvían criminales, es decir, prostitutas, o lo que es lo mismo «la representación genuina de la criminalidad». Esto convierte al meretricio en el crimen femenino por excelencia, que se «corresponde, más o menos, a todas las gamas del delito en el hombre».²¹ Lombroso y Ferrero, siguiendo la teoría de la recapitulación, establecen una semejanza de infantilidad entre «delincuentes natos», «prostitutas» y mujeres todas. A partir de estas ideas, las busconas se convirtieron en el prototipo del llamado «delincuente nato».

19. *Ibid.*, p. 328.

20. *Ibid.*, p. 252.

21. Encarna Bodelón González, Julio Zino Torrazza, «Historia del pensamiento criminológico» [en línea] <<http://www.ub.edu/penal/historia/positivismo.html>> [Recuperado: 29/V/2008]. Las referencias a Ferrero y Lombroso se toman de este artículo.

Dos años más tarde, uno de sus seguidores, Paul Adam, en su artículo «Des Enfants», se refería a las perversas características eróticas de la mujer magnificadas en la conducta de la niña, quien —decía él—, poseía una inherente tendencia a la prostitución.²² Muy cerca de esta idea, el refrán español aconseja: «Mientras tengas hijas en la cuna, no llares puta a ninguna».

Bajo la influencia de Darwin, Spencer, Haeckel, Broca y, en fin, de la ciencia de la época, Lombroso sostiene además que las mujeres ocupan un lugar inferior en la escala evolutiva. La obra de Lombroso y Ferrero también fue traducida muy pronto a varios idiomas y tuvo una difusión extraordinaria.

El retorcido nudo lombrosiano se cierra con muchas vueltas. Puesto que la menor frecuencia de criminalidad en las mujeres contrariaba sus afirmaciones, Lombroso estableció que la propensión al crimen habría de ser genéticamente masculina y creyó haber demostrado que los «estigmas» de la prostituta se encuentran «en la falta de caracteres femeniles ya sea corporales» («aspecto viril, vellos desarrollados, cabellos oscuros»), ya sea morales («dismaternidad» y «falta de pudor»)²³ De aquí dedujo que la prostituta era «un verdadero monstruo». Así pues, enredándose en sus propios mecateles, encuentra que las delinquentes parecen hombres, pero eso sí, «son más viciosas» que ellos, y hay una importante delincuencia femenina oculta.²⁴

Al ser monstruosas, las ramera, aunque impúdicas, dejaron de tener tratos con el diablo para convertirse en parias, agregando discriminación a la discriminación. Además, la «prostituta congénita» se convertía en uno de los mayores peligros sociales, ya que no solo

22. Véase Teresa Gómez Trueba, «Imágenes de la mujer en la España del siglo XIX: santa, bruja o infeliz ser abandonada» [en línea] <<http://www.vallenajerilla.com/berceo/gomeztrueba/imagenmujerfinalXIX.htm>> [Recuperado: 14/VIII/2011].

23. Véanse: Criminología: «Escuela Positivista Italiana»: «Lombroso y Garófalo», 9 de marzo de 2008 [en línea] <<http://aquileana.wordpress.com/2008/03/09/derecho-penal-criminologia-escuela-positivista-italiana-lombroso-y-garofalo/>> [Consulta: 12/V/2009]; Cesar Lombroso, «La dismternidad en la mujer delincuente», *Criminología moderna*, año II, n.º 7, p. 201, cit. por Julieta Di Corleto, «Los crímenes de las mujeres en el positivismo: el caso de Carmen Guillot, Buenos Aires, 1914» [en línea] <www.palermo.edu/derecho/revista_juridica/.../11Juridica02.pdf-Argentina> [Recuperado: 5/VIII/2011].

24. E. Bodelón González y J. Zino Torrazza, *op. cit.*

transmitía enfermedades venéreas, sino que perjudicaba la prole y degeneraba la raza al concebir descendencia infectada por la sífilis.²⁵

La triste vida de las mujeres alegres

La asociación de sífilis y lenocinios venía de muy atrás, al menos desde que entre finales del siglo xv hasta mediados del xvi, Europa fue asolada por aquel mal, llamado también la «plaga del placer», la «enfermedad del santo Job» y «*morbus gallicus*», que se atribuyó a las meretrices. A raíz de eso se desató contra ellas —dice Karlheinz Deschner— una caza de brujas «en toda regla», aunque la actitud oscilaba entre la tolerancia y la aversión. La mayor parte de las veces eran «despreciadas y proscritas», «apartadas de la sociedad, al igual que el verdugo o el enterrador». Una práctica habitual era el encierro en conventos de María Magdalena donde se las intentaba reformar, pero si una vez reformadas se iban de allí, las llevaban a prisión y luego se las condenaba a destierro. En caso de que volvieran a ejercer el oficio, «las entregaban al verdugo o las ahogaban». A finales de la Edad Media —dice Deschner—, las prostitutas «eran tratadas como mercancías: vendidas, cambiadas, empeñadas [...] y si morían las enterraban en el muladar». A raíz de la propagación de la sífilis las expulsaron de los burdeles y en muchas ocasiones fueron perseguidas. Se las castigó «con el destierro, la picota, azotes, marcas a fuego, extirpación de nariz, orejas, manos y pies, ahogamiento y toda clase de castigos corporales, incluyendo la pena de muerte. Hasta mediados del siglo xix eran azotadas en público».²⁶

A pesar de tan agudas contradicciones como se observan en la criminología lombrosiana, sus tesis tuvieron un gran impacto en juristas, psiquiatras y sociólogos en las tres primeras décadas del siglo xx.

25. Gemma Nicolás Lazo, «Breve repaso histórico del tratamiento jurídico de la prostitución en el Estado español contemporáneo (siglo xix hasta la Transición política)» [en línea] <http://64.233.169.104/search?q=cache:1ZLs1Oc6YAMJ:www.ub.es/ospdh/publicaciones/articulos/nicolas_gemma_articulo_homenaje_bergalli.doc+Ferre+ro,+la+prostituta&hl=es&ct=clnk&cd=2> [Recuperado: 29/V/2008].

26. *Historia sexual del cristianismo* [en línea] <<http://dc128.4shared.com/doc/I3U9s3rX/preview.html>> [Recuperado: 3/I/2012].

En los textos sobre profilaxis antivenérea con frecuencia se habla de la meretriz como una menor de edad permanente, una mujer tarada por la inferioridad mental y moral, que debe vivir bajo tutela perpetua.²⁷ (De hecho, bajo tutela perpetua vivían por entonces todas las mujeres, e inferiores mentales se solía considerar a todas también.) En 1914, el sociólogo español Edmundo González Blanco describe a la ramera como un ser profundamente egoísta, insensible, cruel, violento y por lo tanto «indigno de lástima».²⁸

Además, prostitución y brujería tenían lazos de parentesco desde hacía siglos. En 1622, fray Gabriel de Maqueda, en su *Invectiva en forma de discurso contra el uso de las casas públicas de las mujeres*, alega, entre las razones para suprimir las mancebías, que «la mayor parte de las prostitutas son heréticas y hechiceras». La literatura española contemporánea de fray Gabriel también participaba de esta idea, como se puede observar en *La Celestina*, *El Buscón* y *El diablo cojuelo*.²⁹

Según dan a entender algunos textos, a la larga no es solo que las putas sean brujas o las brujas sean putas, sino que todas las mujeres son putas y brujas. Así lo sugiere, por ejemplo, Cesar Pavese, al afirmar que «lo que distingue al hombre del niño es el saber dominar a una mujer, lo que distingue a una mujer de una niña es el saber explotar a un hombre».³⁰

En 1915, el biólogo y eugenista norteamericano Charles Benedict Davenport publicó su estudio sobre *Las muchachas rebeldes*, en donde plantea que la prostitución no es consecuencia de factores económicos o sociales, sino de «un erotismo innato», ligado a un factor mendeliano dominante.³¹ La «mujer sensual» de la escuela positivista,

27. Francisco Vázquez García y Andrés Moreno Mengíbar, «La sexualidad vergonzante», en *Historia de las mujeres en España y América Latina*, vol. III, *Del siglo XIX a los umbrales del XX*, p. 226.

28. *La mujer según los diferentes aspectos de su espiritualidad*, cit. por Francisco Vázquez García y Andrés Moreno Mengíbar, *ibid.*, pp. 229-230.

29. Agustín Vivas Moreno y Luis Arias González, «Fuentes documentales para el estudio de la prostitución en los siglos XVI y XVII en el archivo y biblioteca de la Universidad de Salamanca» [en línea] <dialnet.unirioja.es/servlet/fichero_articulo?codigo=227762&orden...> [Recuperado: 24/VIII/2011].

30. Cit. por Liliana Viola, «Putas en la literatura», 3 de noviembre de 2006 [en línea] <<http://mqh.blogia.com/2006/110301-putas-en-la-literatura.php>> [Recuperado: 23/IX/2009].

31. María José Barral Morán e Isabel Delgado Echeverría, «Dimorfismos sexuales

tenía «los ojos hundidos, las mejillas descoloridas, transparentes las orejas, apuntada la barbilla, seca la boca, sudorosas las manos, quebrado el talle, inseguro el paso y triste todo su ser». De ella no se ha de esperar «trabajo serio, idea grave, labor fecunda, sentimiento limpio, ternura acogedora».³² En cuanto a lo intelectual, su entendimiento está «oscurecido» y se hace «tardo a la reflexión»; su voluntad «pierde el dominio de sus actos» y la memoria «se entumece». En ellas solo permanece activa la imaginación, «para su daño», con «imágenes lascivas, que la llenan totalmente».³³ Las ideas de este tipo fueron sostenidas por médicos y juristas en el último decenio del siglo XIX.³⁴

El pecado «indiferente o vagoroso»

Mientras a las putas les ocurren todos estos espantables males, su clientela queda resguardada por una encubridora condescendencia. Como dice María Galindo, «es difícil encontrar un espacio masculino desde el cual entender la prostitución sin que éste sea de complicidad con el prostituyente. Ni el Estado, ni la Iglesia, ni la familia son una excepción».³⁵ La Iglesia ha venido tolerándola como un mal menor, al menos desde el siglo V, cuando san Agustín, en el «De Ordine» (II. IV, 2) declaró: «Cerrad los prostíbulos y la lujuria lo invadirá todo».³⁶ Según señalan Francisco Vázquez y Andrés Moreno, para él «los

del cerebro: una revisión crítica», en M. J. Barral y otras (eds.), *Interacciones ciencia y género*, Icaria, Barcelona, p. 138.

32. Padre García Figer en *Medina*, revista de la Sección Femenina, 12 de agosto de 1945, Sección Femenina, 1958, cit. por Alberdi («Pipas»), «Mujeres bajo el franquismo: en casa y con la pata quebrada» [en línea] <<http://pradoalberdi.wordpress.com/2010/01/28/mujeres-bajo-el-franquismo-en-casa-y-con-la-pata-quebrada/>> [Recuperado: 7/II/2012].

33. P. García Figer, *op. cit.*

34. F. Vázquez García y A. Moreno Mengíbar, *op. cit.*, p. 228.

35. Cit. por Camila Urioste, «La prostituta en la literatura latinoamericana», 22/V/2009 [en línea] <<http://www.palabrasmas.org/nius/index.php?page=32&idn=311>> [Recuperado: 22/V/2009].

36. Francisco Vázquez García y Andrés Moreno, *Poder y prostitución en Sevilla (siglos XIV-XX)*, tomo I, Universidad de Sevilla, 1998, 2.^a ed. [en línea] <http://personal.us.es/alporu/histsevilla/prostitucion_publica_justificacion.htm> [Recuperado: 25/VIII/2011].

prostíbulos funcionaban como un seguro contra la corrupción de las costumbres y los desórdenes sexuales, del mismo modo que las cloacas y sentinas, aunque repletas de inmundicias, salvaguardaban la sanidad del resto de la ciudad». Del mismo modo, para santo Tomás «la prostitución es a la sociedad lo que las cloacas al palacio más señorial; sin ellas, éste acabaría por ser un edificio sucio y maloliente». El papa Pío II asegura al rey de Bohemia, Jorge de Podiebrad, que «la Iglesia no puede existir sin una red de burdeles bien dispuesta».³⁷ Durante más de mil años esta fue doctrina oficial.³⁸ Dada esta condescendencia, en la Baja Edad Media, según cuenta Karlheinz Deschner, casi todas las ciudades contaban con su prostíbulo —muchas veces con la finalidad explícita de proteger la moral de sus ciudadanos— y, significativamente, la mayoría de las veces se encontraba en una bocacalle cercana a la iglesia.³⁹ La vida religiosa no parecía incompatible con las cloacas de que hablaba santo Tomás: por el contrario, se beneficiaba con los impuestos a las mancebías.

Tal vez por eso la prostituta renacentista era, para los hombres de fe, «un mero instrumento» del mal; y su oficio, el más leve de los pecados mortales más leves: los de «simple fornicación».⁴⁰ Tan leve como era, se le conceptuaba como pecado «indiferente o vagoroso», muy por debajo de la masturbación y el coito interrumpido, que clasificaban como «delitos enormes y atroces».⁴¹ De este modo, los hombres podían seguir utilizando a las ramerías para satisfacer su propia lubricidad, el resto de las mujeres podían seguir siendo castas y puras, unas cuantas desafortunadas desempeñaban la función de cloacas y sentinas, y la sociedad entera se beneficiaba del burdel.

Hoy el catecismo considera a la prostitución una «lacra social» que «habitualmente afecta a las mujeres»,⁴² atenta contra la dignidad

37. K. Deschner, *op. cit.*

38. F. Vázquez García y A. Moreno, *Poder y prostitución en Sevilla, op. cit.*

39. K. Deschner, *op. cit.*

40. Los pecados capitales leves eran, por orden de importancia descendente, el amancebamiento permanente, el amancebamiento temporal, el meretricio.

41. Agustín Vivas Moreno y Luis Arias González, «Fuentes documentales para el estudio de la prostitución siglos XVI y XVII en el archivo y biblioteca de la Universidad de Salamanca», *op. cit.*

42. Capítulo II artículo 6, inciso 2355. El catecismo hace la aclaración de que afecta «también a los hombres, los niños y los adolescentes», y que «en estos dos últimos casos el pecado entraña también un escándalo».

de la «persona que se prostituye» y es «gravemente pecaminoso» dedicarse a ella, aunque son atenuantes «la miseria, el chantaje y la presión social». En cambio, «el que paga peca gravemente contra sí mismo» al quebrantar «la castidad a la que lo comprometió su bautismo y mancha su cuerpo, templo del Espíritu Santo». Esta disposición mantiene una diferencia entre la que cobra y el que paga: el cuerpo de ella no parece ser templo de nada que se manche; a él el bautismo lo comprometió a la castidad; a ella la omisión del texto parece eximirlo de tal compromiso.

Parece que el pecado sigue siendo un poco «vagoroso» en el caso de quienes se prostituyen. Tal vez san Agustín y santo Tomás siguen susurrándoles sus ideas a los jerarcas del Vaticano. En todo caso, esa vaguedad, en el Renacimiento se puede entender, cuando se sabe que en Roma abrieron lupanares algunos vicarios de Cristo, como Sixto IV —constructor de la Capilla Sixtina y promotor de la festividad de la Inmaculada Concepción— o Julio II, quien «percibía por sus rameras impuestos por valor de veinte mil ducados al año». De igual modo, Clemente VII exigió que la mitad de la fortuna de todas las prostitutas se dedicara a la construcción del convento de Santa María della Penitencia y, probablemente, la propia basílica de San Pedro fue parcialmente financiada con esta clase de ingresos. Siguiendo a Deschner, de quien tomo estos datos, «de un prelado alemán con fama de muy culto se dijo que en sus casas había tantas fulanas como libros en su biblioteca. Un cardenal inglés adquirió un burdel; un obispo de Estrasburgo construyó otro; el arzobispo de Maguncia se quejaba de que las mancebías municipales perjudicaban a sus propias empresas».⁴³ Al parecer, era bueno sacarles provecho a las mujeres «malas».

Aquiescente, la moral al uso la hacía un guiño al prostíbulo, y la serpiente continuó silbando al oído de cada hombre ante la imagen de cada mujer.

43. Deschner, *op. cit.*

11. Mujeres tenebrosas

La muerte de una mujer hermosa es, sin disputa de ninguna clase, el tema más poético del mundo; y queda igualmente fuera de duda que la boca más apta para desarrollar el tema es precisamente la del amante privado de su tesoro.

Edgar Allan Poe, *Filosofía de la composición*

La mórbida fascinación por los cadáveres femeninos, que se extendió como una epidemia durante el siglo XIX, se explica por un hecho muy sencillo: lo que más puede parecerse a una mujer artificial es una mujer muerta. Una amada difunta. Y a falta de un cadáver, lo que más se parece a una mujer muerta es una mujer dormida.

Agustín Cadena, *El sueño de Pigmalión*

Ni muertas ni vivas

En el siglo XIX, a los artistas varones les preocupaba la posibilidad de que las mujeres creadas por ellos a su imagen y semejanza contradijeran sus propósitos, «confundiéndose la distinción sujeto/objeto, yo/otro», dice Luisa Elena Delgado.¹ Esto podría explicar por qué la literatura de esa época abunda en muertas que reviven movidas por la mordedura del amor o el deseo o la sensualidad, y por qué se las obliga a volver a la tumba. Ellas empezaron a proliferar con Poe, que llenó páginas de terror con sus Ligeias, Rowenas, Morellas y demás; con Gautier y Le Fanu llegaron las vampiras: semimuertas, semivivas, chupadoras de sangre, como Clarimonda y Carmilla. El mismo Gautier, con Maupassant y Rodenbach trajeron a los enamorados de tro-

1. Luisa Elena Delgado, «Metamorfosis de Galatea: transposiciones del mito de Pigmalión en la narrativa española decimonónica», en Facundo Tomás e Isabel Justo (eds.), *Pigmalión o el amor por lo creado*, Anthropos, Universidad Politécnica de Valencia, 2005, pp. 68-69, cit. por Soledad Córdoba Guardado, *La representación del cuerpo futuro*, Memoria para optar al grado de doctor, Universidad Complutense de Madrid [en línea] <www.ucm.es/BUCM/tesis/bba/ucm-t29917.pdf> [Recuperado: 23/VII/2011].

zos, huellas, senos y cabelleras de difuntas; con Villiers de l'Isle-Adam, ellas reviven aunque sea por poco tiempo, siempre que sus amores y placeres sean lo bastante perversos. Las chicas buenas y normales siempre se quedan bajo tierra, como debe ser.

Clarimonda en *La muerta amorosa*, de Théophile Gautier, aterrizó al público desde las páginas del diario *Crónicas de París* en junio de 1836, diecisiete años después de *El vampiro* de John Polidori y sesenta y uno antes de *Drácula*, de Bram Stoker. El cuento de Gautier fue considerado por Baudelaire una obra maestra y representó para muchas personas uno de los relatos de su género más apasionantes de la historia literaria. Clarimonda encierra en sí las más terribles representaciones de lo femenino en el imaginario patriarcal: seductora, corruptora, perversa, voluntariosa, animalesca... ¡peligrosa!

Entre esta Eva y el demonio hay un vínculo estrecho. Ella se presenta ante Romualdo durante la misa de su ordenación, incitante y diabólica, para disputárselo a Dios, como una «fascinadora criatura», «una joven mujer de rara belleza, vestida como una reina». Él se queda trastornado ante su hermosura pero ya no puede retroceder y cumple con todas las formalidades del rito. Al salir de la misa, un pajecito negro enviado por ella le entrega una cartera que contiene un papel con su nombre y dirección: «Clarimonda, palacio Concini».

Tres años más tarde acude a la parroquia de Romualdo un escudero con dos caballos, negros los tres, y le pide que lo acompañe para que asista a Clarimonda en su agonía. A su llegada ya la joven ha fallecido, pero la habitación no parece una cámara mortuoria: en el aire tibio «flotaba dulcemente» «un lánguido perfume de esencias orientales» y «un no sé cuál afrodisíaco olor de mujer». Inspirado por el ambiente voluptuoso, Romualdo, al quedarse a solas con la muerta intenta besarla, y ella le corresponde aferrándose a su cuello y hablándole. Él se desmaya, porque no es lo mismo besar un cadáver a que el cadáver le bese a usted, y cuando recobra el conocimiento, está en su humilde casa, asistido por el monje Serapion (símbolo de su conciencia), quien le cuenta que Clarimonda murió tras una orgía «fantástica e infernal» y que según rumores es una vampira, aunque él cree que es «Belcebú en persona» y que «todos sus amantes han terminado de manera mísera o violenta». Antes de marcharse le advierte: «Satanás usa de pacientes argucias, y las tumbas no siempre son definitivas. Sería necesario cerrar la piedra tumbal de Clarimonda

con triple sello, porque parece que ésta ni siquiera es la primera vez que ha muerto».

Transcurrido un tiempo, ella aparece ante Romualdo, envuelta en su mortaja y con una lamparilla de las que se ponen en las tumbas. Después de una noche de «caricias delirantes», le avisa que al día siguiente vendrá por él y juntos llevarán una vida «dulce y dorada». La lamparilla se apaga con una ráfaga de viento, y Romualdo cae en un sueño profundo. Al día siguiente, la joven se le vuelve a aparecer «gaya y esplendorosa», «en la mano una pequeña fusta con un chiflo de oro en la punta». Lleva un «soberbio vestido de velludo verde con recamados de oro» y un «amplio sombrero negro recargado de blancas plumas», del que escapan «sus rizos rubios». Le da unas ropas a Romualdo para que se cambie y le pide que partan juntos, a lo cual él accede. Lo toma de la mano y «ante su sola aparición», todas las puertas se abren. Les espera el escudero que lo guio la primera vez, con tres caballos negros, uno para cada uno.

A partir de entonces, Romualdo inicia una doble vida en la que no puede distinguir si él es un caballero que sueña ser sacerdote, o un sacerdote que sueña ser caballero; no reconoce la diferencia entre el sueño y la vigilia ni sabe dónde comienza la realidad y dónde termina la ilusión. Luego Clarimonda empieza a enfermar y un día él la sorprende en el intento de chuparle la sangre.

La aventura concluye cuando Serapion le dice que es necesario desenterrarla y ver su «lastimoso estado». Así, él no sentirá la tentación «de perder el alma por un inmundo ser, devorado por los gusanos, próximo a deshacerse en polvo». Romualdo acepta porque quiere saber cuál de sus dos vidas es la ilusoria. En la tumba, Clarimonda aparece «blanca como el mármol, juntas las manos», con «el albo sudario» como «único ropaje». «Una pequeña gota roja parecía una rosa en la comisura de su pálida boca». Serapion la asperja de agua bendita trazando una cruz con el hisopo, mientras la llama «demonio, cortesana desvergonzada, bebedora de sangre y de oro». Entonces, el cuerpo se disuelve. Al día siguiente, Clarimonda se le aparece a Romualdo para reclamarle por la violación de la tumba. Después «se deshizo en el aire como niebla», y no volvió a aparecer «nunca más».

Las alianzas de Clarimonda con el Mal están sugeridas por el «resplandor fosforescente» de sus ojos; el brillo que había en ella «en una penumbra enrojecida»; la llama que la iluminaba y que Romualdo

no sabía si procedía del cielo o del infierno; la mano de «tacto ardiente y piel sedeña que tal vez no fuera sino el guante que recubría su garra». «Todo —dice el narrador— probaba con claridad la presencia de Satanás». En fin, que Clarimonda está muerta, es vampira, es malvada, es animalesca, y el narrador nos da la clave de por qué es todo esto. Hasta ordenarse, a los veinticuatro años, Romualdo «sabía vagamente que existía algo que respondía al nombre de “mujer”», pero nunca detuvo el pensamiento «en aquello: era de una inocencia perfecta». Un año después, dice el sacerdote, «las fuentes de la gracia se mantuvieron secas para mí». Todo «por haber levantado una sola vez la vista hacia una mujer, por una falta tan ligera en apariencia, padecí durante muchos años la agitación más miserable: mi vida se vio afectada para siempre». Y al final, la moraleja: «Ésta es, hermano, la historia de mi juventud. No mire jamás a una mujer, y camine con los ojos bajos, porque, por casto y tranquilo que usted sea, basta un minuto para perder la eternidad». Y esta frase de un clérigo de ficción nos recuerda estremecedoramente la del clérigo de verdad Francisco de Castro, varios siglos atrás: «Aparta pues los ojos de la mujer ataviada y no mires la hermosura que tiene, porque de la vista nace el pensamiento, del pensamiento la delectación, de la delectación el consentimiento, del consentimiento la obra, de la obra la costumbre, de la costumbre la obstinación, y así la condenación para siempre jamás».²

Mientras se queden en su ataúd, las muertas están libres de sospecha. El problema con Clarimonda es, como dice Vázquez Blanco, que «brilla con luz propia —aquí ejemplificada por él en la luz que la ilumina—, se erige como sujeto activo, nunca más como objeto relegado al margen». Además «no acata órdenes, sino que expresa sus sentimientos y deseos y consigue lo que quiere», lo cual se puede observar en el uso de verbos en imperativo, tales como «vendrás», «me seguirás», «dejarás», «te convertirás», «serás»;³ es decir, ella «lleva la

2. Francisco de Castro, *Reformación Christiana*, Granada, 1585, cit. por Francisco Vázquez García y Andrés Moreno, *Poder y prostitución en Sevilla (siglos XIV-XX)*, tomo I [en línea] Universidad de Sevilla, 1998, 2.^a ed., <http://personal.us.es/alporu/histsevilla/prostitucion_publica_justificacion.htm> [Recuperado: 22/VII/2011].

3. A. Vázquez Blanco, «Vampiras: elemento de control de la sociedad patriarcal en “Clarimonda, la muerta enamorada” y “The Lady of the House of Love”» [en línea] <www.uned.es/ca-gijon/web/actividad/publica/entemu03/a5.pdf> [Recuperado: 22/VII/2011].

iniciativa en la seducción», una conducta compartida en general por las muertas seductoras, lo que —señala Ana Alonso— va «en contra de las conductas generalizadas en la época» y «repercute en su destino final».⁴

Después de Clarimonda, llovieron vampiros en la poesía y en la prosa, pero *Carmilla*, de Joseph Sheridan Le Fanu, publicada en 1872, es considerada la mejor obra literaria del género. En ella se narra la historia de la condesa Miracalla Karnstein, alias Carmilla, supuestamente inspirada en la vida real de la «condesa sangrienta», Elisabeth Barthory, que asesinaba muchachas para beber su sangre con el fin de mantenerse joven. Carmilla, que es bellísima y aparenta tener diecinueve años aunque lleva más de ciento cincuenta enterrada, tiene la particularidad de ser lesbiana y chupar solo sangre de mujer, hasta que se le acaba el festín cuando el tío de una de sus víctimas y el padre de Laura, la narradora, la última seducida, a la que no logra matar, localizan su tumba, levantan el cadáver (que conserva todos los signos de la vida), le clavan una estaca en el pecho, le cortan la cabeza, le prenden fuego y lanzan las cenizas a los cuatro vientos, como manda el ritual clásico de extinción de vampiros.

Refiriéndose a Carmilla, Carolina Fernández destaca que «la mujer se rodea de un aura de atractivo en el momento en que se halla completamente desposeída de toda fuerza y de cualquier poder»: a mayor desvalidez y exposición ante «los abusos y crueldades de otros seres, tanta más fascinación ejerce a los ojos del hombre, quien frente a la indefensión de ella puede verse como un héroe liberador y todopoderoso».⁵ El fin de Carmilla, con cuyo cuerpo «vivo» se ensañan los dos médicos que atestiguan su desenterramiento, constituiría, según esto, la máxima gloria de los héroes que, con su poder, liberan al mundo de su maligna presencia.

4. Ana Alonso, «Mujeres inquietantes. Sobre el retrato femenino en los relatos fantásticos de Gautier» [en línea] <dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=2048414&orden=199454> [Recuperado: 18/VII/2011].

5. Carolina Fernández, *La Bella Durmiente a través de la historia*, cit. por Vázquez Blanco, *op. cit.*

Huesos y cenizas

Y claro que no necesariamente hay que ser vampira para respirar aires demoniacos. En 1852, a dieciséis años de la aparición de *La muerta amorosa*, Théophile Gautier publicó *Arria Marcela, recuerdo de Pompeya*,⁶ donde se narra la historia de Octavien, un joven que viaja por Italia con dos amigos. En un museo de Nápoles en donde se exhiben objetos de las excavaciones de Pompeya y Herculano, se queda absorto ante «un fragmento de ceniza negra solidificada», «como un pedazo de molde de estatua roto por la fundición». En él se reconoce, conservada por la lava, «la silueta de un seno admirable y de un costado de estilo tan puro como el de una estatua griega». Pertenece a Arria Marcela, hija de Arrio Diomedes, las ruinas de cuya casa (de donde se extrajo el fragmento) visitan más tarde en Pompeya los tres viajeros. Según el cicerone, el cuerpo de Arria «llevaba anillos de oro, y los jirones de su fina túnica todavía se adherían a las cenizas que han conservado su forma».

Octavien confiesa sentir una «invencible atracción» «hacia las personas brillantes que viven en el fondo de los siglos como estrellas provocadoras»; «se había compuesto un serrallo ideal con Semíramis, Aspasia, Cleopatra, Diana de Poitiers, Juana de Aragón». Hasta llegó a enamorarse de la Venus de Milo y de una abundante melena trenzada, exhumada de una tumba antigua. En cambio sentía «desprecio hacia las demás mujeres»: «En torno a cualquier belleza hay demasiados detalles prosaicos y merecedores del mayor de los rechazos: padres chochos, madres coquetas, primos coloradotes, tías ridículas».

El fragmento de la huella de Arria lo hace retroceder hasta el año 79 de nuestra era. Puesto que la erupción que destruyó Pompeya ocurrió el día 24 de agosto de ese año, Octavien piensa que ella debía estar viva entonces. Podría encontrarla, verla, hablarle... En efecto, la encuentra en el teatro cómico donde puede admirar su «maravillosa belleza», sus rizos negros, sus ojos oscuros, su boca desdeñosa. Arria lo invita a su casa, él se enamora de ella, pero aunque «está» viva y luce «voluptuosa», tiene algo de siniestro: el vino que toma es «de un púrpura oscuro como sangre coagulada»; sus cabellos se de-

6. Théophile Gautier, *Arria Marcella. Recuerdo de Pompeya* [en línea] <http://es.wikisource.org/wiki/Arria_Marcella> [Recuperado: 22/V/2008].

rraman «como un río negro sobre la almohada azul». Ella le explica que ha vuelto a la vida porque «la creencia hace al dios y el amor hace a la mujer». «No sé si eres un sueño o una realidad —le dice Octavian—, un fantasma o una mujer, [...] pero de lo que estoy seguro, es de que serás mi primer y mi último amor.» Entonces el padre de la joven se dirige a ella en tono admonitorio: «Dos mil años de muerte no te han calmado, y tus brazos voraces atraen hacia tu pecho de mármol, sin corazón, a pobres insensatos embriagados por tus brebajes mágicos». Le pide que deje marchar a ese hombre «encadenado» por su «impura seducción»; y a él le aconseja: «Abandona esta larva que te parecería más horripilante que Empusa y Phorkyas, si pudieras verla tal como es».

Como cristiano, Arrio ataca a los dioses de su hija, que «son demonios», y aunque ella le pide que no la sumerja otra vez en «la pávida nada», él desatiende sus ruegos y pronuncia un exorcismo. Entonces se oyen las campanas de la Salutación Angélica, y Arria se disuelve. Octavian pierde el conocimiento, y a su lado, en el lecho del festín, solo queda «un montón de ceniza mezclada con diversos huesos calcinados» entre los que brillan brazaletes, joyas de oro y otros restos informes, «tal como los debieron descubrir al desescombrar la casa de Arrio Diomedes». Tiempo después se casa con su novia Ellen, pero sigue amando a Arria, aunque nunca le llega a quedar claro si su aventura con ella ha sido sueño o realidad.

Tal vez las muertas vivas como Clarimonda, Carmilla o Arria Marcela, que terminan por disolverse en ceniza o en polvo, no constituyen sino otra versión de lo mismo que, a sesenta y siete años de la publicación de *La muerta enamorada*, indujo a Otto Weininger a afirmar que las mujeres «son la nada».⁷

Melenas exhumadas

Se suele afirmar que la referencia de Gautier a la «abundante melena trenzada, exhumada de una tumba antigua» constituyó el motivo inspi-

7. *Sexo y carácter*, trad. de Felipe Jiménez de Asúa, Ediciones Península, Barcelona, 1985, p. 284.

rador de *La cabellera*, de Guy de Maupassant, publicada en 1884.⁸ Se trata de un relato enmarcado, en el que un primer narrador visita un hospital para enfermos mentales. Ahí ve a un paciente «sentado en una silla de paja». Según el médico, es «una especie de necrófilo» que padece de una «locura erótica y macabra». A continuación le entrega su diario, por el que nos enteramos de que se trata de un hombre rico, «dominado por el deseo de mujeres de otras épocas». Hasta los treinta y dos años había llevado una vida «muy sencilla, muy buena y muy fácil», en la que «no podía sentir pasión por nada», aunque había tenido varias amantes ninguna de las cuales había «enloquecido» su corazón. Pero un día compra en París un mueble italiano del siglo XVIII, en el que encuentra, «en un escondrijo, envuelto sobre un terciopelo negro», «una enorme trenza de cabellos rubios, casi pelirrojos, que debían de haber sido cortados junto a la piel y estaban atados por una cuerda de oro».

A partir de entonces se desata en él una extraña pasión fetichista: «Me encerraba a solas con ella para sentirla sobre mi piel, para hundir mis labios en ella, para besarla, morderla. La enroscaba alrededor de mi rostro, la bebía, ahogaba mis ojos en su onda dorada, con el fin de ver el día rubio a través de ella». «¡Los muertos regresan! —dice—. ¡Ella vino! Sí, la he visto, la he tenido entre mis brazos, la he poseído, tal como era cuando estaba viva antaño, alta, rubia, exuberante, los senos fríos, la cadera en forma de lira; y he recorrido con mis caricias esa línea ondeante y divina que va desde la garganta hasta los pies siguiendo todas las curvas de la carne.» Empieza a creer que la ha poseído «todos los días, cada noche». «Ella —dice el primer narrador al principio del cuento— la Invisible, la Impalpable, la Inasequible, la Inmaterial Idea consumía la carne, bebía la sangre, apagaba la vida.»

Esa naturaleza líquida de la cabellera, «onda dorada» que el narrador «bebía», y de la mujer ideal que bebía la sangre y apagaba la vida del loco, es destacada por Juan Miguel Borda, para quien «el estado de arrobamiento al que se ve reducido el protagonista ante la figura de la mujer se plasma en una semántica de la pasión claramente líquida».⁹ No obstante, se acostaba con ella oprimiéndola contra sus

8. *La cabellera* [en línea] <<http://www.ciudadseva.com/textos/cuentos/fran/maupassa/cabelle.htm>> [Recuperado: 10/VII/2008].

9. Juan Miguel Borda Lapébie, «Maupassant y la representación del *otro* en sus cuentos», *Espéculo. Revista de estudios literarios*, Universidad Complutense de Ma-

labios «como una amante a la que se va a poseer» y hasta empezó a pasear con ella por la ciudad —dice— «como si fuera mi esposa y la llevaba al teatro en palcos con rejas, como si fuera mi amante».

El final es lo que se narra al principio del relato: el hombre en un manicomio. El primer narrador pregunta al médico si la cabellera existe, y aquel, levantándose, la saca de un armario y —dice el narrador— «me lanzó de una punta a otra de su gabinete, una larga centella de cabellos rubios que voló hacia mí como un pájaro de oro». El hombre se estremece al sentir en sus manos «su tacto acariciador y ligero» y se queda «con el corazón latiendo de repugnancia y de deseo: de repugnancia como al contacto de los objetos arrastrados en crímenes, de deseo como ante la tentación de algo infame y misterioso». El médico se encoge de hombros y le dice esta última frase lapidaria: «La mente del hombre es capaz de cualquier cosa», con lo cual tenemos la sospecha de que el ciclo puede repetirse.

En otro relato de Maupassant, *Un caso de divorcio*, el protagonista declara: «Ya es mi mujer. Mientras la deseé de un modo ideal, fue para mí el ensueño irrealizable que está a punto de convertirse en realidad. Desde el segundo mismo que la tuve en mis brazos, ya no fue otra cosa que el ser del que la Naturaleza ha echado mano para burlar todas mis esperanzas».¹⁰

En curiosa coincidencia con sus personajes, Maupassant declaró una vez que si tuviese que elegir «entre la más hermosa de las criaturas vivas y la mujer pintada de Tiziano en la sala de la tribuna de Florencia», preferiría «a esa gran mujer de gesto impúdico, desnuda y rubia, despierta y tranquila». De igual modo, declaró respecto de la Venus de Siracusa: «No es en absoluto la mujer poetizada, la mujer idealizada, la mujer divina o majestuosa como la Venus de Milo, es la mujer tal como es, tal como se la ama, tal como se la desea, tal como se la quiere alcanzar». Esa es la «Venus carnal» cuyo «gesto simple y natural, lleno de pudor y de impudicia, que oculta y muestra, vela y revela, atrae y rechaza, parece definir toda la actitud de la mujer sobre la tierra». Y concluye: «Una obra de arte no es superior si no es, al mismo tiempo, un símbolo y la expresión de una realidad. La Venus

drid, 2003 [en línea] <<http://www.ucm.es/info/especulo/numero24/otro.html>> [Recuperado: 31/VII/2011].

10. Cit. por J. M. Borda, *ibid.*

de Siracusa es una mujer y también es el símbolo de la carne»; «es divina, no porque exprese una idea, sino únicamente porque es bella. Contiene la animalidad del mundo como el carnero de bronce de Siracusa, el más hermoso fragmento del museo de Palermo».¹¹

Maupassant en general no tenía en gran estima la naturaleza humana, pero en el caso específico de la naturaleza femenina la opinión empeora como era de esperar en un declarado admirador de Schopenhauer y de Spencer, de Darwin y de Haeckel, con quienes compartía sus prejuicios sexistas. Además, acepta la identificación de mujer y carne de los pensadores cristianos y la de mujer y animal de pensadores cristianos y laicos.

En 1982, Rodenbach publica su novela *Brujas la muerta*. En ella, el protagonista, Hugues Viane, se va a vivir a la ciudad de Brujas tras la muerte de su esposa porque «a una esposa muerta le correspondía una ciudad muerta también». Como señala Víctor Valembois, se trata de una «sinonimia simbólica» entre «la Ciudad» y «la Mujer». Una ciudad determinada se vuelve paradigma de otras, así como esta mujer específica se transforma en representación de todas.¹²

Hugues, que al morir su amada le ha cortado sus largas trenzas y las ha colocado en una caja de cristal para poder adorarla siempre y que no se contagie del ambiente mortuorio, conserva la urna y los retratos de la fallecida para que su imagen no se desvanezca como lo hacen los reflejos sobre los canales de Brujas.

Pasados cinco años, la trenza casi no ha perdido su brillo «a pesar de la sal de tantas lágrimas». Luego conoce a Jane Scott, una «vedette» del teatro de la ciudad de Brujas, de sorprendente parecido con la muerta, y se casa con ella. Pero Jane, señala Monsieur Venus, «no es más que el lienzo donde quiere redibujar los rasgos de la fallecida, un maniquí donde revestir las formas de aquella»;¹³ un lienzo que nun-

11. Todas las declaraciones de Maupassant aquí citadas proceden de Gerard de Lacaze-Duthiers, *Guy de Maupassant. Su obra*, París, 1925, trad. de José Manuel Ramos González para <www.iesxunqueira1.com/maupassant/Libros/MaupLacaze.pdf> [Recuperado: 18/VII/2011].

12. Víctor Valembois, «¿Una estrella fugaz en el firmamento literario?», *Revista Nacional de Cultura*, Costa Rica, diciembre de 1999, pp. 23-33.

13. «La cabellera fatal en la obra maestra de Georges Rodenbach *Brujas la muerta*»

ca será igual al original: el código en estos relatos supone que las mujeres vivas son muy inferiores a las muertas. La cabellera de la nueva esposa, reflejo dorado de la cabellera de la muerta, es teñida, y ella además lo engaña. Para más inri, cuando Jane ve la cabellera, la extrae de su urna de vidrio, «desafiándole, suspendiendo a lo lejos la trenza, llevándola a su rostro y a su boca a manera de serpiente encantada, y enroscándosela al cuello como si fuera un collar de oro».¹⁴ A Hugues le parece que se ha cometido un sacrilegio y la ahoga con la misma cabellera de la primera esposa.

Vera, la muerta sensual

En 1883, Villiers de L'Isle-Adam publicó sus *Cuentos crueles*,¹⁵ uno de los cuales es *Vera*, que lleva por significativo epígrafe esta frase de *La fisiología moderna*: «La forma del cuerpo le es más esencial que su propia sustancia». Según el relato, el conde D'Athol, un hombre de treinta y cinco años, enlutado, con el rostro mortalmente pálido, acaba de enviudar de Vera, que se nos presenta «pálida», en «un féretro de terciopelo cubierto de violetas, entre lienzos de batista». Vera murió de un infarto la noche anterior entre profundos placeres (como Clarimonda), en los brazos del conde y rodeada de lujos: abanicos, collares de perlas, frascos de perfume, flores de invernadero, chinelas orientales, edredones de plumas de cisne. Después del entierro, D'Athol se queda solo con el cadáver en el mausoleo, durante todo el día, hasta las seis. Al abandonar el sepulcro, quitó la llave de plata de la cerradura y la arrojó al interior del panteón debido a «la secreta decisión de no volver allí nunca más». Ya en la casa, en la atmósfera de la alcoba donde ella murió, «el conde se abismó en aquellos pensamientos extraños y sobrecogedores, rememorando toda la existencia pasada».

[en línea] <<http://www.mentenebre.com/articulos.php?op=verarticle&artid=334>> [Recuperado: 23/VIII/2009].

14. *Ibid.*

15. *Vera* [en línea] <<http://www.ciudadseva.com/textos/cuentos/fran/villiers/vera.htm>> [Recuperado: 22/V/2008].

Se habían casado seis meses atrás después de conocerse en un baile, donde se enamoraron a primera vista con un amor sensual: «dos seres dotados de sentidos maravillosos, pero exclusivamente terrestres», sensaciones «de una intensidad inquietante». Les tenían sin cuidado las ideas relacionadas con el alma, el infinito y Dios, o la fe en las cosas sobrenaturales. Por eso, aislados en una «sombria mansión», «se sumergieron en ese océano de alegrías lánguidas y perversas donde el espíritu se mezcla con los misterios de la carne».

Desaparecida Vera, el conde empieza a vivir como si ella no hubiera muerto. Despide a los sirvientes, excepto al mayordomo; manda atrancar el portal y encender los candelabros. A medida que pasa el tiempo, la presencia de la difunta empieza a manifestarse en diferentes formas casi físicas y el viudo se comporta como si ella verdaderamente estuviera allí. El día de su cumpleaños colocó, como una broma, una flor de siemprevivas en el ramillete que depositó encima de su almohada. «Gracias a la profunda y todopoderosa voluntad del señor D'Athol que, a fuerza de amor, forjaba la vida y la presencia de su mujer en la solitaria mansión, esta existencia había acabado por llegar a ser de un encanto sombrío y seductor». Vera se hacía notar en vestidos apenas entrevistos, voces, sonidos de campanillas... «Se hubiera dicho que la muerta jugaba en lo invisible.»

Un año después, una tarde, le leyó un cuento florentino y se puso a conversar con ella. De pronto empezó a notar que el espejo se veía más pálido que de ordinario, las perlas del brazaletes en una copa conservaban su tibieza y su oriente, el ópalo del collar siberiano brillaba como si ella acabara de quitárselo, y en el pañuelo de batista las manchas de sangre estaban húmedas; sobre el piano, alguien había vuelto la página final de la melodía de otros tiempos; la lamparilla se había vuelto a encender en el relicario, y las flores orientales se abrieron en los vasos de Sajonia. Parecía que Vera había regresado. «La desesperada llamada y la apasionada voluntad de su esposo debían haber desatado las ligaduras de lo invisible en su alrededor. Su presencia era reclamada y todo lo que ella amaba estaba allí.» «¡Ella también deseaba volver con él! Y su voluntad se perdía en las fantasías, el incienso y el aislamiento, porque la muerte no es más que una circunstancia definitiva para quienes esperan el cielo; pero la muerte y los cielos, y la vida, ¿es que no eran para ella algo más que su abrazo?»

Así pues, aquí también habría que decir, como dijo el monje Serapion respecto de Clarimonda: «Las tumbas no siempre son definitivas». Vera está allí, «hecha de voluntad y de recuerdos», «bella hasta morir», «apoyada sobre la almohada de encajes, sosteniendo con sus manos los largos cabellos, deliciosamente abierta su boca en una sonrisa paradisíaca y plena de voluptuosidad». Se diría que el relato participa de la idea, propuesta en *Arria Marcela* de que «el amor hace a la mujer». El encuentro termina cuando el conde recuerda que Vera está muerta. En un instante todo se esfuma, y otra vez «la atmósfera que reinaba allí era ya la de los difuntos». D' Athol, desesperado, le pide indicarle el camino que puede conducirlo a ella. Entonces la llave de la tumba cae del lecho nupcial sobre la piel negra.

Aire de familia

Al parecer, las muertas se vuelven terroríficas cuando, en vez de quedarse en su ataúd, se levantan, salen, seducen, conquistan, dan órdenes, en tanto que, como señala Agustín Cadena, «en los sueños más profundos del hombre occidental hay nostalgia por la amada inmóvil». ¹⁶ Será por eso que la muerte de una mujer hermosa es, a juicio de Poe, el «tema más poético del mundo». Carolina Fernández ve en la actitud de Romualdo ante el cadáver de Clarimonda en su lecho de muerte un paralelismo con la del príncipe por la Bella Durmiente en cuanto a «representación de la pasividad femenina tan deseable en la sociedad patriarcal». «La ausencia de movimiento — dice — se relaciona, inmediatamente, con la falta de vida y, en el patriarcado «ambas remiten, en última instancia, al grado de deseabilidad que posee la mujer». ¹⁷ A juicio de Cadena, «la mórbida fascinación por los cadáveres femeninos, que se extendió como una epidemia durante el siglo XIX», se explica por el hecho sencillo de que lo más parecido a una mujer artificial es

16. Agustín Cadena, «El sueño de Pigmalión», blog «El vino y la hiel», 13 de febrero de 2007 [en línea] <elvinoylahiel.blogspot.com/2007/02/el-sueo-de-pigmalin.html> [Recuperado: 2/VI/2008]. Todas las citas de este autor pertenecen a este mismo texto.

17. Carolina Fernández, *La Bella Durmiente a través de la historia*, cit. por A. Vázquez Blanco, *op. cit.*

una mujer muerta, una amada difunta. Y a falta de un cadáver, lo más parecido a una mujer muerta «es una mujer dormida».¹⁸

Hay en todos estos relatos una suerte de complacencia en describir en estos personajes femeninos los rasgos que los denotan como cadáveres. En *La muerta enamorada*, durante la ceremonia de ordenación, Clarimonda se pone «blanca como el mármol»; cuando tiempo después se presenta ante Romualdo, está blanca, tiene los dedos «afilados» y «transparentes», la boca «pálida» y una «luz verdosa» en sus pupilas. Más tarde, cuando empieza a enfermar, se la ve «blanca y casi amortecida»; y su «tez cotidianamente palidecía más y más». Además su piel es «fría como la piel de una serpiente», y fríos también la mano, el brazo y las palmas.

Gautier vuelve a utilizar las mismas imágenes de palidez, dureza, rigidez, frialdad, serpiente, mármol, tumba, para describir a Arria Marcela. Igual hacen Maupassant y Rodenbach: en el primero, el tacto de la cabellera en la piel del narrador era una «caricia muerta»; él sentía «la necesidad confusa, singular, continua, sensual» de bañar sus dedos en «aquel arroyo encantador de cabellos muertos». El protagonista de la obra de Rodenbach, «mentalmente en cantidad de oportunidades», describe a la anónima esposa fallecida, «sobre su lecho mortuorio», mediante la asociación «con la estatua fúnebre de María de Borgoña» en la iglesia de Nuestra Señora en Brujas: «marchita y blanca como el cirio que da luz».¹⁹

Hay otro aire de familia entre todas las protagonistas de estos cuentos, y es la asociación con lo malo o con el Mal, una de cuyas metáforas es la serpiente, que relacionan con la piel fría de las muertas los dos relatos de Gautier. De igual modo ocurre en Rodenbach, cuando la nueva esposa, desafiando al marido, suspende «a lo lejos la trenza» de la muerta «llevándola a su rostro y a su boca a manera de serpiente encantada, y enrosquándosela al cuello como si fuera un collar de oro». Monsieur Venus señala al respecto que en la iconografía de la época la serpiente se utilizaba para representar el «malditismo y la animalidad de las mujeres».²⁰ De hecho, a Clarimonda se la compara en el cuento también con el camaleón por «movediza, voluble, multi-

18. Agustín Cadena, *op. cit.*

19. Cit. por V. Valembois, *op. cit.*

20. A. Cadena, *op. cit.*

forme». Y según Romualdo, un día en que él se hizo un tajo en un dedo, ella «saltó fuera del lecho con agilidad animal, como un gato o una mona». En *Arria Marcela*, cuando los compañeros de Octavien acuden al teatro, ven que las bailarinas llevan bajo las faldas de gasa, unos «horribles pololos de color verde chillón» que las hacen parecer «ranas picadas por la tarántula». Maupassant, como hemos visto, se declaró admirador de la Venus de Siracusa no solo porque como mujer es «símbolo de la carne», y no solo porque es «divina» y «bella, sino porque «contiene la animalidad del mundo». Esto no es coincidencia: en el último tercio del siglo, Proudhon colocó a las mujeres en una etapa intermedia entre el hombre y el resto del reino animal, y el catedrático español Manuel Polo y Peyrolón no las veía diferentes de los titíes, puerco-espines, mastodontes, asnos y perros pachones. El discurso eclesiástico, ya desde muy antes, las había llamado bestias, tennias, borricas y serpientes venenosas.

También se ha señalado que «la analogía entre la cabellera y la serpiente —cuyo epítome es la mítica Medusa— es frecuente en la época», «por sus ondas sinuosas y su fascinum letal».²¹ Juan Miguel Borda, refiriéndose al relato de Maupassant, señala que «la ensoñación amorosa focalizada en el cuerpo femenino» es «agua fluvial, estanca, turbia, glauca» que «se manifiesta en definitiva como representación metonímica de un universo finisecular en descomposición».²² Tal vez tiene razón Lucía Etxeberría cuando propone que «excepto en el caso de experimentos muy metaliterarios, el sexo del autor (como su religión, su raza o su opción sexual) condiciona sus escritos, porque la literatura a la postre no es sino un modo de universalizar la experiencia, de convertirla en trascendente».²³

Eso podría explicar ese trasfondo de malditismo, animalidad, descomposición, fascinum letal, infierno, asociados a Clarimonda, Carmilla, Arria Marcela, Vera y las muertas que sobreviven en las cabelleras fetichizadas por sus amantes. Un mundo de mujeres tenebrosas creado por hombres que proyectan en ellas sus más terribles y agobiantes pesadillas.

21. *Idem.*

22. Borda, *op. cit.*

23. Cit. por Anna Casanovas Bohigas, «Cibercultura: el cuerpo esfumado», en M. Azpeitia y otras, *Piel que habla*, p. 42.

12.

La derrota de Dios

La maternidad masculina de la ingeniería genética es un intento de «crear» sin mujeres. La manufactura proyectada por hombres de úteros artificiales, de cyborgs que serán parte carne, parte robot, de clones, todos son manifestaciones de falocéntrica violación de límites (especialmente en gineco-obstetricia y en neurocirugía).

Mary Daly, *Gyn/Ecology*

El oficio de la mujer, cuando no es sino mujer, es ser el concreto ideal («encanto», «ilusión») del varón [...] La mujer es mujer en la medida en que es encanto o ideal.

Ortega y Gasset, *Estudios sobre el amor*

Hay una fantasía flotando, eterna, en nuestra cultura desde hace siglos: la de que el hombre creó a la mujer. Y otra aún más osada, que procede de ella: la de que el hombre produce criaturas femeninas más hermosas y mejores que las mujeres, con las que puede sustituir a éstas con ventaja para lo bueno y para lo malo, para el amor sublime y para la paliza mortal. Esta última falacia es muy persistente.

Pilar Pedraza, *Máquinas de amar. Secretos del cuerpo artificial*

Olimpia, la mujer autómatas

Posiblemente algunos hombres vienen jugando a dioses desde tiempos inmemoriales, pero su juego favorito es el de crear mujeres a su gusto, enmendar una obra que de algún modo le salió mal a Dios. Este antiguo deseo está representado en el mito de Pigmalión, narrado por Ovidio. Según el relato, un joven escultor chipriota, «contrariado por tantos defectos» que la naturaleza dio a las mujeres, decidió esculpir en marfil «una forma tan bella» que ninguna la igualaría. Una vez realizada, se enamora de su propia obra: la besa y siente que ella le corresponde. Le habla, la toca, la acaricia, le regala piedrecillas pulidas, pañuelos, flores, lirios, bolas pintadas...; la viste y la adorna con gemas, collares, colgantes, pendientes de perlas; «la acomoda entre colchas» teñidas «con púrpura de Sidonia», se acuesta con ella, y en general la

trata como si estuviera viva. Durante unas fiestas en honor a Venus, rogó a los dioses que la hicieran «su esposa». Al volver a la casa, «recostado en el lecho la besa y él cree que cobra calor»; le acaricia los pechos y siente ablandarse el marfil bajo su tacto. En fin, que pasados nueve meses la estatua de Pigmalión dio a luz un hijo.¹

A juicio de Agustín Cadena, «desde su aparición en la cultura occidental, este mito ha sido inspirador de las más altas ambiciones estéticas y espirituales. Ha hecho soñar a artistas y escritores de todas las épocas y, gracias a él, se ha sostenido el impulso creativo de más de un desdichado en la fría oscuridad de una vivienda pobre».² Soledad Córdoba Guardado, menos entusiasta, piensa que «la mujer “ideal” creada por Pigmalión es un estereotipo artificial e irreal, una mujer que existe únicamente en la fantasía del hombre».³ La verdad es que el mito señala el modo en que la concepción patriarcal de las mujeres como fracaso, fallo o deficiencia, implica, en la profundidad de la psique masculina, un deseo de hacerlas a su entera satisfacción, «como conviene» que sean, según lo explica don Quijote. La idea del viejo escultor griego parece infiltrarse una y otra vez en el cerebro de los hombres que intentan crear mujeres: artistas plásticos, escritores, guionistas y, en la actualidad, incluso fabricantes que ofrecen chicas de silicona, látex o vinilo «siempre dispuestas a todo».

Si este fue un deseo oscuro y persistente desde los inmemoriales tiempos del mito, el siglo XIX empezó a gestar sueños y fantasías literarias que alentaban la posibilidad de sustituir la compasión de Venus y los cinceles del artista por el trabajo del científico genial capaz de enmendarle a Dios la plana. Ya sea en el arte o en la literatura o en la industria, la ginoide es un intento de recrear o corregir la obra de la naturaleza. Siempre las amadas artificiales surgen en oposición a las deficientes o insatisfactorias mujeres de carne y hueso; o llevan la oferta de ser más atractivas, dóciles y manejables que las amantes humanas.

En 1817, Ernst Theodor Amadeus Hoffmann, uno de los autores más influyentes del romanticismo, se convirtió en el primer creador

1. Sigo aquí la traducción directa del latín de Faustino Chamorro González.

2. «El sueño de Pigmalión», blog «El vino y la hiel», 13/II/2007 [en línea] <elvino-y-lahiel.blogspot.com/2007/02/el-sueo-de-pigmalin.html> [Recuperado: 2/VI/2008].

3. *La representación del cuerpo futuro*, memoria para optar al grado de doctor, Universidad Complutense de Madrid [en línea] <www.ucm.es/BUCM/tesis/bba/ucm-t29917.pdf> [Recuperado: 23/VII/2011].

literario moderno de una mujer de diseño. En su cuento *El hombre de arena*,⁴ el profesor Spalanzani, con la ayuda o la complicidad del alquimista Coppelius, fabrica la muñeca mecánica Olimpia, a la que hace pasar por su hija; y Olimpia, a su vez, vuelve loco de amor al estudiante Nataniel, comprometido con la joven Clara, quien, además de tener «escasa belleza», es descrita según todos los estereotipos femeninos del siglo XIX. Poseía —dice el narrador— «la imaginación alegre y vivaz de un niño inocente, un alma de mujer tierna y delicada»; era «simple», de espíritu «apacible», «frío», en el que no entraba «ni un solo rayo misterioso de los que tantas veces abrazan al hombre con sus alas invisibles»; ella percibía «tan solo la superficie coloreada del mundo» y se alegraba «como un niño a la vista de frutas cuya dorada cáscara esconde un mortal veneno». No obstante, se le atribuye también «una inteligencia penetrante y lúcida» que le valió «ser acusada por muchos de ser fría, prosaica e insensible». Nataniel declara: «Uno jamás podría imaginar que el espíritu que brilla en sus claros y estremeadores ojos, como un delicioso sueño, sea tan inteligente y pueda razonar de una forma tan metódica». Pero ni siquiera se le da el crédito por eso. Al contrario, Nataniel le atribuye el origen de tal virtud a la autoridad de Lotario, el hermano de Clara, que posiblemente le ha dado «un curso de lógica para que pueda ver las cosas con claridad y razonadamente».

Olimpia, la muñeca, sí era canónicamente bella: de «rostro arrebatador», «muy alta, muy delgada, de armoniosa silueta, magníficamente vestida». Pero Spalanzani no fue capaz de hacerla inteligente y ni falta que hacía. Cuando Nataniel la vio por primera vez a través de unos prismáticos, notó sus ojos «fijos», «muertos», que «parecían no ver», aunque a medida que la miraba le parecía que «irradiaban húmedos rayos de luna», y sus miradas se fueron volviendo para él «cada vez más vivas y brillantes», «radiantes», «seductoras». Cuando Olimpia asistió a un baile organizado por su «padre», vestida «ricamente» con «un gusto exquisito», lucía esbelta, con su «cintura de avispa», aunque «su forma de andar tenía algo de medido y de rígido». Luego tocó el piano «con una habilidad extrema, e interpretó un aria con voz

4. <www.ciudadseva.com/textos/cuentos/ale/.../hombre.htm> [Recuperado: 29/VIII/2007]. Todas las citas aquí proceden de esta versión. Este cuento gustó de tal manera que en 1870 inspiró a Léo Delibes el ballet *Coppélia*.

tan clara y penetrante que parecía el sonido de una campana de cristal». Nataniel la invitó a bailar. La mano de Olimpia estaba «helada y él se sintió atravesado por un frío mortal»; cuando la besó se encontró con unos «labios helados»; al tomarle la mano la encontró tan fría que le produjo estremecimiento y «la leyenda de la novia muerta le vino de pronto a la memoria». Pero a él le parecía que sus ojos irradiaban «amor y deseo» y que por sus venas corría «una sangre ardiente».

Aunque la mujer mecánica bailaba con una «rítmica regularidad» que «algunas veces lo obligaba a detenerse», «no quiso bailar con ninguna otra» y «hubiera matado a cualquiera que se hubiese acercado a Olimpia para solicitar un baile». Sentado junto a ella «le hablaba de su amor exaltado e inspirado con palabras que nadie, ni él ni Olimpia, habría podido comprender». O quizá ella sí, pues lo miraba fijamente a los ojos y de vez en cuando suspiraba: «¡Ah..., ah..., ah...!»». En eso consistía todo su diálogo, pero para Nataniel esas pocas interjecciones eran «como jeroglíficos de un mundo interior lleno de amor y de conocimientos de la vida espiritual en la contemplación de la eternidad». Además, se decía: «¿Qué son las palabras? ¡Palabras! La mirada celestial de sus ojos dice más que todas las lenguas. ¿Puede acaso una criatura del Cielo encerrarse en el círculo estrecho de nuestra forma de expresarnos?».

Todos los demás la consideraban «completamente estúpida», pero Nataniel «permanecía cada día largas horas hablándole de su amor, leyéndole todo lo que él había escrito: disparatados sonetos, fantasías, visiones, novelas, cuentos», «todo lo cual Olimpia escuchaba con gran atención», sin coser, ni tejer, ni mirar por la ventana, ni dar de comer a ningún pájaro; sin jugar con el gato o el perrito, ni recortar papeles ni ocultar bostezos. «Jamás había tenido una oyente tan admirable.» Ella permanecía horas enteras con los ojos fijos en Nataniel, «inmóvil, y su mirada era cada vez más brillante y animada». De este modo, él «se estremecía de felicidad al pensar en las afinidades intelectuales que existían entre ellos y que aumentaban cada día».

Olimpia es para Nataniel la mujer ideal: silenciosa, como quería san Pablo; tonta como la imaginaban los evolucionistas; dócil como ordenaban Kant y Rousseau; infantil como la soñaban Spencer y los surrealistas; inactiva y muerta como la fantaseaban Poe, Gautier, Le Fanu, Rodenbach o Maupassant; bella como la quieren todos. Lo úni-

co que no tenía era sexo, como sí quieren todos, pero en ella lo que importa es el ideal.

Como no podía ser menos, la historia termina desastrosamente. Cuando Nataniel acude a la casa de Spalanzani para pedir la mano de su «hija», lo encuentra a él y al alquimista Coppelius disputándose la creación de la muñeca y tirando de ella. Los ojos se le habían desprendido, y Coppelius echándose el cuerpo a la espalda, baja rápidamente las escaleras, donde los pies de Olimpia golpeteaban con un sonido de madera. Nataniel enloquece y acaba sus días lanzándose desde la torre de una iglesia. Entre los asistentes a las tertulias, a raíz de lo acontecido con Olimpia, se extendió «una terrible desconfianza hacia las figuras humanas». «Muchos enamorados, para convencerse de que su amada no era una muñeca de madera» la obligaban «a bailar y a cantar sin seguir los compases, a tricotar o a coser mientras les escuchaban en la lectura, a jugar con el perrito... y, sobre todo, a no limitarse a escuchar, sino que también debía hablar, de modo que se apreciase su sensibilidad y su pensamiento. En algunos casos, los lazos amorosos se estrecharon más; en otros [dice maliciosamente el autor], esto fue causa de numerosas rupturas». Será que en el fondo las mujeres humanas son tan vacías como la muñeca de Spalanzani.

Desde el psicoanálisis, unos consideran que la historia contada por Hoffmann es la de las fantasías obsesivas y repetitivas de un personaje que ha permanecido «fijado» a un «trauma infantil»; otros la ven como la historia de «un poeta romántico, a quien las dificultades que implica el vivir en un mundo prosaico y banal le llevan a la locura»; y algunos más, como «la historia de un joven cuya vitalidad y sensibilidad y aspiraciones de crecer, amar y realizarse son sistemáticamente frustradas por Coppelius, Spalanzani y Clara, quienes, cada uno a su modo, quieren convertirlo en una muñeca mecánica».⁵ De acuerdo con esta interpretación, sostenida por J. M. Ellis, y (según dice Soledad Córdoba) seguida por muchos críticos, Clara es «la verdadera fuerza oscura que amenaza a Nataniel, debido a «su incapacidad para entenderlo, su insistencia en la propia “imagen” como medida para él y para cualquier otra cosa de la vida». Nataniel se siente mucho más cómodo con la autómatas «porque Clara es activamente nociva para él,

5. S. Córdoba Guardado, *op. cit.*

mientras que Olimpia es inerte».⁶ Esto nos indica que tanto en la literatura como en la mente de algunos psicoanalistas, la condición de no inertes de las mujeres humanas las hace dañinas para los hombres; una muñeca sería mucho mejor opción, pero los vuelve locos; el ideal sería la mezcla de las dos: humanas inertes, como querían los padres de la Iglesia y los filósofos de los siglos XVIII y XIX. De este modo, un relato sugerido, según la historia, por la impresión que a Hoffmann le provocaron los autómatas tan frecuentes en su época, se transformó en una advertencia moralizante para las mujeres.

Hadaly, gloria del hombre

En 1885, esto es, casi setenta años después de *El hombre de arena*, la tecnología había progresado lo suficiente como para superar con mucho a Olimpia. Entre las grandes sensaciones de la Exposición Universal de París de 1878, estuvieron diversos autómatas animales, novedades en biomecánica, el fonógrafo de Edison y el teléfono de Bell. Se asume que todo esto influyó en el francés Villiers de l'Isle-Adam para escribir *La Eva futura*, supuestamente «una obra satírica» sobre «los engaños del amor», contra «el progreso meramente técnico y el interés desmesurado de Edison hacia el dinero».⁷

Según el relato de Villiers, lord Celian Ewald está enamorado de la artista lírica Emma-Alicia Clary, una «muñeca insensible y carente de inteligencia», una mujer «tan bella cuanto estúpida», por lo que si bien le resulta intolerable prescindir de su presencia estética, también le resulta moralmente insufrible vivir con ella. Entonces su amigo, Thomas Alva Edison, el gran inventor símbolo de los tiempos modernos, se ofrece a fabricarle en solo cuatro semanas una mujer ideal, una autómatas, como Olimpia, pero mucho más perfecta: «En lugar de esa alma que os había infiltraré algo como un alma distinta [...] ¡Capturaré la Ilusión! La aherrojaré», ofrece Edison a lord Celian. «En esa

6. J. M. Ellis, «Clara, Nataniel and the narrator: Interpreting Hoffman's "Der Sandmann"», en *The German Quarterly*, LIV (1981), pp. 1-16 (el fragmento citado está en la p. 14), cit. por S. Córdoba Guardado, *ibid.*

7. S. Córdoba Guardado, *ibid.*

sombra he de forzar al Ideal a manifestarse para vuestros sentidos, *palpable, audible y materializado*»; «adiós, pues, a la pretendida Realidad, esa vieja burladora! ¡Yo os ofrezco probar lo Artificial y sus incitaciones nuevas!». Edison, como científico o nuevo Dios del siglo XIX, puede mejorar la imperfecta creación, representada por Emma-Alicia Clary.

En efecto, construye la muñeca mujer para sustituir a la mujer muñeca. Hadaly, cuyo nombre persa significa «el Ideal», es físicamente indistinguible de Alicia en rasgos, ademanes y timbre de voz, pero dotada de pensamientos y palabras, de inteligencia y sensibilidad impecables. Porque se las infiltró Edison, se entiende. Ewald pospone su suicidio hasta conocer el resultado. Hadaly tiene ojos de «vidrio purísimo»; osamenta de marfil y acero lubricada con «aceite de rosas y ámbar»; un cuerpo hecho de anillos y discos de oro, poleas de platino, celdas de plata, láminas y bielas de acero, amatistas, imanes, globos de cristal. Su pupila es fotosensible y su voz cristalina, producida por un fonógrafo de oro. Todo bajo el flujo energético de la pila voltaica. Tiene muchas «ventajas» sobre las mujeres reales: puesto que «no conoce la vida», tampoco conoce «la enfermedad, ni la muerte»; puesto que no tiene corazón, «su corazón no puede cambiar»; «está por encima de todas las imperfecciones, de todas las servidumbres y conserva la belleza del ensueño». Como señala Gabriel Albiac, en la contraposición entre Naturaleza y artificio, este lleva manifiesta ventaja «en términos de los que mujer y autómatas son sinécdoque».⁸

Hadaly es —dice Edison en la novela— «metal que anda, habla, responde y obedece», que «no reviste a nadie». Hadaly —le dice Edison a Ewald— «no es el ser que transparece en la viviente y que es, para ti, su sola realidad, lo que amas en esa transitoria humana, sino el ser de tu propio Deseo». «Hadaly es —dice Gabriel Albiac—⁹ la mujer plena: la prótesis inusable que suple al órgano, no lo prolonga»; «compacto artificio de lo inaccesible que no engaña», que «abole cualquier esperanza de alteridad compartida»; «cualquier frustra-

8. Pasajes de la parte III del libro *Caja de muñecas*, Ediciones Destino, Barcelona, 1995. 5. «Hadaly contra natura» [en línea] <<http://www.ite.educacion.es/w3/tematicas/filosofia/03bibliografia/pasajes/cajamunecas/deus05.html>> [Recuperado: 26/V/2008].

9. *Ibid.*

ción [...] de Deseo», «supletorio de la fallida accesibilidad de la Mujer».¹⁰

La queja común entre Edison y Ewald —dice Albiac— es el hastío, el cansancio despertado en los hombres por la mujer real, porque les parece que ella se ha convertido «en simulacro de la hermosa prometida»; porque ya no reconocen la «huella» de Dios «animando su desierta forma, para tratarla como compañera»; porque cada vez se les hace «más duro» contemplarla «como solo un juguete de arcilla» que les produce hastío. Aunque la verdad, un vistazo atrás y nos damos cuenta de que la huella de Dios en las mujeres difícilmente se ha reconocido. Pero a lo que vamos. Según lord Celian, todo eso que él señala les justifica recurrir a «la vieja Ciencia prohibida, para fijar, al menos, el espejismo». Y en conclusión, «la mujer natural viene a ser, pues, la derrota de Dios, como la autómeta eléctrica será gloria del hombre».¹¹

Una vez construida la ginoide, lord Ewald debe tomar el barco que lo conducirá a su país. Los preparativos para el embalaje de Hadaly se narran mediante una serie de sugerencias necrofílicas: fue colocada «con delicadeza extrema» en un «sarcófago de ébano incrustado en plata», «bello ataúd» al cual ella «entró sonriente», «con una especie de gracia tenebrosa», y del cual, llegada a su destino, sería retornada a la vida mediante una pila voltaica. Una vez dentro, «cerró los ojos, como dormida». Para protegerla, Ewald le ató a la frente una cinta de batista y ajustó en torno a su cuerpo anchas ataduras de seda para sujetarla de modo que ningún golpe pudiera moverla. De inmediato, «los dos batientes se juntaron con suavidad, herméticamente, sin el menor ruido, sobre ella». Se fijó sobre «el ataúd» una «placa de plata, incrustada con un blasón, y, en ella, la palabra Hadaly grabada en letras orientales». Luego colocaron el «sarcófago» en una amplia caja con guata, para evitar, durante el viaje, cualquier tipo de reflexiones de los pasajeros. Por último, Edison entrega a lord Ewald «la llave del ataúd y la invisible cerradura que permite al cierre abrirse».

Al final todas las previsiones resultan ociosas porque el barco se incendia y naufraga. Entre las víctimas figura el nombre de Emma-Alicia Clary; Hadaly se quema, Ewald se suicida ante la idea de vivir

10. *Ibid.*

11. *Ibid.*

sin ella, y Edison se jura nunca más construir otra muñeca. Según afirma Albiac, Villiers idea este final ante «el temor de un desenlace inaceptablemente ajeno a las convenciones».¹²

Mujeres de mentiras para hombres de verdad

Hasta aquí ficción literaria, pero en el siglo xx las convenciones habían cambiado. En 1919, tras separarse de Alma Mahler, el pintor y poeta austríaco Oskar Kokoschka encargó al artesano Hermine Moos de Berlín una muñeca sustituta de tamaño natural parecida a ella. Le envió fotografías y numerosos dibujos con detalles precisos sobre sus medidas y otros aspectos. Según declaró, esperaba «poner orden de una vez por todas en el asunto Alma Mahler y no volver a ser víctima de la fatal caja de Pandora» que ya le «había traído suficientes desgracias». En la carta de pedido a Moos, le decía: «Consigue, si es posible, que mi tacto sea capaz de sentir placer en aquellas partes en las que las capas de grasa y músculo dejan paso súbitamente a una sinuosa cubierta de piel». Según dice Gregorio Luri, «con la secreta esperanza de que la copia fuera más humana que el original, Oskar siguió de cerca todo el proceso de su elaboración»;¹³ y Jon Stratton agrega que la muñeca sería la sustituta de Alma pero «pasiva y condescendiente», es decir, «un perfeccionamiento de ella, con la cual tenía constantes desacuerdos».¹⁴ Tal «perfeccionamiento» fue subrayado en el nombre: Oskar la llamó la Silenciosa.

Al llegar la caja, Kokoschka escribe: «En un estado de fiebre anticipación, como Orfeo pidiendo el regreso de Eurídice del Inframundo, liberé la efigie de Alma Mahler de su empaque. Al dejarla a la luz del día, la imagen de ella que yo había preservado en mi memoria volvió a la vida». Según su mismo testimonio, le compró en París «fi-

12. *Ibid.*

13. «Máquinas de a(r)mar II» [en línea] <<http://elcafedeocata.blogspot.com/2006/09/mquinas-de-armar-ii.html?showComment=1157367000000>> [Recuperado: 25/V/2008].

14. «Man-Made Women», *Australian Humanities Review* [en línea] <<http://www.australianhumanitiesreview.org/archive/Issue-Sept-1996/stratton.html>> [Recuperado: 25/V/2008].

nísima ropa interior y sofisticados vestidos», y envió a su sirviente a extender el rumor sobre la muñeca, para dar la impresión pública de que ella era una mujer real. «Por ejemplo —escribió Kokoschka—, que yo había alquilado un coche y carruaje para pasearla en los días de sol y había rentado un palco para ella en la Ópera para mostrarla.» Finalmente, hizo una gran reunión durante la cual el sirviente «exhibió la muñeca como en un desfile de modas». ¹⁵

Según otras opiniones, al recibirla se llevó una gran decepción, pero decidió no abandonarla e incluso la tuvo de modelo en alguna de sus obras. La hacía tratar por sus sirvientes como la señora de la casa, la llevaba a las reuniones sociales, «como su dama y compañera» ¹⁶ —dice Ana Clavel—. Según el relato de la propia Alma por lo que le contaron: «Kokoschka hablaba todo el día con aquella muñeca, tras la puerta cuidadosamente cerrada [...] ¡Me tuvo por fin como había querido tenerme siempre: como un instrumento sin voluntad y maleable, en sus manos!». ¹⁷

Siguiendo el relato de Luri, «tras un tiempo de apacible convivencia, consideró que su deseo ya estaba totalmente consumido» y decidió terminar la relación. «Convocó a sus amigos a una fiesta nocturna de antorchas y alcohol amenizada por una orquesta de cámara.» «En medio de la borrachera la Silenciosa perdió la cabeza. A la mañana siguiente la policía despertó a Oskar interesándose por un cuerpo decapitado que se encontraba en el jardín de su casa.» Finalmente, según dice el mismo Kokoschka, «el servicio de retirada de basuras se llevó, en la mañana gris, el sueño del regreso de Eurídice. Aquella muñeca era una efigie que ningún Pigmalión habría sabido despertar». ¹⁸

En 1949, esta historia inspiró al escritor uruguayo Felisberto Hernández su novela *Las Hortensias*, en la que el protagonista, Horacio, por temor a perder a su esposa María Hortensia, manda fabricar una muñeca a su imagen y semejanza, y luego organiza una fiesta du-

15. *Ibid.*

16. Ver, para estos detalles, Ana Clavel, «Los caballeros las prefieren mudas» [en línea], *Revista Nexos*, n.º 363, marzo de 2008 <http://nexos.com.mx/articulos.php?id_article=1664&id_rubrique=748> [Recuperado: 25/V/2008]; G. Luri, *op. cit.*; J. Stratton, *op. cit.*

17. *Mi vida*, trad. de Luis Romano Haces, Tusquets, Barcelona, 1984, p. 131.

18. Cit. por G. Luri, *op. cit.*

rante la cual alguien la ataca en secreto con un cuchillo. Llevada de nuevo al taller, el fabricante la acondiciona para que pueda comportarse como una mujer en toda la extensión de la palabra.

Los juegos sádicos de Bellmer

El sadismo que todo esto revela alcanzó lo que tal vez fue su punto culminante a partir de 1933, con Hans Bellmer. A la llegada de los nazis al poder en Alemania y poco más de dos décadas antes de que Greiner & Hauser GMBH anunciara su muñeca Bild Lilli como un juguete de plástico para hombres, Bellmer ya estaba realizando juegos sádicos con su famosa «Muñeca». Se trataba de un simulacro de mujer-niña en un tamaño casi real, de papel y pegamento: cabello negro, calcetines, torso de adulta, cuatro piernas y numerosas articulaciones. Con la asistencia de su hermano, la pone en escena en bosques y en jardines y realiza una serie de fotografías. Según se afirma, mediante este «objeto con pretensiones eróticas» y «múltiples posibilidades anatómicas», Bellmer «intenta descubrir la mecánica del deseo y desmascarar el inconsciente psíquico que nos gobierna».¹⁹ ¿Incluye a las mujeres ese «nos»? ¿incluye siquiera a todos los hombres? ¿O utiliza más bien un plural muy abusivo?

Ana Clavel ha descrito la puesta en escena de las muñecas de Bellmer: «torsos confrontados en una articulación nueva y delirante», «piernas con calcetas que se yuxtaponen como brazos y cabezas inusitados, ojos de vidrio que nos miran desde lugares insospechados simulando los pezones de unos pechos que apenas comienzan a despuntar»; «anagramática visual que desemboca en el diseño de una poética del cuerpo como las partes de una oración trastocada». Clavel ve ahí «un sentido del humor que subvierte los límites de una noción convencional de lo bueno y lo bello para dar cabida a una dimensión extraña de la pureza... y a su profanación silenciosa».

Crypt Vihâra describe las muñecas de Bellmer como «imágenes bizarras de impúberes muchachas desnudas que corresponden a una

19. «Hans Bellmer» [en línea] <http://es.wikipedia.org/wiki/Hans_Bellmer> [Recuperado: 25/V/08].

visión sádica, de la que la niña que representa es víctima de los peores excesos». «Niña mártir y reina del deseo capaz de hacer pícaros guiños mientras exhibe la silueta de sus pechos, cínica por la libertad que otorga a la imaginación de eliminar las fronteras del erotismo, impúber e inocente de su impudor.»²⁰

Las muñecas convirtieron a Bellmer en hijo favorito del surrealismo, cuando, fotografiadas por Man Ray, fueron recogidas por Marcel Duchamp en su trabajo *El gran vidrio* (1915-1923).²¹ En 1935 se publican las fotos en la revista *Minotaure*, bajo el título: «Variaciones sobre el montaje de una menor articulada» y, al año siguiente, el propio Bellmer edita el libro *Die Puppe* (La muñeca).²²

Según quienes han estudiado la vida del artista, la sombra detrás de la muñeca es Úrsula, una prima adolescente que le suscitó «deseos no consumados». ¿Qué clase de deseos? Es fácil deducirlo de las poses dramáticas, sadomasoquistas, en que la coloca y la retrata. Rosa Aksenchuk se refiere a ella como objeto erótico, «mórbido y violento» a la vez en una «fascinación indeterminada por sentimientos contradictorios», en la que «pueden coexistir» la sensualidad y el erotismo, la muerte.²³

Sean cuales fueran los deseos no consumados que Úrsula suscitó en Bellmer, parecen haber sido los mismos de los surrealistas por otras Úrsulas, puesto que, según sabemos, se sintieron fascinados por ella y porque en el primer manifiesto del movimiento, asegura Breton: «¿Acaso lo esencial no es que seamos dueños de nosotros mismos, y, también, señores de las mujeres y del amor?»²⁴ Bellmer se ganó, en cambio, el rechazo de los nazis, que en 1937 lo incluyeron, junto con otros y otras artistas en su famosa exposición de «Arte degenerado». Según dice Rosa Aksenchuk porque la muñeca era «portadora de tanta sátira como de ataques violentos contra Hitler, era también una denun-

20. «Hans Bellmer», *Laylah*, n.º 12 [en línea] <<http://www.eurielec.etsit.upm.es/~zenzei/index.php?numero=9&tipo=miscelanea&arch=Hans%20Bellmer>> [Recuperado: 25/V/2008].

21. *Ibid.*

22. «La muñeca» (“La Poupée”); simulacro y anatomía del deseo en Hans Bellmer», *Revista Observaciones Filosóficas*, n.º 4, 2007 [en línea] <<http://www.observacionesfilosoficas.net/lamuneca.html>> [Recuperado: 24/V/2008].

23. *Ibid.*

24. «Primer manifiesto surrealista» (1924) [en línea] <<http://www.isabelmonzon.com.ar/breton.htm>> [Recuperado: 13/VII/2011].

cia del culto al cuerpo perfecto de moda en la Alemania nazi». ²⁵ Igualmente se afirma que evoca «la emancipación femenina», ²⁶ pero, como dice Carlos Rey, si la intención de Bellmer «fue la de modificar la imagen que la cultura fálica tiene de la mujer, el método y el resultado final se columpian entre lo perverso y lo delirante». «Reduce a la mujer a una anatomía física troceada, a un real sin filtro alguno que sigue las indicaciones del manifiesto surrealista». ²⁷

Según Crypt Vihâra, Bellmer es un artista de los que usan material terrorífico por alguna «causa más elevada», en busca de «la autorrealización y la belleza», y su juego «acontece solo allá donde el jugador convoca a sus fantasmas». ²⁸ Cabe pensar, entonces, en el caso de que en verdad sus muñecas evocaran la emancipación femenina, si esta será uno de sus fantasmas y en consecuencia uno de los fantasmas del arte surrealista en general.

Más tarde, a partir de 1953, la escritora y pintora alemana Unica Zürn, «admirada por grandes artistas del surrealismo», realizó en Berlín una exposición de sus propios cuadros, en la que Bellmer la conoció para, en adelante, convertirla en «su mujer-muñeca». ²⁹ Le aplica los procedimientos anteriormente destinados a la autómatas, y se choca contra «el muro que separa a la mujer de su imagen» —su carne, o lo «real»—, que reinventa con cuerdas y otros alambres para capturarla. Durante cuatro años, de los treinta y siete a los cuarenta y uno, Unica vivió con Bellmer y le sirvió de modelo para sus muñecas descuartizadas. Ella es, a juicio de Carlos Rey, tanto para él como para sí misma, «únicamente anatomía, carne diseccionada, una muñeca rota, mutilada, amputada casi siempre de brazos y a veces de piernas». ³⁰

Pero Unica no era un ser hecho de cristal, amatista y cristales preciosos como Hadaly, ni la animaba una pila voltaica. A partir de

25. R. Aksenchuk, *op. cit.*

26. «Hans Bellmer» [en línea] <http://es.wikipedia.org/wiki/Hans_Bellmer [Recuperado: 25/V/2008].

27. Carlos Rey, «Causalidad psíquica en un caso de locura. A propósito de Unica Zürn» [en línea] <scielo.isciii.es/pdf/neuropsiq/v30n3/06.pdf> [Recuperado: 15/VII/2011].

28. Crypt Vihâra, «Ginoides Hans Bellmer», *Laylah*, n.º 12 [en línea] <<http://www.eurielec.etsit.upm.es/~zenzei/index.php?numero=9&tipo=miscelanea&arch=Hans%20Bellmer>> [Recuperado: 25/V/2008].

29. R. Aksenchuk, *op. cit.*

30. Carlos Rey, *op. cit.*

1957, especialmente después de ser fotografiada desnuda y encadenada por Bellmer para una de las portadas de *Surréalisme*, empezó a ingresar en centros psiquiátricos buscando superar sus crisis de esquizofrenia. Ese mismo año Bellmer escribió: «El cuerpo es comparable a una oración que nos invita a desarticularla, y así, a través de una serie de innumerables anagramas, su verdadero contenido puede ser reelaborado».³¹ Lo siniestro es que el cuerpo para él, como para los viejos teólogos cristianos, era sinónimo de mujer.

En 1970, al salir de uno de los internamientos psiquiátricos, Unica se reunió con Bellmer, que para entonces hemipléjico y en silla de ruedas, se había encerrado en la oscuridad; ella abrió el balcón y se lanzó por la ventana, tal cual lo hace la niña protagonista de su propio relato *Primavera sombría*. Seis años antes, él le había escrito al psiquiatra Gaston Ferdière, quien alguna vez había atendido a Unica: «Puede verse en mí al tipo de hombre con antenas que captan a la futura “mujer víctima”».³² Bellmer le sobrevivió durante cinco años, y al morir, según se afirma, pidió ser enterrado no con ella por cierto, sino con su primera muñeca.

Vihâra afirma que en sus fotografías todo aparece «sin segunda intención», puesto que están constituidas «por la presentación de una sola cosa, el sexo: jamás un objeto secundario, intempestivo, que aparezca tapando a medias, retrasando o distrayendo».³³ Pero afirma a la vez que su fotografía es «también una investigación de las pulsiones» en cuanto ellas constituyen «prótesis de los sentimientos», «prolongación artificial de nuestra sensibilidad que agudiza nuestro sentido visual permitiendo registrar todos los detalles que omite, por razones obvias, una percepción urgida por el tiempo». En este caso las fotografías de Hans Bellmer son un acto contra natura³⁴ y Vihâra encuentra que hay algo llamativo en ellas y «algo repulsivo que nos atrae, nos seduce y nos hace sentir impuros».³⁵

31. A. Clavel, *op. cit.*

32. Cit. por R. Aksenchuk, *op. cit.*

33. Vihâra, «Hans Bellmer», *op. cit.*

34. *Ibid.*

35. *Ibid.*

Mujeres perfectas

Hoy los sueños de Hoffmann y Villiers se han ido perfeccionando y las mujeres mecánicas ya no son fantasía de escritores sino realidad de fabricantes que abastecen a un extenso público masculino de mujeres a la carta. Ya ni siquiera como Olimpia, Hadaly, la Silenciosa o la Pupée, sexualmente impracticables. Ahora el sueño es más como el de Pigmalión: artefactos eróticos para el coito a solas que simule ser de dos. Y es que, como dice Pilar Pedraza: «Hay una fantasía flotando, eterna, en nuestra cultura desde hace siglos: la de que el hombre creó a la mujer», y una segunda fantasía o falacia «muy persistente», y aun «más osada»: la de que él «produce criaturas femeninas más hermosas y mejores que las mujeres», con las que puede sustituirlas «con ventaja para lo bueno y para lo malo, para el amor sublime y para la paliza mortal».³⁶

Tan persistente esa fantasía que en su obra *Anuncio*, de 1961, Juan José Arreola había imaginado una modalidad de muñecas sexuales con himen plástico fiel al original. Más de sesenta años después, el mecánico aeronáutico Michael Harriman, que se hace llamar Creator, admite hallar placer en «jugar a ser Dios» y se considera el precursor del sexo del futuro. Harriman ha creado a Andy y a Nax. Este último, «nacido el 18 de octubre de 2002», tiene erecciones y eyacula, pero parece ser que ahí terminan sus habilidades sexuales. Andy, en cambio, rebasa todos los límites: la definen como una «mujer» hermosa de silicona medicinal, que mide 1,60 m; es fiel, sonríe, gime, produce diferentes fluidos corporales y hace ojitos por control remoto. Para que nada de lo esencial le falte, viene con clítoris y con himen (caja de repuestos incluida), lubrica en forma automática, menstrúa cada veintiocho días, grita y arquea la espalda cuando le tocan el punto G, mueve las caderas en círculo, contiene todos los órganos internos del abdomen, se le puede sentir el pulso en las muñecas y en el cuello; se le mueve la boca y la lengua y practica felaciones. Además, ve y oye y respira. Mediante unas cámaras diminutas graba todo, mide distancias, reconoce a las personas y hasta puede seguir las con la vis-

36. Pilar Pedraza, *Máquinas de amar. Secretos del cuerpo artificial* (1998), cit. por Anna Casanovas Bohigas, «Cibercultura: el cuerpo esfumado», en M. Azpeitia y otras, *Piel que habla*, Icaria, Barcelona, 2001, p. 25.

ta; unos micrófonos en las orejas permiten grabarle hasta treinta minutos de «conversación». Su cuerpo se calienta y, según Creator, «es casi imposible distinguirla de una mujer real», pero está todavía trabajando en algunas mejoras, como, por ejemplo, hacerla caminar, y declara que solo estará satisfecho «cuando sea mejor que una mujer real».³⁷ ¡Qué humillación para Villiers!

Aunque cueste creerlo, los sueños de Creator no son los de un loco solitario y megalómano aspirante a Dios. En 1996, un trabajador de la industria de los efectos especiales, el californiano Matt McMullen (el «Pígmalión del plástico»), empezó esculpiendo muñecas en arcilla y a escala pequeña. Cuando llegó al tamaño natural se dio cuenta de que «no quería una escultura rígida sino articulada como una persona». Así surgió la Real Doll.

Se trata de una mujer artificial hecha de goma de silicón, con una piel tan suave y elástica como la humana. Su sistema muscular es sólido y flexible, y se sostiene en un esqueleto cuyas articulaciones funcionan de manera realista en casi todo el rango de movimientos del cuerpo humano. Sus facciones, en cualquiera de los modelos disponibles, son notables por la belleza y tan parecidas a las de una mujer viva que, como afirma una admiradora de McMullen, «casi dan miedo». He aquí una descripción que nos ofrece Agustín Cadena: sus pechos, de gel de silicón, poseen la apariencia, el tacto y la gravedad de los pechos humanos; tienen pezones erectos que asoman bajo la ropa y pueden pellizcarse como si fueran reales. El vello púbico es incrustado hebra por hebra en el sexo de la muñeca, cuyos labios y demás estructuras genitales pueden manipularse, abrirse o mordisquearse de

37. Enrique F. Molinero, *op. cit.*; «Muñecas hinchables. Historia de la muñeca hinchable», 3 de septiembre de 2007 [en línea] <<http://www.sexoafectivo.com/Article329.html>> [Recuperado: 31/V/2008]; «Muñeca hinchable» [en línea] <http://es.wikipedia.org/wiki/Mu%C3%B1eca_hinchable> [Recuperado: 31/V/2008]; Emil Domec, «Muñecas de siliconas: la nueva excitación masculina que hace sucesos» [en línea] <<http://www.noticias.com/munecas-de-siliconas-la-nueva-exitacion-masculina-que-hace-suceso.29041>>, 03/2006 [Recuperado: 31/V/2008]; Martín Boix, «Las nuevas y sofisticadas muñecas inflables», 17 de marzo de 2008, Virosario.com [en línea] <<http://www.virosario.com/generales/noticias/las-nuevas-y-sofisticadas-munecas-inflables.html>> [Recuperado: 2/VI/2008]; «Te quiero, “muñeca”», *Luces de Málaga*, 8/VIII/2007 [en línea] <http://www.laopiniondemalaga.es/secciones/noticia.jsp?pRef=2973_11_127879__Luces-de-Malaga-quiero> [Recuperado: 2/VI/2008]; «La muñeca inflable más sofisticada del mundo», *Noticiaslocas* [en línea] <<http://www.noticiaslocas.com/EEUpAkFZp.shtml>> [Recuperado: 2/VI/2008].

una manera perfectamente realista. Cuando su dueño y amo la penetra, en su vagina se forma un vacío que ejerce un poderoso efecto de succión. Algunos propietarios afirman haber tenido orgasmos muy fuertes gracias a esta cualidad. En cuanto a las otras entradas, son igualmente perfectas. La boca ha sido moldeada con labios suaves, lengua ultra suave y dientes de silicón duro que no lastiman; su mandíbula, articulada, se abre y se cierra como las humanas.³⁸ En la campaña promocional se utiliza el comentario del conocido locutor radiofónico norteamericano Howard Stern quien declaró que «con estas muñecas había practicado el mejor sexo de su vida», lo que nos hace recordar aquella increíble frase de Karl Kraus: «El coito es solo un subrogado defectuoso del onanismo».³⁹

La compañía de McMullen, situada en San Diego, fabrica y exporta a todo el mundo trescientas muñecas por año de al menos ocho diferentes tipos a las que «solo les falta hablar». Su eslogan dice: «Abyss Creations... en una era en que la línea divisoria entre fantasía y realidad se ve constantemente borrada». Por unos seis mil dólares es posible elegir entre rubias, morenas, asiáticas e incluso unas de fantasía, con nombres como Stephanie, Amanda, Mai, Celine, Leah... Además, Abyss le da al cliente la oportunidad de elegir las características concretas de la «mujer» soñada, y ha alentado el intercambio de muñecas entre los usuarios. Como un plus ofrece «tetras sueltas para masajear, penes lumínicos, remeras y gorritos y películas triple X protagonizadas exclusivamente por muñecos». Además, según afirma Martin Boix, planea una ginoide «que aprenda de tus preferencias, que adquiera una personalidad propia».⁴⁰ También estuvo Charlie, anunciado como el único macho a escala que no teme fallar, pero se le retiró después de una larga y exitosa carrera (no sabemos si en el mundo del primero, el segundo o el tercer sexo, que de eso no se dice nada). Ahora se le quiere dotar de un nuevo cuerpo y opciones de rostro.

Algunos de los términos con que en la página realdoll.com se califica a la muñeca son: siempre lista y disponible, relajante, recon-

38. Agustín Cadena, *op. cit.*

39. Cit. por Freud, *La moral sexual «cultural» y nerviosidad moderna* VIII [en línea] <<http://ruihenriquez.wordpress.com/2009/03/22/la-moral-sexual-%E2%80%9Ccultu-ral%E2%80%9D-y-la-nerviosidad-moderna-viii/>> [Recuperado: 23/VII/2011].

40. M. Boix, *op. cit.*

fortante, placentera, durable, de larga vida; proporciona compañía libre de estrés, ayuda efectiva y satisfacción sexual; tiene carne elástica que resiste estiramientos sobre los 300 grados; posee partes moldeadas sobre mujeres reales y gran variedad de movimiento en las articulaciones. Un vocablo muy recurrido por sus publicistas es el adjetivo «correcto»: «anatómicamente correcta», «maleable y suave en todos los sitios correctos».

Según se afirma, en la actualidad Japón es el máximo productor de muñecas sexuales, sobre todo a través de Orient Industry, Doll No Mori y Axis. Esta última fabrica las Honeydolls, niñas de tamaño real de resina y silicona quirúrgica. María, Cindy, Zahorí pueden emitir voces, gritos y susurros, dulces naderías preprogramadas sustituibles a gusto del cliente. Vienen equipadas con un *speaker*, una caja de cuatro baterías triple A en la cabeza, y una pareja de sensores de presión cableados en el área del pecho. La versión con palabras obscenas se encuentra en proceso, y el nivel de sonido es totalmente ajustable (puesto que es bien sabido el hecho de que a algunas personas les gusta que sus «mujeres de caucho» chillen). A propósito de chillar, algunos también les dan palizas a veces tan descomunales que las dejan contrahechas, y hay «médicos» especialistas en su reparación.

Las muñecas japonesas cuestan entre seis y siete mil dólares, lo que no obsta para que un ciudadano de Osaka, con los mismos sueños que el Harun al-Raschid de las *Mil y una noches*, tenga en su casa un harén con más de cien chicas de silicona. La industria japonesa abastece a todos y, así, los soñadores que andan rascando el bolsillo pueden alquilarlas en burdeles por ciento veinte dólares la hora. Y ya si quieren soltar la mano, también se les ofrece la posibilidad de tríos con una muñeca y una prostituta de verdad.

Eso sí, la prostituta debe ser muy valiente, como cualquier mujer que se vea obligada a competir con muñecas, puesto que los usuarios ven en las últimas otras ventajas y atractivos en que superan a las mujeres reales: besan «como los dioses»; son silenciosas (y cuando lleguen a hablar dirán exactamente lo que los hombres quieren oír); no les gustan las joyas, no usan tarjetas de crédito, nunca les duele la cabeza; no plantean «problemas de reparto de bienes en los procesos de separación»; son sumisas y «siempre están dispuestas a «hacer realidad todas las fantasías eróticas de su pareja». En fin que ella es «la mujer ideal». Algunos las visten, las maquillan y hasta las sacan a

pasear en sus modernos autos,⁴¹ como hizo Kokoschka con su Alma Mahler de trapo.

Martin Boix, comentando la obra de David Levy *Sexo con los robots; la evolución de las relaciones humanos-robots*, se imagina un futuro en que «llegar a casa y pulsar el delicado botón de encendido se ha convertido en un acto de liberación»: «Cuando [ella] abre sus ojos metálicos con lentitud programada, me susurra su deseo contenido hasta el momento en que mi dedo índice la libera de su quietud de horas. Sin trámites comenzamos a hacer el amor de una forma desenfrenada, allí mismo, sobre la alfombra cálida, donde nos sumergiremos tras el clímax en una conversación pausada y calma para repasar las incidencias del día y afrontar con placidez el sueño».⁴²

Si ya todo esto es en sí inquietante, hay algo más inquietante aún, y es que la mayoría de las muñecas no parecen tener más de doce años (como aquella que Bellmer colocó y retrató en poses sadomasoquistas), y que a todas las mujeres de diseño, desde Olimpia y Hadaly, pasando por la Poupée de Bellmer y la Silenciosa de Kokoschka, las acompaña una carga siniestra: todas acaban mal. En cuanto a las actuales, las sugerencias de muerte comienzan desde su llegada a casa del comprador, en una caja con forma de féretro o ataúd de madera. Martin Boix afirma que «su arribo se parece al retorno de los restos de un hijo muerto en combate». Sus fabricantes prevén que sean enterradas con sus amos, como las antiguas esposas de la India. Su compra incluye este servicio para el que lo desee. A juicio de Ana Clavel, las mujeres en general «dicen que son siniestras» y la afición a ellas es «necrofilia pura».⁴³

Sin tomar en cuenta criterios artísticos, cabe preguntarse qué pulsiones, qué sentimientos, qué sensibilidad inconscientes ponen de manifiesto las mujeres fabricadas por hombres; en qué oscuras y profundas grietas de la psique masculina se gestan dóciles, niñas, descuartizables; qué secretas razones determinan su complacencia en fan-

41. «Muñecas inflables casi reales», el blog de grupojjmagro, 14 de octubre de 2007 [en línea] <<http://grupojjmagro.obolog.com/munecas-inflables-casi-reales-32630>> [Recuperado: 23/VI/2008].

42. Jackdaniels, «La máquina que me amó» [en línea] Micromedios Digitales S. L. Soitu. es, actualizado 13/02/2008 [en línea] <http://www.soitu.es/participacion/2008/02/13/u/jackdaniels_1202903171.html> [Recuperado: 24/V/2008].

43. Ana Clavel, *op. cit.*

tasear con mujeres o ginoides en sarcófagos, frías, muertas, heladas, tenebrosas. Por qué en todas estas historias hay un varón, un padre tecnológico partenogenético o un artista que lleva a cabo el antiguo sueño de san Agustín: prescindir de las mujeres; cambiarlas por otras creadas a la medida de su deseo.

Albiac afirma que tanto en el caso de Hadaly como en el de Bellmer, «nos hallamos ante imágenes de la plenitud frente a las cuales es la irrupción interferente del incompleto cuerpo biológico no maquínico femenino la introductora de desazón, horror y, en última instancia, suicidio».⁴⁴ Si esto es así, no hemos salido del pensamiento de Aristóteles y santo Tomás y fray Luis de León, que veían en las mujeres la gran chapuza de Dios, o en términos de Albiac, su derrota, que la autómatas, gloria del hombre, ha venido a enmendar. Aunque esté muerta, o tal vez precisamente porque lo está. Tiene sentido. Si la relación del hombre y la mujer se desarrolla, como afirmaba Otto Weininger, hacia el dualismo de la vida superior y de la inferior, del sujeto y del objeto, de la forma y de la materia, del algo y de la nada,⁴⁵ indudablemente para quienes piensen como él, estará mejor una nada silenciosa y siempre bien dispuesta que una nada que exige, reclama y espera ser reconocida como igual.

44. G. Albiac, *op. cit.*

45. *Sexo y carácter*, trad. de Felipe Jiménez de Asúa, Ediciones Península, Barcelona, 1985, p. 293.

A modo de cierre: por qué y para qué

Un enorme y turbio río subterráneo ha venido fluyendo a través de toda la historia humana, contaminando las ciencias, la ley, la religión, la filosofía, las expresiones artísticas, la vida cotidiana, con feroz pertinacia. Se trata de la idea de que hombres y mujeres están fabricados de diferente modo y calidad y para fines distintos. Supremos ellos, valientes, listos, valiosos, joyas preciadas de la creación: les corresponden gobierno, honor, mando y jefatura por derecho de nacimiento. En contraste, ellas son cualquier cosita de poca monta y les falta todo lo que en ellos está sobrado: les corresponde cualquier forma de obediencia, vasallaje y sumisión. La frase «están hechas para» se repite una y otra vez como un regular y constante picoteo. El «para» siempre se refiere a una actividad o función conveniente a la enorme máquina del patriarcado; a algo que la sociedad necesita pero los hombres estiman muy animal y biológico como la reproducción de la especie, o muy bajo y servil como el trabajo requerido para que la gente coma, duerma y vista.

El reductor «para qué» con que se instrumentaliza a las mujeres se razona sobre un «porque». Las mujeres deben comportarse de tal forma, hacer tal cosa, no hacer tal otra, limitarse a reproducir, servir y obedecer porque no están hechas a imagen de Dios, o porque tienen cerebros de menor calidad, o cuerpos peor diseñados o una debilidad y apocamiento innatos; todo propio de la tarea que les tocó por haber nacido «para». Los razonadores de la desigualdad no son capaces de reconocer que mienten, y es probable que en muchos casos ni siquiera se den cuenta. Ellos solo buscan justificar por qué les tocó la mejor parte y hacer lo necesario para que les siga tocando. Por eso utilizan

justo casi los mismos argumentos que aplican a las mujeres, a varones de cualquier grupo social que esté bajo dominio: a veces negros, a veces chinos, a veces indios, o sirvientes o habitantes de pueblos colonizados. Todos ellos padecen, a juicio de los dominadores, de alguna tara innata que comparten con las mujeres de cualquier raza, pueblo y clase social. Nacieron «para», de modo que las excelencias viriles no lo son de todo ser humano con testículos: solo tienen derecho a entrar en el colectivo de los privilegios con título de «Hombre», los del modelo ejemplar que se encuentra en ciertos países, en ciertas razas, en ciertas clases.

Como la realidad, quieran que no, se les atraviesa a los ideólogos, al cabo se topan con mujeres ni débiles ni tontas, ni sumisas ni apocadas, que con su sola existencia y sin necesidad de abrir la boca les desbaratan todas las teorías. Eso les corta el aire, les enrojece el rostro, les derrama la bilis, les dispara todas las alarmas. Significa el riesgo de perder el máspreciado tesoro que poseen: la elevada idea de sí mismos. Si ellas no son tan deficitarias como se cree, tal vez ellos no sean tan excelentes como se piensan. Pero no se arredran. Enderezan el descuadre sin ningún empacho para aceptar que sí, que las hay y se notan y se ven, pero que todas ellas están fuera de norma y por lo tanto son anormales y ridículas o monstruosas. Una mujer que escape a sus definiciones no encaja en el paradigma. Y además ¿para qué sirve si a ellos no les sirve?

El eterno discurrir del discurso se remonta muy lejos en la historia, se parapeta en las diferentes formas del saber humano y goza de una capacidad proteica que le permite cambiar de forma sin tocar el fondo. Durante mucho tiempo se mostró como era, en toda su descarada insolencia, con la plena seguridad que les daba a sus propagadores la irrefragable fe en que las mujeres no iban a decir ni tus ni mus, y si lo decían, lo harían desde donde ni se las podía ni se las quería escuchar. Así, pudieron justificar la dependencia que les recetaban aseverando que poseían todas las virtudes de la servidumbre; y asegurarse el control sobre ellas gracias a los innumerables vicios de carácter de que se las acusó.

Pero por mucho empeño que los ideólogos pusieran en negarlo, las mujeres eran personas. Podían ajustarse un poco más o un poco menos o no ajustarse nada a la imagen modelo. De ahí surgió, supongo, la idea de fabricarlas, tal como se refleja en el mito de Pigmalión:

ya que la naturaleza les dio tantos defectos, ¿por qué no hacerlas a su gusto? Al fin y al cabo, ¿no eran ellos parecidos a Dios? A decir verdad y en un sentido lato, las habían venido haciendo según su propia fantasía, exigiéndoles acomodarse a su sueño, criticándolas por no ajustarse a él, pero a partir del siglo XIX algo pasó. La sociedad se industrializaba, las mujeres se agrupaban, reclamaban, desfilaban con pancartas, se estaba desacomodando el orden conocido y lo que parecía eterno perdía eternidad. Entonces Pigmalión recobra fuerza y en la literatura empieza a resurgir, poderosa, la fantasía de la mujer inerte, la dormida, la muerta, y a inventarse la ginoide. Esta última pronto se sale del papel y la tinta, pasa a la industria, y hoy constituye la base de un comercio millonario cuya oferta de muñecas sexuales satisface todas o casi todas las fantasías de erotismo y dominio sobre mujer que un varón pigmaliónico y patriarcalizado se pueda imaginar.

Al tiempo en que se descalificaban como absurdas o ridículas las demandas de igualdad, se acusó a sus portavoces y seguidoras de estar locas o enfermas, ser invertidas, actuar contra natura, abandonar la casa, perturbar el orden, usurpar lo que a los hombres por derecho les correspondía. Pero sea como sea, centímetro a centímetro, algunas fueron empujando las puertas que les cerraban, haciendo denuncias impensables, retando al poder, formando grupos, rompiendo mitos. Los patriarcas se empezaron a inquietar en serio. Hombres como Otto Weininger, Moebius, Gregorio Marañón o José Ortega y Gasset entre otros muchos, acusaron el golpe: descalifican a las feministas, apuntalan los viejos argumentos sobre el «para qué» de las mujeres. Se les nota nerviosos, preocupados, como que están perdiendo pie. Pero son los que hacen las sumas, las restas y las ecuaciones, y hablan conscientes de ello, sin asomo de duda, asentando un presunto saber inamovible avalado por la ciencia, autorizado por la filosofía y mantenido por la tradición.

Muchas mujeres se replegaron ante la contundencia de los discursos y el crédito de sus emisores, pero no todas. Las dos grandes guerras europeas ponen a prueba los dogmas sobre las múltiples incapacidades femeninas. Los hechos hablan y lo que dicen contraría las tesis de la enorme cadena de voces autorizadas que venía de muchos siglos y contaba con muchos eslabones. Pero la sociedad se resiste. Se les ponen trabas, se les mete miedo, se inventan pretextos, se apela a la felicidad común, al bienestar del grupo y hasta a la supervivencia

de la especie. Las mujeres deben seguir ocupando el lugar que se les destinó. No del todo, por supuesto, porque ya eso no se puede. Se les deja que vayan a la fábrica o a la oficina, o incluso que unas cuantas ocupen una curul o una cartera ministerial, pero con la advertencia de que no abandonen la cocina, no les carguen a ellos la criatura, no suelten la bolsa de la compra. Hoy hacen carreras y se gradúan con muy altas calificaciones pero se les paga menos, se les regatean los contratos, se les ofrecen los puestos que los hombres no quieren, se practica con ellas la política de tierra quemada.

El peso de la autoridad que nos descalifica desde hace por lo menos 2.500 años en Occidente sigue teniendo impacto. Revestidos durante siglos de religión, de ciencia, de filosofía, los prejuicios se han sedimentado, pasan por verdades inapelables y contribuyen a determinar nuestros gustos, nuestras actitudes, preferencias, expectativas, posibilidades y oportunidades.

En tanto no desmantulemos el viejo y resistente edificio patriarcal, nos va a ser muy difícil cambiar las cosas. Por eso en esta obra he intentado hacer un recuento general de esa historia, echar luz sobre páginas oscuras, señalar las muchas necesidades salidas de plumas muy ilustres, descubrir la hilaza. Y si, como afirmaba Max Jiménez, «la esperanza es un espejo colgado en el futuro», hacia ese espejo intento contribuir a aligerar la vía.

Obras impresas consultadas

- Alvarado Quirós, Alejandro (1914), *Bric á brac*, Imprenta Alsina, San José.
- Amorós, Celia (1985), *Hacia una crítica de la razón patriarcal*, Anthropos, Barcelona.
- Archer, Robert (2001), *Misoginia y defensa de las mujeres. Antología de textos medievales*, Cátedra, Madrid.
- Aresti, Nerea (2001), *Médicos, donjuanes y mujeres modernas. Los ideales de feminidad y masculinidad en el primer tercio del siglo xx*, Biblioteca Universitaria, Bilbao.
- Aristóteles (2000), *La política*, Introducción, versión y notas de Antonio Gómez Robledo, Universidad Autónoma de México.
- Asimov, Isaac (1995), *Guía de la Biblia. Antiguo Testamento*, trad. de Benito Gómez Ibáñez, Plaza y Janés, Barcelona.
- Aubert, Jean Marie (1976), *La mujer, antifeminismo y cristianismo*, trad. de María Colom de Llopis, Herder, Barcelona.
- Badinter, Elizabeth (1984), *¿Existe el instinto maternal? Historia del amor maternal. Siglos xvii al xx*, trad. de Marta Vassallo, Ediciones Paidós, Barcelona.
- Barral, María José *et al.* (eds.) (1999), *Interacciones ciencia y género*, Icaria, Barcelona.
- Berbel Sánchez, Sara (2004), *Sin cadenas. Nuevas formas de libertad en el siglo xxi*, Narcea Ediciones, Madrid.
- Bohm, David (2001), *Sobre la creatividad*, Editorial Kairós, Barcelona.
- Bosch, Esperanza, Victoria A. Ferrer y Aina Alzadora (2006), *El laberinto patriarcal. Reflexiones teórico-prácticas sobre la violencia contra las mujeres*, Anthropos, Barcelona.
- Cacho, María Teresa (1995), «Los moldes de Pygmalión (Sobre los tratados de educación femenina en el siglo de Oro)», en Iris M. Zavala (coord.), *Breve historia feminista de la literatura española (en lengua castella-*

- na). II. *La mujer en la literatura española*, Anthropos, Madrid, pp. 177-189.
- Casanovas Bohigas, Anna (2001), «Cibercultura: el cuerpo esfumado», en M. Azpeitia y otras, *Piel que habla*, Icaria, Barcelona, pp. 22-24.
- Daly, Mary (1979), *Gyn/Ecology*, The Women's Press Ltd., *Debate Feminista*, año II, vol. 21.
- Ehrenreich, Barbara y Deirdre English (1988), *Brujas, comadronas y enfermeras. Historia de las sanadoras. Dolencias y trastornos. Política sexual de la enfermedad*, trad. de Mireia Bofill y Paola Lingua, 3.ª ed., Horas y Horas, Barcelona.
- Ellis, Julie y Joyn Willinsky (eds.) (1999), *Niñas, mujeres y superdotación. Un desafío a la discriminación educativa de las mujeres*, trad. de Pablo Villadangos, Narcea, Madrid.
- Espigado Tocino, Gloria (2002), «La mujer en la utopía de Charles Fourier», en M.ª Dolores Ramos y M.ª Teresa Vera (coords.), *Discursos, realidades, utopías: La construcción del sujeto femenino en los siglos XIX y XX*, Anthropos, Barcelona, pp. 321-372.
- Fausto-Sterling, Anne (1992), *Miths of Gender. Biological Theories About Woman and Men*, 2.ª ed., Basic Books, Nueva York.
- Fernández, Máximo (comp.) (1980), *Lyra costarricense. Poetas de Costa Rica*, 2 vols. facsímile de la edición de 1890, Editorial de la Universidad de Costa Rica, San José.
- García Dauder, Silvia (2005), *Psicología y feminismo: historia olvidada de mujeres pioneras en psicología*, Narcea, Madrid.
- Gilbert, Sandra M. y Susan Gubar (1998), *La loca del desván. La escritora y la imaginación literaria del siglo XIX*, trad. de Carmen Martínez Gimeno, Cátedra, Madrid.
- Gómez Rodríguez, Amparo (2004), *La estirpe maldita: la construcción científica de lo femenino*, Minerva Ediciones, Madrid.
- González Blanco, Edmundo (1904), *El feminismo en las sociedades modernas*, vol. I, Imprenta de Henrich y Cia. Editores, Barcelona.
- Gordon, Lindall (1994), *Charlotte Brontë. Una vida apasionada*, trad. de Juan Gabriel López Guix, Tusquets Editores, Barcelona.
- Guerra, Lucía (2006), *La mujer fragmentada: historias de un signo*, 3.ª ed., Editorial Cuarto Propio, Chile.
- Horney, Karen (1989), *Psicología y feminismo*, trad. de M.ª Luisa Balseiro, Alianza Editorial, México.
- Hunt, Lynn (2009), *La invención de los derechos humanos*, trad. de Jordi Beltrán Ferrer, Tusquets, Barcelona.
- Jagoe, Catherine, Alda Blanco y Cristina Enríquez de Salamanca (1998), *La mujer en los discursos de género*, Icaria, Barcelona.

- Jay Glickman, Robert (1996), *Vestales del templo azul. Notas sobre el feminismo hispanoamericano en la época modernista*, Canadian Academy of the Arts, Canadá.
- Jay Gould, Stephen (2009), *La falsa medida del hombre*, trad. de Ricardo Pochtar y Antonio Desmonts, 2.^a ed., Crítica, Barcelona.
- (2009), *El pulgar del panda*, trad. de Antonio Resines, 3.^a impresión, Crítica, Barcelona.
- Jung, C. G. (1988), *El secreto de la flor de oro*, trad. de Roberto Pope, 3.^a reimpr., Paidós, Barcelona.
- Jung, Carl G. (1984), *El hombre y sus símbolos*, trad. de Luis Escolar Bareño, 4.^a ed., Caralt, Barcelona.
- (2003), *Sobre el amor*, Mínima Trota, Madrid.
- Kant, M. (2004), *Lo bello y lo sublime: Fundamentos de la metafísica de las costumbres*, trad. de Luis Rutiaga, Grupo Editorial Tomo, México.
- Kirkpatrick, Susan (1991), *Las románticas. Escritoras y subjetividad en España, 1835-1850*, Cátedra, Madrid.
- Le Doeuff, Michèle (1993), *El estudio y la rueca. De las mujeres, de la filosofía, etc.*, trad. de Olivia Blanco Corujo, Cátedra, Madrid.
- León, fray Luis de (1960), *La perfecta casada*, en *Escritores místicos españoles*, vol. XXVIII, IV. ed., W. M. Jackson, Inc. Editores, Buenos Aires, pp. 267-385.
- Lowndes Sevely, Josephine (1987), *Los secretos de Eva. Nueva teoría de la sexualidad femenina*, trad. de Horacio Cecchi, Ediciones Juan Granica, Barcelona.
- Marañón, Gregorio (1969), *Ensayos sobre la vida sexual*, Espasa-Calpe, Madrid.
- Moebius (1982), *La inferioridad mental de la mujer*, trad. de Adan Kovacsics Meszaros, Bruguera, Barcelona.
- Monick, Eugene (1994), *Phallos. Símbolo sagrado de la masculinidad*, trad. de Renato Valenzuela M., Cuatro Vientos Editorial, Santiago de Chile.
- Morant, Isabel (dir.), M.^a Á. Querol et al. (coords.) (2005, 2006), *Historia de las mujeres en España y América Latina*, Cátedra, Madrid.
- Moreno Sardá, Amparo (2007), *De qué hablamos cuando hablamos del hombre. Treinta años de crítica y alternativa al pensamiento androcéntrico*, Icaria, Barcelona.
- Nordau, Max (1940), *Las mentiras convencionales de la civilización*, Editorial Tor, Buenos Aires.
- Northrup, Christiane (1987), *Women's Bodies, Women's Wisdom*, Bantam Book, Canadá.
- Ortega y Gasset, José (1968), *Ideas y creencias*, 7.^a ed., Espasa-Calpe, Madrid.
- (1964), *Estudios sobre el amor*, 15.^a ed., Madrid.

- Pardo Bazán, Emilia (1976), *La mujer española*, ed. Leda Schiavo, Editora Nacional, Madrid.
- Platón (1981), *La República*, t. II, trad. de José Manuel Pabón y Manuel Fernández Galiano, Centro de Estudios Constitucionales, Madrid.
- Puleo, Alicia H. (ed.) (1993), *La Ilustración olvidada. La polémica de los sexos en el siglo XVIII*, Ánthropos, Madrid.
- Punset, Eduardo (2004), *Cara a cara con la vida, la mente y el universo. Conversaciones con los grandes científicos de nuestro tiempo*, Destino, Barcelona.
- Robinson, Roxana (1992), *Georgia O'Keeffe*, trad. de Ángela Pérez, Circe Ediciones, Barcelona.
- Rodríguez, Amparo (2004), *La estirpe maldita*, Minerva Ediciones, Madrid.
- Rousseau, Juan Jacobo (1972), *Emilio o de la educación*, 2.^a ed., Porrúa, México.
- Schiebinger, Londa (2004), *¿Tiene sexo la mente?*, trad. de María Condor, Cátedra, Madrid.
- Schopenhauer, Arthur (2005), *El arte de tratar a las mujeres*, edición y ensayo de Franco Volpi, Villegas Editores, Colombia.
- (1999), *El amor y otras pasiones*, trad. de J. Leyva, Editorial Alba, Madrid.
- Umbral, Francisco (1997), *Diccionario de Literatura*, Planeta, Madrid.
- Unamuno, Miguel de (1998), *Del sentimiento trágico de la vida*, Editorial Óptima Barcelona, pp. 164, 165.
- Weininger, Otto (1985), *Sexo y carácter*, trad. de Felipe Jiménez de Asúa, Ediciones Península, Barcelona.
- Woolf, Virginia (1995), *Una habitación propia*, trad. de Laura Pujol, 4.^a ed., Barcelona.
- (1981), *Las mujeres y la literatura*, selección y prólogo de Michèle Barret, trad. de Andrés Bosch, Lumen, Barcelona.
- (1980), *Tres guineas*, trad. de Andrés Bosch, Lumen, Barcelona.

En esta obra se analizan y cuestionan los argumentos fundamentales construidos a través de los siglos para explicar y legitimar la dominación masculina hasta nuestros días. El texto considera principalmente discursos filosóficos, científicos y religiosos, tanto por la autoridad de que gozan como por la forma en que se autocomplacen. Además evidencia el modo en que los autores enmascaran sus propios intereses y defienden sus viriles privilegios: unos atribuyen el desnivel entre los sexos a supuestas deficiencias de carácter fisiológico, intelectual y moral inherentes a la naturaleza femenina; otros a castigo o deseo expreso de Dios que desde la creación dio preferencias a un sexo sobre el otro. Hubo incluso quien no dudó en contradecir sus propios principios generales de igualdad para hacer de las mujeres la excepción; y hubo quien tasó numéricamente el valor respectivo de unos y otras en base a una curiosa aritmética patriarcal que fijaba la medida de lo justo.

Yadira Calvo Fajardo es filóloga y escritora, reconocida principalmente por sus múltiples publicaciones en temas de género, lenguaje y literatura. Ha ganado diversos galardones en Costa Rica, su país de origen: entre ellos dos veces el Premio Nacional Aquileo J. Echeverría en la rama de ensayo (1990, 2004), con el que se reconoce a la mejor obra publicada en el año; y el Premio Nacional de Cultura Magón (2012), que se otorga por solo una vez en reconocimiento a la labor de toda una vida.

ISBN: 978-84-7290-744-7



9 788472 907447

www.ed-bellaterra.com